

UC-NRLF



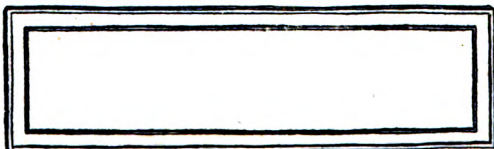
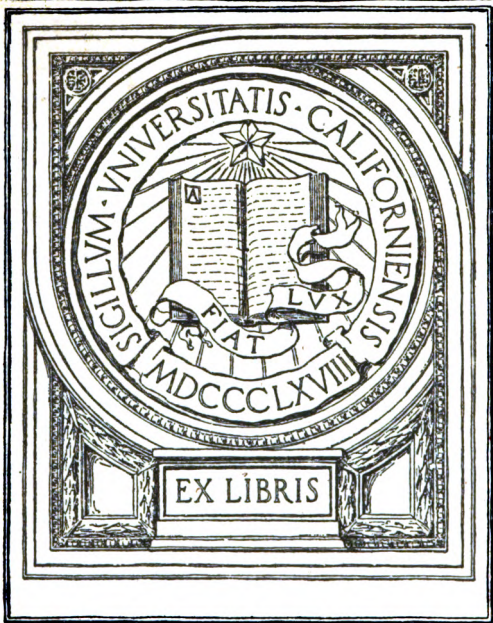
B 3 142 251

B

IBLIOTECA

CLÁSICA.

GIFT OF
J.C. Cebrían







HISTORIA DE ITALIA

DESDE 1494 A 1532



BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CXXXIX

HISTORIA
DE ITALIA

DONDE SE DESCRIBEN TODAS LAS COSAS SUCEDIDAS

DESDE EL AÑO DE 1494 HASTA EL DE 1532

POR

FRANCISCO GUICCIARDINI

TRADUCIDA DE LA ITALIANA EN LENGUA CASTELLANA

CON LA VIDA DEL AUTOR

POR

D. FELIPE IV

Rey de España

TOMO VI

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a

calle del Arenal, núm. 11

1890

ES PROPIEDAD.

NO VINI
LIBERADO

HISTORIA DE ITALIA

DESDE EL AÑO DE 1494 AL DE 1532.

LIBRO XVII.

(Continuación.)

CAPITULO II.

Liga del Papa, el rey de Francia y los venecianos contra el César.—Moncada ofrece al Papa la guerra ó la paz á nombre del Emperador.—Carta de Leiva, interceptada por Guicciardini, lugarteniente del Papa.—Tumulto en Milán contra los soldados imperiales.—El marqués del Vasto socorre á Lodi.—El duque de Urbino se apodera de Lodi.—El duque de Urbino llega con el ejército á Marignano.—Los suizos á sueldo de la liga.—Entra en Milán el duque de Borbón con el socorro.—Consejo de Doria al Papa sobre las cosas de Génova.—Asedio de Milán.—El ejército de la liga levanta el sitio de Milán.

Oponiase á cualquier consejo conveniente del Papa el peligro de rendirse el castillo de Milán, por estar ya cerca del fin; el miedo de que entre el rey de Francia y el Emperador se estableciese por algún camino la unión, y la incertidumbre de lo que había de producir la venida de D. Hugo de Moncada; en la cual era sospechoso

el haber de pasar primero por la corte de Francia, y cuando pasase á Italia, lo eran tambien sus fingimientos y artificios. Solicitaba por esto el Rey juntamente con los venecianos la conclusión de la liga, después que por la venida de D. Hugo entendió que el Emperador estaba ajeno de alterar los capítulos de la capitulación; temiendo que el diferir más la confederación indujese al Papa á nuevas resoluciones, y juzgando que, por esta confederación, haría más caso el Emperador de sus cosas, y que quizá el temor doblaría en alguna parte su ánimo.

Persuadido también á esto mismo el rey de Inglaterra, el cual, más con las persuasiones que con los efectos, favorecía esta conclusión, estrechó las pláticas de la liga, la cual se concluyó á 15 de Mayo del año de 1526 en Cognac, entre las personas del Consejo y procuradores del Rey, de una parte, y de la otra los agentes del Papa y de los venecianos, en esta forma: que entre el Papa, el rey de Francia, los venecianos y el duque de Milán (por el cual el Papa y los venecianos prometieron la ratificación), hubiese perpetua liga y confederación á efecto de hacer dejar libre el ducado de Milán á Francisco Sforza, y de poner en libertad á los hijos del Rey; que se le intimase al Emperador la liga hecha y estuviese en su mano entrar en ella dentro de tres meses, restituyendo los hijos al Rey, y recibiendo por su libertad un rescate justo que hubiese de ser declarado por el rey de Inglaterra, dejando también el ducado de Milán enteramente á Francisco Sforza, y los otros Estados de Italia de la manera que estaban antes que se comenzase la última guerra; que al presente, para libertad de Francisco Sforza, que estaba asediado en el castillo de Milán, y para la recuperación de aquel Estado, se moviese la guerra con ochocientos hombres de armas, setecientos caballos ligeros y ocho mil infan-

tes por parte del Papa; por parte de los venecianos con ochocientos hombres de armas, mil caballos ligeros y ocho mil infantes, y por la del duque de Milán con cuatrocientos hombres de armas, trescientos caballos ligeros y cuatro mil infantes, lo antes que pudiese, y entretanto pusiesen por él los cuatro mil infantes el Papa y los venecianos; que el rey de Francia enviase luego á Italia quinientas lanzas, y durante la guerra pagase cada mes al Papa y á los venecianos cuarenta mil escudos cen que se condujesen los infantes suizos; que el Rey rompiese luego la guerra de la otra parte de los montes, por la parte que le pareciese más á propósito, con un ejército de dos mil lanzas, de diez mil infantes, y suficiente número de artillería; que armase doce galeras sutiles, y los venecianos trece á su costa; que juntase el Papa á estas galeras las que tenía al mando de Andrea Doria, y que el gasto de las naves necesarias para la dicha armada fuese común, con la cual se navegase contra Génova, y después, vencido ó enflaquecido en Lombardía el ejército del Emperador, se acometiese poderosamente por tierra y mar el reino de Nápoles y, cuando se ganara, se hubiese de hacer rey de él al que pareciera al Papa (si bien en capítulo aparte se añadió que no pudiese disponer de él sin voluntad de los coligados, pero reservándole los censos antiguos que solía tener la Sede Apostólica, y un Estado, para quien le pareciese, de cuarenta mil ducados de renta); que para que el rey de Francia tuviera certeza de que la victoria que se ganase en Italia y la conquista del reino de Nápoles facilitaría la libertad de sus hijos, si tal conquista se hacía, queriendo el Emperador, dentro de cuatro meses después de la pérdida de aquel reino, entrar en la confederación con las condiciones arriba escritas, le fuese restituído; pero no aceptando aquellas condiciones, tuviese el rey de Francia un censo

•

cada año perpetuo sobre el reino de Nápoles; que no pudiese el rey de Francia, en ningún tiempo ni por ninguna ocasión, molestar á Francisco Sforza en el ducado de Milán, antes estuviese obligado con los otros á defenderle contra cualquiera, y á procurar cuanto pudiese que entre los suizos y él se hiciera nueva confederación; pero que tuviese en él un censo cada año de la cantidad que pareciera al Papa y á los venecianos, como no fuese de menos de cincuenta mil ducados al año; que Francisco Sforza se hubiese de casar con mujer de sangre francesa, al albedrío del Rey, y estuviera obligado á alimentar decentemente á Maximiliano, su hermano, en lugar de la pensión que recibía cada año; que se restituyese al Rey el condado de Asti, y recuperándose Génova, tuviera allí aquella superioridad que solía tener por lo pasado, y que queriendo Antonio Adorno, que entonces era Dux, concertarse con la liga, fuese aceptado, pero reconociendo al rey de Francia por superior en el modo que pocos años antes lo había hecho Octaviano Fregoso; que todos los coligados pidiesen al Emperador la restitución de los hijos del Rey, y si rehusaba hacerlo, se le notificase en nombre de todos que los coligados no dejarían de ejecutar cosa alguna para alcanzarla, y que acabada la guerra de Italia, ó á lo menos tomado el reino de Nápoles, y enflaquecido de tal manera el ejército cesáreo que no diese temor, estuviesen obligados á ayudar al rey de Francia de la otra parte de los montes con mil hombres de armas, mil quinientos caballos ligeros y diez mil infantes, ó dinero en lugar de la gente, á elección del Rey; que no pudiese ninguno de los confederados, sin consentimiento de los otros, concertarse con el Emperador, al cual se le permitiera, en caso que entrase en la confederación, que fuese á Roma por la Corona imperial, con número de gente no formidable; que debiesen declarar el

Papa y los venecianos que, muriendo alguno de los coligados, quedase la liga firme, y que el rey de Inglaterra fuera su protector y conservador, con facultad de entrar en ella, y si entraba, se le diese en el reino de Nápoles un estado de treinta y cinco mil ducados de renta cada año, y al cardenal Eboracense otro de diez mil, ó en el mismo reino ó en otra parte de Italia.

Rehusó el Papa que fuese comprendido en esta confederación el duque de Ferrara, aunque lo deseaban el rey de Francia y los venecianos, y antes alcanzó que se declarase en la confederación (si bien debajo de palabras generales) que estuvieran los coligados obligados á ayudarle á la recuperación por los lugares de los cuales tenía el Duque diferencia con la Iglesia. De los florentinos no se dudó que fuesen efectivamente comprendidos en la confederación, trazando el Papa, no sólo valerse de la gente de armas y de todas sus fuerzas, pero también de hacerles concurrir con él en los gastos de la guerra, y aun de obligarles á pagar la mayor parte de ellos. Mas por no turbar aquella nación los comercios que tenía en los lugares súbditos del Emperador, ni poner en peligro sus mercaderes, no fueron nombrados como coligados principales, sino referido sólo que, por respeto del Papa, gozasen todas las exenciones, privilegios y beneficios de la confederación como expresamente comprendidos en ella, prometiendo el Papa por ellos que de ninguna manera estarían contra la liga.

No se dispuso quién había de ser capitán general del ejército y de la guerra, porque la brevedad del tiempo no sufrió que se disputase sobre la persona que por su autoridad y calidad, y por ser confidente de todos, estaría bien colocado en tan grande peso; mayormente no siendo fácil hallar persona en quien concurriesen tantas calidades.

Concertada la liga, el Rey, que aun no había desvia-

do el ánimo de todo punto de las pláticas con el Virrey de Nápoles, difirió el ratificarla y dar principio á mover la gente de armas, y al despacho de cuarenta mil ducados para el primer mes hasta que viniese la ratificación del Papa y de los venecianos, pero aunque turbó esta dilación sus intentos, con todo eso, apretándo-les á pasar más adelante las mismas necesidades, hecha la ratificación, determinaron comenzar luego el rompimiento de la guerra con pretexto de querer socorrer el castillo de Milán, por lo cual, el Papa, que primero había enviado á Plasencia con su gente de armas y con quinientos infantes al conde Guido Rangone, gobernador general del ejército de la Iglesia, envió de nuevo á aquella parte con otros infantes y con la gente de armas de los florentinos á Vitello Vitelli, que era quien la mandaba, y á Juan de Médicis, al cual hizo capitán general de la infantería italiana, y declaró por su lugarteniente general en el ejército y en todo el Estado de la Iglesia, con amplísimo y casi absoluto poder, á Francisco Guicciardini, que entonces era presidente de la Romana.

Los venecianos, por otra parte, aumentaron su ejército, del cual era capitán general el duque de Urbino, y proveedor Pedro de Pésaro, y le hicieron detener en Chiari, en el Bresciano, con orden que ambos ejércitos procediesen en daño de los cesáreos sin respeto ó dilación alguna.

Había llegado á Milán entretanto D. Hugo de Moncada, el cual, aunque la liga concertada estaba todavía oculta al Virrey y á él, con todo eso, desconfiando, por las respuestas del Rey, de que las cosas se pudiesen reducir ya á satisfacción del Emperador, había seguido su camino á Italia, y llevando consigo al castillo al protonotario Caracciolo, aseguró ampliamente al Duque de la benignidad del Emperador, y le animó para que se remitiese á su voluntad. Mas respondiendo el Duque

que, por las injurias que le habían hecho sus capitanes, estaba necesitado á recurrir á las ayudas del Papa y de los venecianos, sin cuya participación no era conveniente que dispusiese de sí mismo, le dió D. Hugo esperanza de que la intención del Emperador era que las culpas que se le oponían se viesen sumariamente por el protonotario Caracciolo, prelado muy confidente suyo, señalando que esto se hacía más por restituirle su Estado con mayor reputación del Emperador, que por otra causa, y que, en hablando con el Papa, daría perfección á estas cosas. Mas no consintió que se levantasen antes el asedio, ni le prometió que se innovaría cosa alguna, como lo pedía el Duque.

Crejóse, y así lo divulgó después la fama, que las facultades que el Emperador había dado á D. Hugo eran amplísimas, no sólo para concertarse con el Papa con la restitución al duque de Milán de su Estado, sino también con solo el Duque, asegurándose que, en siendo restituído á su Estado, no ofendería las cosas del Emperador; mas que esta comisión era con la limitación de lo que aconsejasen los tiempos y la necesidad, y que, considerando D. Hugo á qué extremo estaba reducido el castillo, y que la concordia con el Duque no ayudaba á las cosas del Emperador sino en cuanto era medio para establecerla con el Papa y con los venecianos, juzgó que era inútil el componerse con él solo.

Hicieron después D. Hugo y el protonotario llevar á Monza al Morone, que estaba preso en la fortaleza de Trezzo, no más que para que el protonotario se informase de él, habiendo de ser juez de la causa de Milán.

Fué después D. Hugo á Roma, habiendo escrito primero á Venecia que enviasen autoridad suficiente á su embajador en Roma para poder tratar las cosas ocurrientes, y en llegando á aquella ciudad, fué juntamente con el duque de Sesa á la presencia del Papa, y le pro-

puso con palabras grandes que estaba en su mano aceptar la paz y la guerra, porque el Emperador, aunque por su buena intención se inclinaba más á la paz, estaba con todo eso con el ánimo y con las fuerzas dispuesto para ambas cosas.

Respondió á esto el Papa con generalidades, doliéndose de que los malos términos que habían usado con él sus ministros, y la tardanza de su venida fuese causa de que, hallándose primero libre por sí mismo, estuviera ahora obligado á otros.

Volviendo á su presencia al día siguiente le declararon que la intención del Emperador era dejar libre el ducado de Milán á Francisco Sforza, entregando el castillo en manos del protonotario Caracciolo hasta que, por autoridad del Emperador, hubiese conocido en la causa, no substancialmente, sino por apariencia y ceremonia, ajustar con modo honesto sus diferencias con los venecianos, y sacar el ejército de Lombardía con las pagas que otras veces se había tratado, y que en recompensa de estas cosas, no le pedían más sino que no se introdujese entre él y el rey de Francia.

Respondió el Papa á esta propuesta que creía que era notorio á todo el mundo cuánto había deseado siempre conservar la amistad con el Emperador, y que jamás le había pedido mayores cosas de las que libremente le ofrecía, las cuales no podían ser más conformes á su satisfacción, por desear el bien común más que su interés propio; que continuaba ahora en el mismo propósito, aunque le había dado muchas causas para alterarle; pero que oía al presente con mayor disgusto de ánimo que le fuesen concedidas estas cosas que no cuando le fueron negadas; porque no estaba ya en su mano, como lo había estado al principio, aceptarlas; lo cual no procedía por culpa suya, sino por tardar tanto el Emperador en resolverse, y por ello, no dándole jamás alguna

esperanza de asegurar las cosas de Italia, y viendo en este medio que se apuraba el castillo de Milán, había estado obligado por su bien y el de los otros á confederarse con el rey de Francia, sin el cual no podía determinar cosa alguna, por no querer faltar á su palabra.

Perseverando constantemente en esta respuesta, no obstante que tuvo muchas réplicas en contrario, don Hugo, después que le hubo hablado muchas veces en vano, partió de Roma, mal contento él y los capitanes imperiales de que, excluida la esperanza de la paz, mirasen las cosas á manifiesta guerra; pareciéndoles que sería muy dificultosa de sustentar, por el poder de la liga y por las desordenadas condiciones en que ellos estaban.

Tomó en este tiempo el lugarteniente del Papa unas cartas que escribía Antonio de Leiva al duque de Sesa avisándole de la mala disposición del pueblo de Milán, y que sus cosas no tenían otro remedio que la misericordia de Dios, y otras del mismo y del marqués del Vasto, escritas á D. Hugo después de su partida de Milán, en que le solicitaban la plática del acuerdo, haciendo instancia en que les avisase luego de lo que sucediese y asimismo recordándole el peligro en que ellos y el ejército del Emperador quedaban.

Mas no había ya tanta confianza en los ánimos de quién había de disponer de las fuerzas de la liga, cuanto era el miedo de los capitanes imperiales, porque el duque de Urbino, en el cual había de consistir el gobierno de los ejércitos por el título de capitán general que tenía de la gente veneciana, y por no haber allí hombre que le igualase en estado, en autoridad, ni en reputación, estimando por ventura más de lo justo el valor de la gente española y tudesca, y desconfiando grandemente de los soldados italianos, tenía intención fija de no pasar el río Adda si nó había en el ejército

cinco mil suizos por lo menos, y temiendo que si, solamente con la gente de los venecianos pasaba el río Oglio, pasasen los imperiales el Adda y fueran á acometerle, hacía instancia para que el ejército eclesiástico, que ya estaba en Plasencia, pasase el Pó por debajo de Cremona y fuese á juntarse con el de los venecianos para arrimarse después al Adda y esperar sobre las orillas de aquel río, en alojamiento fuerte, la venida de los suizos; la cual, además de la naturaleza de ellos, había tenido muchas dificultades por haberse dado imprudentemente el cuidado de conducirlos al castellano de Mus y al obispo de Lodi, porque la vanidad del obispo de Lodi era poco eficaz para este manejo, y el castellano estaba en primer lugar atento á hurtar una parte del dinero que se le había enviado para pagar á los suizos, y no tenía el uno ni el otro tanta autoridad con aquella nación que fuese bastante para hacer salir tan presto como hubiera sido menester número tan grande de gente, mayormente con tan corta cantidad de dinero, y ésta disminuída entre ellos, atentos más á la ambición y á sus intereses propios que á otra cosa. Añadieron también algunas dificultades los agentes que estaban por el rey de Francia en las ligas de Helvecia, porque no tenían noticia de la intención del Rey sobre esto, ni si era contraria ó conforme á su voluntad; pues no por inadvertencia, sino cuidadosamente, por algunos consejos que, pareciendo á veces muy prudentes, salen en las más demasiadamente agudos, se había dejado de dar noticia al Rey de este negocio, á causa de que Alberto Pío, embajador del Rey cerca de la persona del Papa, había mostrado que se corría riesgo grande que el Rey dilatara la conclusión de la liga, si sabía la orden dada de levantar los suizos, pareciéndole que de cualquier manera estaba ya amenazada la guerra sin él contra el Emperador por el Papa y los venecianos.

Con esta dilación de la venida de los suizos, se detenía el más principal y poderoso fundamento de los trazados para socorrer el castillo de Milán, no obstante que el obispo y el castellano daban cada día certeza y esperanza de su breve venida.

Mas los capitanes cesáreos, después que vieron que se iba disponiendo descubiertamente la guerra, por no pelear á un mismo tiempo con los enemigos de adentro y de afuera, determinaron asegurarse del pueblo de Milán, el cual, haciéndose cada día más insolente, no sólo les negaba todas las provisiones que pedían, sino que, si alguno de los soldados se hallaba por la ciudad separado de los otros, era muerto por los milaneses.

Tomando, pues, ocasión de los desórdenes que se hacían por la ciudad pidieron que algunos de los capitanes del pueblo se saliesen de Milán, y naciendo de esto inquietud, fueron muertos algunos españoles que andaban por Milán por algunos populares, por lo cual Antonio de Leiva y el Marqués, haciendo secretamente arrimar la gente á Milán y protestando que ya no estaban obligados á los acuerdos que habían hecho los días pasados á 17 de Junio, hicieron matar en su presencia, para dar principio al alboroto, á uno de la plebe que no les había hecho cortesía, y después de él á otros tres, y saliendo de los alojamientos con una escuadra de infantes tudescos, dieron causa al pueblo para tocar alarma, el cual, si bien al principio forzó la Corte vieja y el campanario del obispado, donde estaba la guardia de los infantes italianos, combatiendo al fin sin orden y como hacen los pueblos bisonos, más con voces que con armas, y siendo ofendidos muchos por los arcabuceros que estaban puestos en los lugares altos que primero habían ocupado los españoles, eran heridos y muertos muchos de ellos; de manera que creciendo continuamente los desórdenes y el terror, ha-

biendo comenzado á pegar fuego los infantes tudescos á las casas vecinas y acercándose ya á la ciudad la infantería española, llamada por los capitanes, temiendo el pueblo los extremos males, concertó que sus capitanes y otros muchos de los populares, que vinieron en ello, se fuesen de Milán, y que la multitud dejase las armas, sujetándose á la obediencia de los capitanes, los cuales se aceleraron en procurar que cesase el alboroto con estas condiciones, antes que entrasen los españoles, temiendo que si lo hacían no estaría en su mano (mientras ambas partes combatían) el enfrenar el ímpetu militar para que la ciudad fuese saqueada, de lo cual tenían el ánimo ajeno, así por temor de que el ejército, enriquecido con tan grande presa, se deshiciera ó disminuyese notablemente, como porque, considerando la falta de dinero y las otras dificultades que tendrían en la guerra, juzgaban que era más provechoso conservar aquella ciudad, para poder sustentar en ella muchos días el ejército, que gastar en un día todo su nervio y fuerzas.

Parecía, pues, que las cosas de la liga no procedían con la prosperidad que la gente se había prometido desde el principio, habiéndose hallado ya tantas dificultades en la venida de los suizos y faltando el fundamento del pueblo de Milán. Pero un nuevo accidente que sobrevino les volvió la reputación y facultad para vencer, mucho mayor y más manifiesta que al principio habíase tenido. Por la malquerencia del pueblo ó extrema desesperación del ducado de Milán había desde algunos meses, por medio de diferentes personas, diversas pláticas de novedades casi en todas las ciudades de aquel Estado; pero, saliendo las otras vanas, tuvo efecto una que tenía el duque de Urbino y el proveedor de los venecianos en la ciudad de Lodi con Luis Vistarino, gentil-hombre de aquella ciudad, el cual, movido ó por

haber sido antiguo servidor de la casa Sforza, ó por la compasión de su patria, tratada por Fabricio Maramaus, coronel de mil quinientos infantes napolitanos, con la misma aspereza que por los españoles y tudescos estaba tratada Milán, determinó meter dentro la gente de los venecianos, no obstante que era soldado de los imperiales; pero afirmaba, y el Duque decía que era así, que había primero pedido y alcanzado licencia, debajo de disculpa, de no poder entretener más sin dinero á los infantes que gobernaba. La orden de este trato se estableció de este modo: que á 24 de Junio en la noche, Malatesta Balgione con tres ó cuatro mil infantes venecianos se arrimase casi al anochecer á las murallas á la parte de un reparo para que le metiese dentro el Vistarino, el cual, arrimándose poco antes con dos compañeros á aquel reparo que guardaban seis infantes, con demostración de querer verle, y seguidos de algunos que había escondido en ciertas casas vecinas, subiendo sobre el reparo comenzó á pelear con las guardias; porque si bien había dado primero el nombre, según la costumbre militar, sospechando ellos que venía á pelear, no fué sin peligro la toma del reparo, habiendo concurrido al ruido algunos que comenzaron con grande valor á pelear. Fué herido Vistarino en la refriega, y estando ya reducido á la última necesidad, llegó Malatesta con la gente, la cual, subiendo con escalas al mismo reparo, entró en el lugar, y Federico Maramaus, que al oír el ruido venía hacia la muralla con una parte de sus infantes, se vió obligado á retirarse á la fortaleza. El lugar se tomó y la mayor parte de los infantes que estaban alojados separadamente por la ciudad fueron desvalijados y presos.

Poco después llegó el duque de Urbino con una parte de su gente, el cual, habiendo ido el día antes, por acercarse más, á alojar á Orago, sobre el río Oglio, y

pasándole por un puente fabricado muy á tiempo la misma noche, al saber la entrada de Malatesta, pasó por otro puente semejante el río Adda, y poniendo en Lodi mayor presidio para que se defendiese si entraba socorro por la fortaleza, volvió luego al ejército.

En llegando el aviso á Milán, el marqués del Vasto con algunos caballos ligeros y tres mil infantes españoles, con los cuales estaba Juan de Urbina, fué á Lodi con presteza y metió la infantería sin embarazo por la puerta del socorro de la fortaleza, situada en tal forma, que se podía entrar en ella por un camino cubierto natural, sin peligro de ser batido ni ofendido por los traveses del lugar. De la fortaleza entró luego en la ciudad y llegó hasta la plaza, donde la gente que había traído Malatesta y el refresco que vino después hizo rostro, poniendo guarda en muchas casas y en el camino que iba á la puerta por donde habían entrado, para poder salir libres si los imperiales los vencían.

Peleóse al principio gallardamente, y fué opinión de muchos que, si los españoles perseveraran en pelear, hubiesen recuperado á Lodi, porque los soldados venecianos se hallaban muy cansados. Mas desconfiando el Marqués ó por haber hallado más número de gente de la que creyó al principio, ó por imaginar que se acercaba el ejército de los venecianos, ordenó cesar en el combate, y dejando guarda en el castillo, se retiró á Milán. A poco llegó el duque de Urbino, que se gloriaba de haber hecho pasar al ejército por los puentes, y sin estorbarlo los enemigos, dos grandes ríos, y cuidadoso de afirmar la victoria, aumentó el número de su gente para resistir á los enemigos si de nuevo volvían, plantando la artillería alrededor del castillo.

Pero los que estaban en su guarda, porque no esperaban socorro y por serles difícil la defensa de un castillo que, por su pequeño circuito, era capaz para poca gente,

en la noche inmediata lo abandonaron, acogiéndose á los caballos que con este efecto enviaron desde Milán.

La conquista de Lodi fué muy oportuna y de gran reputación para las cosas de la liga, porque la ciudad estaba bien fortificada y era una de las designadas por los imperiales para defenderla hasta la mayor extremidad; porque desde Lodi se podía ir sin impedimento alguno hasta las puertas de Milán y de Pavía; pues estas ciudades, situadas como en triángulo, están distantes una de otra veinte millas (por lo cual los imperiales enviaron luego de Milán á Pavía mil quinientos infantes tudescos); porque se encontraba guardado el paso del río Adda, que primeramente juzgaron los de la liga difícil de ocupar; porque desaparecían los obstáculos para reunir todo el ejército, y se impedía á los imperiales socorrer á Cremona cuando fuese asaltada (cuya ciudad guardaba el capitán Corradino con mil quinientos infantes tudescos), y porque perdía el enemigo una posición oportunísima para molestar el estado de la Iglesia y el de los venecianos; siendo opinión común en todo el ejército que, si se procedía con rapidez, reduciríanse los imperiales á grandísima perplejidad y confusión.

No opinaba así el duque de Urbino, convencido ya de que era sumamente peligroso acercarse á Milán sin tener en el ejército gruesa banda de suizos; pero no queriendo descubrir por completo su pensamiento á los demás, determinó, con caminar poco y emplear por lo menos un día en cada alojamiento, dar tiempo á la venida de los suizos, esperando que llegarían al ejército dentro de muy pocos días, y despreciando cuanto le proponían hacer en caso de que no vinieran, á pesar de que, por lo ocurrido hasta entonces, debiera dudarse.

Al día siguiente de la toma de Lodi fué el ejército eclesiástico á alojarse á San Martino, á tres millas de distancia, acordando en consejo los capitanes permanecer

un día más en sus alojamientos los del Papa y los venecianos, é ir al siguiente día á alojar á Lodi viejo, que dista de Lodi cinco millas (donde dicese que estuvo edificada la Lodi de Pompeyo Magno) distante tres millas del camino real entre Pavía y Milán, de donde se podía ir á cualquiera de ambas ciudades, para tener en mayor incertidumbre á los imperiales.

En este día, el ejército eclesiástico y los venecianos se unieron en el camino, casi iguales de infantería, que en todo tenían poco menos de veinte mil infantes, pero los venecianos tenían más gente de armas y caballos ligeros (de los cuales hacían levás todavía los eclesiásticos), y también mucho mayor provisión de artillería, de municiones y de todas las cosas necesarias.

En Lodi viejo, donde se detuvieron el día siguiente, mudando consejo, se determinó caminar de allí adelante por el camino real, por huir del país, que, fuera del camino, es muy trabajoso de fosos y de diques, porque se tenía por más fácil socorrer el castillo por aquel camino que iba hacia la puerta de Como que por el de Landriano, por donde se llegaba á la puerta Vercellina, donde era más dificultoso llegar por la calidad del país y porque, yendo por aquella parte, era más seguro conducir las vituallas y más fácil recibir á los suizos que quedaban más á las espaldas.

Con esta resolución llegó el ejército unido á Marignano á último de Junio, donde, consultando sobre lo que se debía hacer, inclinábase el duque de Urbino á esperar la venida de los suizos, la cual estaba en la misma y quizá mayor incertidumbre que primero, pareciéndole que, sin esta ayuda de ordenanza firme, era muy peligroso con gente bisoña y recogida de rebato, arrimarse á Milán, aunque allí había pocos caballos, tres mil infantes tudescos y cinco ó seis mil españoles, casi sin dinero y con pocas provisiones de vituallas.

De este parecer se apartaban muchos de los otros capitanes, los cuales juzgaban que, caminando con la gente en orden, y reconociendo siempre el día antes los alojamientos, se podían arrimar á Milán sin peligro; porque el país es por todas partes tan fuerte, que sin dificultad se podía alojar siempre en sitio muy reparado, y no les parecía verosímil que el ejército cesáreo estuviere para salir á campaña á acometerles, porque siendo necesario que dejasen asediado el castillo, y no pudiendo tampoco, por las sospechas del pueblo, sacar de todo punto la gente de la ciudad de Milán, quedaba muy corto de número para acometer un ejército tan grande que, aunque se había recogido nuevamente, con todo, tenía muchos infantes experimentados en la guerra y muchos capitanes de los más estimados de Italia, y no siendo arriesgado el arrimarse á Milán, no era sin la esperanza de la victoria, porque no estando fortificados los burgos de aquella ciudad, antes, por la negligencia que se tuvo en ponerlos en orden, abiertos por alguna parte, no parecía creíble que se detuvieran los imperiales á defender un circuito tan grande.

Parecía que de esta resolución se veían indicios manifiestos, siendo cierto que, atendiendo poco á reparar estos burgos, se ocupaban todos en la fortificación de la ciudad, y desamparando los burgos, á donde iría luego á alojar el ejército, no parecía que se podría defender mucho la ciudad, no sólo por hallarse el ejército sin dinero y con pocas vituallas, sino porque Próspero Colonna y otros muchos capitanes habían juzgado siempre que era muy dificultoso defender á Milán contra quien hubiese ocupado los burgos, así porque la ciudad estaba muy flaca de murallas, sirviendo de ellas en muchas partes las casas particulares, como porque los burgos sobrepujan á la ciudad. Se añadía á esto el tener el castillo á su devoción.

Dependían principalmente esta y las otras deliberaciones del duque de Urbino, porque si bien era solamente capitán de los venecianos, los eclesiásticos, por excusar las diferencias, y porque no se podía hacer de otro modo, habían determinado referirse á él como capitán general. Mas aunque no le movían estas razones á pasar más adelante, ni las instancias eficaces que por orden de sus superiores les hacían el lugarteniente del Papa y el proveedor veneciano, á cuyos pareceres se llegaban también muchos capitanes, le pareció que el detenerse allí mucho tiempo, no teniendo mayor certeza de la venida de los suizos, podía ser con gran culpa é infamia suya, por lo cual, habiendo permanecido dos días el ejército en Marignano fué á 3 de Julio á San Donato, á cinco millas de Milán, determinado pasar adelante, más por satisfacer al deseo y juicio de los otros que por propia deliberación, pero con intento de poner un día en medio entre un alojamiento y otro, para dar más tiempo á la venida de los suizos; de los cuales, habiendo bajado mil al Bergamasco, venían por el mismo camino del ejército y continuaban, como solían, los avisos de la venida de los otros.

Por esta causa fué á 5 de Julio á alojar el ejército á tres millas de Milán, pasado San Martín, fuera del camino á mano derecha, en alojamiento fuerte y bien seguro, donde el mismo día se tuvo una refriega pequeña con ciertos arcabuceros españoles que se habían hecho fuertes en una casa, y el día siguiente otra semejante, estando el campo en el mismo alojamiento.

En este día llegaron al ejército quinientos suizos conducidos por César Gallo. Allí se concertó el modo de pasar más adelante, y aunque había sido la primera intención ir derechamente á socorrer el castillo de Milán, donde las trincheras que le cerraban por de fuera no eran tan gallardas que no se pudiese esperar ven-

cerlas, con todo eso, siendo el consejo del duque de Urbino aprobado siempre por los otros, porque en los Consejos proponía, y no esperando que respondiesen, decía su opinión, ó á lo menos, en el proponerla, usaba tales palabras que por sí misma venía á descubrirse; de manera que los otros capitanes no tenían asunto para contradecirle, fué de parecer que los ejércitos caminasen derechos á los burgos de Milán, alegando que por las esplanadas que era necesario hacer por la fortaleza del país, sería cosa larga, no sin peligro de algún desorden, querer ir al socorro del castillo por fuera del camino real; porque se mostraría muy cerca el costado á los enemigos, y se les daría facultad para hacer más poderosa resistencia; porque juntarían todas sus fuerzas por la parte del castillo, y de otra manera se verían obligados á estar divididos para resistir á los enemigos y no desamparar la guarda del castillo, y porque yendo con el ejército á la puerta romana, estaría siempre en manos de los capitanes de la liga volverse fácilmente á la parte que quisiesen, según en lo venidero pareciese á propósito.

Conforme á este consejo se determinó que el séptimo día se alojase en Bufaletta y Pillástrelli, aldeas á media milla de Milán, debajo de su artillería, las cuales están cerca del camino real, con intención de tomar desde aquellos alojamientos los partidos que las ocasiones y progresos de los enemigos mostrasen que eran á propósito.

Creían muchos que, en viendo los contrarios los ejércitos alojados en lugar tan vecino, no querrían ponerse á la defensa de los burgos, mayormente de noche, por estar en muchas partes llenos los fosos y allanados los reparos, y por alguna tan abiertos que difícilmente se podían defender. Pero la noche antes del día en que se debía adelantar el ejército, el duque de Borbón, que

pocos días antes había llegado á Génova con seis galeras y con letras de los mercaderes por cien mil ducados, entró en Milán con cerca de ochocientos infantes españoles que había traído consigo, solicitado por el marqués del Vasto y por Antonio de Leiva.

Con su venida tomaron mucho ánimo los soldados, y de ella misma se podía deducir la negligencia y tibia disposición que tenía el rey de Francia para la guerra, porque, habiendo el Papa al principio, cuando trajo á su sueldo á Andrea Doria, consultado con él con qué fuerzas y aparatos se debían intentar las cosas de Génova, dijo que era muy fácil, si se empezaban en tiempo que estuviese ya comenzada la guerra en el ducado de Milán, y que á sus ocho galeras se juntasen las que el rey de Francia tenía en el puerto de Marsella, ó que á lo menos impidiesen la venida de las galeras del duque de Borbón; porque quedando en tal caso señor del mar con sus ocho galeras, no podía estar la ciudad de Génova muchos días con el mar cerrado por las mercancías y vituallas; y aunque prometía el Rey que impediría la venida del duque de Borbón, fueron palabras vanas, porque su armada no estaba en orden, y á los capitanes de las galeras, parte por falta de dinero, y parte por negligencia y quizá por voluntad, se les habían despachado tarde las pagas; como también sucedió después con la gente de armas.

No teniendo noticia los de afuera de la venida del duque de Borbón, anticipó el duque de Urbino la determinación de pasar más adelante con el ejército, ó por avisos recibidos (según se creyó) de Milán, ó por relación de algún espía, y, mudada la desconfianza que hasta aquel día había tenido, afirmó al lugarteniente del Papa en presencia del proveedor veneciano que tenía por cierto que el día siguiente sería felicísimo; porque si los enemigos salían á pelear (lo cual no creería

que harían) sin duda serían vencidos, pero que, si no lo hacían, el mismo día desampararían sin duda á Milán, retirándose á Pavía, ó que á lo menos, desamparando la defensa de los burgos, se entrarían en la ciudad, la cual, perdidos los burgos, no la podían defender totalmente, y que cualquiera de estas tres cosas bastaba para conseguir la victoria de la guerra.

Al día siguiente, que fué á 7 de Julio, dejando el alojamiento señalado el día antes con esperanza de ganar los burgos sin contraste y aspirando á la gloria de ocuparlos, caminando para dar el asalto, adelantó una tropa de arcabuceros á la puerta romana y á la de Tosa, donde, no obstante los avisos que habían tenido aquel día y los precedentes de que se querían ir los españoles, se habían detenido en aquella parte de los burgos, no para hacer allí continua resistencia, según se dijo, sino para retirarse á Milán como hombres militares, después de haber mostrado el rostro á los enemigos; sin dar lugar á que hallasen los burgos desamparados infamemente. Con esta resistencia, no sólo se conservaba más la reputación de su ejército, mayormente estando en su mano retirarse siempre á la ciudad sin desorden, sino también les podía nacer ocasión de tomar ánimo para perseverar en la defensa de los burgos, lo cual era de gran importancia, porque, el retirarse á la ciudad, era partido más para necesario que para escogido voluntariamente, por muchas razones, y porque si se metían adentro en circuito tan corto, era más fácil á los italianos impedir que entrasen en Milán las vituallas, sin las cuales no se podían sustentar mucho tiempo, por no haberse conducido todavía el trigo nuevo.

Presentados, pues, los arcabuceros á las dos puertas donde los españoles, además de defenderse, no dejaban continuamente de trabajar, hallando el Duque resisten-

cia, contra la opinión que había tenido, hizo arrimar á un tiro de ballesta de la puerta romana tres cañones, y en plantándolos, comenzó á batir la puerta gallardamente y á procurar quitar un falconete; hecho esto, hizo apeaar muchos de sus hombres de armas para dar el asalto y ordenó se arrimasen las escalas. Pero no continuando en el propósito de dar el asalto, se redujo la facción á escaramuzas ligeras de mosquetes y arcabuces en los reparos, donde, teniendo los de adentro gran ventaja respecto del sitio, fueron muertos de los de afuera cerca de cuarenta infantes y heridos muchos.

La puerta, en este medio, la habían batido con muchos tiros, mas con poco daño, por estar lejos los cañones, y diciendo el Duque que era tarde para alojar el ejército, no dió el asalto y alojó en el mismo lugar, aunque con alguna confusión, por la brevedad del tiempo. Dejó á los tres cañones buena guarda, y lo restante del ejército alojó casi todo á la mano derecha del camino, teniendo todos grande esperanza de la victoria porque, por avisos de muchos y por la relación de las personas que había preso Juan de Naldo, soldado de los venecianos, se habían tenido nuevas de que los imperiales, cargados muchos carros, estaban antes en movimiento de partir que con resolución de esperar. Llegaron la misma noche al ejército seis cañones de los venecianos.

Mas poco después se varió no sólo la esperanza, sino todo el estado de las cosas, porque, habiendo salido fuera casi al principio de la noche algunos infantes españoles á acometer la artillería, hicieron retirar á los infantes italianos que la guardaban, aunque el duque de Urbino decía que los habían desordenado. Pasadas algunas horas de la noche, engañado el Duque en la esperanza de que no le habían de hacer resistencia las puertas ni los reparos, y renovándosele el temor que

primero tuvo á la infantería enemiga, se resolvió precipitadamente á apartarse con el ejército, y comenzando luego á ponerlo en ejecución, con dar principio á hacer partir la artillería y las municiones y mandado á la gente veneciana que se pusiese en orden para partir, envió por el proveedor á significar al lugarteniente y á los otros capitanes eclesiásticos la determinación que había tomado, aconsejándoles que también hiciesen ellos lo mismo sin dilación.

Confusos y atónitos con esta voz como de cosa no sólo nueva, sino contraria á la esperanza de todos, fueron á buscarle para entender más particularmente sus pensamientos y procurar inducirle á que no se fuese; pero con palabras muy determinadas y resueltas se quejó de que, contra su parecer, sólo por complacer á los otros, se había arrimado tanto á Milán; mas que era mayor prudencia corregir los yerros hechos que perseverar en ellos; que conocía, por no haberse alojado ordenadamente el ejército el día antes por la brevedad del tiempo y por la vileza de los capitanes italianos, reconocida la misma noche en el acometimiento de la artillería, que el detenerse el ejército allí hasta el amanecer sería la destrucción, no sólo de la empresa, sino de todo el Estado de la liga; porque era tan cierto que serían allí rotos, que no teniendo de esto alguna duda, no quería disputarlo con nadie; siendo cierto que los imperiales habían plantado un saque aquella misma noche entre la puerta romana y la de Tosa, que batía por el costado el alojamiento peligroso de los infantes venecianos; que la misma noche plantearían otros, y en amaneciendo, haciendo tocar alarma y obligando al ejército á ponerse en orden, le batirían por el costado, y desordenándole así, y saliendo fuera á acometerle, le romperían con gran facilidad; que le dolía que la brevedad del tiempo y el haber en su ejército mucho mayo-

res estorbos de artillería y de municiones que en el eclesiástico, le hubiese obligado á comenzar á levantarse primero que comunicarlo con ellos, mas que en los partidos que se toman por necesidad es superfluo el dar disculpa; que había dado mayor experiencia de sí que jamás capitán alguno, habiéndose puesto en camino á dar el asalto á Milán; que ahora era necesario usar de la prudencia y no desesperar, por la retirada, de la victoria de la empresa; que Próspero Colonna, quizá con menos justas razones, se había levantado de Parma estando ya medio tomada, y con todo eso, había poco después ganado gloriosamente todo el ducado de Milán; que aconsejaba á los eclesiásticos que siguiesen su determinación y no difriesen el levantarse, porque les volvía á replicar que, hallándoles el sol en aquel alojamiento, serían rotos sin remedio, y que así, volviesen todos al alojamiento de San Martino.

Respondió el lugarteniente que, aunque todos pensaban que sus determinaciones se habían tomado con suma prudencia, ninguno de aquellos capitanes conocía causa que obligase á levantarse con tanta prisa, y que le recordaba lo que haría el duque de Milán en viendo su retirada, desesperado de ser socorrido, cuánto ánimo perderían el Papa y los venecianos y las imaginaciones que suelen nacer en los entendimientos de los Príncipes por la declinación de las empresas. mayormente en los principios; que se podía, si el alojamiento hecho desordenadamente era causa de tanto peligro, remediarlo fácilmente, sin quitar tanta reputación á aquel ejército, con alojarle de nuevo con mejor orden y con apartarle tanto que bastase para asegurarle de los sacres plantados por los enemigos. Confirmó el Duque de nuevo lo que primero había concluido con decir que no se podía tomar otra resolución según la razón de la guerra; que quería tomar sobre sí esta culpa, y que su-

piese todo el mundo que había sido autor de ella, y que no era bien gastar el tiempo vanamente con palabras, por ser necesario haberse levantado antes del fin de la noche.

Volviendo, con esta conclusión, todos á sus alojamientos, atendió á despacharse y á solicitar la partida de la gente, y la que estaba delante se levantó con tan gran espanto que, partiendo casi con demostración de ser rotos, se fueron á la deshilada muchos infantes y caballos venecianos, de los cuales ninguno se detuvo hasta llegar á Lodi, y la artillería de los venecianos pasó más allá de Marignano, pero, volviéndola á llamar, se detuvo allí. El resto de la gente, y mayormente la retaguardia, partió en orden.

No quiso Juan de Médicis, que con la infantería eclesiástica estaba en la última parte del ejército, moverse hasta que estuviese bien claro el día, no pareciéndole conveniente llevar, en cambio de la esperada victoria, la infamia de retirarse de noche.

Mostró la experiencia que no había sido necesario hacer esto, porque de los imperiales no salió ninguno fuera á acometer la retaguardia del ejército; antes habiendo visto al amanecer tan alborotada retirada quedaron llenos de suma admiración, no sabiendo imaginar la causa. Acrecentó también la infamia de esta retirada que, aunque el Duque había dicho que quería que la gente hiciese alto en San Martino, ordenó secretamente que los maestros de campo de los venecianos llevasen su gente á Marignano, movido ó del miedo de que los enemigos fuesen á acometerle entonces en aquel alojamiento, ó á lo menos (como él mismo confesó después) teniendo por cierto que el castillo de Milán, al ver apartarse el socorro que había tenido delante (siendo la cosa que más espanta á los asediados) se había de rendir, y en este caso, no teniendo atrevimiento para estar firme en San Martino, juzgó que era menos des-

honra retirarse de una vez que hacer dos retiradas en tan breve espacio de tiempo; por lo cual, sin detenerse en San Martino, caminaban hacia Marignano la artillería, el bagaje y las primeras escuadras del ejército veneciano. Procurando el lugarteniente entender del Duque la ocasión de esto, respondió que en cuanto á la seguridad no había diferencia del uno al otro, porque juzgaba por tan seguro de los enemigos el alojamiento de San Martino como el de Marignano; pero que era éste más conveniente, porque la gente, cansada de las facciones de los días de antes, no recibiendo allí trabajo de los enemigos, podría con más comodidad reposar y ponerse en orden, y replicándole, en cuanto á la seguridad igual de un alojamiento á otro, que quitaba más la esperanza de socorro á los sitiados en el castillo de Milán el retirarse el ejército á Marignano que el detenerse en San Martino, respondió con palabras alteradas que no quería, mientras tenía en la mano el bastón de los venecianos, dejar usar á otro de su autoridad, y que quería ir á alojar á Marignano; de manera que ambos ejércitos, con gran deshonra y voces de todos los soldados, pudiendo usar (aunque por el contrario) las palabras de César *veni, vidi, fugi*, fueron á alojar al Marignano, con determinación del Duque de estarse quedo allí hasta que llegasen al ejército, no solo el número de los cinco mil suizos, á los cuales se habían estrechado las promesas del castellano de Mus y del obispo de Lodi (que al mismo tiempo que el ejército se levantaba, habían llegado con quinientos) pero tantos otros que hiciesen el número de doce mil; porque juzgaba que no se podía hacer ya fundamento en el castillo de Milán, ni poder forzar ni reducir á necesidad de rendirse á aquella ciudad por falta de las cosas necesarias, sin dos ejércitos, y cada uno de por sí tan poderoso, que fuese bastante para defenderse de todas las fuerzas juntas de los enemigos.

CAPITULO III.

El duque de Urbino teme al Papa.— Consejo relativo á la mutación en el Estado de Siena.— Siena batida por los soldados del Papa.— Los imperiales quitan las armas á los milaneses.— Discurso de un milanés al duque de Borbón.— Respuesta del Duque.— Desesperación de los milaneses.— Consejo entre los coligados para socorrer el Estado de Milán.— Noticia llegada al ejército de la rendición del castillo.— Condiciones de la rendición.— Francisco Sforza se retira á Lodi.

Así se retiraron de las murallas de Milán los ejércitos á 8 de Julio, conmoviendo á muchos, no sólo el efecto de la materia, sino también la infelicidad del agüero, porque el mismo día, por consentimiento común de los coligados, se publicaba en Roma, en Venecia y en Francia, con las ceremonias y solemnidades acostumbradas, la liga.

A juicio de la mayor parte de la gente tuvo tan poca necesidad de tomar un partido tan afrentoso, que muchos dudaron si había sido obligado el Duque por alguna orden oculta del Senado veneciano, que por algún fin no entendido de los otros desease alargar la guerra. Decían otros que el Duque, teniendo en la memoria las injurias recibidas de León y del presente Pontífice cuando era cardenal, y temiendo que su grandeza pusiese en peligro su Estado, no le era, ó por odio, ó por miedo, grata la victoria tan breve de la guerra; mayormente dándole justa causa de temer el ánimo del Papa el tener los florentinos á San Leo con todo el Montefeltro, y saber que la hija pequeña que había quedado de Lorenzo de Médicis retenía siempre el nombre de duquesa de Urbino.

Pero el lugarteniente del Papa se certificó por medios indudables que fué molesta á los venecianos la retirada, y que no habían dejado jamás de solicitar que se arrimase á Milán el ejército, esperando mucho en la facilidad de la victoria, y considerando que no era verosímil que, si el Duque hubiera esperado ganar á Milán, quisiese privarse de la gloria, siendo tanto mayor que la que hubiera ganado capitán alguno de muchos años atrás; como asimismo fué mayor la fama y reputación del ejército imperial, que aquella que tuviera muchos años antes ningún otro ejército en Italia. A esta gloria del duque de Urbino seguiría, casi por necesidad, la seguridad de su Estado, porque el Papa, por huir de tan gran infamia y por no hacer tan gran ofensa á los venecianos, no se atreviera á acometerle, y considerando también con cuidado los progresos de todos aquellos días, se tuvo por más verosímil (en este parecer concurren otros muchos) que el Duque, perdida la esperanza que dos días antes había concebido de que á lo menos desampararían los burgos los imperiales, volvió con tanta vehemencia á su primera opinión; por lo cual había temido más sus fuerzas y desconfiado más del valor de los infantes italianos que los otros capitanes, y que, haciéndosele mayor el miedo que á los otros, cayó desesperadamente en aquella determinación.

Confundió mucho esta retirada al Papa y á los venecianos, que estaban ya muy esperanzados, en términos que de día en día aguardaban el aviso de la conquista de Milán, pero mayormente al Papa, que no estaba prevenido con dinero ni constancia de ánimo para la dilación de la guerra, al cual también en Roma y en otras partes de su Estado se le descubrían muchas dificultades, porque estando en guarda de Carpi trescientos infantes españoles y algún número de caballos, comenza-

ron á correr con graves daños todo el país circunvecino de la Iglesia, estorbando también los correos y el dinero que de Roma y de Florencia iban al ejército. No se podían impedir estos daños con poner poca guarda en los lugares, y entrando el Papa en la guerra con poco dinero, y vencido por los grandes gastos, podía difícilmente hacer provisiones bastantes para reprimirlos con su dinero y con el que continuamente le traían los florentinos á cuenta de la guerra; mayormente estando ocupado en una empresa nueva en la Toscana, y necesitado á estar en armas por la parte de Roma; porque habiéndose ido de su embajada D. Hugo y el duque de Sesa, y reduciéndose Ascanio y Vespasiano Colonna á los castillos de los Colonnas cerca de Roma, hacían mucha demostración de querer despertar por la parte de Roma algún trabajo, y algunos de sus parciales se habían hecho fuertes en Alagna, villa de la Campaña.

Estaba obligado el Papa á hacer mucho caso de estos movimientos por respeto á la facción gibelina de Roma, pues pocos días antes se habían descubierto señales de la mala disposición de la plebe romana contra él, porque habiendo, cuando condujo á Andrea Doria debajo de color de asegurar los mares de Roma de las fustas de los moros, de las cuales estaba muy impedida la provisión de la ciudad, aumentado para substentar aquel gasto ciertos tributos, los carniceros, no queriendo pagarlos, se habían juntado con alboroto donde vivía el duque de Sesa, que aún no había partido de Roma, á donde concurrieron armados casi todos los españoles que vivían en aquella ciudad, si bien se aquietó fácilmente este motín.

Había estado dudoso en este tiempo el Papa sobre emprender la mutación del Estado de Siena, siendo varios los consejos de los que tenía cerca de sí, porque confiando algunos en el gran número de emigrados y

en la confusión del gobierno popular, se persuadían de que era muy fácil mudarle, recordándole de cuánta importancia era en este tiempo asegurarse de él porque, en cualquier trabajo que sobreviniese, la acogida que podían tener allí los enemigos sería muy peligrosa para las cosas de Roma y de Florencia. Otros afirmaban que era consejo más prudente enderezar las fuerzas á un lugar sólo que enredarse en tantas empresas con poca ó casi ninguna diversidad de los efectos principales; porque al fin los que quedasen superiores en Lombardía lo quedarían en todas partes; que no se debía confiar tanto en las fuerzas ni en el séquito de los emigrados, cuyas esperanzas salían casi siempre vanas y que se intentase, sin poderosas provisiones, la mudanza de aquel Estado, las cuales era dificultoso hacer, así por la grandeza del gasto como porque había enviado todos sus capitanes principales á la guerra de Lombardía.

Hubieran prevalecido por ventura con él estas razones si los que regían en Siena procedieran con la moderación que en las cosas que importan poco deben usar los menores con los mayores, teniendo más respeto á la necesidad que á la justa indignación. Pero sucedió que, habiendo dado al Papa mucho antes un cierto Juan Bautista Palmieri, genovés, que tenía en Siena el mando de cien infantes, esperanza de que, en arrimándose la gente á Siena, la introduciría por un albañal que pasaba por debajo de la muralla junto á un reparo, y enviándole el Papa, á su petición, dos infantes confidentes, al uno de los cuales cometió Juan Bautista el llevar su bandera, los magistrados de la ciudad (con cuya sabiduría trataba Juan Bautista este negocio, burlándose del Papa) cuando les pareció tiempo á propósito, prendieron los dos infantes, les formaron solemnemente el proceso, y haciendo divulgar por todas partes el trato, les impusieron públicamente el castigo

debido para infamar al Papa cuanto pudieran. Añadióse á esto que, pocos días después, enviaron gente á asediar á Juan Martinozzi, uno de los emigrados, que vivía en la comarca de Siena en su posesión de Montelifre.

Exasperado el Papa por estas cosas como hechas en injuria suya, determinó intentar meter los emigrados en Siena con sus fuerzas y las de los florentinos, pero con provisiones más flacas de las que era justo, principalmente de infantería pagada, y porque la flaqueza del ejército no supliese el valor ni la autoridad de los capitanes, puso en estos puestos á Virginio Orsino, conde de Anguillara, Luis, conde de Pitigliano, Juan Francisco, su hijo, Gentil Baglione y á Juan de Sassatello, los cuales, juntando la gente en Centina y pasando á las Tabernillas sobre el río del Arbia (río famoso entre los antiguos por la victoria memorable de los gibelinos contra los güelfos de Florencia), se arrimaron á 17 de Junio á las murallas de Siena con nueve piezas de artillería, mil doscientos caballos y más de ocho mil infantes, pero casi todos sacados del dominio de la Iglesia y de los florentinos, enviados sin dinero á los emigrados por sus amigos del Perusino y de otros lugares.

Al mismo tiempo Andrea Doria, con las galeras y con mil infantes, acometió de improviso los puertos de los sieneses.

Mas no habiendo habido dentro alboroto alguno al arrimarse á las murallas de Siena, como esperaban los emigrados, fué necesario hacer alto con el ejército para atender á la expugnación de la ciudad, en la cual había sesenta caballos y trescientos infantes forasteros; por tanto, arrimándose á la puerta de Camollia, comenzaron á batir con la artillería las murallas de aquella parte.

En la ciudad, fuerte de sitio, bien fortificada y de cir-

cuito tan grande que la menor parte de ella rodeaba el ejército, estaba el pueblo (prevaleciendo más en él el odio al Papa y á los florentinos que la afición á los emigrados), dispuesto y unido para la conservación de aquel gobierno; y por el contrario, en el ejército de afuera la gente inútil y no pagada; los capitanes de poca reputación y grandes divisiones entre ellos; los emigrados divididos, no sólo en las determinaciones y provisiones de cada día, sino discordes también por la forma del futuro gobierno, queriendo ya dividir y ordenar desde afuera lo que no se podía establecer sino por los que estaban dentro. Por estas calidades, habiéndose batido la muralla en vano, y no teniendo osadía para dar el asalto, se comenzaba á esperar ya poco la victoria.

En este mismo tiempo crecían en Lombardía las dificultades de los coligados, porque si bien habían llegado al ejército cinco mil suizos de los conducidos por el castellano de Mus y por el obispo de Lodi, con todo eso, no pareciendo al duque de Urbino número bastante, aguardaban aquellos que en nombre del rey de Francia se había enviado á pedir á los Cantones, esperando los concedieran con grande prontitud, cuando no fuese por otra cosa, por borrar la ignominia recibida en la batalla de Pavía, y que, por la misma causa, los infantes concedidos procederían en la guerra con gran valor, mayormente con tanta esperanza de la victoria. Pero aquella nación, la cual pocos antes, por su ferocidad y por la autoridad alcanzada, había tenido gran oportunidad para conquistar grande imperio, no estaba ya ni ambiciosa de gloria, ni cuidaba de los intereses de la República; antes llena de increíble codicia, tenía por último fin del ejercicio militar volver los soldados á sus casas cargados de dinero, por lo cual; tratando la milicia los Cantones según la costumbre de los mercaderes;

tomando públicamente las necesidades de otros por ocasión de su provecho, y llenos de hombres vendibles y sobornables, concedían ó negaban los infantes, según estos fines; y los capitanes que los conducían, cuanto veían mayor la necesidad de los otros, tanto más se encarecían para tener mejor partido, pidiendo cosas intolerables y desvergonzadas. Por estas causas, habiendo el Rey pedido á los Cantones, según los capítulos de la confederación que tenía con ellos, que le concediesen los infantes que por voluntad común se habían de pagar con cuarenta mil ducados que desembolsaba el rey de Francia, respondieron los Cantones, conforme lo acostumbraban, después de largas consultas, que no los querían conceder si no les satisfacía primero el Rey todo lo que les debía por cuenta de las pensiones que estaba obligado á pagar cada año, y siendo esta suma grande y dificultosa de pagar con brevedad de tiempo, fueron obligadas las personas que había enviado el Rey á levantar capitanes particulares, alcanzando licencia de los Cantones, no sin dificultad.

Estas cosas, demás de la dilación, tan perniciosa en el estado en que se encontraban los negocios, no salieron con la firmeza y reputación que si se hubieran alcanzado de las ligas. Con esta ocasión, no recibiendo los imperiales entretanto molestia de los enemigos, que ociosamente se detenían en el Marignano, atendían con suma solicitud á fortificar á Milán, no la ciudad, como hacían al principio de la guerra, sino los reparos de los burgos, no desconfiando ya, por el ánimo que habían cobrado y por la reputación disminuída de los contrarios, de poderlos defender; y habiendo quitado las armas al pueblo de Milán y echado fuera las personas sospechosas, no solo no tenían tanto recato de él, sino que, reduciéndole á asperísima servidumbre, habían quedado sin pensamiento de pagar soldados, los cuales,

alojados por las casas de Milán, no sólo oprimían á los dueños de ellas á que los proveyesen cada día de sustento abundante y regalado, sino también á que les diesen dinero para todas las otras cosas de que tenían necesidad ó apetito, no dejando de usar todo extremo de aspereza para ser proveídos.

Siendo intolerables estas cargas, no tenían los milaneses otro remedio que procurar huir con secreto de Milán, porque hacerlo públicamente les era prohibido, y así, por asegurarse de esto, tenían muchos de los soldados, mayormente los españoles (porque en los infantes tudescos había más modestia y mansedumbre) sujetos en sus casas á muchos de sus dueños y á sus mujeres é hijos, siendo también víctimas de su lujuria.

Por esta causa estaban cerradas todas las tiendas de Milán; tenían escondida en las cuevas la hacienda de las tiendas, la riqueza de las casas y los ornamentos, y no por ello estaban de todo punto seguros, porque los soldados, con pretexto de buscar dónde estaban las armas, iban penetrando con diligencia por toda la ciudad, obligando á los criados de las casas á manifestar las cosas escondidas, y cuando las hallaban, dejaban de ellas á los dueños la parte que les parecía, por lo cual era en gran manera miserable la vista de aquella ciudad, miserable el aspecto de los hombres reducidos á suma estrechez y espanto, cosa para mover á extrema lástima y ejemplo increíble de la mudanza de la fortuna para aquellos que la habían visto pocos años antes á Milán muy lleno de habitantes, y por las riquezas de los ciudadanos, por el número infinito de las tiendas y oficios, por la abundancia y regalo de todas las cosas tocantes al sustento humano, por la soberbia pompa y suntuosos adornos, así de las mujeres como de los hombres, por la naturaleza de los vecinos, inclinados á fiestas y placeres, no sólo llena de gozo y alegría, sino flo-

rida y felicísima más que todas las otras ciudades de Italia, y ahora se veía casi deshabitada, por el gran daño que había hecho la peste y por los habitantes que habían huído y huían continuamente; los hombres y las mujeres con vestidos groseros y miserables, sin ningún rastro ni señal de tiendas, ni de oficios, por cuyo medio solía pasar á aquella ciudad gran cantidad de riquezas, y la alegría y ánimo de los hombres convertidos en sumo miedo y dolor.

Alentóles, con todo eso, algo la venida del duque de Borbón, persuadiéndose (pues según se decía, había traído provisión de dinero, y por la retirada del ejército de los coligados, parecía que estaban algo disminuidas las necesidades y los peligros) que en parte se habían de mitigar tantos rigores y crueldades, y esperaban mucho más que el Duque (por haberse publicado que el Emperador le había dado el ducado de Milán) dispondría que no fuesen tan miserablemente maltratados, por ser beneficio suyo y por conservarse por su interés propio más enteras las rentas y las calidades de la ciudad. Esta esperanza les quedaba sola, porque de los embajadores que habían enviado al Emperador, entendían que no se podía esperar de él ningún remedio, ó porque, por estar muy lejos, no pudiese hacer para su bien las provisiones necesarias, ó por tener, como muchas veces lo había demostrado la experiencia, mucho menos compasión de las opresiones y miserias de los pueblos que deseo de mantener el ejército por el interés del Estado, pues si no le proveía á los plazos de las pagas que se le debían, no podían ni él ni sus capitanes prohibir que se abstuviesen de las insolencias é injurias, tanto más que los capitanes, por ganar el amor de los soldados y porque el estar todo en robo era también con ganancia suya, no les pesaba de la licencia militar y, por faltarles las pagas, tenían alguna disculpa

de sufrirla; por tanto, juntos en gran número todos los que en Milán tenían alguna calidad más eminente que los otros, mostrando en el rostro, en los trajes y en el semblante el estado miserable de su patria y de cada uno de ellos, llegaron con muchas lágrimas y lamentaciones á la presencia del duque de Borbón, al cual habló uno de ellos, á quien se lo habían encargado los otros, en esta sustancia:

«Si esta patria miserable que siempre ha deseado por justísimas causas tener un Príncipe propio, no estuviese al presente oprimida de calamidades más crueles y atroces que jamás en la memoria de la gente ha sufrido ciudad alguna, hubiera sido, ilustrísimo Duque, recibida vuestra venida con gran gozo, porque ¿qué mayor felicidad podía tener la ciudad de Milán que recibir un Príncipe dado por el Emperador, de nobilísima sangre, y de quien hemos experimentado nosotros mismos muchas veces la sabiduría, el valor, la justicia, la benignidad y liberalidad? Pero nuestra mala fortuna nos obliga á referiros (porque de otros no esperamos remedio alguno) nuestras extremas miserias, mayores sin comparación de las que las ciudades tomadas por fuerza de los enemigos suelen padecer de la avaricia, del odio, de la crueldad, de la torpeza y de toda la codicia de los vencedores; las cuales, siendo por sí mismas insufribles, las hace también más graves el decir cada hora que se ejecutan en castigo de haber sido infiel el pueblo de Milán al Emperador; como si los alborotos de los días pasados hubieran sido con público consentimiento, y no como es notorio, por algunos mozos sediciosos, los cuales temerariamente levantaron la plebe, segura por su pobreza de no poder perder, deseosa siempre por su naturaleza de cosas nuevas, y fácil de llenarse de errores vanos; la cual, con falsas persuasiones, se encrespa al arbitrio de quien la concita,

como las olas del mar al soplo de los vientos. No queremos, por disculpar ó aligerar las culpas presentes, contar las obras que en los años pasados ha hecho el pueblo milanés, desde la primera nobleza hasta la última plebe, en servicio del Emperador, cuando nuestra ciudad, por la devoción antigua al nombre cesáreo, se levantó con tan gran presteza contra los gobernadores y contra el ejército del rey de Francia; cuando después con tan gran constancia, sufrimos ¡dos grandes asedios, sujetando voluntariamente nuestras vituallas y casas á la comodidad de los soldados, sustentándolos prontísimamente con el dinero propio, porque faltaban los sueldos del Emperador, exponiendo con tan gran alegría, en compañía de los soldados, nuestras personas de día y de noche en las guardas, en todas las facciones militares y en todos los peligros; cuando el día que se peleó en la Bicocca, el pueblo de Milán defendió el puente con tanto valor, por donde sólo esperaban los franceses poder pasar á los alojamientos del ejército cesáreo.

»Entonces, de Próspero Colonna, del marqués de Pescara, de los otros capitanes, hasta del mismo Emperador, era en gran deuda nuestra fe, y levantada hasta el cielo nuestra constancia por estas cosas. ¿Quién es mejor y más cierto testigo que vos que, presente en la guerra del Almirante, visteis, alabasteis, y aun muchas veces os maravillasteis de tan grande fidelidad y de tan gran disposición?

»Pero cese de todo punto la memoria de estas cosas; no se recompensen los deméritos con los beneficios; considérense las acciones presentes; no rehusamos castigo alguno si en el pueblo de Milán se ve algún rastro de mal ánimo contra el Emperador.

»Amaba sin duda mucho el pueblo de Milán á Francisco Sforza como á Príncipe dado por el Emperador,

como á persona cuyo padre, abuelo y hermano habían sido nuestros señores, y por la esperanza que se tenía de su valor. Por estas causas nos fué molesto que le despojases súbitamente, sin conocer la causa, no estando nosotros ciertos de que hubiese intentado algo contra el Emperador; antes se afirmaba por él y por otros muchos que había sido más codicia de quien entonces gobernaba el ejército que orden del Emperador, y con todo eso, juró toda la ciudad en nombre del Emperador, sujetándose á la obediencia de los capitanes.

»Esta ha sido la deliberación de la ciudad de Milán, este el consentimiento público, este el consejo, especialmente de la nobleza. ¿Qué razón, qué justicia, qué ejemplo permite que haya de ser maltratada tan atrocemente por los delitos de los particulares? ¿No se vió también en los mismos días de los alborotos nuestra fe? Porque ¿quién hubo, sino nosotros, que en la sublevación de la multitud se interpusiese con la autoridad y con los ruegos á hacerla dejar las armas? ¿Quién sino nosotros, el último día del alboroto, persuadió á las cabezas y á los mozos sediciosos que se fuesen de la ciudad, y á la multitud que se fuese y sujetase á la obediencia de los capitanes?

»Pero la memoria de nuestras obras y la justificación de las calumnias que se nos han impuesto, sería por ventura necesaria y conveniente si los castigos que padecemos fuesen correspondientes á los delitos de que somos acusados, ó á lo menos si no los excediesen mucho; pero ¡qué diferencia hay de una cosa á la otra! Porque aun cuando los pecados, justísimos príncipes, de cada uno de nosotros fueran más graves que los que hubiera cometido jamás alguna ciudad contra su Príncipe, nos atrevemos á decir que las penas y crueldades de los castigos que padecemos injustamente, son mayores sin proporción de lo que hemos merecido, y que

todas las miserias, las crueldades, los desafueros (cuallos por nuestra honra las deshonestidades), que ha sufrido jamás, desde que hay hombres, alguna ciudad, pueblo, congregación de moradores, recogidas todas juntas, son una pequeña parte de las que cada día, cada hora y cada punto padecemos, despojados en un instante de toda nuestra hacienda, obligados los hombres libres por los soldados con tormentos, con cárceles particulares y con cadenas puestas á los cuerpos á proveerlos del sustento continuamente, no como á soldados, sino como á príncipes, á darles todas aquellas cosas que caben en su codicia, y á pagarles cada día nuevo dinero, y, siendo imposible pagarlo, nos obligan á ello con amenazas, con injurias, con golpes y con heridas; de manera que no hay nadie de nosotros que no recibiese por suma gracia y felicidad, desnudo y á pie, dejando perdida toda su hacienda, poderse ir de Milán, libre su persona, con condición de perder para siempre la patria y los bienes.

»Desoló esta ciudad, en tiempo de nuestros bisabuelos, Federico Barbarroja, cruelísimo contra los habitantes, contra los edificios y contra los muros, y con todo eso, no fueron las miserias de aquellos tiempos para comparar con las nuestras; no sólo por sufrirse más fácilmente la crueldad del enemigo, como más justa que la crueldad injusta del amigo, sino también porque uno, dos y tres días cebaron la ira y aspereza del vencedor, y tuvieron fin los suplicios de los vencidos.

»Nosotros ha más de un mes que perseveramos en estas crueles miserias. Acreciéntanse cada hora muchos tormentos semejantes á los condenados de la otra vida; padecemos, sin esperanza de fin, aquello que antes creíamos que era imposible que sufriese la fragilidad humana; esperamos, finalmente, que tu magnani-

dad y clemencia ha de socorrer tantos males, y disponer que una ciudad, venida legítimamente á tu fe, no sea destruída totalmente con tan gran inhumanidad; pues comprando con esta piedad nuestros ánimos, mereciendo perpetua memoria de padre y restaurador de una ciudad tan memorable por todo el mundo, fundarás más en un día tu principado con el amor y devoción de los vasallos, que no hacen los otros príncipes nuevos en muchos con las armas y con las fuerzas.

»La suma de nuestra oración, es que, si por alguna causa está vuestra voluntad ajena de librarnos de tan grande crueldad, si algún embarazo os detiene, suplicamos con todas veras que carguéis sobre todo este pueblo, sobre todos nosotros, sobre cada uno, sobre todo sexo y edad, la furia, las armas, el hierro y la artillería de vuestro ejército, porque será para nosotros increíble felicidad ser impetuosamente muertos antes que continuar en las miserias y los suplicios presentes. No será menos celebrada vuestra piedad si no nos podéis socorrer de otra manera que con tan infame inhumanidad, ni á nosotros menos alegre el acabar en esta forma nuestra infelicísima vida, ni se alegrarán menos aquellos que nos aman con nuestra muerte, que suelen los padres y parientes en el nacimiento de sus hijos y de los otros deudos amados.»

Siguieron á estas palabras miserables los lamentos y llantos de todos los otros, á los cuales respondió el Duque con grande mansedumbre, mostrando que tenía gran disgusto de su infelicidad, y no menor deseo de aliviar y beneficiar aquella ciudad y todo el ducado de Milán; disculpando que lo que se hacía, no sólo era contra la voluntad del Emperador, sino también contra la intención de todos los capitanes, y que, por no haber tenido modo para pagar los soldados, los había inducido la necesidad á consentir antes esto que desamparar

á Milán, ó poner en peligro el bien del ejército y todo el Estado que tenía el Emperador en Italia; que había traído consigo alguna cantidad de dinero, mas no tanta que bastase, por ser los soldados acreedores de muchas pagas; pero que si la ciudad de Milán le proveía de treinta mil ducados para la paga de un mes, llevaría el ejército á alojarle fuera de Milán, afirmando que, aunque sabía que otras veces habían sido engañados con semejantes promesas, podrían estar muy seguros de su fe y palabra, y añadió, que rogaba á Dios que, si faltase á esto, la primera pieza de artillería de los enemigos le arrancase de los hombros la cabeza.

Aunque esta cantidad era muy grande para la ciudad por hallarse tan exhausta, con todo eso, siendo mayor que todas las otras calamidades la miseria de alojar los soldados, aceptando la condición propuesta, comenzaron á proveerla con la mayor presteza que pudieron; pero aunque una parte de los soldados, recibiendo el dinero, según se les pagaba fué enviada á alojar á los burgos de la puerta romana y de la puerta de Tosa, para guardar los reparos y atender á fortificarlos, como también se trabajaba en la trinchera hacia el jardín, en el lugar donde la había hecho Próspero Colonna, retenían los mismos alojamientos que los que habían quedado dentro y continuaban en la misma crueldad, ó no haciendo caso Borbón de su promesa, ó no pudiendo, como se creyó, resistir á la voluntad é insolencia de los soldados, fomentados también por algunos de los capitanes, que de buena gana dificultaban sus consejos, ó por ambición ó por odio.

Privado de esta esperanza el pueblo de Milán, no teniendo ya de dónde esperar ni á dónde recurrir, cayó en tan gran desesperación, que es cosa cierta que algunos por acabar de salir, con su muerte, de tantas crueldades y tormentos, pues viviendo no podían, se echaron

de lugares altos á las calles, y algunos miserablemente se ahorcaron, no bastando esto para mitigar los hurtos y la fiera inhumanidad de los soldados.

Eran en este tiempo muy miserables las calidades del país maltratado con gran impiedad por los soldados de los coligados, los cuales, esperados antes con gusto por los habitantes, habían convertido, por sus hurtos y estorsiones, el amor en odio increíble; corrupción general de la milicia de nuestro tiempo que, tomando ejemplo de los españoles, maltrata y destruye no menos á los amigos que á los enemigos; porque si bien por muchos siglos había sido grande en Italia la licencia de los soldados, con todo la habían aumentado infinitamente los infantes españoles por causa, si no justa, á lo menos necesaria; porque en todas las guerras de Italia habían sido muy mal pagados. Mas como de los ejemplos, aunque tengan principio excusable, se va siempre de mal en peor, los soldados italianos, aunque no tenían la misma necesidad, porque estaban pagados, siguiendo el ejemplo de los españoles, comenzaron á no ceder en parte alguna á sus demasías; por lo cual, con gran ignominia de la milicia del siglo presente, no hacen los soldados distinción alguna de los enemigos á los amigos, y no destruyen menos á los pueblos y países por defenderlos, los que están pagados, que los que no lo están, por ofenderlos.

Ibanse gastando entre tanto las vituallas del castillo de tal suerte, que ya los asediados se acercaban á la necesidad de entregarse y, deseando alargarle cuanto pudiesen, porque algunas cabezas del ejército de los coligados los sustentaban con esperanza de socorro, el 16 de Julio en la noche, sacaron fuera, por la puerta del castillo, apartándose de las trincheras que le cerraban, más de trescientas personas entre infantes, mujeres, niños y bocas inútiles, á cuyo ruido, aunque la

guarda de los enemigos tocó alarma, con todo, no haciéndoles otra oposición y siendo tan estrechas las trincheras que, con ayuda de las picas, podían penetrar en ellas, pasaron todos libremente. Había dos trincheras apartadas del castillo dos tiros de piedra, y entre la una y la otra un reparo de cerca de cuatro brazas de alto, el cual, de la misma manera que hacía guarda contra el castillo, daba seguridad á quien por la parte de afuera hubiese acometido las trincheras.

Fué esta gente á Marignano, donde estaba el ejército, y asegurando el último extremo en que se hallaban los asediados y la flaqueza de las trincheras, pues hasta las mujeres y muchachos las habían pasado, obligaron á los capitanes á volver para intentar el socorro, consintiéndolo el duque de Urbino, por no echar sobre sí solo el cargo de la disculpa, que no era tan fácil como al principio; porque habiendo en el ejército más de cinco mil suizos, no militaba ya la causa principal que había alegado de ser peligroso el arrimarse á Milán sin más infantería que la italiana. Por esta causa se determinó en el Consejo uniformemente que el ejército fuese de-rechamente á arrimarse al castillo y que, tomando las Iglesias de San Gregorio y Sant Angelo, vecinas á los fosos, alojase debajo de Milán.

Partidos con esta determinación de Marignano, llegaron en cuatro días, por camino difícil, por la fortaleza de los fosos y diques, á 22 de Julio, entre la abadía de Casaretto y el río Ambro, á un lugar llamado vulgarmente el Ambra, en el cual, variando el Duque lo que primero se había determinado en el Consejo, quiso que se hiciese el alojamiento, poniendo el frente del ejército á la abadía de Casaretto que está menos de dos millas de Milán, con el río Ambra á las espaldas, entendiéndose por la mano derecha hasta el Navilio, y por la izquierda hasta el puente, de manera que se podía decir

que estaba alojado entre la puerta Renza y la de Tosa, porque tomaba poco de la puerta nueva; y por estos respetos y por la naturaleza del país era alojamiento muy fuerte.

Alegaba el Duque que la mudanza que había hecho de este alojamiento al de los monasterios era por la vecindad del castillo, por no estar tan absolutamente debajo de las murallas que fuese necesitado á ponerse en peligro, y verse privado de la facultad de poderse volver donde le pareciera, y porque el amenazarles de más partes los necesitaba á hacer grandes guardas en diferentes lugares, por lo cual, respecto del poco número de gente que tenían, era aumentar las dificultades.

Conducido á este alojamiento el ejército, del cual una pequeña parte, enviada el mismo día al lugar de Monza, lo tomó por acuerdo, y el siguiente expugnó con la artillería la fortaleza en que había cien infantes napolitanos, se le redujeron los consejos á lo que se debía hacer para meter vituallas en el castillo de Milán, por estar reducido, como se entendía, á la última necesidad, con intención de hacer salir á Francisco Sforza, y aunque muchos de los capitanes, ó porque verdaderamente lo sentían así, ó por mostrarse animosos y feroces en las cosas que se habían de determinar, con más peligro de la honra y estimación de los otros que de la suya, aconsejaron que se acometiesen las trincheras, el Duque, que lo juzgaba por peligroso, no contradiciéndolo descubiertamente, sino poniendo dificultades y tiempo en medio, impedía que se tomase resolución. Habiéndose remitido la deliberación para el día siguiente, los capitanes suizos pidieron que los introdujesen en el consejo, donde no intervenían ordinariamente. Habló por ellos el castellano de Mus que, habiendo conducido la mayor parte, retenía el título de su capitán general, el cual refirió que los capitanes suizos se maravillaban de

que, habiéndose comenzado esta guerra para socorrer el castillo de Milán, y hallándose las cosas en tan grande necesidad, se estuviera gastando el tiempo vanamente en disputas sobre si se debía socorrer ó no, cuando era menester ánimo y ejecución; que no podían creer que no se tomase resolución á propósito para el bien común, para la honra de tan grandes capitanes y de tan gran ejército; que en este caso les hacía saber que recibirían grande vergüenza é injuria si, al arrimarse al castillo, no se les diese el lugar del trabajo y del peligro que merecía la fe y la honra de la nación helvética, y que no quería dejar de recordarles que, al tomar esta resolución, no se acordasen tanto de aquéllos que habían perdido con ignominia las empresas comenzadas, que pusiesen en olvido la gloria y la fortuna de los que habían tantas veces vencido.

Mientras se gastaba el tiempo en estas consultas, conociéndose claramente por todos que la intención del Duque estaba ajena de poder hacer el socorro, llegaron nuevas, aunque no ciertas de todo punto, de que el castillo estaba concertado ó próximo á concertarse. El Duque, dando crédito á este aviso, dijo, presente todo el Consejo, que si bien este suceso era dañoso para el duque de Milán, era útil para la liga, porque la libraba del peligro de que la codicia ó necesidad de socorrer el castillo indujese á aquel ejército á hacer alguna desesperación, habiendo sido gran imprudencia la de aquellos que habían persuadido que se podía socorrer, y que ahora, estando libres de este peligro, se debía consultar de nuevo y ordenar la guerra en el mismo modo que si fuera el primer día de su principio.

Túvose poco después la certeza del acuerdo, porque el duque de Milán, estando reducido el castillo á tan grave extremidad de sustento que apenas lo tenían para un día, y desesperados totalmente del socorro, pues no

veían que el ejército de la liga, llegado dos días antes á alojamiento tan vecino, hiciese movimiento alguno, continuadas las pláticas que para hallarse prevenido para este caso tuvo muchos días antes con el duque de Borbón, el cual, al retirarse el ejército, había enviado al castillo á visitarle, concluyó el acuerdo á 24 de Julio.

En él se contenía que, sin perjuicio de sus derechos, diese el castillo de Milán á los capitanes, que le recibían en nombre del Emperador, teniendo facultad de ellos para salir libre, juntamente con todos los que estaban en el castillo; que le fuese lícito detenerse en Como, señalándosele para su habitación, con su gobierno y rentas, hasta que se supiese la determinación del Emperador sobre sus cosas, añadiéndole renta que cada año llegase en todo á treinta mil ducados; que le diesen salvoconducto para poder ir personalmente al Emperador, y se obligasen á pagar á los soldados que estaban en el castillo lo que se les debía de sus sueldos corridos hasta aquel día, que se decía eran más de veinte mil ducados; que se entregasen en poder del protonotario Caracciolo, Juan Angel Riccio y el Poliziano para que se les pudiese examinar, dándoles palabra de que les dejarían después y les harían llevar á lugar seguro; que librase el duque de Milán al obispo de Alejandría, que estaba preso en el castillo de Cremona, y á Sforcino se le diese Castelnuovo del Tortonés.

No se habló en este concierto ninguna cosa del castillo de Cremona, porque, por no poder resistir más el hambre, había encargado el duque á Jacobo Felipe Sacco, enviado por él al duque de Borbón que, no pudiendo alcanzar acuerdo de otra manera, se lo prometiese; pero reconociendo él, por las palabras y modos con que lo trataban, que los imperiales tenían gran deseo del concierto, mostrando que el Duque nunca da-

ría lugar á esto, dispuso que no se hablase de ello. Por que los capitanes imperiales, aunque por varias conjeturas echaban de ver que no había en el castillo muchas vituallas y que la necesidad les obligaría á entregarse con brevedad, con todo, deseosos de asegurarse, habían determinado aceptarlo con cualquier condición, por no saber si el ejército de la liga, habiéndose arrimado, intentaría socorrerle, y en este caso, desconfiando que se pudiesen defender bien las trincheras, estaban resueltos á salir á la campaña á pelear. Mas excusaron de buena gana este suceso dudoso de la fortuna con aceptar del Duque lo que pudieron alcanzar, el cual, saliendo el día siguiente del castillo, acompañado de muchos de ellos, hasta las trincheras del ejército, después que se detuvo allí un día, se enderezó al camino de Como; pero alegando los imperiales que le habían prometido dar habitación segura en Como, mas no la gente que estaba en su guarda; no queriendo fiarse de ellos, aunque primero había determinado no hacer cosa que pudiese irritar el ánimo del Emperador, se fué á Lodi, dejando los confederados libremente esta ciudad en su mano.

Por no haberle guardado cosa alguna de los capítulos hechos, excepto el dejarle ir libre con todos los suyos y con sus haciendas, ratificó por instrumento público la liga hecha por el Papa y los venecianos en su nombre.

CAPITULO IV.

El ejército pontificio se aparta de Siena.—Movimiento de Solimán para acometer la Hungría.—Malatesta Baglione es enviado á expugnar Cremona.—Lentitud de Francisco I en acudir á la guerra.—Empresa de los coligados contra Nápoles.—Provisiones del César.—Cremona es batida inútilmente.—El duque de Urbino acude en persona.—Armada de los confederados reunida en Liorna para la empresa de Génova.—Capitulación de Cremona.

En este mismo tiempo el Papa, aunque por los movimientos de los Colonnas había publicado el monitorio contra el Cardenal y los otros de la familia Colonna, viendo muy disminuída la esperanza de mudar el gobierno de Siena, y siéndole muy molesto padecer calamidades en el territorio de Roma, oyó con gusto á don Hugo de Moncada, el cual, no con ánimo de concertarse, sino porque anduviese más descuidado en las provisiones, proponía que, debajo de ciertas condiciones, cesasen las ofensas contra Siena y las que veía entre él y los Colonnas.

Habiendo venido á Roma para tratar de los negocios Vespasiano Colonna, hombre confidente del Papa, fué causa de que Su Santidad (el cual, teniendo perdida la esperanza de todo punto de feliz suceso en lo tocante á Siena, trataba de hacer levantar el ejército de las murallas) difriese la ejecución de este saludable consejo, considerando menos ignominia el hacerle partir luego que se hubiese concluído este acuerdo. Pero multiplicándose continuamente los desórdenes y confusiones de aquel ejército, se determinó de Florencia el hacerle retirar.

Sucedió, que el día antes del señalado para la parti-

da, habían salido de la ciudad cuatrocientos infantes, y encaminándose hacia la artillería, en cuya guarda estaba Jacobo Corso, volvió éste con su compañía las espaldas, levantándose gran alboroto y comenzando á huir todo el resto del ejército, en que ni había obediencia, ni orden. No habiendo quien les siguiese ni acometiese, se puso por sí mismo en huida, porfiando los capitanes, los comisarios y los soldados de á caballo y de á pie cada uno sobre librarse primero del peligro, dejando á los enemigos las vituallas, los carros y la artillería, de la cual, diez piezas, entre grandes y pequeñas, de los florentinos y siete de los de Perusa fueron llevadas á Siena con grande alegría y triunfo; renovándose, con gran clamor de aquel pueblo, la ignominia de la artillería perdida por los florentinos mucho tiempo antes, también en las murallas de Siena, la cual conservaban todavía en la plaza pública de aquella ciudad.

Ocurrió esta rota un día después que el castillo de Milán vino á poder de los capitanes imperiales, y en los mismos días el Papa, para que á las aflicciones particulares se añadiesen las calamidades de la república cristiana, tuvo avisos de Hungría que el otomano Solimán, habiendo salido de Constantinopla con ejército muy poderoso para ir á acometer aquel reino, pasado el río Savo sin contraste, porque pocos años antes había tomado á Belgrado, había expugnado ahora el castillo de Varadino y pasado el río Drava; por lo cual, no embarazándole ni montes, ni impedimentos de ríos, se conocía que toda Hungría estaba en manifiesto peligro.

Parecía que en Italia había variado mucho el estado de la guerra el venir el castillo de Milán á poder del Emperador, siendo necesario, como decía el duque de Urbino, hacer nuevos designios y tomar nuevas deliberaciones, como se hubiera de haber hecho al princi-

pio, si no estuviera en poder de Francisco Sforza el castillo de Milán, y con esta ocasión, discurrendo el mismo día que se hizo la entrega con el lugarteniente del Papa y con el proveedor de los venecianos sobre el estado de las cosas, dijo que era necesario un capitán general de toda la liga á quien se cometiese el gobierno de los ejércitos, y que no pedía esto más para sí que para otros; pero que había determinado no tomar, sin esta autoridad, ninguna resolución, sino sólo ordenar la gente veneciana, y pidiéndoles que lo significasen á Roma y á Venecia, para apartarle de esta demanda (hecha en tiempo tan fuera de sazón y con gran ira del Papa), fué necesario que el Senado veneciano enviase al ejército á Luis Pisano, gentil hombre de grande autoridad, por cuyo medio se moderó algo este ardor, aunque no se extinguió del todo. Pero en cuanto al modo de proceder en adelante en la guerra, se determinó que el ejército no se apartase de aquel alojamiento hasta que viniesen los suizos que se levantaban en nombre y por medio del rey de Francia, y cuando vinieran, afirmaba el Duque que era necesario hacer dos alojamientos por dos partes diferentes alrededor de Milán, no para asaltar aquel lugar ni intentar forzarle, sino para obligarle á rendirse por falta de vituallas, lo cual decía que esperaba podría suceder en término de tres meses, rebatiendo siempre con gran ardimiento la opinión de aquellos que aconsejaban que, haciéndose estos alojamientos, se intentase expugnar aquella ciudad, contra los cuales alegaba que, por estar la liga muy poderosa de dinero y teniendo los imperiales tanta falta de él, todas las razones prometían la victoria de la empresa, y ninguna hacía temer lo contrario sino el deseo de acelerarla; porque consumiendo á los contrarios con el tiempo y la paciencia, no había duda que las cosas llegarían á feliz fin. Respondiéndole alguna

vez que el discurso era muy verdadero, siempre que se pudiese tener seguridad que de Alemania no vendría socorro de nueva infantería, pero que si venía tal que los enemigos pudiesen salir á la campaña, no se podría negar que las cosas quedarían totalmente sujetas al arbitrio de la fortuna, replicaba que en este caso tenía por más cierta la victoria, porque, conociendo el calor de Borbón, juzgaba que siempre que se tuviese por igual en fuerzas al ejército de los coligados, saldría tan adelante que les daría ocasión de alcanzar con facilidad algún próspero suceso que acelerara la victoria.

Mas porque respecto de las dificultades que se entendía haber en la conducción de los suizos se temía que su venida tardara muchos días, siendo por esto muy dañosa la pérdida de tanto tiempo, se determinó, principalmente por consejo del duque de Urbino, é instando también á ello el duque de Milán, enviar luego á Malatesta Baglione con trescientos hombres de armas, trescientos caballos ligeros y cinco mil infantes á la expugnación de Cremona; empresa juzgada por fácil, porque había dentro poco más de doscientos hombres de armas, doscientos caballos ligeros, mil infantes tudescos escogidos y trescientos españoles, muy poca artillería, menos municiones y no muchas vituallas; el pueblo de la ciudad envilecido, abatido y enemigo; el castillo contrario, el cual, aunque estaba separado de la ciudad con una trinchera, á pesar de ello, por relación de Aníbal Piccinardo, su castellano, se podía esperar quitarle los traveses y ganar á Cremona con facilidad.

Fué Malatesta con estos consejos á Cremona, y habiéndose, por su ida, disminuído la gente del ejército, no estaba el Duque sin grandes sospechas de que la que estaba en Milán acometiese una noche los alojamientos. ¡Tan lejos estaban las cosas de la esperanza

de la victoria! Había, sin embargo, muchas escaramuzas por orden de Juan de Médicis, en las cuales, aunque se veía mucho la ferocidad de su ánimo y el valor de los infantes italianos, que había estado oculto hasta que comenzaron á ser gobernados por él, con todo eso, no ayudaban, sino dañaban para la suma de la guerra por las muchas muertes de los infantes ejercitados y de mayor ánimo.

Pero en este medio los sucesos contrarios de las cosas habían enflaquecido mucho el ánimo del Papa, no hallándose bien prevenido de dineros para la prolija guerra que se mostraba, ni dispuestos para proveerlos en aquella forma que pedía la importancia de las cosas, y como acostumbraban hacerlo los otros Pontífices.

También le turbaba mucho el no ver que los efectos del rey de Francia correspondiesen á las obligaciones de la liga ni á lo que todos se habían prometido de él, porque, demás de haber procedido muy lentamente en la paga de los cuarenta mil ducados para el primer mes, y de la tardanza usada en las provisiones necesarias para los despachos de los suizos, no se veía ninguna prevención para dar principio á la guerra de la otra parte de los montes, alegando que era necesario que primero se intimase al Emperador, según se disponía por los capítulos del acuerdo, porque, haciéndose de otra manera, el rey de Inglaterra, que tenía liga particular con el César en defensa común, acaso le ayudaría; mas haciéndose la intimación cesaría este respecto, y entonces movería con presteza la guerra esperando que el rey de Inglaterra haría lo mismo; el cual prometía, luego que se le hubiese intimado, protestarla al Emperador y después entrar en la confederación hecha en Cognac.

Procedía también el Rey tibiamente en prevenir la armada marítima, y lo que manifestaba más su ánimo

era que tardaban mucho en pasar los montes las quinientas lanzas que estaba obligado á enviar á Italia. Decíase que procedía esta tardanza de la negligencia de los franceses, de la falta de dinero y crédito con los mercaderes de Lyón, y de estar la gente de armas en gran desorden por el daño recibido en la batalla de Pavía, y porque después habían recibido poco ó ningún dinero, de manera que habiendo de volverse á poner en orden, no podían despacharse sin dilación de mucho tiempo.

Pero quien consideraba más interiormente los progresos de las cosas comenzaba á temer que deseaba más el Rey que se alargase la guerra que no que se abreviase la victoria; temiendo, como es corta la fe y confianza que hay entre los Príncipes, que los italianos, en recuperando el ducado de Milán, haciendo poco caso de sus intereses hiciesen, sin intervención suya, concordia con el Emperador, ó que verdaderamente fuesen tan negligentes en apretarle de manera que le obligasen á restituirle sus hijos. Aumentaba la suspensión del Papa ver que el rey de Inglaterra, pidiéndole que entrase en la confederación de que había sido consejero, sin corresponder á las persuasiones y promesas que primero había hecho, demandó (más por interponer dilación que por otra cosa) que los confederados se obligasen á pagarle el dinero que le debía el Emperador, y que el Estado y la renta que se le había prometido en el reino de Nápoles se pasase al ducado de Milán.

Temía también el Papa que los Colonnas (los cuales con varios movimientos le tenían en continuas sospechas) le acometiesen con las fuerzas del reino de Nápoles, por lo cual, juntando todas las dificultades y peligros, hacía instancia con los coligados para que, además de solicitar cada uno por su parte las provisiones de tierra y mar expresadas en los capítulos de la liga,

se acometiese entre todos al reino de Nápoles con mil caballos ligeros, doce mil infantes y algún número de gente de armas; juzgando por los efectos sucedidos hasta aquel día que no podían suceder las cosas prósperamente si el Emperador no era apretado en otra parte que en el ducado de Milán.

Por estas causas envió al rey de Francia á Juan Bautista Sanga, romano, uno de sus secretarios, para incitarle á tomar la guerra con mayor calor, mostrándole cuán exhausto se hallaba y poco poderoso para continuar en los mismos gastos si no le socorría también él con alguna cantidad de dinero; que no obstante que en la confederación no se había tratado acometer el reino de Nápoles mientras duraba la guerra de Lombardía, se dispusiese á hacerlo al presente, y que aunque los venecianos lo habían dificultado al principio por excusar tantos gastos, con todo eso, vencidos por sus instancias, consentían intervenir en ella aun sin el Rey, pero con tanto menor número de gente cuanto importaba su parte; que el Rey, por esta causa, demás de las quinientas lanzas, para cuyo cabo había señalado al marqués de Saluzzo, movido más, según decía, de su buena fortuna que de su valor, enviase otras trescientas lanzas á Lombardía para poder pasar una parte al reino de Nápoles; que se solicitase la venida de la armada de mar, ó para apretar con ella á Génova ó para volverla contra el reino de Nápoles y, aunque la despachasen los franceses con la misma dilación que hacían las otras provisiones, con todo eso, se solicitaba continuamente.

La armada del Rey era de cuatro galeones y diez y seis galeras, la del Papa de once y la de los venecianos trece galeras, y de toda ella el capitán general, á instancia del Rey, Pedro Navarro, no obstante que el Papa se había inclinado á Andrea Doria.

Ordenóse, demás de esto, secretamente á Sanga que incitase al Rey á hacer la empresa de Milán para sí, para darle ocasión que con todas sus fuerzas entrase en la guerra.

Tuvo también Sanga comisión para ir después al rey de Inglaterra á pedirle ayuda de dinero, pues aquel Rey, desde el principio, deseaba tanto la guerra contra el Emperador, que si la liga se hubiera tratado primero en Inglaterra, como él y el Eboracense lo deseaban, se cree que entrara en la confederación; pero no habiéndolo sufrido el tiempo ni la necesidad del castillo de Milán que se tuviese larga plática, después que vió hecha la liga por los otros, le pareció que podía estarse á la mira como juez.

El Papa, provocado por los venecianos y no menos por el rey de Francia, el cual para este efecto había enviado á Ferrara al obispo de Bayeux, trataba también de componer las diferencias con aquel Duque, aunque más en la apariencia que en el efecto, proponiéndole diversos partidos, y entre otros que le daría á Ravena en trueque de Módena y de Regio, cosa despreciada por el Duque, no sólo porque habiendo cobrado ánimo por la retirada del ejército de las puertas de Milán, estaba más difícil en los partidos propuestos, principalmente en este de Ravena, sino también por ser muy diferentes las rentas, y porque esto le parecía medio para hacerle vivir algún tiempo en diferencia con los venecianos.

Estas eran las pláticas, las prevenciones y las obras de los confederados diferidas, interrumpidas y variadas según las fuerzas, los fines y los consejos de los Príncipes.

Mas no había en el Emperador, cuyas deliberaciones dependían del mismo, negligencia ni irresolución en lo que sufrían sus fuerzas porque, habiendo el rey de Fran-

cia, á instancia de los embajadores de los coligados, negado licencia al Virrey para pasar á Italia (que se la pedía con lágrimas) se había vuelto á España, rehusando dádivas de valor de veinte mil ducados, llevando consigo una cédula de mano del Rey de que estaba dispuesto á guardar el acuerdo de Madrid, trocando la restitución de la Borgoña en paga de dos millones de ducados; con cuya vuelta el Emperador, perdida toda la esperanza de que el rey de Francia guardase la capitulación, determinó enviarle á Italia con una armada que llevase los infantes tudescos que estaban en Perpiñán en número casi de tres mil, y tantos españoles que en todos fuesen seis mil.

Disponía enviar de nuevo á Milán cien mil ducados solicitando el despacho de la armada, que no podía ser tan presto porque, además del tiempo que se gastaba en juntarla y en disponer la infantería española, era necesario pagar á los tudescos cien mil ducados que se les debían de sus sueldos pasados.

Ordenaba también continuamente en Alemania que se enviase á Milán socorro de nueva infantería; mas no proveyendo dinero para pagarla, y no estando poderoso su hermano para proveerle, por su pobreza, caminaba muy despacio este despacho.

Mas la tardanza y los sucesos poco prósperos de los confederados eran causa que se pudiese esperar cualquier dilación; porque Malatesta, que había llegado á Cremona, plantó á 7 de Agosto en la noche la artillería á la puerta de la Mussa, juzgando que aquel lugar era flaco, porque tenía malos traveses y sin terraplén, y, queriendo al mismo tiempo dar el asalto por la parte del castillo, juzgaba que era á propósito batir en lugar apartado para que estuviesen obligados los de adentro á dividir en diferentes partes su gente. Pero cuando hubo batido, pareciendo que estaba fuerte y bien repa-

rado aquel lugar y la batería hecha tan alta que quedaba mucha altura desde el suelo á lo alto de la muralla, se resolvió á no dar el asalto, sino comenzar, con diferente consejo, una batería nueva cerca del castillo, en un lugar llamado Santa Mónica, donde ya había batido Federico de Bozzole. Al mismo tiempo hacía dos trincheras sobre la plaza del castillo, una que iba á mano derecha hacia el Pó, donde los de adentro habían hecho dos, y esperaba con la suya quitarles un reparo, al cual se habían arrimado ya seis brazas; este reparo estaba en su primer trinchera cerca de la muralla del lugar y, tomándole, trazaba servirse de él por baluarte para batir el lienzo de la muralla, donde batieron primero los franceses, por lo cual los imperiales hacían otro reparo á las espaldas de su última trinchera. La otra trinchera de Malatesta estaba á mano izquierda, hacia la muralla, y ya tan cerca á la de los enemigos que se alcanzaban con las piedras. Llegadas las trincheras á su designio, determinaba hacer la batería.

No le impedía para trabajar la artillería de los enemigos, porque en Cremona no había más que cuatro falcones, pocas municiones y tiraban muy poco; con todo eso, los infantes de adentro, cuando salían fuera, no dejaban de hacer daño á los que trabajaban en las trincheras, poniéndoles muchas veces en grande dificultad, no obstante que tenían mucha guarda, por lo cual, Malatesta, casi incierto de lo que había de hacer, confundía, no con mucha alabanza suya, con varios juicios escritos en sus cartas á los capitanes del ejército; los cuales, viendo que continuamente se hacía más difícil la expugnación, hicieron ir á su ejército mil doscientos infantes tudescos conducidos de nuevo por los venecianos á costa suya y del Papa, y pocos días después, para remediar la discordia y emulación que había entre Malatesta y Julio Manfrone, fué al ejército con

tres mil infantes el proveedor Pésaro que, de muy amigo del duque de Urbino, le era ya poco acepto. Pero la noche del 13 de Agosto, cerca de amanecer, mandó plantar Malatesta cuatro piezas de artillería entre la puerta de San Lucas y el castillo para tomar un reparo, donde, habiendo batido casi todo el día, hizo desembarcar la trinchera con esperanzas de tomar el reparo la misma noche. Mas á la quinta hora de ella, saliendo del lugar pocos infantes tudescos, acometieron la guardia de la trinchera, que la formaban entre los de dentro y los de afuera de ella más de mil infantes, y desordenándolos les obligaron á desampararla; aunque el día siguiente fueron también ellos obligados á irse de allí, de manera que la trinchera, hecha con tanto trabajo, quedó desamparada de ambas partes. Quiso la fortuna mostrarse favorable á los de afuera si hubieran sabido, ó conocer, ó aprovechar ocasión, porque la noche antes del 15 de dicho mes, se cayeron por sí mismas cerca de cincuenta brazas de muralla entre la puerta de San Lucas y el castillo, juntamente con una pieza de su artillería, donde, si luego que amaneció se hubiera plantado con presteza la batería, quedarán los de adentro (espantados por accidente tan imprevisto) sin esperanza de resistir; porque el lugar donde habían de estar para la defensa quedaba descubierto á la artillería del castillo. Mientras Malatesta tardaba primero en resolverse y después en pensar en poner en orden el asalto, trabajando los soldados de adentro con solicitud y cubriéndose primero con reparos de la artillería del castillo, se repararon también, por el frente, de los enemigos, de manera que cuando se presentó el asalto, que ya eran veinte horas del día, aunque se volvió hacia aquella banda la mayor parte del ejército, con todo eso, se acercaron con grande trabajo porque iban muy descubiertos, y al arrimarse los batían, además de las otras

defensas, con infinitas piedras echadas por los de adentro, de modo que quedaron allí muertos Julio Manfrone, el capitán Macone y otros muchos soldados de calidad.

Dióse al mismo tiempo otro asalto por el camino del castillo donde fueron rebatidos, aunque con poco daño, y estaba ordenado que por la batería hecha en Santa Mónica se diese otro asalto con ochenta hombres de armas, cien caballos ligeros y mil infantes; pero habiendo hallado el foso lleno de agua y el lugar bien fortificado, se retiraron sin intentar nada.

Llegó después el proveedor Pesaro con tres mil infantes italianos, con más de mil suizos y con nueva artillería para poder hacer dos baterías, dando el asalto por cada una con tres mil infantes, y acometer también por la parte del castillo con dos mil, y habiendo traído al ejército grande cantidad de gastadores, trabajaban con cuidado en las trincheras, y despuntada una de ellas á 23 de Agosto, alcanzaron, después de largo combate, poder cubrir un costado de los enemigos.

La noche del veinticinco se hicieron dos baterías, una guiada por Malatesta, de la otra parte del lugar donde había batido Federico; la otra, á la puerta de la Mussa, dirigida por Camilo Orsino: ambas tuvieron corto suceso, porque el terreno donde la plantó Malatesta, por ser lagunoso, no tenía firme la artillería, y bajándose cada vez que tiraba, daban los cañonazos muy arriba; la de Camilo fué más baja, mas hallóse que estaba allí el foso con agua y tantos traveses de arcabuces que no se podía pasar adelante. No obstante estas dificultades, se dió el asalto y se recibió en aquella parte gran daño; y aunque, por el lado de Malatesta, llegaron los infantes á la muralla, pasando un foso que tenía dentro más honda el agua de lo que se había entendido, fueron fácilmente rebatidos. Por la parte del castillo, derribando también una parte del bastión, su-

bieron sobre él los infantes, mas porque la bajada de la parte de adentro estaba muy alta, fueron rebatidos los que lo asaltaron, habiendo dado por todas partes con poca orden los asaltos y con poco daño de los enemigos; quedando muchos muertos y heridos.

Estos desórdenes y el perderse la esperanza de tomar de otra suerte á Cremona (porque en aquel ejército faltaba gobierno y obediencia) obligaron al duque de Urbino á ir á él personalmente, el cual, sacando del ejército que estaba alrededor de Milán casi toda la infantería veneciana, y dejando allí una parte de la gente de armas con toda la eclesiástica y los suizos, que ya habían llegado en número de trece mil, despreciando, ahora que quedaban con menor número de gente, aquel peligro que primero, cuando estaba con mayores fuerzas, mostraba continuamente que tenía; afirmando que no era uso de soldados y menos de los españoles, acometer á otros soldados en la fortaleza de sus alojamientos, fué á los contornos de Cremona trazando vencerla, no por sola la fuerza de la batería y asaltos, porque los reparos de los enemigos eran muy gallardos, sino procurando con grande número de gastadores arriarse á sus trincheras y reparos, y con la fuerza de las zapas, más que con las armas, apoderarse de ellos. Fué culpado por los capitanes imperiales el gobierno de esta empresa contra el ducado de Milán en muchas cosas, principalmente por la retirada de Milán, y no menos por haber intentado desde el principio con pocas fuerzas la expugnación de Cremona, confiando vanamente en que era fácil tomarla, y que después, descubriendo las dificultades, la hubiesen continuado, empuñando en aquella empresa tal parte del ejército que les hubiese estorbado las ocasiones mayores que tuvieron en el tiempo que se gastó allí; porque habiendo llegado ya el ejército al entero número tan deseado de los

suizos, se podía fácilmente, guardando á Milán con dos ejércitos (como siempre se había trazado) impedir la gran copia de vituallas que continuamente entraba en la ciudad por el camino de Pavía; lo cual no podía estorbar el ejército solo que estaba en el Ambra, por tener que hacer gran rodeo.

Pero mucho más importó perder la ocasión que quizá se tenía de forzar á Milán, porque á la gente que estaba dentro le había dado tantas enfermedades, que bastando con dificultad los que estaban sanos para hacer las facciones y guardas ordinarias, juzgaron muchos, y los mismos imperiales, que si en aquel tiempo hubieran sido apretados, tenían gran peligro de perderse.

Pero mayor y más cierta ocasión era también la de tomar á Génova, porque estando la armada veneciana junta con la del Papa en Civitavecchia, y habiéndose después detenido en el puerto de Liorna para esperar la armada de Francia, que con diez y seis galeras, cuatro galeones y otros cuatro navíos, llegada á la ribera de poniente, había, por voluntad de la ciudad, ganado á Savona y toda la ribera, tomando después muchos navíos cargados de trigo que iban á Génova, pasó á Liorna á juntarse con las otras.

Habiase determinado también que, á costa de todos los coligados, se armasen en el puerto de Marsella doce naves gruesas, ó para acometer (según el parecer de Pedro Navarro) junto con las galeras francesas, la armada que se prevenía en el puerto de Cartagena, ó á lo menos para encontrarla en el mar.

Hiciéronse á la vela las tres armadas el 29 de Agosto, la eclesiástica y la veneciana se detuvieron en Portofino y la francesa volvió á Savona, de donde sin embarazo, cerrando todos los mares, apretaban de tal manera á Génova, donde había falta de vituallas, que no pudiendo entrar ya en la ciudad por mar cosa alguna, no se

dudó que si se hubiera enviado algún número de gente por el camino de tierra á impedir aquello que solo venía á ser su refugio, fuera necesario que se rindiese Génova, y los capitanes de las armadas no hacían instancia por otra cosa, unas veces con cartas y otras con mensajeros, pidiendo que á lo menos se enviase por el camino de tierra cuatro mil infantes.

No se podía sacar gente del ejército de Cremona, y pareciendo al Duque y á los otros peligroso disminuir el ejército que estaba en Milán, se entretenían con esperanza de que, en acabando en Cremona, se enviaría una parte bastante de gente.

Esta empresa, por ser gallardo el valor de los defensores y porque las obras grandes que se hacen con gastadores piden mucho tiempo, procedía cada día más despacio de lo que se había creído, aunque el Duque, habiendo traído al ejército dos mil gastadores, mucha artillería, municiones y gran copia de instrumentos á propósito, hacía trabajar continuamente en las trincheras del castillo y del reparo de hacia el Pó, para ganarlo y servirse de él por baluarte, aunque los enemigos, después de dudar muchos días, se habían retirado atrás con un gallardo reparo. Trabajábase también en las dos cabezas de la trinchera que atravesaba la plaza del castillo, para arruinar los bastiones que tenían allí los enemigos, y entre las dos trincheras se hacía otra de seis brazas de ancho, cubriéndose con el terreno por el frente y el costado, para hacer un bastión en arrimándose al foso de la trinchera de los enemigos. Hacíase también un foso fuera del castillo hacia la muralla del lugar, para ir á buscar el reparo por la parte de la muralla arruinada, y hacia la puerta de San Lucas hasta la misma muralla, se hacía otra trinchera.

No cesaban de batir con la artillería plantada en el castillo los reparos de los enemigos, los cuales, por la

malicia del terreno (que era de tierra muy menuda) se penetraban fácilmente; no estando ociosos los de adentro porque, por desconfianza de poder sustentar mucho tiempo sus trincheras y bastiones, hacían un foso hacia las casas de la ciudad y salían muchas veces fuera con gran valor á acometer á los que trabajaban. La noche del siete asaltaron por tres partes las trincheras que se hacían por la parte del castillo, donde, hallando á los infantes que la guardaban casi todos durmiendo, mataron más de ciento y algunos capitanes y llegaron hasta el rebellín del castillo. Mas, con todo eso, sus cosas se apretaban continuamente, porque, haciéndose el duque de Urbino el camino con las trincheras hasta sus reparos que separaban el castillo de la ciudad, acometiéndolos después con algunos arcabuceros y buenos soldados cubiertos con rodelas, les hacía gran daño, y también la artillería de las torres del castillo los maltrataba mucho, por lo cual los imperiales quemaron su reparo hecho en el bastión para que no fuese parapeto á los de afuera, y, habiendo desembocado dos trincheras el diez y nueve en sus fosos, se retiraban con otras, de las cuales hacía poco caso el duque de Urbino porque, por la brevedad del tiempo, no podían estar bien fortificadas, y porque, retirándose á lo más ancho, era necesario mayor guarda para defenderlas.

Por la parte del ejército, si bien estaban acabadas las obras, se procedía con algún despacio, siendo necesario poner en orden y renovar la infantería veneciana, por haber estado mucho tiempo sin dinero y estar por esta razón muy disminuída de número; sobreviniendo siempre en las cosas de los coligados desórdenes sobre desórdenes. Mientras se atendía á esto, salían muchas veces los imperiales de noche á tentar las trincheras, si bien era en vano, porque la experiencia del daño recibido había enseñado á los otros.

Conducida bastante infantería, comenzó el duque de Urbino á batir el día 22 solícitamente una torre cerca de la batería de Federico, y habiendo tirado pocos tiros, conociendo que los enemigos estaban reducidos á términos que no podían rehusar concertarse, envió dentro un trompeta á pedir la ciudad. Salió fuera con el trompeta un capitán tudesco, otro español y Guido Vaina. Se capituló con ellos el día siguiente que, no teniendo socorro por todo el mes, hubiesen de dejar á Cremona, y que á los tudescos se les permitiese irse á Alemania y á los españoles al reino de Nápoles, prometiendo que no irían dentro de cuatro meses á la defensa del Estado de Milán; que dejasen toda la artillería y municiones y partiesen con las banderas recogidas, sin son de cajas, ni trompetas, excepto al levantarse.

En este medio el rey de Francia (en cuya corte se detuvo poco después el cardenal Salviati como legado, habiendo partido de España con licencia del Emperador) había respondido á las demandas hechas en nombre del Papa disculpándose de que las obras no fueran iguales á la voluntad por estar muy exhausto de dinero; pero que si concedía facultad para cobrar una décima de las rentas beneficiables en todo el reino, le ayudaría con veinte mil ducados al mes de una parte del dinero que se cobrase, y que concurriría en la guerra de Nápoles; pero negaba el haber de atender á la conquista del ducado de Milán por sí mismo, aunque al principio había mostrado inclinación á ella, mayormente disuadiéndole de este intento Lautrec y su madre. Daba la esperanza de romper la guerra de la otra parte de los montes, mas decía que era necesario que procediese la intimación y, una vez hecha, ofrecía romper la guerra por los confines de Flandes y de Perpiñán, aunque se entendía que no había allí disposición, siendo

en esto diferente su ánimo que el del rey de Inglaterra, con el cual hizo poco fruto el despacho hecho por el Papa porque, queriendo el cardenal Eboracense entretener á cada uno, y ser rogado por todos, no procedían á ninguna conclusión; antes el Rey y el Cardenal respondían muy á menudo estas palabras: «A nosotros no nos tocan las cosas de Italia».

CAPITULO V.

Los venecianos toman dos mil grisonos á su sueldo.—Desórdenes en Roma que impiden el progreso de las armas de los coligados.—El rey de Hungría es derrotado y muere en la batalla.—Los Colonnas asaltan y saquean á Roma.—El Papa se retira al castillo de Saint'Angelo.—Tregua entre el Papa y los imperiales.—Llega al ejército el marqués de Saluzzo con los franceses.—Cremona es devuelta á Francisco Sforza.—Los embajadores de los confederados intiman la liga al César.—Respuesta del César á los embajadores.—Fruntsberg recluta soldados en Alemania á favor del César.—El Papa determina ir á tratar personalmente con el Emperador.—Le disuaden de este intento y vuelve sus fuerzas contra los Colonnas.—El cardenal Colonna es privado del capelo.—Negociaciones con el duque de Ferrara.—El duque de Urbino hace frente á Fruntsberg.—Muerte de Juan de Médicis.

En este tiempo, temiendo los confederados que los grisonos (los cuales durante el asedio del castillo de Milán habían recuperado y arrasado á Chiavenna) fuesen con el duque de Borbón, ó á lo menos permitiesen que los tudescos que se esperaban en su socorro pasasen por su país, se obligaron el Papa y los venecianos á conducir dos mil infantes grisonos á sus sueldos, á pagar al

castellano de Mus cinco mil y quinientos ducados que le habían prometido por fuerza (el cual, temiendo al duque de Milán cuando vino al ejército, había huído de él, y después, pretendiendo que era acreedor de las pagas de los suizos, puso preso dos embajadores venecianos que iban á Francia), á restituir á los grisonos otros tantos que habían gastado; á librarles de los tributos nuevos que se habían impuesto á los que navegaban por el lago de Como; los cuales se obligaron á impedir el paso á los tudescos é hicieron que Tegan, su capitán, tomado á sueldo por el duque de Borhón con dos mil infantes, no partiese.

Entre tanto procedían las cosas de Lombardía flojamente, porque el ejército que estaba alrededor de Milán, en el cual se había disminuído mucho el número, mas no las pagas de los suizos, estaba ocioso sin hacer más que sus acostumbradas escaramuzas. Más solícitas eran y mayores molestias producían las obras de los españoles que estaban en Carpi, los cuales, teniendo en secreto avisos de espías y comodidad de acogidas en el territorio del duque de Ferrara, hacían gran impedimento á los correos y á las otras personas que iban al ejército, y corriendo por todas las comarcas circunvecinas hasta el Boloñés y el Mantuano, si bien no contra otros que contra los vasallos de la Iglesia, hacían daños innumerables.

Había pasado al fin al Piamonte el marqués de Saluzzo con las quinientas lanzas francesas. Por su venida se retiró á Bassignana Fabricio Maramaus que, teniendo sitiada á Valenza, en cuya guarda estaba Juan de Birago, la batía con la artillería. Pero rehusando el Marqués pasar más adelante si los confederados no le pagaban por igual parte cuatro mil infantes, que con esta intención había traído de Francia, fué necesario convenir en ello, por hacer el Rey gran instancia para

la seguridad de su gente de armas y para mayor reputación del Marqués.

Ocupó al mismo tiempo Sinibaldo del Fiesco la villa de Pontremoli, poseída por Sforcino; mas con la misma facilidad se recobró presto por medio del castillo.

En Milán había grande falta de dinero porque del Emperador no venía provisión alguna, y la pobreza y los gastos intolerables de los milaneses eran tales, que se cobraban con dificultad los treinta mil ducados que había prometido el pueblo al duque de Borbón. En servicio de éste entraron, por no aceptarlos á su sueldo los confederados por los grandes gastos que tenían, Galeazzo de Birago y Ludovico de Belgioioso, los cuales habían seguido hasta aquel día la parte francesa.

En este tiempo ocupó Juan de Birago á Noví.

En estos movimientos el Estado del marqués de Mantua era como común á todos, disculpándose por ser soldado del Papa y feudatario del Emperador; y estando cerca de acabarse su compromiso, lo contrajo de nuevo por otros cuatro años con el Papa y con los florentinos, con expresa condición de no estar obligado á obrar ni con su persona ni con su Estado contra el Emperador, aunque al principio de la guerra había deseado ir personalmente al ejército; mas no agradándole al Papa, porque no confiaba en su mando, le había respondido que, siendo feudatario del Emperador, no quería ponerle en este peligro.

Este era entonces el estado de las cosas en Lombardia.

En Toscana, no teniendo los florentinos ni ejércitos ni armas en su territorio, sentían el gasto y las molestias de la guerra; porque, careciendo el Papa de dinero por modos ordinarios, y obstinado en no proveerlo con extraordinarios, dejaba, con gran impiedad, sobre sus hombros casi todos los gastos que se hacían en Lombardia.

Los sieneses no estaban sin molestias en las partes marítimas, porque Andrea Doria, que al principio había ocupado á Talamone y á Puerto de Hércules, los hacía continuamente guardar; aunque Talamone poco después fué entregado á los sieneses por el capitán que estaba en su guarda. Los expatriados, alentados por el Papa, hacían algunas molestias por la parte de la marina, en la cual Juan Pablo, hijo de Renzo de Ceri, soldado del Papa, tomando por sorpresa la puerta de la villa de Orbatello, y llegando después el padre con su caballería é infantería, ocupó el lugar.

En Roma sucedieron cosas de gran consideración, causadas, no por el valor de las armas, sino por ardidés y fraudes, con gran ignominia del Papa y con desorden de las esperanzas de Lombardía, donde se aguardaba, con la toma de Cremona, acabar con la empresa de Génova y poder, según los primeros designios, hacer dos alojamientos alrededor de Milán. Porque después de la rota recibida en Siena, no esperando el Papa poder trabajar con grandes efectos á los Colonnas, y teniendo ánimo á acometer con mayores fuerzas (como está dicho) al reino de Nápoles y, por otra parte, no esperando los Colonnas ni los agentes del Emperador poder hacer efecto considerable contra él hasta que viniese el Virrey con la armada de España, enviando á Roma á Vespasiano Colonna, á cuya fe dió crédito el Papa, habían capitulado juntos á 22 de Agosto que los Colonnas devolviesen á Anagna y los otros lugares tomados; que retirasen la gente al reino de Nápoles y no tuviesen soldados en los lugares que poseían en el dominio eclesiástico, y que pudiesen libremente servir al Emperador contra cualquiera en la defensa del reino de Nápoles; y, por otra parte, que el Papa perdonase á todos las ofensas que le habían hecho; que revocase el monitorio dirigido contra el cardenal Colonna, y que no

ofendiese sus Estados ni los dejase ofender por los Orsini.

Mientras el Papa reposaba descuidado debajo de la seguridad de esta capitulación, haciendo más caso que de ninguna otra cosa de la palabra de Vespasiano, despidió la caballería y casi toda la infantería que había levantado, y enviado la que le quedaba á alojar en los lugares circunvecinos, habiéndose también entibiado en los designios de acometer el reino de Nápoles. Las muchas quejas y protestas que tenían de Milán y de Génova los ministros del Emperador residentes en aquel reino, adonde se significaba que, si no se interrumpían los progresos de los confederados con poderosas diversiones, no podrían sustentarse más aquellas ciudades, les obligó á que, no teniendo modo para hacer descubiertamente gallarda guerra y que produjese remedios pronto, volviesen el ánimo y los pensamientos á oprimir con cautelas al Pontífice.

Mientras se disponía esto, para que se añadiese á la aflicción que tenía por sus cosas propias la de las públicas, llegaron nuevas de que el otomano Solimán, príncipe de los turcos, había roto en batalla ordenada á Luis, rey de Hungría, consiguiendo la victoria, no menos por la temeridad de los enemigos que por sus fuerzas; porque los húngaros, aunque muy pocos en número en comparación de tantos contrarios, confiándose más en las victorias ganadas en lo pasado muchas veces contra los turcos, que en las cosas presentes, persuadieron al Rey, mozo de edad y de consejo inferior á los años, que, por no obscurecer la fama ni la antigua gloria militar de sus pueblos, sin esperar el socorro que venía de Transilvania, fuera á encontrar los enemigos, no rehusando tampoco pelear en campaña descubierta, en la cual los turcos, por la innumerable multitud de caballos, son casi invencibles. Correspon-

dió, pues, el suceso á la temeridad é imprudencia. Fué roto el ejército, recogido de toda la nobleza y hombres valerosos de Hungría, con gran matanza de ellos; muerto el mismo Rey y muchos de los principales prelados y barones del reino, teniéndose por cierto que por esta victoria había de establecer el turco para sí todo el reino de Hungría, con gran perjuicio de toda la cristiandad, de la cual había sido aquel reino muchos años escudo y muralla.

Conmovióse el Papa grandemente (por que hace en los ánimos ya turbados y afligidos mayores impresiones los nuevos disgustos que en los ánimos vacíos de las otras pasiones) por lo cual, resolviendo en su entendimiento nuevos pensamientos, y mostrando en las acciones, en las palabras y en las señales del rostro infinito dolor, llamando á los cardenales al Consistorio, se lamentó tristemente con ellos de tan gran daño é ignominia de la religión cristiana, á la cual dijo que nunca había faltado de acudir, así con aconsejar y rogar continuamente á los Príncipes cristianos por la paz, como con socorrer, aun en tiempo de tan graves necesidades suyas, á aquel reino con grande cantidad de dinero; y que había sido para la defensa de aquel reino y por el peligro del resto de la cristiandad muy desacomodada y fuera de propósito la guerra presente; que él lo había visto y conocido desde el principio, mas que la necesidad le había inducido, pues veía que se habían despreciado todas las condiciones justas para la quietud y seguridad de la Sede Apostólica y de Italia, á tomar las armas contra aquellos; que siempre había sido su intención, porque la neutralidad usada con él antes de esta necesidad y las condiciones de la liga que había hecho, mirando todas al beneficio común, mostraban suficientemente que no le había movido ninguna consideración de los intereses propios y particulares suyos.

y de su casa, sino que á Dios, quizá por algún buen fin, le había agradado que fuese herida la cabeza de la cristiandad, y en tiempo que todos los otros miembros de este cuerpo estaban con otros pensamientos que los del bien común.

Creía que su voluntad era que, por otro camino, se procurase sanar tan grave enfermedad, y que así, tocando este cuidado más á su oficio pastoral que á otro alguno, había dispuesto, pospuestas todas las consideraciones de la descomodidad, del peligro y de su dignidad, procurando lo más presto que pudiese una suspensión de armas en Italia con cualquier condición, embarcarse en la armada é ir personalmente á buscar los Príncipes cristianos para alcanzar de ellos con persuasiones, con ruegos y con lágrimas, la paz universal de la cristiandad. Que aconsejaba á los Cardenales que se dispusiesen para esta jornada y para ayudar al Padre común en tan piadoso oficio; que rogaba á Dios favoreciese tan santa obra, y cuando, por los pecados de todos, no pudiese llegar á perfección, quisiese por lo menos concederle gracia, para que tratándolo, le sobreviniese la muerte antes de ser excluído de la esperanza; porque ninguna infelicidad ni miseria le podría ser mayor que perder la esperanza y facultad de poder poner mano saludable en incendio tan dañoso y pestífero.

Oyóse con gran atención y no menor lástima la propuesta del Papa y fué muy alabada. Pero hubiéralo sido más si sus palabras tuvieran tanto crédito como tenían autoridad en sí; porque la mayor parte de los Cardenales decía que, habiendo tomado las armas contra el Emperador en tiempo en que por las prevenciones públicas de los turcos, era manifiesto el peligro de Hungría, le conmovía más la dificultad á que se había reducido la guerra que el peligro de aquel reino; de lo cual no se podía hacer verdadera experiencia.

Porque, comenzando los Colonnas á ejecutar su traición trazada, habían enviado á César Filetino, su secuaz, con dos mil infantes á Anagna (donde estaban por el Papa doscientos infantes pagados) con demostración, para ocultar sus pensamientos, de querer tomar aquel lugar; pero teniendo verdaderamente otro desig- nio. Ocupados todos los pasos y hecho toda diligencia para que no viniesen á Roma otros avisos de sus pro- gresos; recogida la gente que se había enviado á los contornos de Anagna, y con ella y con la otra que te- nían, que en toda eran ochocientos caballos y tres mil infantes, pero casi toda gente forzada; caminando con gran presteza y no sabiéndose nada en Roma de su ve- nida, llegando la noche antes de 20 de Septiembre, to- maron de improviso tres puertas de Roma, y entrando por la de San Juan Laterano, hallándose allí en perso- na, no solo Ascanio Colonna y D. Hugo de Moncada (porque el duque de Sesa había muerto muchos días antes en Marino) sino también Vespasiano (que había sido medianero de la concordia y había interpuesto su palabra por sí y por todos los otros) y el cardenal Pom- peyo Colonna, tan arrebatado de la ambición y furor, que había conspirado para la muerte violenta del Papa, procurando también (como fué constante y común opi- nión) obligar con la violencia y con las armas á los Car- denales y que le eligiesen para ocupar, con sus manos sangrientas y obras sacrílegas, la Sede vacante.

Al saber el Papa su venida, después de amanecer, lleno de terror y confusión, procuraba vanamente re- mediar este alboroto, porque ni tenía fuerzas propias para defenderse, y del pueblo de Roma, una parte con- tenta con sus malos sucesos y la otra juzgando que no le tocaba el daño público, no hacía señal de movimiento.

Acrescentado por esto el ánimo de los enemigos, se adelantaron é hicieron alto con toda la gente en San

Apóstol, de donde enviaron, por el puente de Sixto, á Trastevere cerca de quinientos infantes con algunos caballos, los cuales, rebatiendo, después de alguna resistencia del Portón de Santo Spirito, á Esteban Colonna, que, siendo soldado del Papa, estaba allí con doscientos infantes, se enderezaron por el burgo viejo á la vuelta de San Pedro y del palacio pontifical, estando todavía dentro de él el Papa, el cual, llamando en vano la ayuda de Dios y de los hombres, inclinándose á morir en su Silla, se prevenía, como ya lo había hecho Bonifacio VIII en el insulto de Sciarra Colonna, para ponerse en el traje y con los adornos pontificales en la cátedra pontifical. Mas desviado con gran dificultad de este propósito por los Cardenales que tenía consigo, que le obligaron á moverse, si no por sí, á lo menos por el bien de aquella Sede, y porque en la persona de su Vicario no fuese tan enormemente ofendida la honra de Dios, se retiró, juntamente con algunos de los suyos más confidentes, al castillo, á tiempo que ya, no sólo los infantes y los caballos que habían venido primero, sino también todo el resto de la gente, saqueaban el palacio y las cosas y ornamentos sagrados de la Iglesia de San Pedro; no teniendo más respeto á la majestad de la religión y al horror del sacrilegio, que habían tenido los turcos en las iglesias del reino de Hungría.

Entraron después en el burgo nuevo, del cual saquearon cerca de la tercera parte, y no se adelantaron más por miedo de la artillería del castillo.

Sosegado después el alboroto, que duró poco más de dos ó tres horas, porque en Roma no se hizo daño ni molestia alguna, D. Hugo, debajo de la palabra del Papa, y recibiendo por rehenes de su seguridad á los cardenales Cibo y Ridolfi, sobrinos del Papa, fué á hablarle al castillo donde, usando palabras convenientes á vencedor, propuso condiciones de tregua; sobre lo

cual, habiéndose diferido la respuesta para el día siguiente, se concluyó la concordia, en esta forma: tregua entre el Papa en su nombre y en el de los confederados y entre el Emperador por cuatro meses, con prórroga de otros dos y con facultad de poder entrar los confederados en ella dentro de dos meses; en la cual fuesen incluidos, no sólo el Estado eclesiástico y el reino de Nápoles, sino también el ducado de Milán, los florentinos, los genoveses, los sieneses, el duque de Ferrara y todos los súbditos de la Iglesia mediata ó inmediatamente; que estuviese obligado el Papa á retirar luego de esta parte del Pó su gente que estaba alrededor de Milán, y á volver á llamar de la armada á Andrea Doria con sus galeras; que perdonase á los Colonnas y á cualquiera que hubiese intervenido en este alboroto; que diese por rehenes de la observancia á Felipe Strozzi y á uno de los hijos de Jacobo Salviati, los cuales se obligó á enviar á Nápoles dentro de dos meses, so pena de treinta mil ducados, y los imperiales y Colonnas á sacar la gente de Roma y de todo el Estado de la Iglesia y retirarla al reino de Nápoles.

Concurrieron én esta tregua ambas partes de buena gana, el Papa por no haber en el castillo vituallas para sustentarse, D. Hugo (aunque reclamando los Colonnas) porque le parecía acción muy en beneficio del Emperador, y porque casi toda la gente con que había entrado en Roma se había deshecho en diferentes partes, cargada con la presa.

Por esta tregua se interrumpieron todos los designios de Lombardía y todo el fruto de la victoria de Cremona, porque, no obstante que casi en los mismos días llegó al ejército con las lanzas francesas el marqués de Saluzzo, con todo eso, faltando la gente del Papa que, por la tregua, se retiró la mayor parte á Plasencia el 7 de Octubre, se desordenó no menos el designio de en-

viar gente á Génova que el de apretar á Milán con dos ejércitos.

Estorbó también algo que el duque de Urbino, hecho el acuerdo con los de Cremona, sin esperar la entrega, fué al Mantuano (aunque ya sabía la tregua que se había hecho en Roma) á ver á su mujer, y habiendo dado á la gente que estaba en Cremona prórroga de tiempo para partir, se esperó su venida alrededor de Cremona tanto tiempo que no estuvo en el ejército antes de mediado el mes de Octubre, con grande detrimento de todos los negocios, porque se trataba de enviar gente á Génova, pedida más que nunca por Pedro Navarro y por el proveedor de la armada veneciana. Y había en el ejército, después que volvió á juntarse con él la gente veneciana, tantas fuerzas que bastaban para hacer este efecto, sin irse de este alojamiento, porque con el marqués de Saluzzo habían venido quinientas lanzas y cuatro mil infantes, y se esperaban cada día los dos mil infantes grisonos conducidos por el acuerdo que se hizo con ellos, y el Papa, aunque hacía pública demostración de querer guardar la tregua, teniendo en secreto diferente intención, había dejado en el ejército cuatro mil infantes debajo del gobierno de Juan de Médicis, con pretexto de que estaban pagados por el Rey, y, debajo de su nombre, retenía la compañía de la gente de armas.

Fuése finalmente la gente de Cremona y se dió la posesión de aquella ciudad á Francisco Sforza, y los tudescos con el capitán Corradino se fueron hacia Trento, pero los caballos é infantes españoles, habiendo pasado el Pó para volverse al reino de Nápoles, y dificultándoles algo el lugarteniente concederles patentes y los salvoconductos necesarios, porque le era molesto al Papa que fuesen á Nápoles, tomando de repente el camino por la montaña de Parma y de Plasencia,

y después volviendo á pasar con presteza el Pó por la Chiarella, llegaron libres á la Lomellina y después á Milán.

No sólo partió de las murallas de Milán el lugarteniente con la gente del Papa, por la observancia de la tregua, sino también Andrea Doria con las galeras se apartó de Génova, de donde habían salido pocos días antes seis mil infantes entre pagados y voluntarios (porque en Génova había cuatro mil infantes pagados) con orden de acometer seiscientos infantes que, con Filipino del Fiesco, estaban en tierra, pero Filipino había hecho en las cumbres de las montañas cerca de Portofino tales fortificaciones y reparos, que les obligó á retirarse con gran daño.

Pocos días después volvió Andrea Doria con seis galeras á Portofino para continuar, juntamente con los otros, el asedio marítimo de Génova.

En el mismo tiempo que sucedían estas cosas con varios sucesos en Italia, los embajadores del Papa, del rey de Francia y de los venecianos intimaron á 4 de Septiembre (tanta dilación se había interpuesto en este acto) al Emperador la liga hecha y la facultad que se le había dado para poder entrar en ella con las condiciones expresadas en los capítulos; y habiendo estado presente á este acto el embajador de Inglaterra, le dió una carta de su Rey en que se le aconsejaba modestamente que entrase en la liga.

Al oír el Emperador esta intimación respondió á los embajadores que no sufría su dignidad entrar en una confederación hecha principalmente contra su Estado y honra, pero que, habiendo estado siempre muy dispuesto á la paz universal, de que había hecho tan clara demostración, se ofrecía á hacerla al presente si ellos tenían poderes bastantes.

Creíase que tenía el ánimo ajeno de esto, mas que

proponía esta plática para mayor satisfacción suya y para dar causa al rey de Inglaterra de suspender el entrar en la liga, entibiar con esta esperanza las provisiones de los coligados é introducir después, con los medios de tratarla, algunos celos y diferencia entre ellos.

Solicitaba por otra parte las provisiones de la armada, que se decía era de cuarenta navíos y de seis mil infantes pagados y, para solicitar su partida, que se juntaba en el puerto tan memorable de Cartagena, partió el Virrey de la corte á 24 de Septiembre, mostrándose el Emperador mucho más pronto y solícito en los negocios que el rey de Francia, el cual, aunque oprimido de intereses tan graves, la mayor parte del tiempo lo gastaba en placeres de caza, bailes y entretenimientos de mujeres. Sus hijos habían sido llevados á Valladolid, perdida ya toda la esperanza de la observancia del acuerdo.

Obligó la venida de esta armada al Papa á armarse, sospechoso de la fe del Virrey y de los españoles, por lo cual, no sólo llamó á Roma á Vitello con su compañía y las de sus sobrinos, sino también á cien hombres de armas del marqués de Mantua, cien caballos ligeros de Pedro María Rosso, y del ejército le fueron enviados dos mil suizos á su costa y tres mil infantes italianos, y con todo eso, continuaba en afirmar que quería ir á España á verse con el Emperador; de lo cual le disuadían casi todos los Cardenales, mayormente no yendo á cosa cierta, y le aconsejaban que enviase primero legados.

Vuelto el duque de Urbino al ejército sin esperanza alguna de conseguir con las armas ni con la hambre á Milán, y haciendo los capitanes de la armada grande instancia para que se enviase gente á molestar por tierra á Génova, determinó, para poder hacer este efecto, apartarse con el ejército de las murallas de

Milán, pero dejando dispuestas las cosas de manera que siempre se estorbasen las vituallas que fuesen á aquella ciudad. Por esta causa dió principio á la fortificación de Monza para poder dejar allí gente que fuese á molestar las que se conducían del monte de Brianza y de los otros lugares comarcanos y, después de fortificarla, pensaba pasar el ejército á un alojamiento de donde se impidiesen las vituallas que continuamente iban á aquella ciudad de Biagrassa y de Pavía, y que en estando fortificado este alojamiento, fuese hacia Génova el marqués de Saluzzo con sus infantes y con una tropa de suizos, cosa deseada con gran extremo por las armadas, por estar reducida Génova á tal apuro de vituallas, que con dificultad se podía sustentar más; pero siendo tales estas deliberaciones que no se podían ejecutar sino con mucho más espacio de lo que convenía al estado de las cosas y á la necesidad de Génova, y no faltando para ganarla más que estorbar las vituallas que se conducían por tierra, no llegaban á tener efecto las cosas trazadas, no obstante que en el ejército se hallaban cuatro mil suizos, dos mil grisones, cuatro mil infantes del marqués de Saluzzo, cuatro mil pagados por el Papa, debajo del gobierno de Juan de Médicis y los infantes de los venecianos, los cuales, según su obligación y lo que afirmaban eran diez mil, pero conforme á la verdad muchos menos.

Levantóse al fin el ejército á último de Octubre del alojamiento donde había estado tantos días, y fué á Pioltello, á cinco millas del primer alojamiento, teniendo, al levantarse, una gran escaramuza con los de Milán, con los cuales salió Borbón en persona.

Era la intención del Duque detenerse en Pioltello hasta que se acabase la fortificación de Monza, donde pensaba dejar dos mil infantes con algunos caballos y después ir á Marignano, donde había determinado ha-

cer el otro alojamiento, tomándole y fortificándole y quizá primero (según decía) tomada también Biagrasa, enviar después la gente á Génova; cosas todas de tanta dilación que daban causa para culparle, no obstante que alegaba en parte de su disculpa las malas provisiones de los venecianos, los cuales, no pagando á la infantería á los plazos debidos, tenían siempre muy falto el número que prometían, y yéndose muchos por la detención de las pagas, estaban necesitados, cuando las hacían, á introducir nueva gente; de manera que como verosímilmente decía el Duque, tenía siempre nueva milicia y nuevo ejército.

Mas la dilación, que hasta aquí parecía que había sido voluntaria, comenzó á tener ocasión y color de necesidad, porque después de muchas pláticas tenidas en Alemania sobre enviar á Italia socorro de infantería, las cuales, por el poco poder del Archiduque, y por no haber enviado el Emperador provisión de dinero, habían sido vanas, Jorge Frundsberg (aficionado á las cosas del Emperador y á la gloria de su nación, y que dos veces, siendo capitán de gruesas tropas de infantería, había estado en Italia con grande reputación en servicio del Emperador contra los franceses) determinado con su hacienda particular á sustentar aquello que no podían los Príncipes, concitó con su autoridad muchos infantes, mostrándoles grande ocasión de robar y de enriquecerse en Italia, y concertado con ellos que con recibir de él un escudo cada uno, le siguiesen al socorro del Emperador, y alcanzando del Archiduque ayuda de artillería y de caballería, se disponía para pasar, juntando la gente toda entre Bolzano y Marano.

Pasada la forma de este aparato á Italia, dió causa el duque de Urbino para dejar el pensamiento de molestar á Génova, reducida casi al último extremo, no obstante que Andrea Doria, disminuyendo las deman-

das primeras, no hacía instancia para tener más que mil quinientos infantes, trazando levantar él otros tantos, los cuales les negó también el Duque, alegando por disculpa la necesidad que había tenido de hacer ir del ejército al Vicentino mil quinientos infantes de los venecianos, por el miedo que estos tenían de que el socorro tudesco se enderezase por aquel camino.

Oponíase el Duque á esta opinión, persuadiéndose de que vendrían por el camino de Lecco, y por esta causa estaba firme en Pioltello para estar más cercano al Adda, publicando que quería ir á encontrarles y pelear con ellos de la otra parte del Adda, á la salida del valle de Sarsina.

Así comenzaron nuevas y mayores dificultades en las cosas de Lombardía.

Se había encendido también un nuevo fuego en la tierra de Roma, porque el Papa, espantado con el accidente de los Colonnas é inclinado á la paz y á ir con la armada á Barcelona para tratarla personalmente con el Emperador, había enviado, luego que se fueron los enemigos de Roma, á Pablo de Arezzo, su camarero, al rey de Francia para que con su voluntad, pasase á tratar con el Emperador de la plática de la paz, y á fin de representar también al Rey sus necesidades y peligros y pedirle cien mil ducados para poderse defender.

Estaba en estas resoluciones tan inconstante en sí mismo, que queriendo dinero del Rey y mayor prontitud para la guerra, no sólo le negaba los diezmos, instando que quería para sí la mitad, lo cual rehusaba el Rey, diciendo que nunca se había acostumbrado en el reino de Francia, sino que tampoco se resolvía á crear cardenal al gran Canciller, que por la mucha autoridad que tenía en los consejos del Rey, y porque por su mano pasaban todos los despachos del dinero, podía serle de gran consideración en todos sus designios.

No dejó el Rey de condolerse con Pablo y con los otros Nuncios del suceso de Roma, ni de ofrecer su ayuda para la defensa, mostrándole que no podía fiarse más del Emperador, animándole y aconsejándole que no perseverase en la tregua, diciendo que en este caso, y no de otra manera, quería pagar los veinte mil ducados prometidos para cada mes; lo cual, y que no fuese á Barcelona, le aconsejó también el rey de Inglaterra, y habiendo entendido el accidente que sucedió, le envió veinticinco mil ducados.

Desaconsejaba el rey de Francia la ida del Papa á los Príncipes como cosa que por su importancia merecía mucha consideración, y negó al principio que fuese Pablo al Emperador, ó porque tenía sospecha que el Papa comenzase con él pláticas separadas, ó porque, como decía, era más honroso tratar la paz por medio del rey de Inglaterra, que parecer que la pedían de limosna al Emperador; si bien poco después, habiéndose hecho buena instancia de Roma para su jornada, convino en ella, ó porque al fin deseaba la paz, ó porque comenzaba á desagradarle que se tratase por el rey de Inglaterra, cuyos progresos eran tales, que justamente temía ser llevado por los propios intereses de aquél á condiciones injustas, siendo cierto que dicho Rey (ó debajo de su nombre el cardenal Eboracense), lleno de ambición y deseoso de ser juez de todo, proponía condiciones extravagantes, y que, teniendo también diferentes fines que los otros, se dejaría engañar del Emperador y no tendría el ánimo ajeno de que, por medio de la paz, fuese el ducado de Milán del duque de Borbón, como se casase con él la hermana del Emperador, para que le quedase libre facultad de casar su hija con el rey de Francia.

Los consejos, pues, que dieron al Papa ambos Reyes, el temor de no perder los coligados y, privado de sus

apoyos, quedar en poder del Emperador y de sus ministros, las persuasiones de sus mismos consejeros, el enojo concebido contra los Colonnas y el deseo de recuperar en parte la honra perdida, con hacer justa venganza, le indujeron á volver contra las tierras de los Colonnas las fuerzas que primero había llamado á Roma solamente para su seguridad, juzgando que ninguna razón le obligaba á guardar aquel acuerdo que no había hecho con su voluntad, sino engañado por sus fraudes, y forzado, debajo de la palabra recibida, por sus armas.

Envió, pues, el Papa á Vitello con su gente en daño de los Colonnas, trazando quemar y hacer arrasar todos sus lugares, porque, por la afición antigua de los pueblos y de los bandos, el tomarlos solamente era de poco perjuicio, y al mismo tiempo publicó un monitorio contra el Cardenal y los otros de aquella casa, por cuya virtud privó después al Cardenal de la dignidad del Cardenalato, el cual, queriendo defenderse primero con la Bula de la simonía, había hecho en Nápoles públicas apelaciones y apelado al futuro Concilio. Contra los otros Colonnas que en el reino de Nápoles levantaban caballería é infantería, suspendió la pronunciación de la sentencia.

Al entrar la gente en los lugares de los Colonnas abrasó á Marino y á Monfortino, cuya fortaleza estaba todavía por los Colonnas; arrasó á Gallicano y á Tegarolo, no pensando los Colonnas en defender más que los lugares fuertes, y especialmente á Paliano, por ser fuerte de sitio y poderse con dificultad llevar artillería á él ni ir por más caminos que por tres que el uno no podía socorrer al otro; la muralla, que tenía muy gruesa, y la gente del lugar bien dispuesta para defenderle. Mas, con todo eso, se creyó que si Vitello hubiera ido con presteza á acometerle, no obstante que se habían

recogido dentro muchos de los lugares tomados, lo hubiera ganado, porque no había en él soldados.

Pero mientras difirió el ir, según su naturaleza llena en las ejecuciones de dificultad y de peligro, estando dentro quinientos infantes entre españoles y tudescos enviados del reino de Nápoles, los cuales entraron de noche, y doscientos caballos, lo hicieron tan difícil que Vitello, que al mismo tiempo tenía gente alrededor de Grottaferrata, no atreviéndose á intentar más la empresa de Paliano ni tampoco la de Castillo del Papa, sino enviando alguna gente á batir con la artillería la fortaleza de Montefortino, guardada por los Colonnas, determinó juntar toda la gente en Valmontone, más por atender á la defensa del país si hubiese algún movimiento del reino de Nápoles, que con esperanza de poder hacer efecto importante; por lo cual fué gravemente culpado del Pontífice, quien, en los tiempos que había determinado acometer el reino de Nápoles, y después, cuando llamó la gente á Roma para su defensa, había deseado que fuese allí Vitello y Juan de Médicis, capitanes unidos por amor y parentesco, del uno de los cuales parecía que bastaba la tibieza para templar y ser templada del ardor del otro; pero llevando los hados á Juan á una temprana muerte á Lombardía, había, por consejo del lugarteniente, diferido el llamarle (sirviéndose entretanto en las cosas menores de Vitello) hasta que hubiese ocasión ó de mayor necesidad ó de mayor empresa; por no privar, en este medio, al ejército de Lombardía de su persona, que por su ánimo y valor era de mucho espanto á los enemigos y de defensa á los amigos, y tanto más, avivándose la venida de la infantería tudésca que junto á los avisos que se tenían de estar para partir del puerto de Cartagena la armada de España, obligaron al Papa, muy persuadido por los coligados y por sus mismos consejeros, á pen-

sar en tomar alguna composición con el duque de Ferrara, de quien había estado muy ajeno; no tanto por asegurarse de sus movimientos, cuanto por sacar de él gran suma de dinero é inducirle á salir al ejército como capitán general de toda la liga.

Habiendo platicado sobre esto muchas veces con Mateo Casella, faentino, embajador del Duque cerca de su persona, y pareciendo que hallaba deseo en el Duque, cometi6 á su lugarteniente, que estaba en Parma, que fuese á Ferrara, dándole un Breve de creencia con poder muy amplio, pero limitándole la comisión para convenir en entregar al Duque á Módena y á Regio, si no fuese recibiendo de él en breve tiempo doscientos mil ducados; que le obligase á descubrirse y salir al ejército como capitán general de la liga, y que su hijo primogénito se casase con Catalina, hija de Lorenzo de Médicis; tentando también si había modo para dar por mujer, con dote equivalente, una hija del Duque á Hipólito de Médicis, hijo de Julián, y con otras muchas condiciones, las cuales, no sólo eran por sí mismas casi intratables, por la brevedad del tiempo, pero también el Papa, que no las concedía sino por última necesidad, había ordenado que no se hiciese entera conclusión sin nuevo aviso y orden suya.

Alargó esta comisión pocos días después así en las condiciones como en la facultad de concluir la; porque tuvo aviso de que el virrey de Nápoles había llegado con treinta y dos naves al golfo de San Florencio en Córcega, con trescientos caballos, dos mil quinientos infantes tudescos y tres ó cuatro mil infantes españoles.

Pero habíase ya desvanecido el deseo del Papa por que, en la misma armada, había una persona del duque de Ferrara que, despachada del lugar dicho con grande diligencia, no sólo significó al Duque la venida de la armada, sino también le trajo del Emperador la inves-

tidura de Módena y de Regio y la promesa (debajo de palabras) del futuro matrimonio de Margarita de Austria, hija natural del Emperador, con Hércules, primogénito del Duque. Por estas cosas Alfonso, que primero esperaba con gran deseo la venida del lugarteniente, mudó consejo; pareciéndole también que, por acercarse la infantería tudésca y la armada, comenzaban á ensalzarse mucho las cosas del Emperador, y significó, por medio de Jacobo Alverotto, paduano, su consejero, al lugarteniente (que, habiendo partido de Parma, había llegado ya á Cento) el despacho que había recibido de España, por el cual, si bien no estaba obligado á ofender al Papa ni á la liga, con todo eso, habiendo recibido tan gran beneficio del Emperador, no era justo que tratase más de oponérsele y que, estando por esto interrumpida la negociación para que iba á Ferrara, había querido avisárselo, porque su silencio no diese justa causa de enojo al Papa; si bien no le negaba, sino remitía á su voluntad el ir ó no á Ferrara.

Comprendiendo, por esta propuesta, el lugarteniente que era vana su jornada, no queriendo empeñar más la reputación del Papa sin esperanza de fruto, y llamado también por la necesidad de las cosas de Lombardía, se volvió luego á Módena; pero, propuestas en otra forma muchas pláticas de concordia, pues reducíase cada día más todo el Estado de la Iglesia, por aquella parte, á mayor peligro, porque Jorge Frunsberg con la infantería tudésca en número de trece ó catorce mil, tomando el camino por Valdisabio y por la fortaleza de Anfo, yendo hacia Saló, había llegado á Castiglione del Striviere en el Mantuano.

Contra los tudescos, el duque de Urbino, que pocos días antes, por estar dispuesto para irles á encontrar, había conducido el ejército á Vauri, sobre el Adda, entre Trezzo y Casano, echando allí un puente y fortifi-

cando el alojamiento, dejando en él al marqués de Saluzzo con la gente francesa, con los suizos y grisonos y con su infantería, partió de Vauri, llevando consigo á Juan de Médicis, seiscientos hombres de armas, muchos caballos ligeros y ocho mil infantes, no con designio de acometerles derechamente en la campaña, sino de molestarles y estorbarles las vituallas; diciendo que solo este medio habría para vencer gente tan bien ordenada y ponerla en desorden.

Llegó á 21 á Sonzino, de donde adelantó á Mercurio con todos los caballos ligeros y una tropa de hombres de armas para molestarles y dar tiempo al ejército de poderlos alcanzar, temiendo ya llegar tarde por haberse alojado aquel mismo día en la Cavriana; y, disculpando la tardanza de su partida de Vauri, echaba la culpa á la negligencia y avaricia del proveedor Pisani, por lo cual había estado obligado á detenerse uno ó dos días más, esperando que viniesen al ejército los bueyes para llevar la artillería, y decía que de este defecto había procedido después grande desorden y casi la ruina de toda la empresa.

Habíase estado hasta aquella hora en duda de cuál debía ser el camino de los tudescos, porque se creyó primero que iban por el Bresciano y Bergamasco á la vuelta del Adda con designio de que les saliese á recibir la gente imperial y, acompañados de ella, irse á Milán. Habíase creído después que querían pasar el Pó por Casalmaggiore y de allí pasarse al camino de Milán. Pero habiendo venido el 22 á Rivalta á ocho millas de Mantua, entre el Mincio y el Oglio (día en que alojó el Duque en Prato Albuino) y no habiendo pasado el Mincio por Goito, daban indicio de que querían pasar el Pó por Borgoforte ó por Viadana, antes que por Ostia y por las partes más bajas. Pasando por Ostia sería señal de tomar el camino de Módena y de Bolonia, por lo

cual en ambos lugares se levantaba infantería y hacían provisiones.

Tomaron después los tudescos á 24 el camino de Bogoforte, á donde, por no tener ellos artillería, llegaron cuatro falcones que les enviaba por el Pó el duque de Ferrara, ayuda en sí pequeña, pero grandísima por el beneficio de la fortuna. Porque, habiendo el duque de Urbino llegado á las inmediaciones de Mantua donde estaban todavía ellos, fué en su seguimiento, al arriarse á Bogoforte, Juan de Médicis con la caballería ligera, aunque con poca esperanza de provecho y, arriándose más osadamente, porque no sabía que tuviesen artillería, habiendo pegado los enemigos fuego á uno de los falconetes, el segundo tiro hirió y rompió una pierna por algo más arriba de la rodilla á Juan de Médicis, y de esta herida, yendo á Mantua, murió pocos días después, con gran daño de la empresa en la cual no habían sido temidas jamás de los enemigos otras armas que las suyas, porque si bien era mozo de veintinueve años y de ánimo ferocísimo, la experiencia y el valor eran superiores á los años, y mitigándose cada día el furor de la edad y viéndose muchos indicios claros de industria y de consejo, se tenía por cierto que presto había de ser en la ciencia militar capitán esclarecido.

Caminaron después los tudescos sin molestarles nadie por el camino de Ostia por la orilla del Pó estando el duque de Urbino en Borgoforte, y el día 28, pasando el Pó por Ostía, alojaron en Rovere, donde les socorrió el duque de Ferrara con alguna suma de dinero y algunas piezas de artillería de campaña, estando ya en grandísimo temor Bolonia y toda la Toscana, porque el duque de Urbino, aunque antes había afirmado siempre que, si ellos pasaban el Pó, también lo pasaría él, se había ido á Mantua, diciendo que quería esperar allí la

orden del Senado veneciano de si había de pasar el Pó ó no. Pero los tudescos, pasado el río de la Secchia, se volvieron al camino de Lombardía, para juntarse con la gente que había en Milán.

CAPITULO VI.

Combate naval entre los confederados y los imperiales.—Progresos de la infantería tudésca.—Varios sucesos en Lombardía.—Negociaciones secretas entre el Papa y el César por mediación del general de San Francisco.—Negociaciones con Francia.—Cambio de ánimo del César según las ocasiones.—Convenio de los imperiales con el duque de Ferrara.

En este tiempo, partiendo el virrey de Córcega con veinticinco bajeles (porque dos naves habían dado al través por la furia del mar antes que llegasen á San Florencio, y cinco, apartadas de las otras, andaban sin derrota) encontró á la altura de Sestri de Levante la armada de la liga, de seis galeras del rey de Francia, cinco de Doria y cinco de los venecianos, las cuales, juntándose en Codemonte, pelearon desde las diez de la mañana hasta la noche, y escribió Doria que había echado á fondo una nave con más de trescientos hombres y maltratado con la artillería toda la armada, y que, por el mal tiempo, habían estado las galeras obligadas á retirarse debajo del monte de Portofino; que esperaban aquella noche las otras galeras que estaban en Portovenere, y viniendo, ó dejándolo de hacer, querían, en amaneciendo, ir á buscar á los enemigos. Pero aunque les siguieron hasta Liorna, no pu-

dieron alcanzarles porque se les habían alargado antes muchas millas, siendo cierto que, creyendo ellos que hubieran corrido hacia Córcega ó Cerdeña, no les siguieron con presteza.

Continuó después su camino el Virrey, pero trabajado por la fortuna, esparcida su armada, una parte, donde iba D. Fernando Gonzaga, corrió á Sicilia, de donde volvió después á Gaeta; desembarcó allí alguna infantería tudésca, y él, con el resto de la armada, llegó al Puerto de San Esteban, de donde, no teniendo certeza de los términos en que se hallaban las cosas, envió á Roma al Papa al comendador Peñalosa con comisiones expresas de la buena intención del Emperador.

Cuando lo permitió el mar fué con la armada á Gaeta.

Pasando los infantes tudescos entretanto á Secchia y yendo hacia Razzuolo y Gonzaga alojaron el 3 de Diciembre en Guastala y el 4 en Castelnuovo y Povi, á diez millas de Parma, donde se juntó con ellos el príncipe de Orange, que había pasado de Mantua con dos compañeros disfrazados como arcabuceros particulares. El día 5, pasando el río Lenza por el puente del camino real, alojaron en Montechiarucoli, estando todavía el duque de Urbino en Mantua con su mujer, sin moverle los peligros presentes. El 7, pasando los tudescos el río Parma, alojaron en la aldea de Felina, lloviendo mucho y viniendo los ríos crecidos. Por las cartas que se tomaron del capitán Jorge para el duque de Borbón se mostraba muy dudoso de lo que debía hacer.

Pasaron el 11 el Taro y el día siguiente alojaron en el burgo de San Donnino, donde mostraron el veneno luterano contra las cosas sagradas y las imágenes de los Santos. De Florenzuela, donde alojaron el 13 (como se entendió por cartas que se tomaron) solicitaban á los de Milán á que se juntasen con ellos, en quienes había

el mismo deseo, pero deteníales la falta de dinero, porque los españoles amenazaban que no querían salir de Milán si no les pagaban lo atrasado, y comenzaban ya á saquear; pero al fin se concertaron, con gran dificultad de los capitanes, en cinco pagas; para las cuales fué necesario sacar de las iglesias la plata y prender muchos ciudadanos. Conforme les iban pagando los enviaban á Pavía con grande dificultad, porque no querían salir de Milán y, por perder tiempo en estas cosas, enviaron entretanto de la otra parte del Pó, para acercarse á los tudescos, algunos caballos é infantes italianos.

Había hecho instancia el lugarteniente que, para asegurar el Estado de la Iglesia por aquella parte, pasase el Pó el duque de Urbino con la gente veneciana, el cual no sólo lo había diferido, diciendo unas veces que esperaba aviso de la voluntad de los venecianos y otras alegando otras causas, sino, mostrando también al Senado que su Estado corría riesgo de acometer á los imperiales pasando el Pó, le ordenaron que no pasase, aunque por este respecto había entretenido la mayor parte de la infantería de Juan de Médicis, solicitada por el lugarteniente á pasar el Pó para defensa de las cosas de la Iglesia. Y habiendo pedido igualmente al marqués de Saluzzo que pasase el Adda para socorrerle, lo hizo el marqués (obligado también porque, habiéndose disminuído los suizos y los grisones, le parecía que estaba flaco en el alojamiento de Vauri); y los venecianos, que primero consintieron que el marqués pasase el Pó en socorro del Papa con diez mil infantes entre suizos y suyos, pagados por ellos con cuarenta mil ducados del rey de Francia (que encargando á ellos el cuidado de recibirlos y gastarlos, cuando el Papa hizo la tregua, se sospechaba que convertirían en la paga de su gente alguna parte) movidos después por los consejos del duque de Urbino, pedían al Marqués no pasase. Por

esto llamándole el Duque para hablar en Sonzino se detuvo tanto éste en venir, que el Marqués se fué, y, con todo eso, no sólo hizo todo lo que pudo para hacerle detener, para ver mejor lo que hacían los tudescos, sino también le aconsejó claramente que no pasase; para lo cual le detenía también las pagas de los suizos, que en el compromiso eran seis mil, pero en hecho de verdad, estaban en orden pocos más de cuatro mil. Por esta causa, si bien se difirió hasta el 27 de Diciembre su pasaje, envió parte de la caballería francesa con alguna infantería á alojar en diferentes lugares del país para estorbar las vituallas á los infantes tudescos que estaban hacía ya muchos días en Florenzuela.

Por la misma causa fué enviado Julio Vaina con cien caballos ligeros al burgo de San Dionisio, y saliendo Paulo Luzzasco de Plasencia con una buena tropa de caballería, se arrimó á Florenzuela, de donde, para tener mayor comodidad de víveres, se fueron á alojar á Castillo Arquá una parte de los tudescos, habiéndose, por recelo de ellos, proveído primero Plasencia, pero no con las fuerzas que parecían convenientes, porque temeroso siempre el lugarteniente, después de la venida de los tudescos, de que la dificultad de hacer progresos en Lombardía forzase á los imperiales á pasar á la Toscana, deseaba que cobrasen ánimo para ir á sitiar á Plasencia. Por esta causa, ignorada de todos y también del Papa, difería el proveer á Plasencia de tal manera, que no desesperasen de expugnarla, si bien la proveía de modo que no pudiesen ocuparla con facilidad, esperando que, cuando fuesen á ella, no había de faltar traza para meter socorro.

Mas la prolija tardanza de los tudescos en lugares vecinos, reclamando todos por el peligro de aquella ciudad, le obligó á convenir en que fuese á ella el conde Guido Rangone con mucha gente; donde también, por

orden de los venecianos, que habían prometido, para socorrer la necesidad del Papa, enviar á su guarda mil infantes, fué enviado Babone de Naldo, uno de sus capitanes, con mil infantes; mas, por las malas pagas, quedaron presto en cuatrocientos.

Pasó finalmente el marqués de Saluzzo, no llevando en hecho de verdad más de cuatro mil suizos y grisonos y tres mil infantes de los suyos, y llegado al Polesino, aunque se deseaba que no se fuese de allí por molestar el alojamiento de Florenzuola, de donde corría muy á menudo Luzzasco, fué, por mayor seguridad, á Torricella y á Sissa.

Dos días después, partiendo los tudescos de Florenzuola, fueron á Carpineta y á los lugares circunvecinos, y el conde de Gaiazzo, tomada Rivalta, pasó el Trebia.

No se entendía cuál era el designio del duque de Borbón, ó si ir á sitiar á Plasencia en saliendo de Milán, ó pasar adelante hacia Toscana.

Pasaron después los tudescos el último día del año el Nura para pasar el Trebia y esperar allí á Borbón, siendo alojamiento menos molestado por los enemigos.

Con esta tibieza corrían las cosas de Lombardia, por causa, no tanto de la sazón asperísima del año, cuanto de la dificultad que tenía Borbón de pagar la gente, por lo cual los milaneses se veían grandemente atormentados para la provisión del dinero, y por esta necesidad, habiendo sido Jerónimo Morone condenado á muerte, se compuso la noche antes de la mañana destinada para el suplicio, con pagar veinte mil ducados (fingiéndose, para sólo este efecto, que le degollaban); y saliendo de la cárcel por este dinero, convirtiéndose luego, por la fuerza de su ingenio, de preso del duque de Borbón en su consejero, y antes que pasasen muchos días, su gobernador casi absoluto.

Eran grandes entre el Papa y el Virrey los tratos

de tregua ó de paz, pero más verdaderos y más sustanciales los designios del Virrey de hacer la guerra, tomando ánimo (después que llegó á Gaeta) de los consejos de los Colonnas y de la noticia que tuvo de que, perdido totalmente de ánimo y exhausto de dinero, apetecía grandemente el acuerdo el Papa. Predicando á todos su pobreza y miedo, y no queriendo crear Cardenales por dinero, como le aconsejaban todos, aumentaba la osadía y la esperanza á quien trazaba ofenderle, porque no habiendo entrado en la guerra con la constancia conveniente de ánimo, había escrito desde 26 de Junio un Breve al Emperador, áspero y lleno de quejas, disculpándose con que él le había obligado á la guerra; mas pareciéndole después que le tuvo despachado que era muy áspero, escribió luego otro más manso, ordenando á Baltasar de Castiglione, su Nuncio, que detuviese el primero, el cual, habiendo llegado, le había ya presentado al Emperador y después le dió el otro.

El Emperador, aunque en un mismo despacho respondió á ambos según las propuestas, al áspero con aspereza y al suave con suavidad, había oído con deseo al general de San Francisco, el cual, yéndose á España cuando se movió la guerra, llevó dulces embajadas del Papa para el Emperador, y volviendo de nuevo á Roma, por comisión del Emperador, había referido mucho de su buena intención; que convendría en ir á Italia con cinco mil hombres, y tomada la corona del Imperio, pasaría luego á Alemania para dar forma en las cosas de los luteranos, sin hablar del Concilio; que se concertaría con los venecianos con justas condiciones, y pondría en dos jueces señalados por el Papa y por él la causa de Francisco Sforza, y si fuese condenado, daría aquel Estado al duque de Borbón; que sacaría el ejército de Italia, pagando el Papa y los venecianos tres-

cientos mil escudos para las pagas corridas; si bien se trataría esto para reducirlo á suma más moderada, y que restituiría al Rey sus hijos, como recibiese de él dos millones en oro en dos plazos, ó en más si el quisiese. Mostraba que era fácil concertarse con el rey de Inglaterra, por no ser gran suma sobre la que se disputaba y haberla ofrecido ya el rey de Francia, y para tratar de estas cosas que todas las comenzaba el Papa á comunicar con los embajadores franceses y venecianos, ofrecía el general tregua por ocho ó diez meses, diciendo que el Emperador había dado poder amplísimo á él, al Virrey y á D. Hugo.

Por esta declaración, habiendo oído á Peñalosa y entendida la partida del Virrey del puerto de San Esteban, envió al general á Gaeta á tratar estas materias con él; porque los venecianos no hubieran rehusado la trega, con tal que la aceptara el rey de Francia, el cual no se mostraba ajeno, antes su madre había enviado á Roma á Lorenzo Toscano, mostrando inclinación á una concordia en que fuesen comprendidos todos. Y pareciéndole que ninguna plática podía tener bastante seguridad sin la voluntad de Borbón, le envió, por las mismas razones, un limosnero suyo que estaba en Roma, al cual poco después volvió á enviar el Duque al Pontífice para tratar este negocio con él; mas no desamparando al mismo tiempo las provisiones de las armas envió á Agustín Tribulcio, cardenal legado, al ejército de Campagna, y se disponía también para acometer por mar el reino de Nápoles.

Llegó á 3 de Diciembre á Civitavecchia Pedro Navarro con veintiocho galeras del Papa, de los franceses y los venecianos.

En este tiempo había llegado Renzo de Ceri con la armada de las velas cuadradas á Savona, enviado por el rey de Francia para la empresa trazada contra el rei-

no de Nápoles; por otra parte Ascanio Colonna con dos mil infantes y trescientos caballos vino á Valbuona á quince millas de Tívoli, donde están los lugares del abad de Farfa y de Juan Jordán.

Envió pocos días después el Pontífice al arzobispo de Capua al Virrey, al cual había mandado antes del 23 de Octubre á Nápoles, con motivo de los rehenes y particularmente de Felipe Strozzi; pero el Virrey, conociendo la debilidad del Papa, se mostraba muy exigente.

A 12 de Diciembre los Colonnas, con quienes estaba el Cardenal, tomaron á Ceperano por no estar guardado.

Por otra parte Vitello, con la gente del Papa, se redujo á Tívoli, Palestrina y Velletri.

Tomaron después los Colonnas á Pontecorvo que no tenía guarda, y asaltaron en vano á Scarpa, castillo de la abadía de Farfa, lugar pequeño y flaco. Los Colonnas y el Cardenal con cuatro mil infantes recorrían la Campagna, pero rechazados por los que querían defenderse. Arrimóse después César Filetino con mil quinientos infantes de noche á Alagna, en la cual, introducidos secretamente por algunos hombres del lugar quinientos infantes por una casa unida con los muros, fueron rebatidos por Juan León de Fano, cabo de la infantería del Papa, que estaba allí.

Volvió después el general de donde estaba el Virrey y refirió que convendría en la tregua por algunos meses para que entretanto se tratase la paz; mas pedía dinero y, para seguridad, las fortalezas de Ostia y Civitavecchia. Pero en contrario de él escribió el arzobispo de Capua, que llegó á Gaeta después de su partida y quizá fué enviado allí con mal consejo del Papa, diciendo que el Virrey no quería tregua sino paz con el Papa y con los venecianos, pagándole dinero con que mantener el ejército para la seguridad de la paz, y después

tratar tregua con los otros, ó porque verdaderamente hubiese mudado de parecer ó por las persuasiones del Arzobispo, como muchos temieron.

Habiendo llegado en este tiempo Paulo de Arezzo á la corte del Emperador con los poderes del Papa, de los venecianos y de Francisco Sforza, donde también el rey de Inglaterra quiso que, por la misma causa de la paz, fuese el auditor de la Cámara, porque estaba ya primero allí el poder del rey de Francia, le halló mudado de intención, por haber tenido aviso de la llegada de los tudescos y de la armada á Italia; por lo cual, apartándose de las condiciones tratadas primero, pedía que el rey de Francia observase en todo el acuerdo de Madrid, y que la causa de Francisco Sforza se viese en justicia por jueces señalados por él. Así se mudaba la intención del Emperador por los sucesos de las cosas, y las consideraciones que había dado á sus ministros que estaban en Italia, tenían, por la distancia del lugar ó expresa ó tácita condición de gobernarse según la variedad de los tiempos y de las ocasiones; por lo cual el Virrey, habiendo burlado muchos días con pláticas vanas al Papa y no querido consentir una suspensión de armas por pocos días, hasta que se viese el fin de este tratado, partió el 20 de Nápoles para ir hacia el Estado de la Iglesia, proponiendo, para el acuerdo, nuevas y extravagantes condiciones.

El último día del año se concluyó la capitulación del duque de Ferrara, hecha por medio de un embajador suyo con el Virrey y con D. Hugo, que tenía el poder del Emperador, aunque con poca satisfacción de aquel embajador, oprimido por el Virrey á convenir en ella casi con amenazas y ásperas palabras. Contenía que el duque de Ferrara estuviese obligado con su persona y Estado contra cualquier enemigo del Emperador; que fuese capitán general del Emperador en Italia con pro-

visión de cien hombres de armas y de doscientos caballos ligeros y estuviese obligado á juntarlos con su propio dinero, el cual le hubiese de ser restituído ó aceptado en sus cuentas; que por dote de la hija natural del Emperador prometida á su hijo, recibiese al presente el lugar de Carpi y la fortaleza de Novi, que solía pertenecer á Alberto Pío, pero que la renta, hasta consumir el matrimonio, se compensase con sus sueldos, y que Vespasiano Colonna y el marqués del Vasto renunciasen los derechos que pretendían sobre aquellos lugares; que pagase, en recuperando á Módena, doscientos mil ducados, mas que en estos se contasen los que, después de la batalla de Pavía, había pagado al Virrey; pero que, si no recuperaba á Módena, se le restituyese todo el dinero que primero había pagado; que estuviese el Emperador obligado á su protección y no pudiese hacer paz sin comprenderle en ella, haciéndole alcanzar del Papa la absolución de las censuras y de las penas en que había incurrido después que se declaró confederado del Emperador, procurando también, con todos los medios posibles, que la alcanzase de todas aquellas en que había incurrido antes. De esta forma se disponían todas las cosas para manifiesta guerra, al fin del año de 1526.

to visit
ABSOPLAD

LIBRO XVIII.

SUMARIO.

Dejando Borbón en Milán á Antonio de Leiva, se volvió al camino de Toscana y, haciendo alto en Plasencia para tomarla, volvió atrás persuadido por el duque de Ferrara.—En este mismo tiempo, no pudiéndose concluir entre los coligados y el Emperador condición alguna de tregua ni concierto con el Papa, sitió el Virrey de Nápoles á Frusolone, por lo cual el Papa entró en la empresa de Nápoles con todas sus fuerzas, y por esta causa fué obligado el Virrey á levantarse de Frusolone.—Pero aunque la empresa de Nápoles procedía con alguna prosperidad, no se rompían por esto las pláticas del acuerdo entre el Emperador y el Pontífice; porque el Papa veía que los coligados no correspondían á las promesas, y que el ejército de Borbón se acercaba á Roma; la cual al fin fué saqueada por Borbón, si bien dejó allí la vida, y el Papa con muchos Cardenales quedó preso.—Este saco fué causa de que se mudase en Florencia el estado y gobierno de la ciudad.—Viendo el rey de Inglaterra y el de Francia la prosperidad que tenía en Italia el Emperador, hicieron liga juntos contra él y eligieron por capitán general de estos ejércitos á Lautrec; pero aunque habían movido las armas contra el Emperador, le enviaron embajadores para la libertad del Papa, que estaba preso en el castillo de Sant'Angelo.—Juntando las armas estos dos Reyes con los otros coligados contra el Emperador en Italia debajo del gobierno de Lautrec, tuvieron tanta prosperidad sus cosas que llegaron hasta las murallas de Nápoles.

CAPÍTULO PRIMERO.

Sale Borbón con el ejército de Milán.—El Virrey ataca el Estado eclesiástico.—El Emperador envía á Fieramosca al Papa.—Determina el Papa realizar la empresa contra Nápoles.—Enfermedad del duque de Urbino.—Progresos de Borbón.—El duque de Milán ocupa á Monza.—Temor del Papa, que capitula con los imperiales.

El año de 1527 será lleno de atrocísimos y nunca oídos accidentes, mudanzas de Estados, cautiverios de Príncipes, sacos espantosos de ciudades, gran falta de mantenimientos, peste grandísima casi por toda Italia, lleno todo de muertes, de fugas y de robos; el principio de cuyos males ninguna dificultad los difería, sino el embarazo con que estaba el duque de Borbón para poder mover de Milán la infantería española, porque había concertado que Antonio de Leiva quedase en la defensa del ducado de Milán con toda la infantería tudésca que primero estaba allí, en cuyo sustento se había gastado todo el dinero recogido de los milaneses y el que se había cobrado en virtud de las letras que trajo de España el duque de Borbón; y con mil doscientos infantes españoles y algún número de italianos, gobernados por Luis de Belgioioso y por otros cabos, los cuales, no habiendo recibido dinero en nombre del Emperador, sino sustentados con los tributos y con las contribuciones, y teniendo oprimidas casas y mujeres de los milaneses, continuaban de buena gana en vida tan licenciosa. Mas no pudiendo negar derechamente el apartarse de allí, pedían que se les diesen primero los sueldos corridos hasta aquel día, y al fin prometieron seguir la voluntad del Duque si les daba primero cinco pagas. Pero esto

era muy difícil, no bastando las amenazas ni las cárceles para cobrar el dinero de los milaneses, por lo cual para sustentar el ejército estaban citados también los ausentes, y los bienes de los que no parecían se daban á los soldados.

Finalmente, vencidas todas las dificultades, pasó la gente imperial el Pó á penúltimo de Junio, y el día siguiente una parte de los tudescos que primero habían pasado el Trebia, volviéndolo á pasar, fueron á alojar á Pontenuro, y el resto del ejército hizo alto de la otra parte de Plasencia, estando en su oposición el marqués de Saluzzo en Parma, con toda la gente que estaba deramada por el país. El duque de Urbino, que había venido á Casalmaggiore, en cuyo arbitrio habían dejado los venecianos el pasar el Pó, comenzaba á pasar la gente; afirmando que, en caso que los imperiales fuesen hacia Toscana (como se había tenido aviso de Milán) quería pasar en persona con seiscientos hombres de armas, quinientos caballos ligeros y nueve mil infantes y estar antes que ellos en Bolonia, y que lo mismo hiciese el marqués de Saluzzo con su gente y con la de la Iglesia.

Detúvose el ejército imperial cerca de veinte días en los contornos de Plasencia, deteniéndole en parte la dificultad del dinero (no habiendo recibido hasta aquel día ninguna cantidad los tudescos del duque de Borbón) y en parte el estar éste inclinado á sitiar á Plasencia, quizá más por las dificultades de pasar más adelante que por otra causa; por lo cual instaba con el duque de Ferrara para que le diese pólvora para la artillería y que viniese á juntarse con él, ofreciendo enviarle á recibir con quinientos hombres de armas y el capitán Jorge con seis mil infantes.

Respondió el Duque á esta petición que era imposible enviarle la pólvora por el país enemigo y que no

podía, sin peligro, intentar juntarse con él, por estar toda la gente de la liga en lugar vecino; pero que, cuando todas estas cosas fuesen fáciles, debía considerar que no podía hacer cosa más acomodada para los enemigos, ni más deseada de ellos, que perder tiempo en el contorno de aquellos lugares, y que (si no tomaba á Plasencia ó cuando por ventura la tomase, gastando mucho tiempo en ello) quedaba en trabajoso estado su reputación y el modo de proseguir la guerra, teniendo tanta falta de dinero y de todas las provisiones; que el beneficio del Emperador y el único camino de la victoria era comenzar por la cabeza; que fuese de una vez á Bolonia, dejando atrás cualquiera otra empresa, donde podría procurar forzar aquella ciudad, para lo cual no le faltarían sus ayudas, ó pasar más adelante hacia Florencia ó hacia Roma.

Mientras se trataban estas cosas y Borbón proveía el dinero, no sólo para acabar la paga de los españoles, sino también para dar algún socorro á los tudescos, á cada uno de los cuales dió dos escudos al partir de Plasencia, se había encendido gallardamente la guerra en el Estado de la Iglesia, habiendo ido de nuevo al ejército eclesiástico Renzo de Ceri, venido de Francia, y el ejército del Papa estaba vecino al del Virrey que había venido á los confines de Ceperano, donde rompieron algunos infantes italianos á trescientos españoles.

Eran varias las opiniones sobre el modo de la defensa del Estado eclesiástico porque Vitello, antes de la venida de Renzo, había aconsejado al Papa que, desamparando la provincia de la Campaña, se metiesen en Tívoli dos mil infantes, en Palestrina otros dos mil, y que el resto del ejército hiciese alto en Velletri para impedir la ida del Virrey á Roma; estando ya determinado esto, llegó Renzo y contradijo el encerrarse en Velletri por ser lugar grande y dificultoso de reparar y por no

dejar pasar tan adelante á los enemigos; sino que el ejército se detuviese en Ferentino, pues no teniendo que guardar tantas partes, estaría más grueso y en lugar de donde se podía prohibir que pasasen más adelante los enemigos. Aprobado este consejo, se metieron en Frusolone (residencia principal de la Campaña, á cinco millas de Ferentino) mil quinientos infantes de los de Juan de Médicis la mayor parte, que habían tomado el apellido de la banda negra, con Alejandro Vitello, Juan Bautista Savello y Pedro de Birago, capitanes de caballos.

En este medio habían inducido secretamente los Colonnas á Napoleón Orsino, abad de Farfa, á que tomase las armas en tierra de Roma como soldado del Emperador, y disimulando esto el Papa por haberle llegado ocultamente noticia de ello (del cual había recibido primero dineros) sacándole con maña para que fuese á recibir á Valmont, hermano del duque de Lorena, cuando venía de Francia, enviado por aquel Rey para ayudar la empresa del reino de Nápoles, le hizo prender cerca de Bracciano y llevarle al castillo de Sant'Angelo.

Atendía el Papa á proveer dinero, y pidiéndoselo á los Príncipes, alcanzó de nuevo del rey de Inglaterra treinta mil ducados, los cuales le llevó el maestro Roselló, su camarero, con quien vino Robadanges con diez mil escudos enviados por el rey de Francia á cuenta de la décima que el Papa le había concedido, obligado de la necesidad, con promesa que le daría al presente treinta mil ducados dentro de un mes, demás de las pagas de cuarenta mil escudos á la liga y de veinte mil al Papa cada mes.

Ordenó también el rey de Inglaterra á su maestro Roselló que intimase al Virrey y al duque de Borbón una suspensión de armas para dar tiempo al tratado de la paz que se seguía en Inglaterra, según la voluntad del

emperador, y que si no hacían esto, les protestase la guerra.

Parecía entonces que, deseoso aquel Rey del matrimonio de su hija con el rey de Francia, se inclinaba á favorecer á los coligados, y prometía que luego que se efectuase este matrimonio, entraría en la liga y rompería la guerra por Flandes. Parecía también que estaba muy inclinado en beneficio del Pápa; mas no se podían esperar remedios prontos de un Príncipe que no medía bien sus fuerzas ni las calidades presentes de Italia, ni tampoco se había afirmado en una determinada voluntad; deteniéndole siempre en parte la esperanza que le había dado el Emperador de poner en su mano las pláticas de la paz, si bien no correspondieron los efectos, porque habiendo ido á su presencia, por ésta causa, el auditor de la Cámara, aunque procuró el Emperador persuadirle muy mañosamente que era esta su intención, con todo eso, esperando tener noticia primero de lo que había sucedido en Italia con la pasada de los tudescos y llegada de la armada, no daba respuesta cierta, poniendo excepciones en los poderes de los coligados, como si no fuesen suficientes.

Causaba daño al Pápa para tener satisfechos á los confederados el tratar continuamente la paz con el Virrey, temiéndose que cada hora se concertase con él, y pareciendo casi inútil al rey de Francia y á los venecianos todo lo que se gastase para defenderle. Aumentaba esta sospecha el gran miedo que se veía en él, y las protestas que cada día hacía de no poder sustentar más la guerra, añadida la obstinación de no querer crear Cardenales por dinero, ni ayudarse en tan gran necesidad y peligro de la Iglesia por los modos acostumbrados por los otros Papas en las empresas ambiciosas é injustas; por lo cual el Rey y los venecianos, para estar prevenidos en cualquier caso, se habían vuelto á obli-

gar particularmente á no hacer paz con el Emperador el uno sin el otro.

Por estas causas el Rey, y por la gran esperanza que le daba el de Inglaterra de hacer, unido con él, grandes movimientos en la próxima primavera (si concertaban el casamiento), se hacía más negligente en los peligros de Italia.

Solicitaba en este tiempo el Virrey que se acometiese el Estado de la Iglesia, el cual, habiendo enviado dos mil infantes españoles á asaltar un castillo pequeño de Esteban Colonna, fueron rebatidos y, por pasar éstos tan adelante, no ejecutaron los eclesiásticos la determinación que habían tomado de batir á Rocca del Papa.

La gente de este lugar había ocupado (por tener mala guarda) á Castel Gandolfo, poseído por el cardenal Monti.

Finalmente, el Virrey juntó doce mil infantes, de los cuales, excepto los españoles y tudescos que vinieron en la armada, era toda gente allegadiza, y sitió á 21 de Diciembre á Frusolone, lugar flaco y sin muralla, pero sirviéndose, en vez de ella, de las casas particulares. Se habían puesto por guardas de éstas capitanes de la Iglesia, por no quedarles palmo de tierra libre en la Campaña, y aunque había en él vituallas para pocos días, el sitio del lugar, que está puesto sobre un monte, da facultad á quien está dentro para poder librarse siempre por la una parte, teniendo algunas ayudas. Les animaba más á la defensa la infantería que había dentro, porque era de los mejores infantes italianos que entonces llevaban sueldo, y el no poderse arrimar mucho, por la altura del monte, la artillería de los enemigos, los cuales habían plantado tres medios cañones y cuatro medias culebrinas para que hiciesen daño al lugar; pero sus diligencias principales eran estorbar en cuanto pudiesen que entraran vituallas.

Por otra parte, el Papa, aunque muy exhausto de dinero y más pronto á sufrir la indignidad de rogar á otros que le diesen dineros, que la de proveerlos por medios extraordinarios, aumentaba cuanto podía su ejército de infantería pagada y de la gente de milicia, y había conducido de nuevo á su sueldo á Horacio Baglione, olvidadas las injurias que primero hizo á su padre y después á él, teniéndole mucho tiempo preso en el castillo de Sant'Angelo, como perturbador de la quietud de Perusa.

Con estos aumentos se iba acercando el ejército del Papa para juntarse todo en Ferentino y dar esperanza de socorro á los asediados.

Acabóse el 24 la batería en Frusolone, pero no siendo tal que diese al Virrey esperanza de la victoria, no se dió el asalto, si bien Alarcón, trabajando alrededor del muro, fué herido de un arcabuzazo, y también lo fué Mario Orsino.

Consistía la principal esperanza del Virrey en saber que había dentro pocas vituallas, de las cuales también tenía falta el ejército que se juntaba en Ferentino, porque la gente de los Colonas que estaba en Paliano Montefortino y Rocca del Papa (los únicos lugares que estaban por ellos) hacía grandes daños en todo aquel camino, y yendo Renzo al ejército había roto la compañía de infantería de Cuio que le hacía escolta.

Salieron, con todo eso, un día de Frusolone trescientos infantes y parte de la caballería con Alejandro Vellido, Juan Bautista Savello y Pedro de Birago, y arriándose á media milla de Larnata, donde estaban alojadas cinco banderas de infantería española, llevaron dos á una emboscada y las rompieron con muerte del capitán Peralta y ochenta infantes, prendieron muchos y tomaron las dos banderas.

Atendía entretanto el Virrey á hacer minas en Fru-

solone, y los de adentro contraminaban, tan seguros de las fuerzas de los enemigos que rehusaron recibir cuatrocientos infantes que los capitanes del ejército querían enviar adentro en su socorro.

No estaban en el mismo tiempo menos encendidas las pláticas de concierto, porque habían vuelto á Roma el general de los franciscanos y el obispo de Capua, con los cuales había venido César Fieramosca, napolitano, á quien el Emperador había, desde España, despachado al Pontífice, después de la partida del Virrey, dándole orden de que en primer lugar le afirmase de su parte que le había sido molesta la entrada de D. Hugo y de los Colonnas en Roma con los accidentes que se habían seguido; que le asegurase que estaba deseosísimo de componer con él todas las diferencias, y que tratase en su nombre la paz, y mostrándose el Emperador muy inclinado á ella también con los otros coligados. Decía (según avisaba el Nuncio de España) que si el Papa ejecutaba (como había dicho) la venida á Barcelona le daría libre facultad para disponerla á su albedrío.

Proponíase por parte del Virrey suspensión de armas por dos ó tres años con el Papa y con los venecianos, conservando cada uno lo que al presente poseía y pagando el Papa ciento cincuenta mil ducados y los venecianos cincuenta mil, cosa que, aunque era pesada para el Papa, estaba tan inclinado á librarse de los trabajos de la guerra, que para reducir á los venecianos á que viniesen en ello, ofrecía pagar por ellos los cincuenta mil ducados, y para esperar su respuesta, hizo tregua á último de Junio con el Virrey por ocho días, con condición de que la gente de la Iglesia no pasase de Ferentino, ni la del Virrey de Frusolone, ni trabajasen contra el lugar; estando también prohibido á los de adentro que se fortificasen ni llevaran vituallas.

Pareciéndole á Fieramosca que había descubierto mu-

cho de la inclinación del Papa y que podía, con reputación del Emperador, descubrirle la suya, le dió una carta larga de mano propia del Emperador, llena de buen ánimo, de ofertas y de devoción al Pontífice, y partiendo después para significar al Virrey y al Legado la suspensión hecha y ordenar que se ejecutase, halló el mismo día el ejército que, moviéndose de Ferentino caminaba hacia Frusolone, y habiendo dado á entender al Legado el negocio, no queriendo él interrumpir la grande esperanza que tenían los suyos de la victoria, dando buenas palabras á Fieramosca, y envió á decir en secreto á su gente que continuase el caminar.

No podía llegar el ejército á Frusolone si no se apoderaba de un paso á modo de puente situado á las faldas del primer collado de Frusolone, en cuya guarda estaban cuatro banderas de infantería tedesca, pero llegada la vanguardia guiada por Esteban Colonna y viniendo con ellos á las manos, les rompieron y pusieron en fuga, matando cerca de doscientos y prendiendo cuatrocientos con las banderas. Ganado así el primer collado, se apartaron los otros á lugar más fuerte, dejando libre á los eclesiásticos la entrada de Frusolone, los cuales, siendo ya cerca de anochecer, hicieron alojamiento á vista de los enemigos, con grande esperanza de Renzo y de Vitello (cuyas acciones en esta empresa procedían con mala satisfacción del Papa) de haberles de romper si se detenían ó si se retiraban; como se creyó que sin duda hubiera sucedido, de hacer el alojamiento en el collado que habían ganado primero, ó si hubieran estado advertidos y despiertos para ver la retirada de los enemigos; porque el Virrey, no al día siguiente, sino al otro, dos horas antes de amanecer, sin hacer señal de levantarse, partió con el ejército, abrasando algunas municiones que le quedaban y dejando muchas balas de artillería, y aun que, en entendiendo su partida los ecle-

siásticos, enviaron en su seguimiento los caballos ligeros que tomaron parte del bagaje y algunos prisioneros de poca cuenta, no llegaron á tiempo para hacerles daño notable. Con todo eso, dejó atrás alguna parte de las vituallas y se retiró á Cesano y de allí á Ceperano.

Tomando ánimo el Papa por su retirada y persuadido por los embajadores de los coligados, á los cuales no podía satisfacer de otra manera, se resolvió á hacer la empresa del reino de Nápoles; porque Robadanges, que había traído los diez mil ducados á cuenta de la décima y otros diez mil por cuenta de Renzo, tenía orden para que no se gastasen sin consentimiento de Alberto Pío, de Renzo y de Langes, en caso que estuviesen seguros de que no se concertase el Papa. Los venecianos, á los cuales había ido el maestro Roselló para inducirles á aceptar la tregua propuesta por el Virrey y aprobada por el Papa, si bien les envió el despacho, por haberse roto una pierna en el camino, respondieron que no querían hacer la tregua sin la voluntad del rey de Francia, con tanto mayor ánimo cuanto se entendía que las cosas de Génova estaban reducidas á gran extremidad de vituallas. Determinóse al fin acometer el reino de Nápoles con el ejército por tierra y que por mar fuese la armada con Valmont, el cual levantase dos mil infantes. Pero Renzo (con cuya intervención se gastaba el dinero del rey de Francia) resolvió, contra la voluntad del Papa (al cual le parecía que todas las fuerzas se volviesen hacia un mismo lugar) levantar seis mil infantes para entrar en el Abruzzo, esperando que, por medio de los hijos del conde de Montorio, enviados á aquella provincia con dos mil infantes, se ocuparía á Áquila fácilmente, lo cual sucedió luego, huyendo Ascanio Colonna al saber que se acercaban.

Comenzaron con gran esperanza los principios de esta empresa, porque si bien el Virrey, habiendo pues-

to guarda en los lugares cercanos, atendía cuanto podía á ponerse en orden, con todo eso, habiéndose deshecho una parte de su gente y estando repartida otra por necesidad en la guarda de los lugares, se creía que quedaría empeñado á resistir el ejército de tierra, y que ni Renzo en el Abruzzo ni la armada del Papa y de los venecianos, que contaba veintidós galeras, tendrían contraste, mayormente llevando tres mil infantes de sobrepuesto y yendo en ella Horacio con otros dos mil y la persona de Valmont, que por los antiguos derechos del rey Renato, pretendía la sucesión de aquel reino, y á quien había dado el Papa título de su lugarteniente.

Pero las cosas procedían con mayor tardanza, porque el ejército eclesiástico aún no se había apartado á 12 de Febrero de Frusolone, esperando de Roma artillería gruesa, que Renzo entrase en el Abruzzo y que llegara la armada, y también había causado algún estorbo y hecho perder tiempo que, amotinados los infantes de Frusolone, quisieron la paga como ganada por la victoria.

Desamparó á 18 la gente del Virrey á Cesano y otros castillos circunvecinos y se retiró á Ceperano, por cuya retirada el ejército eclesiástico (al cual ya comenzaban á faltarle las vituallas) pasó á San Germán, y temiendo el Virrey el suceso de las cosas, se retiró á Gaeta y Don Hugo á Nápoles. Pero el Papa, por la necesidad de dinero y temiendo que se adelantase el duque de Borbón, á cuyo ejército no veía pronta la resistencia de los coligados, continuando en la misma inclinación de la paz con el Emperador había procurado que el maestro Roselló, en nombre de su Rey, fuese al Virrey. De esto nació que César Fieramosca volvió á Roma en 21 de Febrero, de donde partió el día siguiente, habiendo referido sus comisiones y dejando el ánimo del Papa confuso y lleno de irresolución.

Los venecianos, porque no precipitase el acuerdo, le ofrecieron á primero de Marzo que le pagarían dentro de quince días quince mil ducados, y otra tanta cantidad dentro de otros quince, alcanzando de Su Santidad el jubileo para su dominio.

La armada marítima del Papa y de los venecianos, que habiéndose detenido con gran daño á esperar la francesa, se había retirado el 23 de Febrero por los vientos, á la isla de Ponzo, pasando después más adelante, saqueó á Mola de Gaeta, y desembarcando infantería á 4 de Marzo en Pozzuolo, se volvió á la mar, por hallarlo bien proveído. Pasando después adelante, echó gente en tierra cerca de Nápoles por la ribera de Castello á Mare de Stabia, donde estaba Diomedes Carrafa con quinientos infantes, y asaltándolo el 3 de Marzo por el camino del monte, lo forzó y saqueó, y el día siguiente se rindió la fortaleza. Expugnó el 10 la Torre del Greco y Sorrento, y otros muchos lugares de aquella costa se le entregaron después á conciertos.

Primero había tomado algunas naves de trigo, de que tenía mucha falta Nápoles, donde se hacía flaca provisión, no habiendo en la mar ninguna defensa, y el segundo día de la Cuaresma se acercó tanto al muelle que le tiraron del castillo y las galeras; y primero se adelantó tanto por tierra la infantería, que fué fuerza que los de Nápoles se retirasen por la puerta del mercado y la cerrasen.

Tomó después la armada á Salerno, y habiendo ido Valmont con ella en seguimiento de unas naves, dejando cuatro galeras en Salerno, donde estaba Horacio, entró el príncipe de Salerno con mucha gente en el lugar por el camino del castillo, y fué roto por Horacio, muriendo más de doscientos infantes, y quedando presos muchos.

En el Abruzzo, librando el Virrey de la prisión al

conde viejo de Montorio, para que recuperase á Áquila, fué preso por sus hijos y Renzo á 6 de Marzo, habiendo tomado á Siciliano y á Tagliacozzo iba hacia Sora.

En tanto el ejército de tierra, en tan gran coyuntura reducido á falta de vituallas, ó por la negligencia de los ministros ó por las malas provisiones del Papa, había comenzado el 5 de Marzo á deshacerse.

Continuándose todavía las pláticas de la paz, vinieron á Roma á 10 de Marzo Fieramosca y Serenón, secretario del Virrey, adonde había llegado el día antes Langes con muchas palabras y promesas, pero sin dinero, no obstante que de Francia se significó que había partido con veinte mil ducados para embarcar infantería en la armada de los navíos gruesos, la cual esperaba en Civitavecchia, y que otros veinte mil traía al Papa, aconsejándole que hiciese la empresa del reino de Nápoles para uno de los hijos del rey de Francia, con el cual se casase Catalina, hija de Lorenzo de Médicis, sobrino del Papa, porque, confiando el Rey en la plática con Inglaterra, y persuadiéndose de que el Virrey, por la defensa de Frusolone, no podría hacer efectos, y que el ejército imperial, pues tardaba tanto en moverse, careciendo de dinero, no había de ir á Toscana, no quería ya la tregua por no dar tiempo al Emperador de ponerse en orden. Mas hallándose sin dinero, ni de los veinte mil ducados prometidos al Papa cada mes, ni del dinero de la décima, no le había enviado más que diez mil ducados, ni tampoco á 7 de Marzo envió el dinero para la infantería de la armada gruesa, que era pagada por él y por los venecianos, y teniendo intención de no hacer movimientos hasta que se conviniese con el rey de Inglaterra, le parecía justo que el Papa esperase aquel tiempo; por lo cual la empresa del reino de Nápoles, comenzada con gran esperanza, iba cada día entibiándose, porque no estando acrecentada la arma-

da de bajeles nuevos ni de gente, y habiendo de guardar los lugares que había tomado, podía hacer cortos progresos; y el ejército de tierra, al cual aún no habían llegado á 14 de Marzo las vituallas enviadas de Roma por la mar, por ser el tiempo contrario, no sólo no pasaba adelante, sino que, disminuyéndose por el desorden de las vituallas, se retiró á Piperno, y la infantería que estaba con Renzo se había disminuido tanto por la falta de dinero, que, no habiendo podido tomar en medio al Virrey, según el designio, se volvió á Roma; acrecentando estos desórdenes las pláticas estrechas que tenía el Papa para el acuerdo, porque enflaquecían las provisiones de los coligados, que por su naturaleza eran tibias, lo cual, por otra parte, aumentaba la inclinación del Papa al acuerdo, inducido á alguna mayor esperanza de la intención del Emperador, por haberse tomado una carta suya en que cometía al Virrey que procurase concertarse con el Papa si por ventura el estado de las cosas no le obligaba á tomar otra resolución.

Pero lo que le movía más era el ver que continuamente se adelantaba Borbón con el ejército imperial, y que ni las resoluciones del duque de Urbino, ni las provisiones de los venecianos eran tales que le asegurasen de las cosas de Toscana, cuyo temor le afligía grandemente, porque el duque de Urbino, estando todavía la gente imperial parte de este lado y parte del otro de Plasencia, mudando la primera opinión de estar en Bolonia con el ejército veneciano antes que ellos, había resuelto en sus consejos que, al saber el movimiento de los enemigos, fuese el ejército eclesiástico á Bolonia, dejando á Parma y á Módena bien guardadas, y que él con el ejército de los venecianos caminaría en seguimiento de los enemigos, si bien apartado siempre de ellos veinticinco ó treinta millas, por seguridad de su

gente. Con este orden, queriendo después los enemigos tomar el camino de Romaña y de Toscana, se procediese caminando siempre delante de ellos el ejército eclesiástico con el marqués de Saluzzo, con las lanzas francesas, con sus infantes, y con los suizos, dejando siempre guarda en los lugares por donde habían de pasar los enemigos después de ellos, y reuniéndose después consecutivamente según hubiesen pasado.

Alegaba muchas razones en favor de éste su consejo, mal entendido por los otros capitanes; lo primero que no era seguro ponerse en campaña con ambos ejércitos juntos para quitar el paso á los imperiales, porque sería ó peligroso ó inútil; peligroso queriendo pelear, porque siendo superiores en fuerzas y valor, si no en número, conseguirían la victoria; inútil, porque si los imperiales no quisiesen pelear, estaría en su mano dejar atrás el ejército de los coligados, y yendo después siempre delante de ellos, serían grandes los progresos en todos los lugares; que le parecía (cuando bien estuviesen las cosas en su poder) ésta determinación la mejor de todas, pero que le obligaba á esto mismo la necesidad, pues, estando ya casi para moverse (según se creía) el ejército enemigo, no estaban tan prontas las provisiones de su gente que estuviese tan cierto el poder llegar á tiempo de pasar más adelante; y que debía considerar también, pues los venecianos habían dejado libremente en él esta determinación, no dejar su Estado en peligro, porque si los enemigos lo veían desproveído, podrían, pasando el Pó, tomando nuevo consejo de nueva ocasión, volverse en daño suyo.

Con esta razón convencía al Senado veneciano, que por naturaleza tiene por objeto el proceder en sus cosas cauta y seguramente, pero no satisfacía al Papa, considerando que, con tal consejo, se abría el camino al ejército imperial para ir hasta Roma ó á la Toscana, ó

á donde le pareciese; porque el ejército que se le había de oponer, siendo inferior en fuerzas y disminuyéndose cada día por haber de poner guardas en los lugares, no le podría resistir; ni era cierto que, quedando una vez los venecianos atrás, hubiesen de estar tan prontos en seguirle con las obras como lo decían las palabras del Duque; mayormente considerando los modos con que se había procedido en toda la guerra, y que juntos todos los ejércitos, en los cuales había mucha más gente que en el imperial, podrían estorbarle más fácilmente el pasar más adelante, impedirle las vituallas y usar de todas las ocasiones que se les ofreciesen; no estando nunca tan lejos de ellos que no pudiesen llegar á tiempo de socorrer los lugares de los venecianos, si se volviesen contra ellos.

Desagradóle mucho más al Pontífice esta determinación cuando entendió que, habiendo venido el duque de Urbino el 3 de Enero á Parma, y sobreveniéndole una ligera enfermedad, se retiró el 14 á Casalmaggiore, y de allí, cinco días después, debajo de color de curarse, á Gazzuolo, adonde había hecho venir á su mujer, estando más aligerado de la calentura, pero agravado, según decía, de la gota. A este proceder, sospechoso al Papa, queriendo darle mejor sentido, argüía que las pláticas de acuerdos del Pontífice eran causas del obrar con esta suspensión, mas comprendiendo el lugarteniente, parte por lo que era verosímil, y parte por relación de palabras, que él había dicho que también le inducía á estos malos modos el deseo de la recuperación de Montefeltro y de San Leó, poseídos por los florentinos, juzgando que, si no se le satisfacía en esto, desampararía en las mayores necesidades al Papa y á los florentinos, y no pareciéndole que dichos lugares eran digno premio de exponerse á tan gran peligro, sabiendo también que se deseaba lo mismo en Florencia, le dió cierta espe-

ranza de la restitución, como si tuviese comisión del Papa, inclinado más en este caso al odio antiguo y nuevo que á la razón.

Estaban entretanto los imperiales, habiendo dado poco dinero á los tudescos, alojados cerca de Plasencia, donde se encontraba el conde Guido Rangone con seis mil infantes, y corriendo alguna vez Pablo Luzzasco y otros caballos ligeros de la Iglesia, un día, acompañados de algunos infantes y hombres de armas, rompieron á los enemigos que hacían correrías, prendieron ochenta caballos y cien infantes y también á los capitanes Scalengo, Zucchero y Grugno, borgoñón.

Envió después Borbón diez banderas de españoles á avituallar á Pizzichittone, y poco después vino el conde Gaiazza con los caballos y con sus infantes á alojar en el burgo de San Donnino, desamparado por los eclesiásticos. El cual, al día siguiente, por pláticas que primero había tenido con él y pretendiendo que estaba libre de los imperiales, porque no le pagaban, se pasó al ejército eclesiástico, conducido por el lugarteniente, más por satisfacer á otros que por seguir su propio juicio, con mil doscientos infantes y ciento treinta caballos ligeros que tenía consigo, y con condición de que, quitándole el Emperador el condado de Gaiazza, el Papa, después de ocho meses sin recuperarlo, le pagara cada año renta equivalente, hasta que lo recobrara.

Deseaba Borbón, siguiendo el consejo del duque de Ferrara (que rehusaba ir al ejército) dirigirse antes á Bolonia y á Florencia que detenerse en aquellos lugares, pero el 17 se amotinó la infantería española pidiendo dinero y mató al sargento mayor que había enviado á sosegarla; pero, aquietando lo mejor que pudo el tumulto, pasó á 20 con todo el ejército el Trebia y alojó á tres millas de Plasencia, teniendo consigo quinientos hombres de armas y muchos caballos ligeros.

de los cuales la mayor parte eran italianos nunca pagados; los infantes tudescos que habían venido nueva-mente, cuatro ó cinco mil españoles gente escogida, y cerca de dos mil infantes italianos aventureros y no pagados, habiendo quedado una parte de los tudescos viejos en Milán é ido los otros hacia Saona para ayudar las cosas de Génova, que estaba reducida á gran trabajo.

Era verdaderamente maravillosa la determinación de Borbón y de aquel ejército que, hallándose sin dinero, sin municiones ni gastadores y sin orden de traer vituallas, se resolviese á pasar adelante por medio de tantos lugares enemigos y contra enemigos que tenían mucha más gente que ellos; pero por más maravillosa se debe tener la constancia de los tudescos que, partidos de Alemania con un ducado sólo cada uno, habiendo tolerado tanto tiempo tan grandes calamidades en Italia, y no recibiendo en todo él más que dos ó tres ducados cada uno, no se opusieron á pasar delante, contra el uso de todos los soldados, y especialmente de su nación, no teniendo otro premio ni consignación que la esperanza de la victoria; aunque se entendía claramente que, encareciéndose las vituallas y teniendo cerca á los enemigos, no podrían vivir sin dinero. Pero hacíales esperar y sufrir mucho la grande autoridad que tenía con ellos el capitán Jorge, que les decía que saquearían á Roma y á la mayor parte de Italia.

Fueron el 22 al burgo de San Donnino, y el día siguiente el marqués de Saluzzo y la gente eclesiástica, dejando en guarda de Parma alguna infantería veneciana, se fueron de aquella ciudad por el camino de Bolo-
nia con once ó doce mil infantes, dejando orden al conde Guido para que viniese de Plasencia á Módena y los infantes de las bandas negras á Bolonia; quedando en Plasencia suficiente guarda.

De esta manera llegaron por el Regiano en cuatro alojamientos entre Anzuola y el Puente en Reno.

Había vuelto en este tiempo Borbón á Regio, y el duque de Urbino á quien, proponiéndole el lugarteniente en Casalmaggiore que acrecentase el número de los suizos, lo había rehusado como cosa inútil, pero instaba ahora con él para que se propusiese en Roma y en Venecia que se condujesen de nuevo cuatro mil suizos y dos mil tudescos, disculpando la contradicción que hizo entonces con decir que la razón no consentía que se saliese á campaña, y que había creído que los enemigos primero se desharían; á los cuales ofrecía arrimarse ahora con este aumento; consejo despreciado de todos porque á los peligros presentes no socorrían remedios tan tardos, pudiendo en particular conocer también el Duque que estas cosas, por las dificultades del dinero y de las voluntades desunidas de los coligados, no se podían poner en ejecución.

En este tiempo el duque de Milán que, habiendo levantado tres mil infantes, defendía á Lodi y á Cremona y á todo lo que está de la otra parte del Adda y corría el milanesado, ocupó con arrebatado ímpetu el lugar de Monza, pero desamparáronlo con brevedad al tener aviso de que Antonio de Leiva, que había acompañado á Borbón, habiendo vuelto á Milán, iba hacia aquella parte, diciéndose que tenía consigo dos mil infantes tudescos viejos, mil quinientos de los nuevos, mil españoles y cinco mil italianos, gobernados por muchas cabezas.

El duque de Borbón, habiendo pasado el Secchia, tomó á mano izquierda y llegó á 5 de Marzo á Buon Porto, y dejando gente allí fué á Finale á verse con el duque de Ferrara, que le aconsejó mucho que se enderezase, dejando á una parte todos los otros pensamientos, hacia Florencia ó Roma, y aun se creyó que le había

aconsejado firmemente que se dirigiera hacia Roma, dejando toda otra empresa.

Atormentaban el ánimo del duque de Borbón muchas dificultades para esta determinación; especialmente el temor de que el ejército, conducido á tierra de Roma, ó por necesidad ó por deseo de refrescarse, ó topando algunas dificultades (como sin duda se hallarían) si el Papa no se hubiese desarmado, tomase por alojamiento el reino de Nápoles.

En este día pasó el Pó la gente veneciana sin la persona del duque de Urbino, el cual, si bien casi convaleciente, estaba todavía en Gazzuolo; pero con intención de caminar presto.

Alojó el 7 Borbón en San Juan del Boloñés. De allí envió un trompeta á Bolonia, á donde se había retirado la gente eclesiástica, á pedir vituallas, diciendo que quería ir al socorro del reino de Nápoles, y el mismo día se juntaron con él los españoles que estaban en Carpi, entregando aquel lugar al duque de Ferrara.

La gente veneciana estaba sobre el Secchia resuelta á no pasar más adelante si no sabía primero la partida de Borbón de San Juan, al cual le venían vituallas del Ferrarés; pero habiéndolas de pagar, y no teniendo casi dinero, alojaban muy extendidos por el país para comer, y corrían por toda la comarca robando bestias, de donde sacaban el modo para pagar las vituallas, de manera que se conocía por muy cierto que, si hubieran tenido algún encuentro poderoso, ó si el ejército eclesiástico que estaba en Bolonia y en su contorno, hubiera podido ponerse en algún alojamiento cercano á ellos, pronto quedarán reducidos los imperiales á mucho trabajo, porque, continuando en el alojarse muy esparcidos, estuvieran en mucho peligro, y estrechándose en los alojamientos no hubieran tenido modo para proveer las vituallas.

En la gente que estaba en Bolonia había muchos desórdenes, así por la condición del Marqués, más á propósito para romper una lanza que para hacer oficio de capitán, como también porque ni á los suizos ni á su infantería pagaban los venecianos á los tiempos que lo debían hacer, por lo cual perdieron una excelente ocasión.

Atendía Borbón en este tiempo, para poder caminar más adelante, á proveerse de vituallas de Ferrara para muchos días, de municiones, de gastadores y de bueyes, teniendo consigo hasta entonces cuatro cañones, y aunque hacía varias demostraciones de lo que tenía en su ánimo, con todo eso, se creía lo más cierto que su intención era pasar á la Toscana por el camino del Sasso, y lo mismo confirmaba Jerónimo Morone, el cual había muchos días que tenía pláticas secretas con el marqués de Saluzzo, aunque á juicio de muchos con fingimientos y engaños.

Determinado á partir el 14 de Marzo, y habiendo por esto vuelto á enviar al Bondino los cuatro cañones, el día antes los infantes tudescos, burlados de varias promesas de sus pagas, y seguidos después de los españoles pidiendo á voces dinero, se amotinaron con gran alboroto y con mucho peligro de la vida de Borbón, si no se hubiera escapado con presteza de su alojamiento, adonde acudieron y le desvalijaron y mataron en él un gentilhombre suyo, por lo cual el marqués del Vasto fué luego á Ferrara, de donde volvió con alguna suma de dinero, aunque pequeña, con que se sosegó el ejército.

Sobrevinieron el 17 grandes nieves y aguas, de manera que era imposible, por las crecientes de los ríos y malos caminos, que caminase el ejército en algunos días, y un accidente de apoplejía que sobrevino al capitán Jorge, le llevó casi á la muerte, con mayor espe-

ranza de lo que sucedió después, de que, habiendo por lo menos de quedar inútil para seguir en el ejército, no sufrirían los infantes tudescos, por su ausencia, las incomodidades y falta de dinero.

Estaba en este tiempo la gente veneciana en San Faustino cerca de Rubiera, adonde llegó el duque de Urbino á 18 de Marzo, prometiendo al Senado veneciano (según lo solía hacer) la victoria casi cierta, no por el valor de las armas de los confederados, sino por las dificultades de los enemigos.

Habíanse reducido á este estado en todas partes las cosas del Papa, envilecido por no tener dinero, por no haberse realizado la empresa contra el reino de Nápoles, según su primer designio, habiéndose retirado ya su gente, por falta de vituallas, á Piperno, y porque las provisiones de los franceses, grandes en las palabras, salían cada día escasas en los efectos, como continuamente lo habían hecho desde el primer día hasta el último de toda la guerra; porque demás de la tardanza usada por el Rey en enviar el primer mes de la guerra los cuarenta mil ducados, en despachar las quinientas lanzas y la armada marítima, y, demás de no haber querido romper la guerra de la otra parte de los montes (según estaba obligado y convenido como uno de los fundamentos principales para alcanzar la victoria) faltó asimismo en las promesas que hacía de continuo.

Había prometido pagar al Papa, fuera de la contribución ordinaria, veinte mil ducados cada mes para que rompiese la guerra en el reino de Nápoles, y habiendo sucedido después la tregua que se hizo por el insulto de D. Hugo y de los Colonnas, aconsejándole á que no la observase, le había vuelto á confirmar las mismas promesas para servirse de ellas ó para la guerra de Nápoles ó para su propia defensa, y volvió á enviarle á Renzo de Ceri que, por la empresa de Marsella, había

ganado con él mucha reputación. Aunque prometió estas cosas, desde Octubre se diferían tanto por su tardanza, que no llegó Renzo á Roma hasta los 4 de Enero, y diez días después llegaron veinte mil ducados, de los cuales, habiendo recibido Renzo cuatro mil por los gastos que había hecho y por su pensión, y diez mil por la empresa del Abruzzo, llegaron solos seis mil al Papa, el cual, debajo de estas promesas, había roto la tregua casi tres meses antes. Prometía el Rey pagarle por la concesión de la décima veinticinco mil escudos dentro de ocho días, y treinta y cinco mil dentro de dos meses, pero de estos jamás recibió el Papa sino nueve mil que le trajo Robadanges. Partió del lado del Rey de Francia á 12 de Febrero Paulo de Arezzo, al cual prometió, para dar mayor ánimo á las cosas de la guerra, demás de las cantidades dichas, veinte mil ducados que, enviados en seguimiento de Langes, nunca pasaron de Savona. Estaba obligado el Rey por los capítulos de la Confederación á enviar doce galeras sutiles, y decía que había enviado diez y seis, pero lo más del tiempo estaban tan mal proveídas y sin gente que echar en tierra, que no partían de Savona, y si en el principio que se rompió la guerra contra el reino de Nápoles se hubieran juntado luego con las galeras del Papa y de los venecianos, hubiesen hecho grandes progresos, según el juicio común. La armada de los navíos gruesos, que sin duda era muy poderosa, aunque prometió muchas veces enviarla hacia el reino de Nápoles, nunca se apartó, sin saberse por qué razón, de la Provenza ó de Savona; y después de haber concurrido en dar dos pagas á la infantería del marqués de Saluzzo, concertó con los venecianos (los cuales tenían menor número de gente del que estaban obligados) que su paga se sacase de la contribución de cuarenta mil ducados.

Los consejos y ayudas del rey de Inglaterra estaban muy lejos y eran muy inciertos. Veía á los venecianos tardos en la paga de la gente, por cuya culpa los infantes del de Saluzzo y los suizos que alojaban en Bolonia eran casi inútiles; espantábanle las variaciones y el modo de proceder del duque de Urbino, por las cuales conocía que no se embarazaría al ejército imperial el paso de Toscana, y así entendía que, por la mala disposición del pueblo florentino, y por tener los cesarianos amiga la ciudad de Siena, estaban en gran peligro el Estado de Florencia y el de la Iglesia.

Estas razones conmovieron su ánimo, si bien después de muchas pláticas y dudas, porque conocía también cuán pernicioso y peligroso era el separarse de los coligados y remitirse á la discreción de los enemigos, no ayudándole bastantemente los otros, y no queriendo ayudarse por sí mismo cuanto hubiera podido, prevaleciendo más en él el temor presente, y no sabiendo hacer resistencia con el ánimo á las dificultades y peligros, resolvió concertar con Fieramosca y con Serenón, que estaban en Roma para este efecto, en nombre del Virrey, la suspensión de armas por ocho meses, pagando al ejército imperial sesenta mil ducados; que se restituyese lo que se había tomado de la Iglesia, del reino de Nápoles y de los Colonnas, y á Pompeyo Colonna se le volviese la dignidad del cardenato, con la absolución de las censuras (de tales condiciones ninguna fué más grave para el Papa que ésta, ni en ninguna convino con mayor dificultad); que tuviesen facultad el rey de Francia y los venecianos para entrar en el acuerdo dentro de cierto tiempo; entrando en él, saliese la infantería tudésca de Italia, y si no entrasen, saliese del Estado de la Iglesia y del de Florencia; que pagase el Papa cuarenta mil ducados á 22 del presente, y lo restante por todo el mes, y que el Virrey viniese á Roma, lo

cual juzgaba el Papa que casi se podía tener por seguridad de que Borbón observaría la tregua, habiendo también dado esperanza de ello al Papa el haber interceptado el lugarteniente una carta de Borbón para el Virrey, en la cual, dándole á entender la dificultad en que se hallaba, le aconsejaba que se concertase con el Papa si se podía hacer con decoro del Emperador. Hecho el acuerdo se llamó luego de cada parte toda la gente y la armada de mar, y se restituyeron las villas ocupadas. Procedió el Papa lealmente en la observancia del acuerdo, aunque sus cosas estaban en este tiempo muy superiores en el reino de Nápoles. Pero en el Águila, desconfiando los hijos del conde de Montorio de poder estar seguros de otra suerte, libraron á su padre, el cual, luego con el favor de la facción imperial, echó á sus hijos y á la facción contraria.

Llegó después el Virrey á Roma, y juzgando el Papa, por su venida, que estaba seguro de todo punto de la observancia de la concordia, despidió, con mal consejo, toda la gente que estaba á su sueldo en las partes de Roma, reservándose solos cien caballos ligeros y dos mil infantes de la banda negra; dándole para esto mayor ánimo el persuadirse de que el duque de Borbón estaba inclinado á la concordia por las dificultades que tenía para proseguir en la guerra, y porque le había mostrado siempre que la deseaba. Procedían muy diversamente las cosas en los contornos de Bolonia, porque el Papa, luego que se concertó la tregua, despachando á César Fieramosca á Borbón para que aprobase la concordia, y para que, en recibiendo el dinero, sacase el ejército de la comarca de la Iglesia, se descubrieron en Borbón y en los soldados muchas dificultades, mostrándose obstinados en querer seguir la guerra, ó porque se hubiesen propuesto la esperanza de gran ganancia, ó porque el dinero que había prometido

el Papa no bastaba para satisfacerles dos pagas, por lo cual creyeron muchos que si hubieran sido cien mil ducados, aceptarían la tregua. Sea cual fuere la causa, lo cierto es que, después de la venida de Fieramosca, no dejaban de robar el Boloñés como antes, ni de hacer todas las demostraciones de enemigos; mas, con todo eso, Borbón (que mandaba hacer las explanadas) y Fieramosca, daban esperanza al lugarteniente de que, no obstante todas las dificultades, aceptaría el ejército la tregua, afirmando Borbón que estaba obligado á hacer las explanadas para entretener al ejército con la esperanza de pasar más adelante, hasta que le hubiese reducido á su deseo, que era conservarse amigo del Papa.

Pero al mismo tiempo venía al ejército por orden del duque de Ferrara provisión de harina, gastadores, carros, pólvora y otros instrumentos semejantes, el cual se glorió después de que ni el dinero que les había dado, ni todas estas ayudas, pasaban del valor de sesenta mil ducados.

Por otra parte, el duque de Urbino, fingiendo temer que, en aceptando la tregua aquel ejército, se volvería al Polesino de Robigo, retiró la gente veneciana de la otra parte del Pó á Casalmagiore.

CAPITULO II.

Obstinación del ejército del duque de Borbón en continuar la guerra.—El Virrey parte de Roma para avistarse con el duque de Borbón.—El duque de Borbón se dirige á Toscana.—Tumulto en Florencia.—Los Médicis son declarados rebeldes.—El lugarteniente Guicciardini apacigua el tumulto y tranquiliza los ánimos.—Nueva confederación entre el Papa, el rey de Francia y los venecianos.

Estuvieron casi suspensas las cosas ocho días; finalmente Borbón, ó por haber tenido siempre este dictamen ó porque no estaba en su mano imponer al ejército sus deseos, escribió al lugarteniente que la necesidad le obligaba, pues no podía reducir á su voluntad á los soldados, á caminar más adelante, y así, poniéndolo en ejecución, fué el día siguiente, que era el último de Marzo—á alojar á Puente en Reno, con tanto ardor de la infantería que, viniendo al ejército un hombre que enviaba el Virrey para tratar con Borbón que aceptase la tregua, le hubieran muerto los españoles si no se fuera.

Pero mayor fué la demostración contra el marqués del Vasto que, habiendo partido del ejército para ir al reino de Nápoles, ó por indisposición de su persona ó por no contravenir (según lo que escribió al lugarteniente) á la voluntad del Emperador, como los otros, ó por otra causa, fué desterrado del ejército por rebelde. Por la venida del duque de Borbón á Puente en Reno, el marqués de Saluzzo y el lugarteniente, estando inciertos de si los enemigos iban hacia la Romaña, dejando una parte de los infantes italianos en la guarda de Bolognia, no sin dificultad de conducir á los suizos, para cuya paga estuvo necesitado el lugarteniente á prestar á Juan Vitturio diez mil ducados, se enderezaron la

misma noche con el resto del ejército á Forli, donde entraron á 3 de Abril, dejando en Imola guarnición suficiente para defenderla.

Pasó por debajo de esta ciudad el día 5 el duque de Borbón, para alojar más abajo junto al camino real.

Al llegar á Roma la certeza de que Borbón no había aceptado la tregua, mostrándose el Virrey muy disgustado, y persuadiéndose, conforme á los primeros avisos recibidos, de que esto procedía de ser necesaria mayor suma de dinero, envió una persona suya á ofrecer veinte mil ducados más, los cuales pagaba de las rentas de Nápoles; pero entendiendo después que había estado en peligro, partió á 3 de Abril de Roma para verse con el duque de Borbón, habiendo prometido al Papa que le obligaría á aceptar la tregua, si no pudiese en otra forma, con separar de él la gente de armas y la mayor parte de la infantería española. Llegó el 6 á Florencia, donde se detuvo para tratar con algunas personas que le enviaba Borbón, como en lugar más á propósito, habiéndose certificado ya de que no se podía detener el ejército si no era dándole mucho mayor suma de dinero y debiéndola pagar los florentinos, sobre los cuales había dejado el Papa toda la obligación de proveerles.

Acrecentaban estas variedades sumamente las dificultades y peligros del Papa. Había ya muchos días que las habían aumentado; porque en la incertidumbre de las determinaciones del duque de Borbón y de lo que había de producir la venida del Virrey, tenía necesidad de las ayudas de los coligados, los cuales enturbiaban sus acciones, solicitándoles en contrario la instancia y persuasiones de su lugarteniente; porque el Papa, con todas las palabras y demostraciones, manifestaba el sumo deseo que tenía del acuerdo y grande esperanza de que se encaminaría por las obras del Virrey.

Por otra parte, el lugarteniente, entendiendo por mu-

chas señales que la esperanza del Papa era vana, y conociendo que el entibiarse las provisiones de los coligados ponía en gran peligro las cosas de Florencia y de Roma, hacía extrema instancia con el marqués de Saluzzo y con los venecianos para persuadirles de que no tendría efecto el acuerdo, y aconsejarles que, si no por respeto de los otros, á lo menos por su propio interés, no desamparasen las cosas del Papa ni de Toscana; no disimulando, porque le diesen más crédito, que el Papa deseaba y procuraba ardientemente la paz é imprudentemente tenía esperanza de ella, sin conocer los fraudes descubiertos de los imperiales, y que, cuando por ventura, con ayudarle, no alcanzasen otra cosa que facilitarle las condiciones del acuerdo, era esto para ellos gran beneficio; porque el Papa, ayudado de ellos, se concertaría para sí y para los florentinos con condiciones que dañarían poco á la liga y, si le desamparaban, estaría oprimido por necesidad á obligarse á dar á los imperiales gran suma de dinero y alguna contribución gruesa cada mes; que así debían, si no querían hacerse daño á sí mismos, siempre que Borbón hiciese movimiento para ofender la Toscana, moverse también ellos para defenderla.

Estaba muy dudoso el marqués de Saluzzo en esta determinación, pero mucho más lo estaban los venecianos, porque, descubierta á todos la pusilanimidad del Papa, tenían por cierto que también, después de las ayudas que le diesen de nuevo, abrazaría el acuerdo, sin respeto á los confederados, siempre que lo pudiese conseguir; por lo cual les parecía que estaban obligados á una cosa muy nueva, que era á acudirle para facilitarle que se concertase con los enemigos comunes. Consideraban que el desampararle causaría mayor perjuicio á las cosas comunes, pero juzgaban que se metía á manifiesto peligro su gente entre el Apenino y los enemigos

(y en país que ya se había hecho adverso) si mientras estaban en Toscana establecía el Papa el acuerdo ó lo hacía de nuevo; y temía también el Senado que el Papa le hiciese instancia de que su gente pasase á Toscana, para obligarle, por miedo de perderla, á que aceptase la suspensión de hostilidades.

Había el lugarteniente apartado esta duda del ánimo del Marqués con menor dificultad, aunque muchos de los suyos le aconsejaban lo contrario, por miedo de no poner su gente en peligro, por lo cual, como primero había estado pronto para venir á Forli, así no rehusaba pasar á la Toscana si lo pidiese la necesidad. Mas los venecianos, por tener al Papa y á los florentinos con alguna esperanza, y por otra parte estar prontos para tomar los partidos cuando quisiesen, ordenaron que el duque de Urbino partiese de Casalmaggiore el 4 de Abril, enviando la caballería por el camino de la parte del Pó y la infantería por el río; el cual, mostrando algún temor por la ida de los imperiales á la Romana, envió mil infantes venecianos á la guarda de su Estado, aunque por muchos se temía, y particularmente por el Papa, que en secreto había prometido á Borbón no estorbarle el paso á la Toscana.

El duque de Borbón en este medio, buscando por todas partes vituallas por tener mucha necesidad de ellas, envió una parte del ejército á Cotignuola, que aunque era fuerte de muralla, la ganó á pocos cañonazos por acuerdo, porque la gente del lugar, temiendo los robos de los soldados amigos, los habían rehusado, como hizo en otros muchos lugares de la Romana.

Tomada Cotignuola, envió á Lugo los cuatro cañones, y, para hacer provisión de vituallas, y también por el estorbo de las aguas, se detuvo tres ó cuatro días sobre el río Lamones. Después, el 13 de Abril, pasando el Montone, alojó en Villafranca, á cinco millas de Forli, y en

este día desvalijó el marqués de Saluzzo cien infantes, casi todos españoles, que iban desmandados buscando sustento hacia Monte Poggioli, como lo hacía casi todo el resto del ejército. Alojó Borbón el 14 sobre el camino hacia Meldola, por donde se iba á Toscana por la vía de Galeata y de Valdibagno, solicitando esto los sieneses, que le ofrecían gran copia de vituallas y de gastadores. Al caminar quemaban los tudescos todas las comarcas por donde pasaban, y acometieron el lugar de Meldola, que se rindió, á pesar de lo cual fué abrasado.

Este día tuvo nueva Borbón de que el Virrey, con voluntad de La Motte, enviado por él para este efecto, había el día antes capitulado en Florencia que, no apartándose en las otras cosas de la capitulación hecha en Roma, antes volviéndola á confirmar, debiese el duque de Borbón comenzar á retirarse con el ejército dentro de los cinco días próximos, y que luego se hubiese retirado al primer alojamiento, le fuesen pagados sesenta mil ducados, á los cuales el Virrey añadió veinte mil; que le pagaran otros sesenta mil por todo Mayo próximo, de los que el Virrey, por una cédula de su propia mano, obligó al Emperador á restituir cincuenta mil; pero que estos últimos no se pagasen si primero no alcanzaba la libertad Felipe Strózzi y era absuelto Jacobo Salviati de la pena de treinta mil ducados, como el Virrey lo había prometido al Papa, no en los capítulos de la tregua, sino debajo de simples palabras.

No detuvo esta noticia al duque de Borbón de pasar adelante, ni el saber que el Virrey había partido de Florencia para venir á verse con él, y para establecer todo lo que fuese necesario, porque el Virrey deseaba la concordia por muchas causas, y porque (según he oído á hombres de crédito) trataba de que el ejército se vol-

viese luego contra los venecianos; y aunque el Virrey había prometido en Roma que apartaría de Borbón la caballería y la mayor parte de la infantería española, con todo eso, mientras se trataba en Florencia, rehusaba hacerlo diciendo que no quería ser causa de la ruina del ejército del Emperador.

Fué Borbón el 16 á alojarse á Santa Sofía, villa del valle de Galeata, súbdita de los florentinos, y procuró prevenir con celeridad y con engaños que en el pasar de los Alpes no se le hiciese algún estorbo, pues si en ellos hubiera tenido algún mal suceso era bastante á desordenarle por la falta de vituallas. Habiendo el 17 recibido en San Pedro del Baño cartas del Virrey y del lugarteniente de su venida, respondió á ambos que le había hallado el aviso en alojamiento tan desproveído, que era imposible esperarles en él; pero que al día siguiente los esperaría en Santa María del Baño, debajo de los Alpes, mostrándose deseosísimo del acuerdo, mayormente en las cartas al lugarteniente, y de dar á conocer al Papa su buen ánimo y devoción, si bien tenía otra cosa en su pensamiento.

Fué el Virrey el día señalado, y el lugarteniente, sospechoso de los pasos de Borbón, persuadió al marqués de Saluzzo con muchas razones seguir adelante, para que no entrasen los enemigos en Toscana primero que el socorro, y contradiciendo eficazmente á Juan Viturio, proveedor veneciano, y á los otros que, por miedo de que la gente se pusiese en peligro, pedían que, antes que se pasase á Toscana, se diera seguridad de doscientos mil ducados ó prendas de fortalezas, le llevó con toda la gente á Berzighella, de donde escribió al Papa que estaba tan pronta la disposición del Marqués, que no dudaba ya que le haría pasar con su gente á la Toscana, y que tenía por cierto que la de los venecianos haría lo mismo; mas que por su pasaje, se ase-

guraban tanto las cosas de Florencia, como se ponían en peligro las de Roma; porque, no quedándole á Borbón otra esperanza, estaría necesitado á volverse de aquella empresa, y hallándose más cerca de Roma, sería difícil que el socorro que se enviase pudiese igualar á su presteza, por haber de pasar él en dos alojamientos el Apenino.

Para este caso se habían prevenido también los florentinos con los venecianos y con el duque de Urbino, dando esperanza, y después prometiendo á aquellos (en caso de que su gente pasase á Toscana) entrar en la liga. Se obligaban á pagar cierto número de infantería, y á no concertarse con el Emperador, aunque quisiese el Papa; y al duque de Urbino (que pasando el Pó por Ficheruolo había llegado en trece días á Finale y después á Corticella), habían enviado á Palla Rucellai para tratar estas cosas, ofreciéndole restituirle las fortalezas de San Leó y de Maiuolo, por lo cual fué menos dificultoso tener las ayudas prontas, y mas porque llegó aviso de que el Virrey, no solo no había hallado al duque de Borbón en el lugar señalado, el cual, burlándose de él, había el mismo día atendido á pasar los Alpes, sino también que había estado en grave peligro de ser muerto por los villanos del país, alborotados por los daños y las injurias recibidas del ejército.

El Marqués, aunque llevándole el duque de Urbino para hablar con él á Castillo de San Pedro, procurase interponer dificultades y dilaciones, estuvo pronto en pasar los Alpes; de manera que el 22 de Abril alojó en el burgo de San Lorenzo en Mugello, y el duque de Urbino, no pudiendo apartarse de él con causa decente, ni queriendo echar sobre sí toda la culpa, vista la prontitud de los franceses, y sabiéndose que los venecianos se habían remitido á él, pero con orden de que, si luego

que llegase á Toscana no hiciesen los florentinos la confederación, volviera á pasar los montes con el ejército, se resolvió también á pasarlos, y alojó el 25 del mes en Barberino.

Entre tanto Borbón, pasando el mismo día los Alpes, alojó en la Pieve de San Esteban, defendiéndose valerosamente este lugar del asalto que le dieron los suyos, y para entretener al Papa con los mismos artificios y tener mayor ocasión de ofenderle, le envió una persona suya á confirmar el deseo que tenía de hacer acuerdo con él; pero que vista la pertinacia de su gente, la acompañaba por menor mal, y le aconsejaba que no rompiese las pláticas del acuerdo, ni reparase en pagar alguna cantidad mayor en dinero.

Pero era superfluo usar con el Papa de estas diligencias, el cual, dando gran crédito á lo que deseaba, y deseando mucho aligerarse de los gastos, luego que tuvo aviso de la conclusión hecha en Florencia con la presencia y consentimiento de la persona que había enviado Borbón, despidió imprudentemente toda la infantería de la banda negra, y Valmont se había ido por mar hacia Marsella, como si estuviera en paz segurísima.

Hallándose, pues, todos los ejércitos en Toscana y entendiéndose por los coligados que Borbón había ido en un día de la Pieve de San Esteban á alojarse á la Chiassa, cerca de Arezzo, que fué el 23, caminando diez y ocho millas, se consultó entre los capitanes que se juntaron en Barberino lo que se debía ejecutar; y haciendo instancia muchos de ellos y los agentes del Papa y de los florentinos para que todos los ejércitos pasasen á algún alojamiento de la otra parte de Florencia, para quitar á Borbón la facultad de arrimarse á aquella ciudad, se resolvió que el día siguiente, dejando la gente para que descansase en los mismos alojamientos,

fuesen los capitanes á Ancisa, á 13 millas de Florencia, para pasar después allí la gente si hallasen aquel alojamiento suficiente para detenerse en él con seguridad, como afirmaba Federico de Bozzole, autor de este consejo. Mas estando ya al siguiente día en el camino y cerca de Florencia, un accidente imprevisto, del cual procedieran gravísimos efectos si no se hubiera remediado, les causó gran estorbo para esta ejecución y las demás que se hubieran hecho; porque habiendo en Florencia gran sublevación de ánimos, estando casi todo el pueblo mal contento del presente gobierno, é instando la multitud en que, para defenderse de los soldados (según se decía), les concediesen los magistrados las armas públicas, antes que se tomase resolución sucedió el 26 en la plaza pública un alboroto accidental.

Comenzó la mayor parte del pueblo y casi toda la juventud armada á correr hacia el palacio público, y fomentó mucho este alboroto ó la imprudencia ó el miedo de Silvio, cardenal de Cortona, el cual, habiendo resuelto ir hasta fuera de la ciudad á recibir al duque de Urbino por honrarle, no mudó de determinación, aunque antes que saliese entendió que había comenzado este alboroto, por lo cual, esparciéndose por la ciudad que había huído, corrieron con más presteza al palacio. Ocupado éste por la juventud y llena la plaza de multitud de gente armada, obligaron al Sumo Magistrado á declarar por rebeldes con solemne decreto á Hipólito y á Alejandro, sobrinos del Papa, con intención de introducir de nuevo el gobierno popular.

Pero entrando en este medio en Florencia el Duque y el Marqués con muchos capitanes y con el cardenal de Cortona é Hipólito de Médicis, y poniendo en arma mil quinientos infantes que, por sospechas de este alboroto, habían estado muchos días en la ciudad, haciendo rostro se enderezaron hacia la plaza y la ganaron luego,

por haberla desamparado la multitud, aunque por tirar piedras y arcabuzazos los del palacio no se atrevía nadie á detenerse; pero tenían ocupadas las calles circunvecinas.

Pareciéndole al duque de Urbino que la gente que estaba en Florencia no era bastante para tomar el palacio (de esta opinión, aunque parecía de poca consideración, tuvo origen principal el librarse aquel día la ciudad de Florencia de tan evidente peligro), y juzgando que era de temer, si no se tomaba antes de la noche, que el pueblo, cobrando nuevo ánimo, volviese de nuevo á las armas, determinó, con consentimiento de tres cardenales que estaban presentes, Cibo, Cortona y Ridolfi, del marqués de Saluzzo y de los proveedores venecianos, juntos todos en la calle del Garbo, inmediata á la plaza, llamar una parte de la infantería veneciana que estaba alojada en el llano de Florencia junto á la ciudad. Amenazaba, pues, peligrosa contienda, porque expugnar el palacio no podía ser sin muerte de casi toda la nobleza que había dentro, y también había peligro de que, comenzándose á poner la mano en las armas, y las muertes, los soldados vencedores saqueasen todo el resto de la ciudad. Se anunciaba un día cruel y desdichado para los florentinos si el lugarteniente, con providente consejo, no hubiera desatado este nudo tan ciego, porque, habiendo visto venir hacia ellos á Federico de Bozzole, imaginando lo que era, y apartándose luego de los otros, le salió á encontrar para hablarle primero.

Había ido Federico al principio del alboroto al palacio, esperando aquietar este rumor con la autoridad y afecto que tenía entre muchos de la juventud, pero no haciendo fruto, antes habiéndole dicho algunas palabras injuriosas, no con poca dificultad pudo alcanzar en espacio de muchas horas que le dejasen ir, por lo

cual, saliendo del palacio lleno de enojo y sabiendo cuán fácil era de expugnar por las pocas fuerzas y orden que había en él, venía para incitar á los otros á que luego le acometiesen. Pero mostrándole el lugarteniente con breves palabras cuán molestos serían al Papa todos los desórdenes que sucediesen y de cuánto daño para las cosas comunes de los confederados; cuánto mejor era atender antes á aquietar los ánimos que á encenderlos, y que, por esta razón, sería dañoso mostrar al duque de Urbino y á los otros tanta facilidad en expugnar el palacio, le llevó sin dificultad de tal manera á su parecer que, hablando á los otros como precisamente quiso el lugarteniente, propuso su razón de tal modo y dió tal esperanza de sosegar las cosas sin armas, que, escogido este mejor camino, rogaron á los dos que, yendo juntos al palacio, atendiesen á aquietar el alboroto, perdonando á todos de aquello en que podían ser culpados por haber maquinado aquel día contra el Estado.

Yendo al palacio con el salvoconducto de los que estaban dentro, les indujeron con mucha dificultad á desampararlo, aunque no tenían fuerzas para defenderle.

Sosegado así el alboroto, volvieron las cosas al estado antecedente, pero como está más presente la ingratitud y la calumnia que la remuneración y alabanza de las buenas obras, si bien fué entonces alabado el lugarteniente con sumo encarecimiento de todos, con todo eso, el cardenal de Cortona se quejó poco después de que, amando más el bien de los ciudadanos y particularmente de Luis su hermano (que en aquel tiempo era Alférez mayor de la justicia) que la grandeza de los Médicis, procediendo artificiosamente, había sido causa que no se estableciese en aquel día para siempre con las armas y la sangre de los ciudadanos el Estado en la familia de los Médicis; y después le calumnió la multi-

tud que, mostrando, cuando fué á palacio, mayores los peligros de lo que eran, les había inducido, por el beneficio de los Médicis, á ceder sin necesidad.

Aunque se aquietó el mismo día el alboroto de Florencia sin muertes, con todo eso, fué origen de gravísimos desórdenes, y por ventura se puede decir, á no haberse atravesado este accidente no hubiera sobrevenido la ruina que tan brevemente después sucedió. Porque deteniéndose el duque de Urbino y el marqués de Saluzzo en Florencia, por la ocasión de este motín, no fueron á ver el alojamiento de Ancisa, según la determinación que se había tomado, y el día siguiente Luis Pisano y Marcos Foscaro, embajadores venecianos en Florencia, vista la inestabilidad de la ciudad, protestaron que no querían que el ejército pasase de Florencia si primero no se concluía la confederación tratada, en la cual pedían contribución de diez mil infantes; pareciéndoles tiempo de valerse de la necesidad de los florentinos.

Concluyóse, finalmente, el 28, remitiéndose á la contribución que declarase el Papa; el cual se creía que ya se había vuelto á juntar con los coligados. Añadiase á esto que, habiendo venido el tiempo de la paga de los suizos y no teniendo Luis Pesaro dinero para pagarles, por las malas provisiones que hacían los venecianos, se pasaron algunos días antes que se les proveyese; de manera que se dejó el consejo saludable de ir con los ejércitos á alojar á Ancisa.

Estando las cosas en este estado, entendiendo el Papa el engaño que usó Borbón con el Virrey y su pasada á Toscana, volvió por necesidad sus pensamientos á la guerra. Había concluido el 26 confederación de nuevo con el rey de Francia y con los venecianos, obligándoles á que le ayudasen con gruesa suma de dinero, y no queriendo obligarse á sí ni á los florentinos á más que

lo que sufriesen sus fuerzas, alegando la estrechez en que estaban él y ellos por haber gastado tan excesivamente.

Aunque estas condiciones eran pesadas, las aceptaron los embajadores de los coligados, por separar totalmente al Papa de los acuerdos que había hecho con el Virrey, mas no las aprobaron los principales. Los venecianos culpaban á Domingo Veniero, su embajador, por haber concluído, sin comisión del Senado, una confederación de grave gasto y de poco fruto por la variedad del Papa, del cual pensaban que en cualquier ocasión volvería á su primer inconstancia y deseo del acuerdo; y el rey de Francia, exhausto de dinero y atento más á cansar al Emperador con lo prolijo de la guerra que con las victorias, juzgaba que bastaba ahora que se sustentase con poca costa la guerra, y aunque al principio, cuando entendió la tregua hecha por el Papa, le fué molesta, con todo eso, considerando después mejor el estado de las cosas, deseaba que el Papa dispusiese á los venecianos á aceptar la tregua hecha, porque sin ellos no quería hacer concierto alguno.

CAPITULO III.

Consulta en Florencia para mandar socorro á Roma.—El duque de Borbón junto á los muros de Roma.—Es muerto al comenzar el asalto.—El Papa huye al castillo.—Saqueo de Roma.—Tardanza en el campamento de la Liga.—Gentil Baglione es expulsado de Perusa por el duque de Urbino.—El Papa se pone de acuerdo con los imperiales.—El duque de Ferrara se apodera de Módena.—Los venecianos toman á Rávena y Cervia.—Segismundo Malatesta toma á Rimini.—Los Médicis son expulsados de Florencia, cambiada la gobernación del Estado y elegido Nicolás Capponi jefe de la República.

En este tiempo el Papa, al cual causaba disgusto que se hubiese pasado la guerra á la Toscana, pero todavía menor que si estuviera en tierra de Roma, levantaba infantería y proveía dinero, pero lentamente, trazando enviar á Renzo de Ceri con gente contra los sieneses, y también acometerles por mar, para que Borbón, que estaba detenido en Toscana, tuviese impedido el camino de Roma, si bien tenía cada día de esto menos temor, esperando que, por las dificultades con que tropezaba Borbón de llevar hacia Roma la gente sin vituallas ni dinero, y por la oportunidad que tenía del Estado de Siena, donde á lo menos se sustentarían los soldados, se detendría en la empresa contra los florentinos.

Pero Borbón, ó porque hubiese sido otra su primera determinación, convenida, como muchos han dicho, secretamente desde Finale con el duque de Ferrara y de Jerónimo Morone, ó desconfiando de poder hacer fruto en la empresa de Florencia, pues se habían juntado para su defensa todas las fuerzas de la Liga, y no pudiendo tampoco sustentar más el ejército sin dinero, conducido hasta aquel día por tantas dificultades con

vanas promesas y esperanzas, necesitado ó á perecer ó á tentar la fortuna, determinó ir con gran presteza á asaltar la ciudad de Roma, donde los premios de la victoria para el Emperador y sus soldados serían inestimables, y la esperanza de conseguirlos no era pequeña; pues el Papa, con mal consejo, había despedido primero los suizos y después los infantes de la banda negra, y vuelto á ponerse en orden tan lentamente al verse desesperado del acuerdo, que se juzgaba no recogería á tiempo suficiente presidio. Partió, pues, el duque de Borbón con el ejército el 26 de Abril del territorio de Arezzo á la ligera, sin artillería ni bagaje, y caminando con increíble presteza, sin detenerle las lluvias, que en aquellos días fueron muy grandes, ni la falta de vituallas, se acercó á Roma á tiempo que apenas el Papa tenía por cierta su venida; no hallando ningún embarazo ni en Viterbo, á donde el Papa no había enviado gente á tiempo, ni en otro lugar, por lo cual el Papa, recurriendo á aquellos remedios que hombres prudentes le habían dicho que debiera haber usado antes de estar en las últimas necesidades, cuando no le podían ya aprovechar, los cuales, hechos en tiempo oportuno, hubieran sido de grande consideración para su bien, creó por dinero tres cardenales, mas no se le pudieron pagar por el aprieto de las cosas, y aun cuando lo hubieran hecho, no podía producir algún fruto por la vecindad del peligro. Juntó á los romanos pidiéndoles que en tan gran peligro de su patria tomasen las armas prontamente para defenderla, y que los más ricos presentasen dinero para levantar infantería, á lo cual no halló ninguna correspondencia, antes ha quedado en la memoria de los hombres, que Domingo de Máximo, el más rico de todos los romanos, ofreció prestar cien ducados; pero pagó la pena de esta avaricia, porque sus hijas fueron presa de los soldados y él

con sus hijos, siendo presos, hubieron de pagar gran rescate.

Oída en Florencia la nueva de la partida de Borbón, escrita por Vitello que estaba en Arezzo, la cual tardó en llegar un día más de lo justo, se determinó por los capitanes que el conde Guido Rangone con su caballería, con la del conde de Gaiazzo, y con cinco mil infantes de los florentinos y de la Iglesia, fuese luego á la ligera hacia Roma y le siguiese el otro ejército, esperando que, si Borbón iba con artillería, llegaría este socorro á Roma antes que él, y si iba á la ligera, llegaría tan presto en su seguimiento, que no teniendo artillería y haciéndose una mediana defensa en Roma, donde el Papa decía que había seis mil infantes, se detendría tanto que llegase este socorro primero, con lo cual no habría peligro alguno de que Roma se perdiese.

Mas la celeridad de Borbón y las pocas provisiones de Roma desbarataron todos los designios, porque Renzo de Ceri, en el cual había puesto el Papa el principal cuidado de la defensa de Roma, habiendo, por la brevedad del tiempo, conducido poca infantería de provecho para pelear, aunque mucha flaca y sin experiencia, recogida de rebato en las caballerizas de los cardenales y de los prelados, en las tiendas de los artífices y en las hosterías, y habiendo hecho reparos en el burgo, flacos á juicio de todos, pero al suyo suficiente, confiaba tanto en la defensa que no permitió que se derribasen los puentes del Tíber para salvar á Roma en caso de que el burgo y Transtevere no se pudiesen defender; antes juzgando que era superfluo el socorro, cuando supo la venida del conde Guido, hizo que le escribiese á 4 de Mayo el obispo de Verona en nombre del Papa que, por estar Roma proveída y fortificada bastantemente, le enviase sólo seiscientos ú ochocientos arcabuceros y él con el resto de la gente se fuese á juntar con el ejér-

cito de la Liga, pues unido con él haría más fruto que encerrado en Roma; si bien esta carta no hizo daño alguno por no haberse adelantado tanto el Conde que pudiese llegar á tiempo. Con todo eso, certificó cuán mal medía Renzo los peligros presentes.

Mas no fué menos maravilloso (si es maravilla que los hombres no sepan ó no puedan resistir al hado) que el Papa, que solía despreciar á Renzo de Ceri más que á todos los otros capitanes, se pusiese ahora totalmente en sus manos y en su consejo, y mucho más que, acostumbrado á temer en los menores peligros, había estado muchas veces inclinado á desamparar á Roma cuando el Virrey fué con el ejército á Frusolone, y ahora, en tan gran riesgo, despojándose de su propio natural, se detuviese constantemente en Roma, y con tan grande esperanza de defenderse que, haciéndose casi procurador de los enemigos, prohibió, no sólo que saliese la gente, pero ordenó asimismo que no se dejase salir la hacienda, de que procuraban aligerarse muchos mercaderes y otras personas por el camino del río.

Alojó Borbón con el ejército el 5 de Mayo en los prados junto á Roma, y envió con insolencia militar un trompeta á pedir el paso al Papa por la ciudad de Roma para ir con el ejército al reino de Nápoles.

La mañana siguiente, al principio del día, determinado á morir ó á vencer, porque verdaderamente no le quedaba otra esperanza para sus cosas, arriándose al burgo por la parte del monte y de Sancti Espíritus, comenzó un áspero asalto, habiéndole favorecido la fortuna, cuando presentó el ejército á las puertas de Roma, con el beneficio de una niebla espesa, la cual, levantándose antes del día, le cubrió hasta que se arriaron al lugar de donde se comenzó el asalto, en cuyo principio, adelantándose Borbón á toda la gente con última desesperación, no sólo porque si no ganaba la

victoria no le quedaba ya ningún refugio, sino porque le pareció que los infantes tudescos daban tibiamente el asalto, herido al principio de él de un arcabuzazo, cayó muerto en el suelo. Pero su muerte no entibió, antes encendió, el ardimiento de los soldados, los cuales, peleando con gran tesón por espacio de dos horas, entraron al fin en el burgo, ayudándoles, no sólo la debilidad grande de los reparos, sino también la mala resistencia que hizo la gente, con la cual, como muchas veces ha sucedido á aquellos que por los ejemplos antiguos no han aprendido todavía las cosas presentes, se mostró con evidencia cuán diferente es el valor de los hombres ejercitados en la guerra, que el de los ejércitos nuevos, formados de multitud allegadiza y popular; porque estaba en la defensa una parte de la juventud romana debajo del gobierno de sus capitanes y de las banderas del pueblo, si bien muchos gibelinos y de la facción de los Colonnas desearon, ó á lo menos no temieron la victoria de los imperiales; esperando que, por respeto de la facción, no serían ofendidos por ellos; cosas que también hicieron proceder tibiamente la defensa. Mas, con todo eso, porque al fin es difícil sujetar lugares sin artillería, quedaron muertos cerca de mil infantes de los de afuera. Al abrir el camino para entrar dentro, poniéndose todos los romanos en manifiesta huida y corriendo muchos al castillo, quedaron los burgos totalmente desamparados en poder de los vencedores.

El Papa, que esperaba el suceso en el palacio del Vaticano, al saber que los enemigos habían entrado, huyó luego con muchos cardenales al castillo, en donde, consultando si se debía detener allí ó irse á lugar seguro por el camino de Roma, acompañado de los caballos ligeros de su guarda, destinado á ser ejemplo de las calamidades que pueden sobrevenir á los Pontífices, y

de cuán difícil es extinguir su autoridad y majestad; teniendo nuevas por Bernardo de Padua, que huyó del ejército imperial, de la muerte de Borbón, y que todo el ejército, puesto en desorden por este accidente, deseaba concertarse con él, envió afuera á hablar con los cabos y dejó de ejecutar infelizmente el consejo de irse; no estando él ni sus capitanes menos irresolutos en las provisiones de defenderse que en los negocios; por lo cual el mismo día, no encontrando los españoles ni orden ni consejo para defender el Trastevere, ni hallando resistencia alguna, ni otra dificultad, entraron la misma noche por el puente de Sixto en la ciudad de Roma; en donde, excepto los que se confiaban en el nombre de la facción y de algunos cardenales que, por haber seguido la parte del Emperador, creían que estaban más seguros que los otros, todo lo restante de la corte y de la ciudad estaba en fuga y confusión, como sucede en los casos tan espantosos. Al entrar comenzó cada uno á discurrir alborotadamente, á robar, no teniendo respeto al nombre de los amigos, ni á la autoridad y dignidad de los prelados, ni á los templos, monasterios, ni á las reliquias veneradas del concurso del mundo, ni á las cosas sagradas. Por tanto, sería imposible, no sólo de referir, sino casi de imaginar las calamidades de aquella ciudad, destinada por orden de los cielos á suma grandeza, pero también á muchos desprecios, porque aunque el año de 410, cuando fué saqueada por los Godos, sería imposible de referir la grandeza de la presa, habiendo en ellas juntas tantas riquezas, tantas cosas preciosas y raras de los cortesanos y de los mercaderes, la hizo mayor ahora la calidad y el número de los prisioneros que se rescataron con gruesas sumas, juntando también la miseria y la infamia de que muchos prelados, presos por los soldados, mayormente por los infantes tudescos (que por el odio al

nombre de la Iglesia romana eran crueles é insolentes) los ponían en bestias con sus hábitos é insignias de sus dignidades y los llevaban alrededor de toda Roma con gran afrenta. A muchos les atormentaban tan cruelmente que, ó morían en los tormentos, ó les trataban de suerte que, en pagando su rescate, acababan su vida dentro de pocos días.

Murieron en el asalto y en la furia del saco cerca de cuatro mil hombres, fueron saqueados los palacios de todos los cardenales (incluso el del cardenal Colonna, que no estaba en el ejército) excepto los que por salvar las mercancías que habían recogido en ellos con sus haciendas, y también las personas y haciendas de otros muchos, se habían compuesto en gran cantidad de dinero, y algunos de los que se compusieron con los españoles fueron después, ó saqueados por los tudescos, ó tuvieron que volverlos á rescatar con ellos.

Compuso la marquesa de Mantua su palacio en cincuenta mil ducados, que fueron pagados por los mercaderes y por otros que se habían recogido en él, de los cuales se dice que D. Ferrando, su hijo, participó de diez mil.

El cardenal de Siena, partidario, por la antigua inclinación de sus mayores, del nombre imperial, después que se hubo compuesto á sí y á su palacio con los españoles, fué preso por los tudescos y se rescató de ellos en cinco mil ducados, después de haberle saqueado su casa, y llevándole al burgo descubierta la cabeza y dándole muchas puñadas.

Casi semejante calamidad padecieron los cardenales de la Minerva y de Ponzetta, los cuales, presos por los tudescos, pagaron su rescate, siendo llevados ambos vilmente en procesión por toda Roma.

Los prelados y los cardenales españoles y tudescos, teniéndose por seguros de las injurias de sus naciona-

les, fueron presos y tratados no menos cruelmente que los otros. Oíanse los gritos y las quejas miserables de infinito número de mujeres romanas y de monjas, llevadas por los soldados para satisfacer su torpeza, pudiendo verdaderamente decirse que eran ocultos á los mortales los juicios de Dios, que sufría que la castidad famosa de las matronas romanas cayese violentamente en tan gran fealdad y miseria. Oíanse por todas partes miserables lamentaciones de los que eran atormentados miserablemente, ó por apretarles á que se rescatasen, ó por hacerles manifestar la hacienda escondida. Todas las cosas sagradas, los sacramentos, las reliquias de los santos, de que estaban llenas todas las Iglesias, despojadas de los adornos, fueron echadas por el suelo, añadiendo la barbaridad tudesca infinitos menosprecios; y lo que sobró de lo que robaron los soldados (que fueron las cosas más viles) tomaron después los villanos de los Colonnas que entraron dentro, si bien el cardenal Colonna, que llegó el día siguiente, libró á muchas mujeres que habían huído á su casa.

Fué fama que entre dinero, oro, plata y joyas subió el saco de más de un millón de ducados, y que de rescates habían sacado también mucha mayor cantidad.

Llegó el mismo día que los imperiales tomaron á Roma el conde Guido con los caballos ligeros y ochocientos arcabuceros al puente de Salara, para entrar en Roma la misma noche, pero, sabido el suceso, se retiró á Otricoli, donde se juntó con el resto de su gente; porque, no obstante las cartas que tuvo de Roma que despreciaban el socorro, había continuado su camino.

No faltó (como es natural en los hombres ser blandos jueces de las acciones propias y severos censores de las ajenas) quien reprendiese al conde Guido por no haber sabido conocer una ocasión tan excelente; por-

que los imperiales, muy atentos todos á tan rica presa, á vaciar las casas, á volver á buscar las cosas escondidas, á prender y á llevar á lugar seguro lo que habían robado, estaban repartidos por toda la ciudad sin orden de alojamiento, sin reconocer sus banderas, sin obedecer las órdenes de sus capitanes; de manera que muchos creyeron que si la gente que estaba con el conde Guido llega con presteza á Roma, no sólo hubiera conseguido la libertad del Papa, presentándose en el castillo, que nadie guardaba por afuera, sino que también hubiera ejecutado más gloriosa acción, estando tan ocupados los enemigos en la presa que con dificultad, por ningún accidente, se hubiera juntado número de consideración; mayormente siendo cierto que después, por algunos días, cuando por orden de los capitanes ó por algún accidente se tocaba alarma, no se presentaba á las banderas ningún soldado.

Mas los hombres se persuaden muchas veces que si se hiciera ó dejara de hacer tal ó cual cosa, hubiera sucedido cierto efecto; y si se pudiera ver la experiencia se hallarían muchas veces fallidos semejantes juicios.

No restaba, pues, á los encerrados en el castillo otra esperanza que la del socorro del ejército de la Liga, el cual, no habiendo partido de Florencia antes del 3 de Mayo, porque los venecianos habían estado lentos en pagar á los suizos, venía caminando, yendo el marqués de Saluzzo una jornada delante de la gente veneciana, pero con orden concertada entre el Duque y él, de que siguiesen por el mismo camino. Con todo eso el 7 el Duque, contra la orden dada, se enderezó del alojamiento de Cortona hacia Perusa, para llegar á Lodi y después á Orti, y pasando allí el Tíber juntarse con los otros, los cuales, caminando por el camino trazado, forzaron y saquearon á Castillo de la Pieve (que había rehusado alojar dentro á los suizos), con muerte de

seiscientos ú ochocientos hombres de los del lugar.

Atenta la gente, por este desorden, á robar, no llegaron antes del 10 al puente de Granaiuolo, donde tuvieron aviso de la pérdida de Roma. El 11 llegaron á Orbieto, y de allí, por consejo de Federico de Bozzole, se adelantaron el marqués de Saluzzo y Hugo de Pépoli, con gruesa tropa de caballería, hacia el castillo de Sant'Angelo, trazando llegar ambos hasta él, quedando el Marqués atrás para sostenerles. Esperaban hallar desapercibidos á los imperiales, y tener ocasión, con su breve llegada, de sacar al Papa y á los cardenales del castillo, mayormente sabiéndose que los soldados, por la grandeza de la presa, pospuestos todos los otros pensamientos, no cuidaban de otra cosa. Pero el desig-nio salió vano, porque estando ya cerca de Roma, cayó el caballo sobre Federico y le lastimó tanto, que no pudo pasar más adelante, y presentándose Hugo al castillo después de amanecido, habiendo sido la orden que llegase de noche, se retiró; conociendo (según decía) que estaba la ocasión descubierta, pero (según decía Federico) temiendo más de lo que hubiera convenido.

Entendiendo entre tanto el duque de Urbino el accidente de Roma, aunque afirmó que quería socorrer con todas las fuerzas al Papa, con todo eso, pareciéndole ocasión para sacar el Estado de Perugia de las manos de Gentil Baglione, mantenido en él con la autoridad del Papa, y ponerle en el arbitrio de los hijos de Juan Pablo, arrimándose á Perugia con la gente veneciana, obligó con amenazas á Gentil á que se fuese de aquel lugar, y dejó en él cabezas dependientes de Malatesta y de Horacio, de los cuales el uno estaba encerrado en el castillo de Sant'Angelo y el otro en Lombardía, con la gente de los venecianos. Después que hubo gastado tres días en esta facción, fué el 16 á Orbieto, habiéndose causa de mucha dilación el camino que tomó del

alojamiento de Cortona, para ir de la otra parte del Tíber hacia Roma.

Juntáronse en Orbieto todos los cabos del ejército para resolver las facciones futuras, sobre las cuales el duque de Urbino, mostrando en el preámbulo de las palabras gran calor, proponía muchas dificultades, acordando sobre todo que se pensase en la seguridad de la retirada, si no tuviese efecto el socorro del castillo; por lo cual quiso rehenes de Orbieto, para asegurarse de que, á la vuelta, no dejarían de dar vituallas al ejército, é interponiendo á todas las cosas dilación de tiempo. Resolvió al fin estar el 19 en Nepi, y que el Marqués, con su gente, y el conde Guido con su infantería italiana, fuesen á Bracciano para ir todos el día siguiente á Isola, lugar á nueve millas de Roma. Entendiendo el Papa su venida por cartas del lugarteniente que le escribió de Viterbo, fué causa que estando casi concluída la concordia entre los imperiales y él, rehusase firmar los capítulos, no tanto por la esperanza que le dieron las cartas (las cuales, aunque escritas cautamente, le decían aquello que, discurriendo sobre lo pasado, podía esperar de lo porvenir), cuanto por huir la infamia que se podría atribuir á su precipitación ó miedo de no ser socorrido.

Había en los franceses prontitud para socorrer el castillo, y los venecianos con cartas aumentaban la misma disposición, habiendo hablado ardientemente el Dux en el consejo de Pregadí, por lo cual, no quedándole al Duque otra excusa, quiso que al día siguiente se hiciese la muestra de todos los ejércitos, esperando por ventura hallar tan disminuído el número que le diese justa causa para rehusar el combatir, designio que salió vano, porque en el ejército (aunque se habían ido muchos) quedaban más de quince mil infantes, y todos con gran disposición para pelear.

Consultóse, después de la muestra, lo que se debía hacer, y fueron muchos de parecer de que se fuese á hacer el alojamiento á la Cruz de Montemari (procurándolo con gran instancia los del castillo) alegando que, por ser alojamiento fuerte y apartado de Roma tres millas, no se debía temer que los imperiales saliesen á alojar fuera de Roma, y que el estar allí y retirarse se podía hacer sin peligro y conocer mejor y ejecutar la ocasión de socorrer el castillo. Mas no agradándole al Duque esta resolución, aceptó un partido que propuso Guido Rangone, que ofrecía con toda la caballería é infantería eclesiástica arrimarse la misma noche al castillo para intentar sacar al Papa, con tal que el duque de Urbino, con lo restante del ejército, llegase hasta Tres Cabañas para apoyarle, pero no se ejecutó aquella noche este designio porque, persuadido el Duque por el Papa, fué á reconocer el alojamiento de Montemari, y acercándosele la noche, no pasó á Tres Cabañas. Habiéndose perdido por esta jornada muchas horas vanamente, fué necesario diferir el poner en ejecución la liberación tomada hasta la noche siguiente.

Pero refiriendo el mismo día unos espías, ó verdaderos ó sobornados, que las trincheras que habían hecho los imperiales en los prados eran más gallardas de lo que era verdad, y que habían roto por muchas partes (lo cual era falso) el muro del corredor por donde se va del palacio del Vaticano al castillo de Sant'Angelo para poder socorrer luego á todas partes si se descubría gente, y proponiendo el Duque, por esta relación, muchas dificultades, que todas las consintió Guido y fueron aprobadas casi por todos los otros capitanes, se concluyó que era cosa imposible socorrer entonces el castillo, rebatiendo el Duque ásperamente á algunos de los otros capitanes que, disputando, procuraban sustentar la contraria opinión. Así quedaba en prisión

el Papa sin romperse siquiera una lanza para sacar de la cárcel á aquél que, por socorrer á otros, había levantado tanta gente, gastado tantas sumas de dinero, y conmovido á la guerra casi á todo el mundo.

Tratóse, con todo eso, si lo que no se podía hacer al presente se podría ejecutar en lo futuro con mayores fuerzas. A esta propuesta del Duque respondió él mismo que indubitablemente socorrería el castillo siempre que en el ejército hubiese el número de diez y seis mil suizos conducidos por orden de los Cantones; no contando entre éstos los que entonces estaban en el ejército por haberse hecho ya inútiles por el largo tiempo que habían estado en Italia, y demás de los suizos, diez mil arcabuceros italianos, tres mil gastadores y cuarenta piezas de artillería, pidiendo al lugarteniente que aconsejase al Papa (por entenderse que tenía bastimentos para algunas semanas) que esperase á concertarse hasta que se juntasen estas fuerzas, y replicando el lugarteniente que entendía que su propuesta era para en caso que no se variase entretanto el estado de las cosas, pero que, siendo verosímil que en este tiempo los que estaban en Roma dificultasen más el socorro con nuevas trincheras y fortificaciones, y que también viniese del reino de Nápoles á Roma la gente que el Virrey había traído en la armada, deseaba saber qué esperanza podía dar al Papa cuando, como era verosímil, sucediesen estas cosas.

Respondió que, en tal caso, se haría lo posible, añadiendo que, juntándose la gente que estaba en Nápoles y la de Roma, serían en todo más de doce mil infantes tudescos y ocho ó diez mil españoles, por lo cual, si se perdía el castillo, no se podía trazar vencer la guerra si no tuviesen de cierto por lo menos veintidós ó veinticuatro mil infantes suizos.

Siendo estas demandas despreciadas de todos como

imposibles, se retiró el ejército á Monteruosi el 1.º de Junio, muy disminuído de infantería, no obstante que el Papa, para favorecerse de él en las pláticas del acuerdo, había hecho mucha instancia para que no se fuesen presto. La misma noche Pedro María Rosso y Alejandro Vitello pasaron á Roma á juntarse con los enemigos, con doscientos caballos ligeros.

Había el Papa (esperando poco del acuerdo y temiendo le quitasen la vida los Colonnas y la infantería tudesca) enviado á Siena á llamar al Virrey, esperando de él mejor partido, el cual fué con gran deseo, creyendo que le harían capitán del ejército en llegando á Roma, á donde pasó con salvoconducto de los capitanes del ejército. Visto que tenían con él mala disposición la infantería tudesca y la española (la cual, después de la muerte de Borbón, había elegido por capitán general al príncipe de Orange) no se atrevió á detenerse allí, yéndose hacia Nápoles. Pero, saliendo al camino el marqués del Vasto, D. Hugo y Alarcón, volvió á Roma por consejo de ellos; mas, no siendo grato al ejército, no tuvo más autoridad ni en las cosas de la guerra, ni en el tratado de la concordia con el Papa, que, destituido finalmente de toda esperanza, se concertó el 6 de Junio con los imperiales, casi con las mismas condiciones que se había podido concertar antes.

Las condiciones fueron que el Papa pagase al ejército cuatrocientos mil ducados en esta forma: cien mil al presente, que se pagaban del dinero, plata y oro encerrado en el castillo; cincuenta mil dentro de veinte días, doscientos cincuenta mil dentro de dos meses, consignando para paga de éstos una imposición pecuniaria que se había de hacer por todo el Estado de la Iglesia; que pusiese en poder del Emperador, para que los retuviese el tiempo que fuese su voluntad, el castillo de Sant'Angelo, las fortalezas de Ostia, de Civita-

vecchia y de Civita Castellana, y las ciudades de Plasencia, Parma y Módena; que quedase preso en el castillo con los trece cardenales que estaban con él, hasta que se pagasen los primeros ciento cincuenta mil ducados, y después fuesen á Nápoles ó á Gaeta, para esperar lo que determinase de ellos el Emperador; que diese por rehenes al ejército para la observancia de las pagas (de las cuales tocaba la tercera parte á los españoles) á los arzobispos Sipontino y Pisano, á los obispos de Pistoia y de Verona, á Jacobo Salviati, Simón de Ricasoli y á Lorenzo, hermano del cardenal Ridolfi; que tuviesen facultad para poderse ir seguramente del castillo Renzo de Ceri, Alberto Pío, Hóracio Baglione, el caballero Casale, embajador del rey de Inglaterra y todos los otros que se habían recogido en él, excepto el Papa y los cardenales; que absolviese el Papa á los Colonnas de las censuras en que habían incurrido, y que, cuando fuese llevado fuera de Roma, quedase en aquella ciudad un Legado suyo y el auditor de Rota, cuyo oficio era hacer justicia.

Hecho este acuerdo entró en el castillo con tres compañías de infantería española y otras tres de tudesca el capitán Alarcón, el cual, señalado para la guarda del castillo y del Papa, le guardaba con gran cuidado, habiéndole reducido á habitaciones estrechas y á muy poca libertad.

Mas no fueron entregadas con la misma facilidad las otras fortalezas y lugares prometidos, porque Civita Castellana estaba guardada en nombre de los coligados; Civitavecchia rehusó entregarla Andrea Doria, (aunque tenía orden del Papa), si primero no le pagaban catorce mil ducados de que decía era acreedor por sus sueldos; á Parma y á Plasencia fué, en nombre del Papa, Julián Leno Romano, arquitecto, y en nombre de los capitanes, Luis, conde de Lodrone, con orden á la

ciudad de que obedeciese la voluntad del Emperador; aunque, por otra parte, les había dado á entender ocultamente lo contrario, y aborreciendo estas ciudades el imperio de los españoles, rehusaron quererle admitir. Los de Módena no estaban ya en su propio poder porque, no dejando el duque de Ferrara la ocasión que le daban las calamidades del Papa, amenazando que talaría los trigos, que ya estaban bien sazonados, les obligó á entregarle la ciudad á 6 de Junio; no sin nota del conde Luis Rangone, el cual, aunque el Duque tenía consigo poca gente, se fué de la ciudad sin hacer alguna señal de resistencia. Despreció en estó el Duque la autoridad de los venecianos, los cuales le aconsejaban que no hiciese mudanza alguna contra la Iglesia en tiempo semejante; mas, con todo eso, ellos, teniendo inteligencia con los güelfos de Ravena, enviando infantería á aquella ciudad, debajo de color de guardarla de los de Cotignuola, la tomaron para sí y, matando por traición al Castellano, tomaron también la fortaleza, publicando que la querían tener en nombre de toda la Liga. Pocos días después ocuparon á Cervia y la sal que tenía allí el Papa; y no habiendo quien guardase su Estado ni quien le defendiese, sino lo que por sí mismos y por su propio interés hacían los pueblos, ocupó Segismundo Malatesta con la misma facilidad la ciudad y fortaleza de Rimini.

No tuvieron sus cosas mejor forma en Florencia porque, al llegar la nueva de la pérdida de Roma, el cardenal de Cortona, temeroso, por desampararle los ciudadanos que hacían profesión de ser amigos de los Médicis, no teniendo modo para hacer provisión de dinero sin términos violentos y extraordinarios, ni queriendo, por avaricia, gastar el suyo, á lo menos hasta que se entendiese el progreso de los ejércitos que iban para socorrer al Papa, no obligándole tampoco necesi-

dad alguna, porque en la ciudad había muchos soldados, y espantado el pueblo que, por el accidente sucedido cuando la toma del Palacio, no hubiera tenido osadía para moverse, determinó ceder á la fortuna y, juntando á los ciudadanos, les dejó libre la administración de la república, alcanzados ciertos privilegios y esempiones, facultad á los sobrinos del Papa para estar en Florencia como ciudadanos particulares, y perdón para todos de todo lo que habían cometido por lo pasado contra el Estado.

Concluídas estas cosas, el 10 de Mayo se fué con los sobrinos del Papa á Luca, en donde, arrepintiéndose presto del partido que había tomado con tan gran temor, intentó retener las fortalezas de Pisa y de Liorna, que estaban en poder de castellanos confidentes del Papa, pero ellos, no esperando socorro alguno por la prisión del Papa y recibiendo también alguna suma de dinero, entregaron dentro de pocos días aquellas fortalezas á los florentinos; los cuales, habiendo reducido en este medio la ciudad al gobierno popular, hicieron Alférez mayor de la justicia por un año y con facultad de ser confirmado hasta tres á Nicolás Capponi, ciudadano de grande autoridad y amator de la libertad, el cual, deseando más que nada la concordia de los ciudadanos y que el gobierno se redujese á la más perfecta forma que se pudiera de república, convocando el día siguiente el Consejo Mayor, en el cual residía el poder absoluto de determinar las leyes y de elegir todos los magistrados, habló en esta forma (1):

Fueron gravísimas las palabras del Alférez mayor y prudentísimos verdaderamente sus consejos, á los cuales, si los capitanes hubieran dado crédito, acaso

(1) En el manuscrito de Guicciardini no está este discurso de Capponi.

durara más largo tiempo la nueva libertad; pero siendo mayor el enojo en quien recupera la libertad que en quien la defiende, y grande el odio que tenían contra el nombre de los Médicis por muchas razones, y particularmente por haber sustentado en gran parte con el dinero de los florentinos las empresas que ellos comenzaron (porque es manifiesto que los florentinos gastaron en ocupar, y después en ofender el ducado de Urbino más de quinientos mil ducados, y otros tantos en la guerra que movió León contra el rey de Francia; y en las cosas que sucedieron, después de su muerte, dependientes de la misma guerra, trescientos mil ducados pagados á los capitanes imperiales y al Virrey antes de la creación de Clemente, y después, y ahora, más de seiscientos mil en la guerra movida contra el Emperador) comenzaron á perseguir inmoderadamente á los ciudadanos que habían sido amigos de los Médicis y lo eran del Papa, y borrarón por toda la ciudad con gran furia las armas de la familia de los Médicis, fijadas asimismo en los edificios fabricados por ellos; rompieron los retratos de León y de Clemente, que estaban en el templo de la Annunziata, celebrado por todo el mundo; obligaron los bienes del Papa á la paga de algunas deudas antiguas, no omitiendo la mayor parte de ellos cosa alguna que pudiese irritar el enojo del Papa y sustentar división y discordia en la ciudad, y hubieran sido muchos mayores los desórdenes si no se interpusiera la autoridad y prudencia del Alférez mayor, si bien no bastaba á remediar tantos desaciertos.

CAPÍTULO IV.

Peste en Roma.—Tumultos en Bolonia.—Confederación de los reyes de Francia é Inglaterra.—Lautrec es nombrado general del ejército de los coligados.—El cardenal Farnesio, nombrado embajador del Papa cerca del Emperador, se niega á desempeñar el cargo.—Tumultos en Siena.—El rey de Francia toma á sueldo á Andrea Doria.—Atentado en Perusa.—Génova bajo la dominación francesa.

Habían venido á Roma con el marqués del Vasto y con D. Hugo toda la infantería tudésca y española que estaba en el reino de Nápoles, de manera que se decía que estaban juntos ocho mil infantes españoles, doce mil tudescos y cuatro mil italianos, ejército que, por la reputación ganada, por el terror de los enemigos y por las flacas provisiones que se les habían de oponer, se podía esperar que haría en Italia algún progreso grande.

Era su capitán en el título y en el nombre solamente el príncipe de Orange, porque se gobernaba por sí mismo, y, atento todo á los robos y rescates y á cobrar el dinero prometido del Papa, no tenía pensamiento alguno de los intereses del Emperador, por lo cual no quería irse de Roma, donde se gobernaba alborotadamente.

Temiendo el Virrey y el marqués del Vasto que los infantes pusiesen las manos en sus personas propias, huyeron, y ellos quedaron expuestos á la peste que ya había comenzado allí, y después hizo grandísimo daño.

Por estas razones perdieron los imperiales la ocasión de muchas empresas, y especialmente de la conquista de Bolonia. Pues, aunque había ido á aquella ciudad, después de la pérdida de Roma, el conde Hugo de Pépoli con mil infantes pagados por los venecianos, alborotándose Lorenzo Malvezzi con tácita voluntad de Ra-

mazzotto y con el séquito de la facción de los Bentivogli, se confirmó, no sin dificultad, en la obediencia á la Sede Apostólica.

Y lo que por ventura no importó menos fué que dieron lugar al rey de Francia para enviar á Italia poderosísimo ejército, con gran peligro de que el Emperador, después de haber ganado tan gran victoria, perdiese el reino de Nápoles. Porque encaminándose mucho antes en Francia las cosas á hacer provisiones de nueva guerra, se había concluído el 24 de Abril la confederación que se trató muchos meses entre el rey de Francia y el de Inglaterra, con condición de que la hija del rey de Inglaterra se casase con el rey de Francia ó con el duque de Orleans, su hijo segundo, y que en las vistas de los dos Reyes, que habían de ser para Pentecostés entre Calais y Boloña, se concertase á quién de los dos se había de dar; que renunciase el rey de Inglaterra el título de rey de Francia, recibiendo en recompensa una pensión de cincuenta mil ducados al año; que entrase en la liga hecha en Roma, obligándose á mover la guerra por todo Julio próximo al Emperador, de la otra parte de los montes, con nueve mil infantes, y el rey de Francia con diez y ocho mil y con número conveniente de caballería y artillería; que, en este medio, ambos enviasen embajadores al Emperador para intimarle la confederación hecha, pedirle la libertad de los hijos del rey de Francia, y que entrase en la paz con justas condiciones y, en caso que no la aceptase dentro de un mes, protestarle la guerra y comenlarla.

Hecho este acuerdo, el rey de Inglaterra entró luego en la liga, y él y el rey de Francia enviaron por la posta dos personas á hacer las intimaciones convenientes al Emperador.

Hacíanse estas acciones con más prontitud por los

embajadores franceses é ingleses de lo que se habían hecho por comisión del Papa porque, diciendo Baltasar de Castiglione, su Nuncio, que no se había de exasperar tanto el ánimo del Emperador, había rehusado que se le protestase la guerra; pero habiéndose tenido después en Francia el aviso de la pérdida de Roma, templándose el disgusto del suceso del Papa con la alegría de la muerte de Borbón, y no pareciéndole al Rey conveniente dejar caer tanto las cosas de Italia, concertó á 15 de Mayo con los venecianos levantar diez mil suizos á gastos comunes, pagando él la primera paga y los venecianos la segunda, y siguiéndolas así ambos sucesivamente, y enviar diez mil infantes franceses debajo del gobierno de Pedro Navarro; que los venecianos levantasen diez mil infantes italianos entre ellos y el duque de Milán, y que se enviasen de nuevo quinientas lanzas y diez y ocho piezas de artillería, y porque el rey de Inglaterra, no obstante los conciertos hechos, no concurría prontamente en romper la guerra de la otra parte de los montes (la cual tampoco era agradable al rey de Francia, por desear cada uno de ellos tenerla lejos de sus reinos) librándole de aquella obligación, concertaron que aquel Rey pagase para la guerra de Italia por tiempo de seis meses, diez mil infantes, por cuya instancia principalmente fué declarado Lautrec (aunque casi contra su voluntad) por capitán general de todo el ejército.

Mientras se disponía para pasar con las provisiones convenientes de dinero y de las otras cosas necesarias, no sucedió en Italia accidente alguno de consideración, porque el ejército imperial no se iba de Roma, no obstante que continuamente morían muchos por el rigor de la peste, la cual al mismo tiempo hacía gran daño en Florencia y en muchas partes de Italia, y el ejército de la liga (en la cual habían entrado de nuevo, por instan-

cia del marqués de Saluzzo y de los venecianos los florentinos con obligación de pagar cinco mil infantes, con gran ofensa del Emperador que, habiendo cometido al duque de Ferrara, por la mucha instancia que le hicieron ellos, el componerse en su nombre con los florentinos, tuvo luego noticia de la determinación contraria) muy disminuído en número, por ser mal pagados los infantes venecianos, los del Marqués y los suizos, retirándose cerca de Viterbo, atendía á entretenerse, procurando mantener en la devoción de la liga á Perugia, Orvieto, Spoleto y los otros lugares cercanos donde, habiendo entendido después que una parte del ejército imperial había salido de Roma, aunque lo hacía por respirar algo, ensanchándose, temiendo que saliesen todos en dando la primera paga, se retiró á Orvieto y después junto á Castillo de la Pieve, y se retirara á las tierras de los florentinos si estos lo hubieran consentido.

Había entrado también la peste en el castillo de Sant' Angelo, con gran peligro de la vida del Papa, pues murieron algunos de los que servían cerca de su persona, y él, afligido de tantos males, sin tener más esperanza que en la clemencia del Emperador, le señaló por Legado, con consentimiento de los capitanes, á Alejandro, cardenal Farnesio; aunque, saliendo con esta ocasión del castillo y de Roma, rehusó ir á la Legacía.

Deseaban los capitanes llevar al Papa á Gaeta con los trece cardenales que estaban con él, mas él procuraba lo contrario con grandes diligencias, con ruegos y con maña.

Finalmente Lautrec, hechas las provisiones necesarias, partió de la corte á último de Junio, con ochocientas lanzas y con título de capitán general de toda la Liga, por haberlo querido así el Rey.

El de Inglaterra había concertado pagar, en lugar de

los diez mil infantes, treinta y dos mil escudos cada mes, con los cuales se pagasen los diez mil infantes tudescos gobernados por Valmont, excelente tropa y muy ejercitada, por haber roto muchas veces á los luteranos.

Condujo también á su causa el rey de Francia á Andrea Doria con ocho galeras y treinta y seis mil escudos cada año.

Pero antes que Lautrec hubiese pasado los montes la gente veneciana y la del duque de Milán juntas fueron á Marignano, por lo cual, saliendo de Milán Antonio de Leiva con ochocientos infantes españoles, otros tantos italianos y mucha artillería, les obligó á retirarse.

En este tiempo el castellano de Mus, conducido al sueldo del rey de Francia, mientras esperaba la venida de los suizos en el lago de Como, ocupó por engaño la fortaleza de Monguzzo, que está situada entre Lecco y Como, en la cual vivía Alejandro Bentivoglio como en su casa propia.

Envió Antonio de Leiva á recuperarla á Luis de Belgioioso, el cual, acometiéndola en vano, se volvió á Monza. Pero habiendo entendido después Antonio de Leiva que el castellano había venido con dos mil quinientos infantes á Villa de Carato, distante de Milán catorce millas, volvió á Milán, en donde, dejando solos doscientos hombres, aunque estaban los venecianos á diez millas, partiendo aquella noche con el resto del ejército, acometió de improviso al salir el sol la gente del castellano, quien, al oír el ruido, salió de las casas donde alojaba y se retiró á un llano rodeado de sotos, junto á la villa, no creyendo que estaba allí toda la gente enemiga, y aunque se pusieron en orden, fueron en aquel sitio bajo, como en una cárcel, presos y muertos sin defensa, excepto muchos que al principio huyeron, al avisarles que el castellano había hecho lo mismo.

Supo en este medio el Emperador la prisión del Papa

por cartas del gran Canciller, escritas desde Mónaco, el cual iba á Italia enviado por el Emperador, y aunque con las palabras mostró que lo había sentido mucho, con todo eso, se entendía que en secreto se holgaba, no absteniéndose totalmente de las demostraciones exteriores ni habiendo dejado por esto las fiestas comenzadas antes por el nacimiento de su hijo.

Deseando ardientemente la libertad del Papa el rey de Inglaterra y el cardenal Eboracense, y resintiéndose también, por su autoridad, el rey de Francia, el cual, de recuperar sus hijos, se hubiera conmovido poco por los daños del Papa y de toda Italia, enviaron juntamente ambos Reyes embajadores al Emperador á pedirle su libertad como cosa tocante á todos los Príncipes cristianos, y como debida particularmente del Emperador, debajo de cuya palabra había sido, por sus capitanes y por su ejército, reducido á tan gran miseria.

En este mismo tiempo pidieron á los cardenales que estaban en Italia que, juntamente con los que estaban de la otra parte de los montes, se juntasen en Avignón para consultar lo que se debía hacer para beneficio de la Iglesia en tiempo tan trabajoso, los cuales, por no ponerse todos en las manos de Príncipes tan poderosos, rehusaron ir á aquel lugar, aunque con diversas disculpas. Por otra parte el cardenal Salviati, legado cerca de la persona del rey de Francia, al cual le había pedido el Papa que fuese al Emperador para ayudar sus cosas á la llegada de D. Hugo, porque se había concertado en la capitulación fuese allá, rehusó hacerlo, como si fuera cosa dañosa que tantos cardenales estuviesen en poder del Emperador; pero envió por un camarero suyo la instrucción recibida de Roma al auditor de la Cámara, residente cerca del Emperador, para que tratase con él, el cual devolvió benignas palabras, pero incierta y varia resolución.

Hubiera deseado el Emperador que la persona del Papa la llevaran á España, mas porque al fin era cosa llena de infamia, por no irritar tanto el ánimo del rey de Inglaterra, y porque todos los reinos de España, los cuales, y principalmente los prelados y señores, abominaban mucho de que el Emperador romano, protector y defensor de la Iglesia, tuviese, con tan gran afrenta de la cristiandad, en la cárcel á aquel que representaba la persona de Cristo en la tierra, habiendo respondido á los embajadores benignamente, y á la instancia que le hacían de la paz que convenía en que la tratase el rey de Inglaterra (lo cual aceptaron) envió á 3 de Agosto al general de los franciscanos á Italia, y cuatro días después á Veri de Migliáu, ambos, según decía, con comisión al Virrey para la libertad del Papa y para la restitución de todos los lugares y fortalezas que se le ocuparon; para cuyo sustento consintió también que su Nuncio le enviase cierta suma de dinero sacada de la Colecturía de aquellos reinos, los cuales habían negado en las cortes dar dinero al Emperador.

Pasó en este tiempo á fin de Julio el cardenal Eboracense á Calais con mil doscientos caballos, á cuyo recibimiento (queriendo el rey de Francia hacerle gran honra) envió al cardenal de Lorena.

Fué después el rey á Amiens á 3 de Agosto, donde el día siguiente entró el Eboracense con grande pompa; acrecentándole también la estimación el haber llevado consigo trescientos mil escudos para los gastos ocurientes, y para prestar al rey de Francia si fuese menester.

Tratóse entre ellos lo que tocaba á la paz y lo que pertenecía á la guerra, y aunque los fines del rey de Francia eran diferentes de los del rey de Inglaterra porque, con recobrar á sus hijos, hubiera dejado al Papa y á Italia en poder de los enemigos, con todo eso, ha-

bía estado necesitado á prometerle no hacer acuerdo alguno con el Emperador sin la libertad del Papa, por lo cual, habiendo enviado el Emperador al rey de Inglaterra los artículos de la paz, se le respondió en nombre común que aceptarían la paz con la restitución de los hijos del rey de Francia, pagándole á ciertos plazos dos millones de ducados; con la libertad del Papa y del Estado de la Iglesia; con la conservación de todos los Estados y gobiernos de Italia como estaban al presente, y finalmente, con la paz universal, y se concertó entre ellos que, aceptando el Emperador estos artículos, la hija del de Inglaterra se diese por mujer al duque de Orleans, porque se adelantaría el matrimonio del Rey con la hermana del Emperador; pero que, si no sucedía la paz, se diese por mujer al Rey.

Enviados estos artículos, negaron conceder salvoconducto á un hombre que el Emperador enviaba á Francia, respondiendo que bastaba que le fuesen enviados aquellos artículos, los cuales, no siendo aceptados por el Emperador, se juró y publicó solemnemente á 18 de Agosto la paz y confederación entre ambos reyes, y determinaron que la guerra de Italia se hiciese con gallardía, teniendo por mira principal la libertad del Papa, pero remitiendo libremente los modos y medios de proseguirla al consejo de Lautrec, el cual, antes de su partida, había alcanzado del Rey todos los despachos que había pedido, porque el Rey se disponía á hacer el último esfuerzo.

Quiso también el Eboracense que fuese en el ejército, por su Rey el caballero Casale, al cual se enviasen los treinta y dos mil ducados pagados cada mes; por ser cierto que había allí el número entero de los alemanes.

Establecido así el modo de la guerra de Italia partió el Eboracense, despachando á su partida al protonotario Gambara al Papa, para aconsejarle que le hiciese su

Vicario general en Francia, en Inglaterra y en Alemania, mientras estuviera preso, en lo cual mostraba consentir el rey de Francia, aunque en secreto hacía diligencias en contrario.

Hacíanse entretanto pocas facciones de guerra en Italia, siendo grande la expectación de la venida de Lautrec, porque el ejército imperial, desordenado y dejada la obediencia de los capitanes, molesto á los amigos y á las villas rendidas, no causaba terror alguno á los enemigos, pues la infantería española é italiana, huyendo del contagio de la peste, estaba esparcida por los contornos de Roma; el Príncipe de Orange con ciento cincuenta caballos había ido á Siena por huir también de la peste, y por tener firme aquella ciudad en la devoción del Emperador, á donde primero había enviado alguna infantería, porque el pueblo de aquella ciudad, inquieto por cabos sediciosos, había saqueado con alboroto las casas de los ciudadanos del Monte de los Nueve y muerto á Pedro Borghese, ciudadano de autoridad, juntamente con un hijo suyo y otras diez y seis ó diez y ocho personas.

En Roma quedaban solamente los tudescos llenos de peste, los cuales, habiendo sido satisfechos por el Papa con harta dificultad de los primeros ciento cincuenta mil ducados, parte en dinero y parte con partidos hechos con los mercaderes genoveses sobre las décimas del reino de Nápoles y sobre la venta de Benevento, pedían para el resto del dinero que se les debía otras seguridades y diferente consignación que la impuesta sobre el Estado eclesiástico, cosas imposibles al Papa por estar preso; por lo cual, después de muchas amenazas hechas á los rehenes y de tenerlos presos con gran crueldad, los llevaron ignominiosamente á Campo di Fiore, donde levantaron las horcas, como si luego los quisieran ahorcar.

Salieron después todos de Roma sin capitanes de autoridad, más para refrescarse que para facción de importancia, y habiendo saqueado las ciudades de Terni y de Narni, se concertó Spoleto con darles paso y vituallas.

El ejército de los coligados fué, para seguridad de Perugia, á alojar á Pontenuovo, de la otra parte de aquel lugar. Este ejército alojaba antes sobre el lago de Perugia, pero muy disminuído de número respecto de la obligación de los coligados, porque con el Marqués estaban trescientas lanzas, trescientos arqueros franceses, tres mil suizos y mil infantes italianos; con el duque de Urbino, cincuenta hombres de armas, trescientos caballos ligeros, mil infantes alemanes y dos mil italianos, disculpándose los venecianos con decir que suplían su obligación con la gente que tenían en el Estado de Milán. Tenían los florentinos ochenta hombres de armas, ciento cincuenta caballos ligeros y cuatro mil infantes, necesi-tándolos á estar mejor prevenidos que los otros el continuo miedo de que el ejército imperial acometiese la Toscana, por lo cual pagaban á su tiempo debido á su gente, haciéndolo al contrario todos los otros.

Estaba el duque de Urbino (demás de sus antiguas dificultades) con grande disgusto y casi desesperado, sabiendo que el rey de Francia y Lautrec no hablaban de él con decoro; pero mucho más le disgustaba el estar en mala opinión con los venecianos, los cuales, sospechosos ó de su fe ó de su inestabilidad, habían puesto diligentemente guarda á su mujer y á su hijo, que estaban en Venecia, para que no se fuesen sin su licencia, y murmuraban descubiertamente de su consejo, que era que Lautrec, sin intentar las cosas de Lombardía, fuese derecho á Roma.

Pero en aquel ejército dormían todos ociosos, teniendo por merced que los imperiales no fuesen más ade-

lante; los cuales, poco después, recibiendo del marqués del Vasto (que fué al ejército) dos escudos para cada uno, se volvieron los tudescos (mal concordados con los españoles) á Roma, quedando los españoles y los italianos repartidos en Albiano, en Tigliano, en Castiglione de la Teverina y hacia Bolsena; pero tan disminuído el número por la peste, mayormente los tudescos, que se creía que en todo el ejército del Emperador no habrían quedado más que diez mil infantes.

Antes de su partida hicieron los capitanes de los confederados una acción digna de eterna infamia, porque habiendo vuelto á Perugia Gentil Baglione con voluntad de Horacio, el cual (afirmando que las discordias entre ellos eran perniciosas para todos, había mostrado reconciliarse con él) fué, con consentimiento de todos los capitanes, Federico de Bozzole á darle á entender que, habiendo oído que trataba ocultamente con los enemigos, procuraban asegurarse de él, y aunquese justificaba y prometía que iría á Castiglione del Lago, le dejó en guarda á Gigante Corso, coronel de los venecianos; pero la misma noche fué muerto con dos sobrinos suyos, por algunos soldados de la guarda de Horacio y por comisión suya (el cual hizo matar en los mismos días fuera de Perugia á Galeotto, hermano de Braccio y sobrino también de Gentil).

Enviaron después gente para entrar en Camerino sabiendo que era muerto el Duque, mas había llegado Sforza Baglione, en nombre de los imperiales, y entró después en aquel lugar Sciarra Colonna por parte de Ridolfo, su yerno, hijo natural del Duque muerto.

Acometieron después de noche el marqués de Saluzzo y Federico con muchos caballos y mil infantes la abadía de San Pedro, vecina de Terni, en la cual estaban Pedro María Rosso y Alejandro Vitello con doscientos caballos y cuatrocientos infantes. Esta empre-

sa, siendo por sí temeraria, porque con tal presidio no se podía rendir sino con la artillería, la hizo feliz la fortuna ó la imprudencia ó la avaricia de los capitanes, los cuales, habiendo enviado el mismo día ciento cincuenta arcabuceros á tomar un castillo vecino, se habían privado de la gente necesaria para la defensa, por lo cual, si bien se defendieron muchas horas, se dieron á discreción todos, menos Pedro María Rosso y Alejandro Vitello, que salieron con sus haciendas, heridos ambos de arcabuzazos, el uno en una pierna y el otro en una mano.

En este tiempo, habiendo reventado el río Tíber por tres ó cuatro bocas inundó, con gran daño, el ejército de la liga, el cual fué á alojar hacia Ascesi, estando todavía los imperiales entre Terni y Narni. Después, adelantándose, alojó el duque de Urbino en Narni y los franceses en Bevagna. Las bandas negras, gobernadas por Horacio Baglione, capitán general de la infantería de los florentinos, no habiendo recibido alojamiento, entraron en el lugar de Montefalco y lo saquearon. Asaltó después una parte de estos infantes la Presse, castillo en donde estaban retirados Ridolfo de Varano y Beatriz, su mujer, los cuales, no pudiendo defenderse, se rindieron á discreción, aunque poco después recuperaron la libertad, porque, no pudiendo Sciarra sustentarse más en Camerino, por las molestias que recibía de aquel ejército, concertó dejarlo, recobrando á su yerno y á su hija.

Tentaron también el marqués de Saluzzo y Federico con la caballería francesa y con dos mil infantes desvalijar por sorpresa la caballería española, que estaba alojada en Monte Ritondo y en la montaña, sin guarda y sin escolta, según refería Mario Orsino, camino de tres millas, pero siendo descubiertos, porque caminaron con poco orden, se volvieron atrás sin intentar la facción, habiendo trazado, para quitarles la facultad de

huir, cortar al mismo tiempo el puente del Teverone.

No habían sido muy diferentes de estas, todo el verano, las acciones de los soldados de Lombardía, en donde la gente de los venecianos y la del Duque junta, cerca de Milán, con intención de talar las mieses de aquella comarca, habían roto la escolta de las vituallas, muerto cien infantes y preso treinta hombres de armas y trescientos caballos entre inútiles y de servicio, pero no pasaron más adelante contra los trigos, porque la gente de los venecianos se disminuyó presto, según su costumbre.

Andrea Doria con su armada se había retirado hacia Savona, y los genoveses, con esta ocasión, recuperaron la Spezia.

Comenzaron después á encenderse las cosas de Lombardía por la pasada de Lautrec al Piamonte con una parte del ejército, pues, por no estar ocioso, mientras esperaba lo restante, sitió á principios de Agosto la villa del Bosco, en el territorio de Alejandría, en cuya guarda estaban mil infantes, la mayor parte tudescos, quienes se defendían con suma obstinación, porque Lautrec, enojado porque habían muerto á algunos suizos, rehusaba aceptarlos si no se remitían libremente á su albedrío. Envióales muchos avisos y animábales Luis, conde de Lodrone, que estaba en la defensa de Alejandría, porque en el Bosco estaban encerrados su mujer é hijos. Finalmente, apretados de día y de noche por la artillería, temiendo las minas, después que hubieron sufrido diez días de tan gran trabajo se remitieron al arbitrio de Lautrec, el cual detuvo presos á los capitanes y libró las vidas á los soldados, mas con condición de que los españoles se volviesen á España por el camino de Francia y los tudescos á Alemania por el país de los suizos, y que cada uno de ellos, según el uso de la jactancia militar, saliese del Bosco sin armas, con una

caña en la mano; pero al conde Luis le restituyó libremente su mujer é hijos.

Siguieron á esta conquista prósperos sucesos en las cosas de Génova, porque habiendo llegado á Portofino cinco naves que iban á Génova, cargadas cuatro de trigo y una de mercaderías, y yendo á acompañarlas, para que fuesen con seguridad, nueve galeras de Génova, sucedió que, teniendo aviso de que César Fregoso se arrimaba por tierra á Génova con dos mil infantes, se recogieron en aquella ciudad casi todos los que estaban en Portofino, desamparando la armada, lo cual dió ocasión á Andrea Doria para encerrarlas con sus galeras en el mismo puerto, por lo cual, conociendo que no podían resistir, desarmaron las galeras y echaron la gente en tierra, y así, de las nueve galeras, siendo abrasada una, vinieron las otras á poder de los enemigos con las naves cargadas de trigo y con la carraca Justiniana que, viniendo de Levante, se decía que traía cien mil ducados de riqueza. A esta facción fueron también otras galeras francesas, las cuales, habiendo tomado primero cinco naves que iban cargadas de trigo á Génova, se habían puesto después en el abrigo de Codemonte, entre Portofino y Génova.

También en estos días unos infantes, conducidos por los Adornos para meterlos en Génova, fueron rotos en Priacroce, lugar situado en aquellos montes.

Estas calamidades, además de otras tantas pérdidas de dinero y de navios, privaron totalmente á los genoveses (que estaban reducidos al último extremo) de la esperanza de poderse sustentar más, no obstante que en los mismos días, arrimándose César Fregoso á San Pedro de Arenas, había sido obligado á retirarse. Espantándoles más el hambre que las fuerzas de los enemigos, obligados de la última necesidad, enviaron á Lautrec embajadores para capitular.

Retiróse el dux Antonio Adorno al castillejo, y sosegados los alborotos por medio principalmente de Felipe Doria, que estaba allí preso, volvió la ciudad al dominio del rey de Francia, que señaló por gobernador de ella á Teodoro Trivulcio.

Arrimóse después Lautrec á Alejandría, teniendo en su ejército ocho mil suizos, los cuales continuamente se disminuían, diez mil infantes de Pedro Navarro, tres mil gascones conducidos de nuevo á Italia por el barón de Bierna, y tres mil infantes del duque de Milán.

Había en Alejandría mil quinientos infantes, los cuales, por la pérdida de los alemanes que estaban en el Bosco, se habían envilecido mucho, aunque habiendo entrado después, por los cerros cercanos á la ciudad, quinientos infantes con Alberigo de Beljoioso, habían tomado ánimo y se defendían gallardamente; pero doblada la batería por muchas partes con la venida de la artillería y de la gente veneciana, aunque ni por tierra ni por mar correspondía al número á que estaban obligados, y molestándola ferozmente al mismo tiempo con las trincheras y con las minas (como siempre en cualquier combate lo hacía Pedro Navarro) fueron los de adentro obligados á rendirse, libres las haciendas y personas.

La conquista de Alejandría mostró entre los confederados principio de alguna diferencia, porque trazando Lautrec dejar en su defensa quinientos infantes, para que, en cualquier caso, tuviese su gente acogida segura y la que venía de Francia comodidad para recogerse y ordenarse en aquella ciudad, sospechó el embajador del duque de Milán fuese este principio de querer ocupar para su Rey aquel Estado, y lo contradijo con palabras eficaces y con protestas, resistiéndose casi no menos que él el embajador veneciano, é interponiéndose también el de Inglaterra. Cedió Lautrec, aunque con

grande indignación, de dejarla libre al duque de Milán, cosa que acaso fué de mucho perjuicio para aquella empresa, porque es opinión de muchos que atendió más negligentemente á la conquista de Milán, ó por enojo ó por reservarlo para tiempo que pudiese, sin respeto de otros, encaminarlo á su provecho.

CAPITULO V.

Belgioioso en la defensa de Pavía.—La saquean los franceses.—Insistencia del Emperador en rehusar la paz.—El duque de Ferrara y el marqués de Mantua entran en la liga.—Muerte del Virrey.—Libertad concedida al Papa.—Condiciones de esta libertad.—Hechos varios de armas en Italia.—Desconfianza entre el Emperador y el rey de Francia.—Carlos V desafía á Francisco I.—Mentis de éste al Emperador.—El rey de Inglaterra desafía al Emperador.

Después de la pérdida de Alejandría, no habiendo duda de que Lautrec se enderezaría á la empresa de Milán ó de Pavía, se dice que Antonio de Leiva, con el cual estaban ciento cincuenta hombres de armas y cinco mil infantes entre tudescos y españoles, desconfiado de poder defender á Milán con tan poca gente y con tantas dificultades, pensó en retirarse á Pavía, pero considerando que había pocas vituallas en aquella ciudad, y que no podía sustentarse en ella el ejército con las estorsiones que cruelmente había hecho en Milán, determinó detenerse allí y envió á la guarda de Pavía á Luis de Belgioioso, y á los milaneses que quisieron comprar con el dinero la licencia de irse, se la concedió; pero Lautrec, pactando tregua con Cervellón,

español, que estaba en la guarda de Case, para quitar dificultades que retardaran la marcha, aunque muy disminuído de suizos, caminando adelante, ocupó á Vigevano, y después, haciendo un puente sobre el Tesino y pasando por él suejército, caminó hacia Benerola, aldea á cuatro millas de Milán, mostrando querer ir (como lo aconsejaban los venecianos) á sitiar aquella ciudad, pero verdaderamente resuelto á tomar la determinación que le pareciese más fácil, y habiendo entendido, á ocho millas de Milán, que Belgioioso había enviado allí cuatrocientos infantes, de manera que no quedaban en Pavía sino ochocientos, volviendo camino, fué al día siguiente, que era el 28 de Septiembre, al monasterio de la Certosa, y después, con gran celeridad, sitió á Pavía; á cuyo socorro, habiendo enviado Antonio de Leiva, luego que entendió la mudanza de Lautrec, tres banderas de infantería, no pudieron entrar, de manera que, por el poco número de defensores, no parecía que se podían resistir, mas con todo eso, Belgioioso, suplicándole el pueblo de la ciudad que les permitiese concertarse, por huir el saco y la ruina de la ciudad lo rehusó. Habiendo Lautrec continuado en batir cuatro días y derribado en el suelo tanto espacio de muralla que no bastaban los pocos defensores que había dentro á cubrirla, envió al fin Belgioioso un trompeta á Lautrec, y no pudiendo hablarle pronto, porque había ido al ejército de los venecianos, arrimándose los soldados, entraron en la ciudad por las ruinas del muro. Viendo esto Belgioioso, abrió la puerta y salió á rendirse á los franceses, los cuales le enviaron preso á Génova. La ciudad fué saqueada y usaron en ella los franceses por ocho días continuas y grandes crueldades, haciendo muchos incendios en memoria de la rota recibida en el Parque.

Dispúsose después si se había de ir á la empresa de

Milán ó á caminar hacia Roma. Instaban los florentinos porque se fuese más adelante por miedo de que, si se detenía Lautrec en Lombardía, el ejército imperial saliese de Roma en su daño. Contradeciánlo los venecianos; y el duque de Milán, que había venido voluntariamente á Pavía á hacer esta instancia, alegaba la gran oportunidad que tenía para tomar á Milán y el provecho que causaría también para la empresa de Nápoles, porque, tomado Milán, no les quedaba esperanza á los imperiales de tener socorro de Alemania; pero si quedaba abierta esta puerta se había de temer siempre que, viniendo de aquella parte grueso ejército, pusiese en peligro á Lautrec ó entorpeciese la empresa de Nápoles. Lautrec respondió que era necesario ir adelante por las órdenes de su Rey y del rey de Inglaterra, que principalmente le habían enviado á Italia por la libertad del Papa.

Creyóse que le pudo inducir á esta determinación la sospecha de que, si se conquistaba el Estado de Milán, juzgando los venecianos que estaban seguros del peligro del Emperador, estuviesen negligentes en ayudarle para la empresa del reino de Nápoles, y quizá no menos el parecerle al Rey que era útil para sus cosas que Francisco Sforza no recuperase enteramente aquel Estado, para que, quedándole á él facultad de ofrecer que se lo dejaría al Emperador, consiguiese más fácilmente la libertad de sus hijos por vía de acuerdo; el cual continuamente se trataba con el Emperador por los embajadores franceses, ingleses y venecianos.

Pero nacían muchas dificultades para este tratado porque el Emperador hacía instancia para que la causa de Francisco Sforza se viese en derecho, y que, mientras pendía el conocimiento, poseyese él todo el Estado, prometiendo en cualquier caso no apropiárselo.

Asimismo pedía que los venecianos pagasen al Ar-

chiduque lo restante de doscientos mil ducados que le debían por los capítulos de Vorms, lo cual no rehusaba el embajador veneciano, cumpliendo el Archiduque y restituyendo los lugares á que estaba obligado; pedía que á los emigrados (como ya había estado concertado) ó restituyesen cien mil ducados ó consignasen renta de cinco mil; que le pagasen lo que le debían por la confederación hecha con él, la cual quería se renovase; que restituyesen á la Iglesia á Ravena y dejaran cuanto tenían en el Estado de Milán; pedía á los florentinos treinta mil ducados por los gastos hechos y daños recibidos por su inobservancia; consentía que el rey de Francia pagase por él al de Inglaterra la deuda de cuatrocientos mil ducados, y de los restantes, hasta dos mil millones, pedía rehenes; quería las doce galeras del rey de Francia para ir á Italia, pero no caballería ni infantería; que luego que se hubiese asentado la concordia se fuese de Italia toda la gente francesa; lo cual rehusaba el Rey si primero no le restituían sus hijos.

Cuando se esperaba que mitigaría estas demandas la pérdida de Alejandría y de Pavía, le puso más pertinaz, según su costumbre de no rendirse á las dificultades; de manera que, habiendo venido á su presencia el 13 de Octubre de Inglaterra el auditor de la Cámara á solicitar en nombre de aquel Rey la libertad del Papa, respondió que había procedido en este negocio por medio del general de los franciscanos y que, en cuanto al acuerdo, no quería ni por amor ni fuerza alterar las condiciones que había propuesto primero.

Entendiase como cierto que no estaba el Emperador inclinado á la paz, porque le daban ánimo contra el poder de los enemigos muchas causas, pues confiaba que había de hacer resistencia en Italia, por el valor de su ejército y por la facultad de defender las plazas, pues podía siempre con poco estorbo pasar nueva infantería

tudesca por estar exhaustos el rey de Francia y los venecianos á causa de los largos gastos, y porque sus provisiones, como es costumbre en las ligas, estaban interrumpidas y disminuídas; por confiar que podría sacar de España bastante dinero, siendo cierto que sustentaba la guerra con mucho menor gasto que los enemigos, por los hurtos de los soldados; porque esperaba desunir y hacer más negligentes á los coligados con algún arte, y, finalmente, porque se prometía mucho de su gran felicidad, comprobada con la experiencia de muchos años, y pronosticada desde su niñez con innumerables predicciones.

En este tiempo solicitaba Lautrec que las armadas marítimas señaladas para acometer á Sicilia ó al reino de Nápoles caminasen más adelante, de las cuales, la veneciana, no siendo sus provisiones ni por tierra ni mar iguales á las obligaciones, estaba en Corfú, y diez y seis galeras debían ir á juntarse con Andrea Doria, quien esperaba en la ribera de Génova á Renzo de Ceri, señalado con la infantería para aquella empresa.

Volvió á enviar después Lautrec á Francia cuatrocientas lanzas y tres mil infantes, y concertó con los venecianos (á los cuales aconsejaba que restituyesen á Ravena al Colegio de los Cardenales) y con el duque de Milán, que, para defender lo que se había conquistado, tuviesen su gente, con la cual estaban Ianus Fregoso y el conde de Gayazzo, en Landriano, en alojamiento muy fortificado, aldea á dos millas de Milán, y no pudiendo ensancharse, por estar tan cerca la gente que estaba en Milán, se creía que se guardarían fácilmente Pavía, Monza, Biagrassa, Marignano, Vigevene, Binasco y Alejandría.

Establecidas estas cosas pasó el Pó con quinientos suizos, otros tantos tudescos y seis mil entre franceses y gascones el 18 de Octubre por enfrente del castillo de

San Juan, con intención de esperar la infantería tudésca, de la cual había llegado poca parte hasta aquel día, y otra tropa de infantería de la misma nación que el rey de Francia había enviado á levantar de nuevo en lugar de los suizos, que estaban ya deshechos casi todos. De este lugar fué necesario hacer volver de la otra parte del Pó á Pedro Navarro con la infantería gascona é italiana al socorro de Biagrasa, que estaba guardada por el duque de Milán, y entendiendo Antonio de Leiva que estaba mal proveída, la había sitiado el 18 de Octubre con cuatro mil infantes y siete piezas de artillería, y ganándola el segundo día por acuerdo, se disponía para pasar á la Lomellina, á la recuperación de Vigevene y de Novara. Pero al saber la venida de Pedro Navarro con mayores fuerzas, se volvió á Milán, por lo cual le fué fácil á Navarro recuperar á Biagrasa, en donde metió Francisco Sforza mayores provisiones.

Veíase ya claro que Lautrec difería con industria el partir, y aunque alegaba que le había detenido esperar á los infantes tudescos (con una tropa de los cuales vino al fin Valmont y los otros se esperaban) y se quejaba en todas partes de las pocas provisiones de los venecianos, con todo eso, se temía que fuera la causa el esperar dinero de Francia. Pero la más verdadera y poderosa razón era que, esperando el Rey la paz, cuya plática estaba apretada con el Emperador, le había ordenado que, disimulando esta ocasión, procediese lentamente; de lo cual también había nacido el no haber estado el Rey pronto para pagar su parte de los alemanes que se conducían en lugar de los suizos, ni aquellos que primero estaban señalados para venir con Valmont.

Deteniéndose Lautrec por estas ó necesidades ó excusas en Plasencia, con la gente alojada entre aquella ciudad y Parma, se quitó la dificultad que primero ha-

bía habido del duque de Ferrara, al cual había hecho gran instancia Lautrec, luego que llegó á Italia, para que entrase en la confederación, cosa que por una parte deseaba el Duque, por el parentesco que se le proponía con el rey de Francia, y por otra le detenía la desconfianza con que estaba del valor de los franceses y la sospecha de que el Rey al fin, por recobrar á sus hijos, se concertaría con el Emperador. Pero temiendo las amenazas de Lautrec había pedido que sus negocios se tratasen en Ferrara, porque quería tratar por sí mismo cosas que le importaban tanto, por lo cual fueron á Ferrara los embajadores de todos los coligados, y en nombre de los cardenales que estaban juntos en Parma, el cardenal Cibo, donde al fin, obligado el Duque, por ver que pasaba adelante Lautrec, procurando hacer comprender al capitán Jorge y á Andrés del Burgo (que estaban en Ferrara muy entretenidos y honrados por él), de la necesidad que le obligaba á concertarse, vino finalmente en el acuerdo; pero con condiciones que mostraban ó su industria en saber negociar bien, y que no en vano había querido traer las pláticas á su presencia, ó la codicia grande que habían tenido los otros de meterle en la confederación; en la cual entró con la obligación de pagar por tiempo de seis meses seis mil escudos cada uno, según fuese la declaración del rey de Francia, que declaró después que fuesen seis mil, y que diese á Lautrec cien hombres de armas pagados; y por la otra parte se obligaron los confederados á su protección y á la de su Estado; á darle á Cotignuola, que poco antes la habían quitado los venecianos á los españoles, en trueque de la ciudad antigua y casi deshabitada de Adria, la cual pedía con instancia; que le harían restituir los palacios que antiguamente poseía en Venecia y en Florencia; que le permitirían contra Alberto Pio la conquista de la fortaleza

de Novi, situada cerca de los confines del mantuano, que entonces tenía asediada; que le pagarían los frutos del arzobispado de Milán, si los imperiales molestasen al arzobispo, su hijo.

Obligó el cardenal Cibo en nombre de los cardenales (los cuales prometían la ratificación del Colegio) al Papa á renovar la investidura de Ferrara; á renunciar los derechos sobre Módena, por la compra hecha de Maximiliano; á anular la obligación de la sal; á consentir en la protección que los coligados tomaban de él; á prometer por Bulas apostólicas dejarle poseer á él y á sus sucesores todo lo que poseía, y que el Papa haría cardenal á su hijo y le daría el obispado de Módena, que estaba vacante por la muerte del cardenal Rangone.

Juntóse con este acuerdo el casamiento de Renata, hija del rey Luis, con Hércules, su hijo primogénito, dándole en dote el ducado de Chartres y otras condiciones honradas.

Entró también en la confederación el marqués de Mantua por instancia de Lautrec, aunque primero había estado al sueldo del Emperador.

Estaba en este tiempo enflaquecido el ejército de los coligados, que estuvo ocioso muchos días entre Fuligno, Montefalco y Bevagna, y sabiendo el duque de Urbino que tenían con guarda en Venecia á su mujer y su hijo, partió por la posta, contra la orden del Senado, para justificarse. En el camino recibió aviso de su libertad, y que el Senado, satisfecho de él, deseaba que no pasase más adelante, por lo cual volvió al ejército, en donde los suizos y la infantería del Marqués no estaban pagados, ni los venecianos allí ni en Lombardía; donde estaba obligado el Senado á tener nueve mil infantes y no tenía la tercera parte. Retiráronse después á Lodi y á sus contornos.

Los españoles al fin de Noviembre estaban hacia

Corneto y Toscanella y los tudescos en Roma, á los cuales había vuelto de Siena el príncipe de Orange, donde se detuvo poco, habiendo ido vanamente á ordenar el gobierno. No se dudaba que, si el ejército imperial se hubiese adelantado, el duque de Urbino y el marqués de Saluzzo se hubieran retirado con el suyo á las murallas de Florencia, si bien por jactancia hablaron muchas veces de que, para impedirle la venida á Toscana, harían un alojamiento ó en Orbiato ó en Viterbo ó en el territorio de Siena, hacia Chiusi y Sartiano.

Mas Lautrec, aunque habían llegado los infantes tudescos, procediendo con su acostumbrada lentitud, por la esperanza de la plática de la paz, había hecho alto en Parma y Plasencia, y aunque redujo á su poder las fortalezas y recogió de ambas ciudades y de sus territorios cerca de cincuenta mil ducados, se creía que tenía en su ánimo no sólo mantener en su poder á Parma y Plasencia, sino que dependiese Bolonia de la autoridad del rey de Francia, devolviendo el principado de aquella ciudad á la familia de los Pèpoli.

Hizo vanos estos designios la libertad del Papa, en la cual, aunque parecía que al principio no venía prontamente el Emperador, porque después de la nueva de la prisión había tardado más de un mes en librarle, con todo eso, sabiendo después la ida de Lautrec á Italia y la prontitud del rey de Inglaterra para la guerra, había enviado á Italia al general de San Francisco y á Veri de Migliau, con orden sobre este negocio para el Virrey.

Por haber muerto éste en Gaeta en aquellos días que llegó el general, fué necesario tratar el negocio con Don Hugo de Moncada, á quien tambien se extendía el poder del Emperador sobre el gobierno de Nápoles, y habiendo el general comunicádolo con Don Hugo, fué á Roma y juntamente con él Migliau, que había venido

de España con las mismas comisiones que el general.

Contenía este negocio dos artículos principales: el uno que el Papa satisficiera al ejército, por ser acreedor de grande suma de dinero; el otro la seguridad del Emperador de que, libre el Papa, no se juntase con sus enemigos, y para esto se proponían duras condiciones de rehenes y de seguridad de fortalezas. Tratóse, por estas dificultades, largamente la materia, y para facilitarla el Papa había solicitado muchas veces, y continuamente lo hacía (aunque ocultamente), que Lautrec se adelantase, afirmando que era su intención no prometer nada á los imperiales sino forzado, y que, en tal caso, no lo guardaría, como pudiese llegar antes á lugar seguro, lo cual procuraría hacer con darles la menor comodidad que pudiese á los imperiales, y que, si acaso se concertaba con ellos, le rogaba que la compasión de sus infortunios y necesidades diese la disculpa por él.

Mientras se trataba este negocio huyeron al fin de Noviembre los rehenes de Roma, con gran indignación de la infantería tudesca. Larga fué la diferencia sobre este punto, no estando tampoco de un mismo parecer los que la habían de determinar, porque Don Hugo, aunque había enviado á Roma á Serenón, su secretario, juntamente con los otros, tenía poca inclinación á ella, por su natural malignidad y por tener el ánimo ajeno al Papa; el general deseaba todo lo contrario por el deseo de ser cardenal; Migliau lo contradecía como cosa peligrosa para el Emperador y, no pudiendo resistir, se fué á Nápoles, pero padeció la pena de esta impiedad, porque, escaramuzando en los primeros días del asedio, fué muerto de un arcabuzazo.

No se descuidaba el Papa en acudir á su conveniencia, porque indujo á su parecer á Jerónimo Morone, cuyo consejo era de grande autoridad con los embajadores en todo lo que se deliberaba, dando el obispado

de Módena á su hijo, y prometiéndole á él cierto trigo suyo que estaba en Corneto, de valor de más de doce mil ducados. Pero no con menor industria hizo su amigo al cardenal Colonna, prometiéndole la Legacía de la Marca; mostrándole, cuando fué á visitarle al castillo, por haber venido á Roma, que principalmente le quería deber á él tan gran beneficio, y diciéndole artificiosamente al oído que no podía desear mayor felicidad ni gloria que hacer notorio á todo el mundo que estaba en su mano oprimir á los Papas y, cuando estaban abatidos, hacerles volver á su primer grandeza. Conmovido por estas cosas aquel cardenal altivo y vanísimo de su natural, ayudó prontamente su libertad, creyendo que era tan fácil al Papa en viéndose libre olvidar tantas injurias, como le había sido fácil, estando preso, encomendarle con humildes ruegos y lágrimas su libertad.

Alivió en alguna parte las dificultades la nueva comisión del Emperador, el cual instaba en que se librase el Papa con la mayor satisfacción suya que fuese posible; añadiendo que le bastaba que, en viniéndose libre, no ayudase más á los coligados que á él. Pero creyóse que ayudó más que nada la necesidad que tenían (por el miedo de la venida de Lautrec) de llevar aquel ejército á la defensa del reino de Nápoles, cosa imposible si primero no se le aseguraba de los sueldos corridos, en cuya recompensa rehusaban admitir tantos robos y ganancias hechas. Al mismo tiempo esta necesidad de proveer las pagas fué también causa de que se pensase menos en asegurarse del Papa para el tiempo futuro.

Concluyóse, finalmente, á último de Octubre (después de largas pláticas) la concordia en Roma con el general y con Serenón, en nombre de Don Hugo, que después la ratificó, y fué de aquesta sustancia: que no fuese contrario el Papa al Emperador en las cosas de Milán

y de Nápoles; que le concediese la Cruzada en España y una décima de las rentas eclesiásticas en todos sus reinos; que quedasen, para la seguridad de la observancia, en manos del Emperador, Ostia y Civitavecchia, que primero había dejado Andrea Doria; que le entregase á Civita Castellana (este lugar, habiendo entrado en la fortaleza por comisión secreta del Papa, aunque fingía lo contrario Mario Perusco, procurador fiscal, rehusó admitir á los imperiales); que le entregase así mismo la fortaleza de Forli, y por rehenes á Hipólito y Alejandro, sus sobrinos, y, hasta que viniesen de Parma, á los cardenales Pisano, Trivulcio y Gaddi, que fueron llevados por ellos al reino de Nápoles; que pagase luego á los tudescos sesenta y siete mil ducados y á los españoles treinta y cinco mil; que con esto le dejasen libre con todos los cardenales y saliesen de Roma y del castillo, llamándose libre siempre que llegase á salvamento á Orbieto, Spoleto ó Perusa, y á los quince días de su salida de Roma pagase otro tanto dinero á los tudescos; y lo restante (que subía con el primer dinero á más de trescientos cincuenta mil ducados) después de tres meses á los tudescos y españoles, según sus débitos.

Para poder observar estas cosas, recurriendo el Papa para salir de la cárcel á los remedios que no había querido admitir para no entrar en ella, creó por dinero algunos cardenales, personas la mayor parte indignas de tan grande honra, y para lo restante concedió en el reino de Nápoles décimas y facultad para enajenar de los bienes eclesiásticos, convirtiéndose, por concesión del Vicario de Cristo (tan profundos son los juicios divinos) en uso y sustento de herejes lo que estaba dedicado para el culto de Dios. Habiendo establecido y asegurado con estos modos la paga á los tiempos prometidos, dió también por rehenes para la seguridad de los

soldados á los cardenales Cesis y Orsino, que fueron llevados por el cardenal Colonna á Grottaferrata.

Estando despachadas todas las cosas y ajustado que el 9 de Diciembre debiesen los españoles acompañarle á lugar seguro, temiendo Su Santidad alguna variación por la mala voluntad que sabía le tenía Don Hugo, y por todas las otras cosas que le podían impedir, saliendo del castillo la noche antes en secreto al anochecer en traje de mercader, fué acompañado por Luis Gonzaga, soldado de los imperiales, con gruesa compañía de arcabuceros, que lo esperaba en los prados, hasta Montefiascone, donde, despedida casi toda la infantería, el mismo Luis le acompañó hasta Orbieto.

En esta ciudad entró de noche, sin acompañarle ningún cardenal. Ejemplo ciertamente muy digno de consideración, y por ventura no sucedido jamás después que la Iglesia se llegó á ver en la grandeza que hoy tiene, que un Papa, caído de tan gran poder y reverencia, fuese preso, perdida Roma y todo el Estado reducido al poder de otros, y en el mismo, en espacio de pocos meses, restituído á su libertad y al estado de que fué despojado, y, en poco tiempo después, vuelto á su primer grandeza. ¡Tan grande es entre los Príncipes cristianos la autoridad del Pontificado y el respeto que todos le tienen!

En este tiempo Antonio de Leiva, después de la partida de Lautrec de Plasencia, envió fuera de Milán la infantería española é italiana para que se sustentasen y recuperasen los lugares más flacos del país, y para que abriesen la comodidad de traer á Milán las vituallas; cuya infantería tomó aquella parte de la comarca que se llama Sepri. Envió también á Felipe Torniello con mil doscientos infantes y algunos caballos á Novara, en donde había cuatrocientos infantes del duque de Milán. Entró en aquella ciudad Torniello por la fortale-

za, que siempre había estado en nombre del Emperador y, hallando poca defensa, ganó el lugar, desvalijó los infantes y, enviándolos á sus casas, se quedó en Novara para correr el país circunvecino. De los infantes tudescos se redujo una parte á Arona y otra á Mortara, y habiendo juntado á éstos el Duque otros infantes para la defensa de la Lomellina y del país, no tenía libertad Torniello para ensancharse mucho, de manera que, no haciéndose por aquel invierno otras facciones que muchas escaramuzas, atendían todos á robar á amigos y enemigos, reduciendo á última ruina todo el país.

Habíanse juntado también en este tiempo en Liorna las galeras de Andrea Doria y catorce francesas con las diez y seis de los venecianos, y habiendo recibido á Renzo de Ceri con tres mil infantes para echarles en tierra, partieron el 13 de Noviembre de Liorna.

Aunque se había determinado acometer la isla de Sicilia, mudando parecer, se volvieron á la conquista de Cerdeña por los consejos (según se creyó) de Andrea Doria, quizá porque tenía ya en el pecho nuevos conceptos. Convino en esta empresa Lautrec por la esperanza de que, tomada Cerdeña, le facilitaría mucho la conquista de Sicilia. Sea cual fuese la causa, las galeras, trabajadas en el mar por los malos tiempos, andaban separadas vagando por las aguas, y una de las de los franceses dió al través cerca de las costas de Cerdeña; cuatro de los venecianos volvieron á Liorna muy maltratadas, las francesas corrieron, por la furia de los vientos á Córcega, donde después se juntaron con ellas en Puerto viejo cuatro galeras de los venecianos y las otras ocho fueron á dar á Liorna; finalmente, la empresa se deshizo, quedando en gran discordia Andrea Doria y Renzo de Ceri.

Lautrec, que recibió, cuando estaba en Regio, el

aviso de la libertad del Papa, dejando la fortaleza de Parma á los ministros eclesiásticos, fué á Bolonia, en donde se detuvo esperando la venida de los últimos infantes tudescos, los cuales llegaron al Boloñés pocos días después, no en número de seis mil, como estaba destinado, sino solamente tres mil. A pesar de su llegada se detuvo veinte días en Bolonia, esperando aviso del rey de Francia de la última resolución de la plática de la paz; instando con suma diligencia é interponiendo también la autoridad del rey de Inglaterra para que descubiertamente el Pontífice se juntase con los coligados, con el cual, habiendo ido á felicitarle en los primeros días que llegó á Orbieto el duque de Urbino, el marqués de Saluzzo, Federico de Bozzole (el cual pocos días después murió de muerte natural en Lodi) y Luis Pisano, proveedor de los venecianos, les había pedido con gran instancia que sacasen su gente del Estado de la Iglesia; afirmando que los imperiales le habían prometido que también ellos la sacarían en caso que el ejército de los confederados hiciese lo mismo. Escribió también un Breve á Lautrec dándole gracias por las diligencias que había hecho para su libertad y por haberle aconsejado que se librase de cualquier manera; cuyas obras habían sido de tan gran consideración para obligar á los imperiales á que se determinasen, que no se tenía por menos obligado al Rey y á él que si hubiera conseguido su libertad con sus armas, cuyos progresos habría esperado de buena gana, si la necesidad no le obligase, porque continuamente le empeoraban las condiciones propuestas, y porque había entendido claramente que, si no era por medio de la concordia, no podía conseguir su libertad, la cual, cuanto más se difería, caminaba á mayor precipicio la autoridad y el estado de la Iglesia; pero que sobre todo le había movido la esperanza de haber de ser instrumento á pro-

pósito para tratar con su Rey y con los otros Príncipes cristianos el bien común.

Estas fueron al principio sus palabras, sencillas como parecía que convenía al oficio del Papa, especialmente á quien había tenido de Dios tan graves y tan ásperas amonestaciones, pero reteniendo su natural acostumbrado, y no habiendo dejado, por la prisión, ni sus astucias ni su codicia, al llegar á su presencia, comenzando ya el año de 1528, las personas que Lautrec enviaba y Gregorio de Casale, embajador del rey de Inglaterra, á pedirle que se confederase con los otros, comenzó á dar varias respuestas, unas veces dando esperanzas, otras disculpándose con que, no teniendo dinero, ni gente, ni autoridad, les sería á ellos inútil su declaración y á él le podría ser dañosa, porque daría causa á los imperiales para ofenderle en muchas partes, y otras dando á entender que quería satisfacer á esta demanda si Lautrec pasaba más adelante, cosa muy deseada de él, para que los tudescos tuviesen necesidad de irse de Roma; los cuales, consumiendo las reliquias de aquella mísera ciudad y del país comarcano, y depuesta totalmente la obediencia á los capitanes, se alborotaban muchas veces entre sí mismos, rehusando irse y pidiendo nuevo dinero y paga.

Pero al fin del año anterior y mucho más al principio del presente, se comenzó á ver manifestamente que eran vanas las pláticas de la paz, por las cuales se exasperaron mucho más los ánimos de los Príncipes, porque, estando resueltas casi todas las dificultades, siendo así que el Emperador no negaba restituir el ducado de Milán á Francisco Sforza, ni componerse con los venecianos, con los florentinos y con los otros confederados, se disputaba solamente sobre qué cosa era la que se había de ejecutar primero, si la partida del ejército del rey de Francia de Italia ó la restitución de sus hijos:

pero ofrecía rehenes en manos del rey de Inglaterra para seguridad de la observancia de las penas á que se obligaba, si, en recuperando sus hijos, no sacaba luego el ejército.

Instaba el Emperador en lo contrario, ofreciendo las mismas cauciones en manos del rey de Inglaterra, y disputándose sobre quién era más justo que se fiase del otro, decía el Emperador que no se podía fiar de quien una vez le había engañado, á lo cual respondían los embajadores franceses que, cuanto más se tenía por engañado del rey de Francia, tanto menos se podía fiar de él aquel Rey; que la oferta del Emperador de dar en manos del rey de Inglaterra las mismas seguridades que ofrecía dar el rey de Francia, no era oferta igual, porque tampoco era igual el caso; siendo así que era de tanto más consideración lo que prometía hacer el Emperador que lo que prometía el Rey, y que así no le aseguraban las mismas seguridades. Añadieron á lo último que los embajadores del rey de Inglaterra, los cuales tenían poder de su Rey para obligarle á hacer guardar lo que prometiese el rey de Francia, no le tenían para obligarle á guardar lo que prometiese el Emperador, y que, estando acabadas sus facultades y con tiempo fijo, no podían pasarlas ni esperar.

No se hallaba resolución alguna sobre esta disputa, porque el Emperador no tenía la misma inclinación á la paz que su consejo, persuadiéndose que si perdía á Nápoles, le podría cobrar con la restitución de los hijos del Rey, y estaba muy culpado el gran Canciller (que había vuelto mucho antes á España) de haber turbado con puntos y con sofisticas interpretaciones las pláticas de la paz. Finalmente, los embajadores franceses é ingleses determinaron, según las comisiones que tenían, para en caso que llegasen á desesperar de la paz, pedir licencia al Emperador para irse y después

hacerle intimar la guerra. Con esta conclusión, poniéndose en presencia del Emperador (que entonces estaba con la corte en Burgos) á 21 de Enero, siguiéndoles los embajadores de Venecia, del duque de Milán y de los florentinos, le pidieron los embajadores ingleses los cuatrocientos cincuenta mil ducados que le había prestado su Rey, seiscientos mil por la pena en que había incurrido por el repudio de su hija, y quinientos mil por la pensión del rey de Francia y por otras causas. Propuestas estas cosas, por mayor justificación, le pidieron licencia para irse todos los embajadores de los coligados, á los cuales respondió que consultaría la respuesta que les debía dar; pero que era necesario que también, antes de su partida, estuviesen sus embajadores en lugar seguro. Al salir los embajadores de su presencia entraron luego los reyes de armas del rey de Francia y del rey de Inglaterra á intimarle la guerra, y habiéndola aceptado con ánimo alegre, ordenó que los embajadores del rey de Francia, de los venecianos y de los florentinos fuesen llevados á una aldea á treinta millas de la corte, á donde se les puso guarda de arqueros y de alabarderos, y se les prohibió todo comercio y facultad de escribir. Al del duque de Milán, como su vasallo, hizo dar orden que no se fuese de la corte, y con los del rey de Inglaterra no se hizo innovación alguna.

Rota toda la esperanza de la paz, quedaron solamente encendidos los pensamientos de la guerra empeñada en toda Italia, por lo cual Lautrec, persuadido por su Rey, pero mucho más por el de Inglaterra, desde que comenzó á enflaquecerse la esperanza de la paz, había partido á 9 de Enero de Bolonia, enderezándose al reino de Nápoles por el camino de la Romaña y de la Marca, camino que escogió, después de muchas consultas, contra la instancia del Papa, que deseaba, con la ocasión

de su pasaje, hacer volver á Siena á Fabio Petrucci y al Monte de los Nueve; y también contra la instancia de los florentinos, los cuales, á fin de que aquel ejército estuviese más pronto para socorrerles si los imperiales, por distraer las fuerzas enemigas, se moviesen para acometer la Toscana, le rogaban que hiciese aquel camino.

Pero Lautrec escogió llegar más presto al reino de Nápoles por el camino del Tronto, por ser más acomodado para conducir la artillería y más copioso de vituallas, y por no dar lugar á los enemigos para hacer rostro en Siena ó en otro lugar; deseando entrar en el reino de Nápoles antes que hubiese algún obstáculo.

Al moverse de Bolonia restituyó Juan de Sassatello la fortaleza de Imola al Papa, la cual había ocupado cuando estaba preso, y arrojándose después á Rímini, Segismundo Malatesta, hijo de Pandolfo, concertó con él restituir aquella ciudad al Papa, con condición de que estuviese obligado á dejar gozar á su madre la dote; á dar seis mil ducados á su hermana no casada, y á consignar entre él y su padre dos mil ducados de renta; que se fuese luego de Rímini Segismundo y quedase su padre hasta que el Papa hiciera la ratificación, y que, en este medio, estuviese la fortaleza en manos de Guido Rangone, su primo, que estando al servicio del rey de Francia, seguía á Lautrec en la guerra.

Pero difiriendo el Papa cumplir estas promesas, ocupó de nuevo Segismundo la fortaleza, no sin gran queja del Papa contra Guido Rangone, como si tácitamente se lo hubiera permitido, ni tampoco sin sospecha de que lo hubiesen consentido Lautrec y los venecianos por desear tenerle en continuas dificultades; los venecianos, por causa de Ravena, porque habiéndolo el Papa enviado á pedir á aquel Senado por el arzobispo Sipontino luego que fué libre del castillo, había

vuelto respuesta general, remitiéndose á lo que le referiría Gaspar Contareno, elegido para su embajador. Porque si bien habían afirmado primero que la retenían para la Sede Apostólica, con todo eso, tenían totalmente el ánimo ajeno de restituirla, movidos del interés público y particular; porque aquella ciudad era muy á propósito para ampliar el imperio en la Romana, fértil por sí misma de trigo y por la fertilidad de las tierras vecinas, daba gran oportunidad para conducir cada año á Venecia gran cantidad, y porque muchos venecianos tenían en aquel territorio dilatadas posesiones.

También sospechaba del ánimo de Lautrec porque, habiendo, demás de muchas instancias que le hizo primero, enviado á pedirle apretadamente, después que había partido de Boloña con Valmont, capitán general de toda la infantería tudesca y con Longueville, enviado del Rey, que se declarase contra el Emperador, mayormente pareciendo que lo podía hacer con seguridad por acercarse el ejército, no lo había podido alcanzar, no negándolo expresamente el Papa, sino difiriéndolo y excusándose; por cuya causa había ofrecido al rey de Francia que vendría en ello, pero con condición de que los venecianos le restituyesen á Ravena, condición que sabía que no tendría efecto, no habiéndose de mover los venecianos á ello por las persuasiones del Rey ni sufriendo el tiempo que, por satisfacer al Papa, los hiciese sus enemigos.

Añadíase á esto que tampoco escuchaba la instancia que Lautrec le hacía para que ratificase el acuerdo que se había hecho con el duque de Ferrara, alegando que era cosa muy indigna aprobar, cuando estaba vivo, las condiciones hechas en su nombre mientras estaba muerto, pero que no rehusaría concertarse con él, de donde, tomando ocasión el duque de Ferrara, dificultaba (aunque le habían recibido en su protección el rey

de Francia y los venecianos) enviar á Lautrec los cien hombres de armas y pagarle el dinero prometido; como aquel que, dudando del suceso, procuraba no arriarse tanto al rey de Francia que no le quedase lugar para aplacar en cualquier suceso el ánimo del Emperador, con el cual se había disculpado de su necesidad, y entretenía continuamente en Ferrara á Jorge Frundsberg y á Andrés de Burgos.

Pasaba, con todo eso, Lautrec adelante con el ejército, con el cual llegó á 10 de Febrero al río Tronto, con fin entre el Estado de la Iglesia y el reino de Nápoles.

Al saber el rey de Francia la detención de su embajador, metió al del Emperador en el castillo de París, y ordenó que por toda Francia fuesen detenidos los mercaderes vasallos del Emperador. Lo mismo hizo el rey de Inglaterra en cuanto al embajador del Emperador, aunque sabiendo después que el suyo no había estado preso le libertó.

Estando ya publicada la guerra en Francia, en Inglaterra y en España, instaba el rey de Francia para que se rompiese comúnmente en Flandes, y para darle principio había hecho correr y robar alguna gente suya por el país de Flandes, no haciendo por esto ningún movimiento los de aquella provincia sino para defenderse, porque madama Margarita, procurando cuanto podía extinguir las ocasiones de entrar en guerra con el rey de Francia, no permitía que su gente saliese de su país.

Al rey de Inglaterra le era muy molesto tener la guerra con los pueblos de Flandes, porque, no obstante que si se ganaban unos lugares, que primero le había prometido el Emperador para seguridad del dinero prestado, se le habían de entregar, con todo eso, para sus rentas y para su reino era de mucho perjuicio interrumpir el comercio de sus mercaderes en aquella provincia; pero no pudiendo rehusarlo descubiertamente

por los conciertos hechos, lo difería cuanto podía, alegando que, según los capítulos de aquella obligación, le era lícito tardar cuarenta días, después de haberse hecho la intimación, para dar tiempo de retirarse á los mercaderes.

Conociendo el Rey Cristianísimo su intención y la causa de ella, trató con él de acometer, en lugar de la guerra de Flandes, las cosas de España con armada marítima, afirmando el rey de Francia que tenía inteligencia en aquellas partes. Produjeron, finalmente, estas cosas que, habiendo el rey de Inglaterra enviado á Francia al obispo Batoniense á persuadir que se dejasen las empresas de la otra parte de los montes, y que se acrecentasen las fuerzas y la guerra en Italia, se efectuase por su consejo que, por tiempo de ocho meses próximos, hubiese suspensión de armas entre el rey de Francia y el de Inglaterra y el país de Flandes con los otros Estados circunvecinos sujetos al Emperador, y porque el rey de Francia condescendiese más fácilmente á este consejo, se obligó el rey de Inglaterra á pagar cada mes treinta mil ducados para la guerra de Italia, por haberse acabado el tiempo de la contribución prometida primero por seis meses.

Pero así como continuamente se acrecentaban las provisiones de la guerra, se encendían mucho más los odios entre los Príncipes, tomando cualquier ocasión para injuriarse y atender no menos con el ánimo y la emulación que con las armas; porque habiendo dicho el Emperador, cerca de dos años antes en Granada, en tiempo que asimismo se trataba la paz entre el rey de Francia y él, al presidente de Grenoble, embajador del rey de Francia, unas palabras, de las cuales se infería que, de buena gana, para que sus diferencias no fuesen causa de que padeciesen más los pueblos cristianos ni tantas personas inocentes, las acabaría con él en bata-

lla cuerpo á cuerpo, y volviendo después á decir las mismas palabras al Rey de armas, cuando últimamente le intimó la guerra, añadió que su Rey había obrado ruinmente al faltarle á la palabra dada. Sabidas por el rey de Francia estas palabras, y pareciéndole que no las podía pasar en silencio sin afrenta, aunque la instancia por ventura era más digna para entre caballeros que para entre tales Príncipes, juntando el 27 de Marzo en una gran sala de su palacio de París á todos los Príncipes, todos los embajadores y toda la corte, saliendo después á ella con gran pompa de vestidos ricos y de acompañamiento muy bien ordenado y sentándose en la silla real, hizo llamar al embajador del Emperador, el cual pedía que se le diese licencia para irse, porque se había determinado que, llevándole á Bayona, se le diese libertad, al mismo tiempo que la alcanzasen los embajadores de los coligados, los cuales se llevaban á aquel lugar para el mismo efecto. Habló el Rey disculpándose de que el Emperador, por haber con ejemplo nuevo é inhumano retenido sus embajadores y los de sus coligados, había sido causa de que también él fuese detenido, mas que habiendo ahora de ir á Bayona para que á un mismo tiempo se diese la libertad á todos, deseaba que llevase al Emperador una carta suya y le diese una embajada de este tenor:

«Que habiendo el Emperador dicho al Rey de armas que él había faltado á su palabra, había dicho lo que no era; que tantas veces mentía cuantas lo volviera á decir, y que en lugar de respuesta, por no dilatar el fin de sus diferencias, le señalase campo donde hubiesen de combatir.»

Rehusando el embajador llevar la carta y la embajada, añadió: «Que le enviaría á dar á entender lo mismo por el Rey de armas, y que, sabiendo también que había dicho palabras contra el rey de Inglaterra, su herma-

no, no trataba de ello porque sabía que aquel Rey era bastante para defenderse; pero que si, por indisposición de su cuerpo estuviese impedido, ofrecía poner su persona á la prueba por él.»

El mismo desafío pocos días después hizo con la misma solemnidad y ceremonias el rey de Inglaterra, si bien no pareció cosa digna de Príncipes cristianos que, teniendo juntos guerra tan importante y de tan gran perjuicio para toda la cristiandad, enredasen también el ánimo en semejantes pensamientos.

CAPITULO VI.

Motivos que indujeron al rey de Inglaterra á apartarse de la comunión católica.—Doria se retira de Génova.—Pedro Navarro toma á Aquila.—Lautrec se dirige á Nápoles con el ejército.—Los franceses baten y toman á Melfi.—Muerte de Vespasiano Colonna.—Miseria de los milaneses por los rigores de Leiva.—Felipe Doria en Nápoles.—Lautrec acampa junto á Nápoles.

Tanto ardor de guerra y de armas no distraía al rey de Inglaterra de los cuidados amorosos, los cuales, comenzando á llenar su pecho de furor, produjeron á lo último crueldades horrendas é inauditas, con grande y eterna infamia de su nombre; pues habiendo alcanzado de León el título de defensor de la fe, por mostrarse observantísimo de la Sede Apostólica y por haber hecho escribir en su nombre un libro contra la impía y ponzoñosa herejía de Martín Lutero, adquirió en el mundo título y nombre de impío opugnador y perseguidor de la religión cristiana.

Estaba casado el rey de Inglaterra con Catalina, hija de Fernando y de Isabel, reyes de España; reina por cierto digna de tales padres, y que, por sus virtudes y prudencia, estaba en gran amor y veneración en todo aquel reino, la cual, en vida de Enrique VII, había sido casada con Arturo, su hijo mayor, y quedando viuda por la temprana muerte de Arturo, después de haber hecho vida con él, fué casada, con la voluntad de su padre y de su suegro, con Enrique, su hermano menor; habiendo precedido, por el impedimento de la afinidad tan estrecha, la dispensación del papa Julio. Nació de este matrimonio un hijo varón que con anticipada muerte fué quitado á sus padres. No nacieron más hijos, sino sola una hija, lo cual dió ocasión á muchos de la corte para murmurar que, por haber sido el matrimonio ilícito y no dispensable en el primer grado, estaban privados milagrosamente de los hijos varones. Tomando el cardenal Eboracense ocasión de esto y del deseo que sabía que tenía el Rey de hijos, comenzó á persuadirle de que, repudiando su primera mujer (pues no lo era justamente) contrajese otro matrimonio; no moviéndole á esto la conciencia ni el deseo de que el Rey tuviese sucesores varones, sino el persuadirse que podría inducir al Rey á que se casase con Renata, hija del rey Luis; lo cual deseaba con gran extremo porque, conociendo que era su persona aborrecida en todo el reino, deseaba prevenirse para todo lo que pudiese suceder en vida y después de la muerte del Rey. Inducíale también el grande odio que había concebido contra el Emperador porque, ni con demostraciones ni con hechos, satisfacía á su desordenada soberbia. No dudaba, por la gran autoridad que tenía el Rey con el Papa, que alcanzaría de él facultad para hacer jurídicamente el divorcio.

Dió oídos el Rey á este consejo, pero no inducido del

fin que trazaba el Eboracense, sino movido, como muchos dijeron, no tanto del deseo de tener hijos cuanto porque estaba enamorado de una dama de la reina, nacida de baja suerte, á la cual inclinó su ánimo á tomar por mujer; no siendo notorio este su designio ni al Eboracense ni á otros, y cuando comenzó á entenderse ó á conjeturarse, no tuvo disposición el Eboracense para disuadirle del divorcio ni hubiera tenido autoridad para aconsejarle lo contrario de lo que primero le había persuadido. Ya el Rey, habiendo pedido parecer á los teólogos, á los juristas y á los religiosos, había tenido respuesta de muchos que el casamiento no era válido, ó porque así lo creyesen ó por agrandar al Príncipe, como es costumbre de los hombres; por lo cual, en estando libre el Papa de la prisión, le envió embajadores para aconsejarle que entrase en la liga y para obrar según le ordenase en la restitución de Ravena, pero principalmente para alcanzar facultad de hacer el divorcio, que no se pedía por vía de dispensación, sino de declaración de que el matrimonio con Catalina era nulo.

Se persuadió el Rey de que el Papa, por hallarse débil de fuerzas y de reputación, sin apoyo en el poder de otros Príncipes, y movido también del nuevo beneficio de los favores grandes que le hizo para su libertad, había de venir en ello, sabiendo en particular que el cardenal Eboracense podía mucho con él, por haber favorecido siempre sus cosas y primero las de León. Y para que el Papa no pudiese alegar disculpa de miedo por la ofensa que resultaría al Emperador, siendo hijo de una hermana de Catalina, y para obligarle con este beneficio, ofreció pagarle para su seguridad cuatro mil infantes.

Oyó el Papa esta propuesta, y aunque consideró la importancia del caso y la gran infamia que le podía resultar, con todo eso, hallándose en Orbieto, neutral to-

davía entre el Emperador y el rey de Francia y en poca confianza con cada uno, estimando por esto mucho el conservar la amistad con el rey de Inglaterra, no tuvo osadía para contradecir esta demanda; antes mostrándose deseoso de complacer al Rey, si bien alargando la materia con dificultar los modos que se proponían, encendió la esperanza y la importunidad del Rey y de sus ministros, la cual, siendo después origen de muchos males, continuamente aumentaba.

Cuando el Papa oyó á Valmont y á Longueville, respondiéndoles palabras generales, envió al Rey, juntamente con Longueville al obispo de Pistoia para darle á entender que, por estar sin dinero, sin fuerzas y sin autoridad, no sería de ningún fruto para los coligados su declaración; que solamente les podía ayudar en tratar la paz, y que así tenía comisión para ir al Emperador y exhortarle á ella con palabras rigurosas.

Aunque el Rey no quedó mal satisfecho de la neutralidad del Papa, con todo eso, no convino en ello, temiendo fuese á tratar otra cosa con el Emperador, el cual asimismo se quejaba de la neutralidad del Pontífice. Pero en el tiempo en que Lautrec caminaba adelante y estaba trazado que las armas hiciesen lo mismo, se oponían á ello muchas dificultades; porque las doce galeras venecianas que primero habían ido á Liorna, habiendo padecido mucho en la empresa de Cerdeña y por los trabajos de la mar y falta de vituallas, partieron el 10 de Febrero de Liorna para ir á Corfú á ponerse en orden, aunque los venecianos prometían enviar en su lugar otras doce para juntarse con la armada francesa, la cual también tenía dificultades, por lo que había padecido y por las diferencias nacidas entre Andrea Doria y Renzo de Ceri, por las cuales, aunque Renzo se había detenido enfermo en Pisa, se trataba que Doria (que con todas las galeras había tocado en

Liorna) fuese con las suyas á Nápoles, y que Renzo con las otras francesas, con cuatro de Fray Bernardino y con las cuatro de los venecianos, que estaban todas juntas, acometiese á Sicilia.

Pero Doria con sus ocho galeras y con otras ocho de la armada del rey de Francia se retiró á Génova, alegando que era necesario concederles reposo á las galeras y á él, ó porque ésta fuese la verdadera causa, ó porque los intereses de las cosas de Génova le inclinaban ya el ánimo á nuevos pensamientos. Pues habiendo los genoveses pedido al Rey gobernarse libremente por sí mismos, ofreciéndole por paga de la libertad doscientos mil ducados, y rehusándolo el Rey, se creía que á Doria, autor ó á lo menos consejero de que hiciesen estas demandas, no le era grato que el Rey ganase á Sicilia si no se concedía la libertad á los genoveses.

Publicaba también otra causa considerable de diferencia porque, habiendo el Rey desmembrado la ciudad de Savona de los genoveses, se temía que, volviéndose á Savona dentro de poco tiempo, por el favor del Rey y por la oportunidad del sitio, la mayor parte del comercio de las mercaderías, haciendo allí pie las armadas reales y fabricándose los navíos, quedaría Génova despojada de la frecuencia de los habitantes y de las riquezas, por lo cual procuraba mucho Doria con el Rey que se volviese Savona á la antigua sujeción de los genoveses.

Procedieron las cosas de Lautrec con mayor felicidad que las marítimas, el cual al llegar á Ascoli envió á Pedro Navarro con la infantería hacia Aquila, habiéndose rendido ya, á la fama de su venida, Teramo y Giulianova. Seguiale por el camino de la Lionessa el marqués de Saluzzo con su gente y más atrás ciento cincuenta caballos ligeros y cuatro mil infantes de las bandas negras de los florentinos con Horacio Baglione.

Habían prometido también los venecianos enviarle, sin la persona del duque de Urbino, cuatrocientos caballos ligeros y cuatro mil infantes de la gente que tenían en tierra de Roma, y en suplemento de la otra con que estaban obligados á ayudar á la guerra del reino de Nápoles, se habían concertado pagarle cada mes veintitrés mil ducados; y afirmaban que, con la armada trazada para empresa de Sicilia, tendrían en la mar treinta y seis galeras más. Con todo eso, viéndose manifiestamente que estaban cansados, procedían muy lentamente en los gastos, como asimismo lo estaba el rey de Francia, porque venían avisos á Lautrec en aquel tiempo de que la asignación que le había hecho el Rey, cuando aquel salió de Francia, de ciento treinta mil escudos al mes para los gastos de la guerra (de los cuales le faltaban todavía por cobrar cerca de doscientos mil) se había reducido á razón de sesenta mil escudos al mes y sólo por los tres venideros, por lo cual estaba con gran desesperación, quejándose de que el Rey no se conmoviese ni de la razón, ni de la fe, ni de la memoria y ejemplos de sus propios daños, porque decía que el haber el Rey vuelto el dinero y las fuerzas que le habían de servir para la defensa del ducado de Milán á la empresa de Fuenterrabía, había sido causa de hacerle perder aquel Estado.

Sucedió la empresa de Aquila felizmente porque, al arrimarse Pedro Navarro, á quien Lautrec había enviado hasta Fermo, el príncipe de Melfi se fué, y entró en nombre del rey de Francia el obispo de la ciudad, hijo del conde de Montorio.

Ocupó por acuerdo la infantería tudesca de los venecianos á Civitella, lugar pequeño pero fuerte, situado á siete millas de la otra parte del Tronto, habiendo llegado antes que doscientos infantes españoles que caminaban para entrar dentro. Siguió el ejemplo de

Aquila todo el Abruzzo é hiciera lo mismo en breve tiempo todo el reino de Nápoles si el ejército imperial no hubiera salido de Roma, el cual, después de muchas dificultades y alborotos, nacidos de pedir los soldados las pagas del tiempo que había corrido después de la libertad del Papa, salió de Roma el 17 de Febrero, día de gran alivio para las miserias tan prolijas del pueblo romano, si después de su partida no hubieran entrado en la ciudad el abad de Farfa y otros Orsini con los villanos de sus lugares, los cuales hicieron allí por muchos días gravísimos daños.

Dejó el ejército despojada á Roma, no sólo de una gran parte de sus habitantes con tantas casas asoladas y destruídas, sino también de estatuas y columnas de piedras singulares y de muchos adornos de la antigüedad, y, con todo eso, no queriendo partir los tudescos sin el dinero de dos pagas, porque los españoles convinieron en salir con una, estuvo necesitado el Papa, que deseaba que Roma quedase desocupada, á pagarles veinte mil ducados, lo cual hizo debajo de color de librar los dos cardenales que estaban por rehenes, y después recibieron veinte mil del pueblo romano, dudándose si también éstos eran pagados por el Papa, pero debajo de este nombre, por dar menor causa de quejarse á Lautrec. Pero, con todo eso, se quejó gravemente de que su dinero hubiese sido causa de la partida de Roma del ejército, pues por ella se reducía la victoria manifiesta á los sucesos dudosos de la guerra.

Salieron de Roma, según es opinión, mil quinientos caballos, cuatro mil infantes españoles, dos ó tres mil italianos y cinco mil tudescos; que tantos de éstos había consumido la peste. La partida del ejército de Roma obligó á Lautrec (el cual, si no fuera por esto, hubiera ido por el camino derecho hacia Nápoles) á tomar el camino más largode la Pulla, por cerca de la marina, por

la dificultad de llevar la artillería por la montaña, si hubiera habido en aquellos lugares oposición de enemigos y mucho más para hacer provisión de vituallas, para que no le faltasen si estuviese necesitado á detener el curso de la victoria en las murallas de Nápoles.

Por esta causa vino á Civita de Chieti (cabeza del Abruzzo Ulterior), donde se le habían entregado Sermona y otros muchos lugares del país, y con tan gran inclinación (ó por ser muy aficionados al nombre de los franceses ó por odio al de los españoles), que casi todos los lugares se anticipaban á rendirse, veinticinco ó treinta millas antes que llegase el ejército.

Caminaba, con todo eso, más lentamente de lo que hubiera podido para adelantarse con mayor firmeza y seguridad. Y se creía que para asegurarse de cobrar por todo Marzo la renta de la aduana de la Pulla, que valía ochenta mil ducados y consistía en cinco lugares, había enviado á aquella provincia á Pedro Navarro con sus infantes, por cuya separación, estando obligado Lautrec á sufrirla, no había en el ejército mucho orden. Pero habiendo partido el marqués del Vasto, y al saber que una parte del ejército enemigo, con el cual se había juntado el príncipe de Melfi con mil infantes tudescos, de los que había traído de España el virrey don Carlos, y con dos mil infantes italianos, que habían salido de Aquila, había venido á Nocera á cuarenta millas de Términi, hacia la marina y otra parte á Campo Basso á treinta millas de Términi en el mismo camino de Nápoles, enviando adelante á Pedro Navarro con sus infantes, fué el último día de Febrero á la Serra, á diez y ocho millas de Términi, de donde el 4 de Marzo llegó á San Severo.

Pero Pedro Navarro, caminando adelante entró un día en Nocera y al otro en Fogia, entrando por una puerta cuando los españoles (que se habían retirado á

Troia, Barletta y Manfredonia) querían entrar por la otra. Esta conquista ayudó mucho para las vituallas del ejército.

Estaban con Lautrec cuatrocientas lanzas y dos mil infantes, no de gente muy escogida, pero habíanse de juntar con él, el marqués de Saluzzo que caminaba delante de todos, la gente de los venecianos y las bandas negras de los florentinos, muy deseadas de Lautrec porque, teniendo fama de ser infantería tan experimentada y atrevida en los asaltos como cualquiera otra de la que se hallaba entonces en Italia, venía á ser gran ayuda para su ejército, en el cual había gente firme y constante para pelear. Pero entendiendo, por relación de Pedro Navarro (á quien había enviado para reconocer el sitio), que en Troia y en sus contornos había cinco mil alemanes, cinco mil españoles y tres mil quinientos italianos, y no pudiendo detenerse en la campaña por los grandes fríos, fué Lautrec el ocho de Marzo á Nocera con toda la infantería y caballería ligera, y el marqués de Saluzzo, que había llegado de nuevo, entró en Foggia con la gente de armas y mil infantes, afirmando que quería dar la batalla, si se le presentaba la ocasión, por muchas causas, y porque, habiéndole disminuído el Rey las consignaciones, no podía sustentar mucho tiempo los gastos de la guerra.

En San Severo dejó los embajadores y la gente que no era á propósito para la guerra, con poca guarda. Así le parecía que estaba seguro, no obligado á dar la batalla sino con ventaja y sin falta de vituallas, aunque sí de harina.

Salió después el 12 de Marzo á campaña á tres millas, de la otra parte de Nocera y Barletta, distantes entre sí doce millas, no distante más que ocho de Troia.

Los imperiales, que habían recogido casi toda la gente que estaba en Manfredonia y Barletta, y que tenían

en Troia copia de vituallas, aunque no estaban pagados los soldados, excepto los infantes tudescos, salieron á escaramuzar después. Al día siguiente se pusieron en campaña, sin artillería, en un alojamiento fuerte sobre los cerros de Troia. Lautrec dió el 14 vuelta á aquel cerro por la parte de arriba que mira al mediodía hacia la montaña, y volviendo el rostro á Troia, comenzó á subir, ganando la cumbre, con una gruesa escaramuza. Hizo un alojamiento que dominaba el de los enemigos, y les obligó á cañonazos á retirarse, parte á Troia y parte á su abrigo, ganando para sí el alojamiento, de manera que Troia y el ejército imperial quedaron entre el ejército francés y San Severo, lo cual dificultaba los socorros que podían tener de Nápoles, y también impedía en gran parte las vituallas que les podían conducir; si bien, por no llevar bagaje ni gente inútil, no consumían muchas.

Por otra parte impedían ellos las vituallas que iban de San Severo al ejército francés, y también tenían en peligro á San Severo, al cual podían acometer con una parte de su gente, sin que los franceses cayesen en ello. Estando alojados así los ejércitos, los franceses de la otra parte de Troia hacia la montaña y los imperiales de esta banda hacia Nócera, al abrigo del lugar, sobre una ladera muy fortificada, y encontrándose la mayor parte de los lugares comarcanos en manos de los franceses, se detuvieron así hasta el 19, tocando todas las noches alarma, y haciéndose cada día escaramuzas, en una de las cuales fué preso Marcio Colonna. E interrumpiendo muchas veces las vituallas que iban de San Severo y de Foggia al ejército francés (que por esto tuvo alguna estrechez) no se podían conducir sin gruesa escolta.

Consultándose en este tiempo entre los capitanes imperiales lo que se debía hacer, el marqués del Vasto

aconsejó que se diese la batalla, porque el ejército francés se aumentaba cada día y el suyo se disminuía; pero tuvo más autoridad el consejo de Alarcón, que mostraba que había más esperanza de la victoria en estar á la defensa, gastando tiempo, que en remitirse al arbitrio de la fortuna.

El 19 se retiraron los imperiales á Troia por recibir daño de la artillería enemiga. Reparado después su alojamiento contra la artillería, volvían á él cuando hacía buen tiempo y en el malo se volvían á Troia. Pero á 21 al amanecer se levantaron y fueron hacia la montaña de Arianer con no pequeña jornada, habiendo hallado los franceses en Troia muchas vituallas, contra lo que primero creían; de lo cual (por haber cerrado los pasos por donde las traían) se habían prometido vanamente la victoria.

Decíase que se habían levantado, ó por querer llevar á los franceses á lugar donde tuviesen falta de vituallas, ó por haber entendido que el día siguiente se esperaban en su ejército las bandas negras, las cuales, cuando venían adelantándose, habiendo sido alojadas de paso en Aquila, saquearon ruinmente aquella ciudad, sin haber sido injuriadas, ni provocadas, sino sólo por codicia de robar.

El 22 alojó Lautrec en la Lionessa, sobre el río Ofanto, llamado por los latinos Anfido, á seis millas de Ascoli, enviando á las bandas negras y á Pedro Navarro con su infantería y con dos cañones á rendir á Melfi, donde, habiendo hecho pequeña rotura los gascones, se presentaron á las murallas, y las bandas negras con mayor ímpetu hicieron lo mismo, contra la orden de los capitanes. Porfiando la una nación con la otra, batiéndoles los arcabuces por los costados, fueron rebatidos con muerte de muchos gascones y de cerca de sesenta de las bandas negras. La misma tarde recibieron

daño casi igual habiendo vuelto á dar otro asalto, pues había continuado la batería, pero á la noche vino al ejército más artillería enviada por Lautrec, con la cual, habiendo hecho dos baterías grandes, á la mañana siguiente los villanos que había dentro, que eran muchos, comenzaron á alborotarse de miedo, y los soldados que estaban dentro, que eran cerca de seiscientos, por temor al alboroto, desampararon la defensa, por lo cual, entrando dentro los del ejército, mataron á todos los villanos y la gente del lugar. Los soldados se retiraron al castillo con el Príncipe y poco después se rindieron á discreción, según dijeron los del ejército, aunque ellos pretendieron que se habían exceptuado las vidas.

Libróse el Príncipe con pocos de los suyos, los otros todos fueron muertos, saqueado el lugar y muertos en todo tres mil hombres.

Halláronse en él muchas vituallas con gran comodidad de los franceses que, por sus malas provisiones, tenían suma necesidad en la Pulla, aunque había allí grandísima abundancia.

El 24 partieron los españoles de Ariano é hicieron alto en la Tripalda, á veinte y cinco millas de Nápoles, sobre el camino derecho y á cuarenta millas de Ofanto, con los cuales se juntó el Virrey, el príncipe de Salerno y Fabricio Maramaus con tres mil infantes y doce piezas de artillería, y se decía que Alarcón salía de Nápoles con dos mil infantes para socorrer la aduana.

Deteníase, con todo eso, Lautrec en Ofanto para hacer primero gruesa provisión de vituallas, y toda su gente estaba alojada entre Ascoli y Melfi.

Después del suceso de Melfi se le habían entregado Barletta y Trani y todos los lugares circunvecinos, excepto Manfredonia, donde había mil infantes.

De allí envió á Pedro Navarro con cuatro mil infantes á asaltar la fortaleza de Venosa, guardada por dos-

cientos cincuenta españoles que la defendían gallardamente. Tomóla á discreción, y reteniendo presos á los capitanes, despidió los otros sin armas, habiendo dado tales órdenes que se cobraba por él la renta de la aduana de la Pulla, mas, por los embarazos de la guerra, no subía á la mitad de lo que se solía cobrar.

A este alojamiento llegó el proveedor Pisano con la gente de los venecianos, que fueron en todo cerca de dos mil infantes.

Atendía á asegurarse las vituallas, de que tuvo más facilidad después que, por el trabajo de la gente veneciana, tuvo á Ascoli en su poder,

En este tiempo, cobrando ánimo con la prosperidad de los sucesos, apretaba con palabras altivas al Pontífice para que se declarase por la liga, el cual, aunque primero los de Viterbo, por medio de Octaviano de los Espíritus, no habían querido recibir su gobernador, rindiéndose después por miedo, había pasado la corte á aquel lugar; y muerto en el mismo tiempo Vespasiano Colonna disponiendo en su última voluntad que Isabel, única hija suya, se casase con Hipólito de Médicis, ocupó el Papa todos los castillos que poseía en tierra de Roma, aunque pretendía Ascanio que, faltando la línea masculina de Próspero Colonna, le tocaban á él.

Habíase rendido en este tiempo Monopoli á los venecianos, por los cuales conquistaban, según los últimos conciertos hechos con el rey de Francia, todos aquellos puertos del reino de Nápoles que poseían antes de la rota que les dió el rey Luis en la Ghiaradadda.

Indujeron estas prosperidades de Francia al duque de Ferrara á enviar á su hijo á Francia para la perfección del matrimonio, lo cual había diferido cuidadosamente hasta entonces, rehusando también ser capitán de la liga.

No proveyendo el Emperador con gente de España á

tantos peligros del reino de Nápoles, porque de aquella parte solamente envió seiscientos infantes, no muy útiles, á Sicilia, había ordenado que de Alemania pasasen á Italia, para socorro de aquel reino, debajo del gobierno del duque de Brunswick, nueva infantería tudésca, la cual se prevenía con tanta mayor solicitud, cuanto se entendía que era mayor la necesidad del socorro por los progresos de Lautrec.

Para oponerse á su venida, porque no perturbasen la esperanza de la victoria se ordenó, con consentimiento común del rey de Francia, del rey de Inglaterra y de los venecianos, que pasase á Italia para seguir á los tudescos si fuesen al reino de Nápoles, y si no para hacer la guerra contra Milán con la gente de los venecianos y de Francisco Sforza, Francisco, monseñor de Saint-Pol, de la familia de Borbón, con cuatrocientas lanzas, quinientos caballos ligeros, cinco mil suizos y otros dos mil tudescos. Concurría al gasto de este ejército, que se reputaba por de sesenta mil ducados cada mes, el rey de Inglaterra con treinta mil ducados al mes; y los venecianos habían hecho un decreto con el Consejo de Pregadi, de levantar diez mil infantes, ayuda muy incierta y muy lenta, porque, según costumbre suya, no sucedía inmediatamente la ejecución de reunir los soldados á la determinación de hacerlo; después de reunidos tardaban en moverse; moviéndose quedaba la dificultad casi insuperable de pasar los ríos, y últimamente, el querer ponerse en peligro de salir á campaña é impedirles los pasos de los montes, cosa, por experiencia, difícil, porque tenían muchos modos y caminos para pasarlos. Además el duque de Ferrara aconsejaba no se intentara combatirles en campo abierto por ser gente animosa y fiera, sino que con grueso ejército fueran siguiéndoles, para impedirles las vituallas y el unirse á los que en Milán estaban.

En este tiempo en Milán había extrema y miserable sujeción, por la aspereza de Antonio de Leiva que, para proveer las pagas de los soldados, había llevado á sí todas las vituallas de la ciudad, y haciendo tiendas públicas de ellas y vendiéndolas en su nombre, sacaba el dinero para pagarles; estando obligados todos, por no morir de hambre, á pagarlas á los precios que le parecía y, no teniendo la gente pobre modo para hacer esto, perecían muchos por las calles. Mas no bastando tampoco este dinero para la infantería tudesca que estaba alojada en las casas, obligaban á los dueños de ellas cada día á nuevos tributos, teniendo en cadena á los que no pagaban, y porque, por librarse de estas crueldades y cargas insufribles, habían huído muchos y huían continuamente de la ciudad, no obstante la aspereza de las órdenes y la diligencia de las guardas, se procedía contra los ausentes confiscándoles los bienes, siendo en tanto número que, por excusar el enfado de escribir, las órdenes de confiscación se imprimían. Por esta causa quedaban los nobles mal vestidos y muy pobres, y los lugares de la ciudad que solían ser más frecuentados, llenos de ortigas y de abrojos.

Mas, con todo eso, á quien era autor de tantas crueldades y tormentos, le sucedían felizmente todas las cosas porque, habiendo el castellano de Mus sitiado á Lecco como soldado de la liga, con seiscientos infantes y quitado las naves, para que los españoles que estaban en Como no le pudiesen socorrer por la vía del lago, Antonio de Leiva, llamando los infantes de Novara, salió de Milán é hizo alto con los tudescos á quince millas de aquella ciudad, y tomando la fortaleza de Olgina, que está sobre la orilla del Adda y antes había sido tomada por el castellano de Mus, envió á Felipe Torniello con la infantería tudesca y española á socorrer á Lecco, que está situada sobre la otra orilla del lago;

por lo cual el castellano, con ayudas que hizo venir de los venecianos y del duque de Milán, y con artillería que le dieron los florentinos, había tomado todos los pasos, forficándolos, los cuales, por la aspereza de los lugares y de los montes son muy dificultosos. Pero ocupando los imperiales por la espalda el monte que domina á Lecco, después de intentar en vano pasar por otros lugares, forzaron, finalmente el lugar que guardaba la gente veneciana, la cual había puesto el castellano en los sitios más ásperos, ó por confiar menos en su valor ó por ponerla en menor peligro, por lo cual el castellano, embarcándose en las naves con su artillería y con los suyos, libró la gente, no estando sin sospecha de que los venecianos se habían defendido poco por agradar al duque de Milán, que no gustaba de que él tomase á Lecco. Poco después, por conseguir con la concordia lo que no había podido obtener con las armas, pasándose á la parte imperial, le dió Antonio de Leiva, por virtud del acuerdo, Lecco y otros lugares, alcanzando también de Jerónimo Morone que, por cartas, había sido autor de esta plática, la cesión de sus derechos.

Por este acuerdo tuvo Antonio de Leiva en la estrechez del hambre gran comodidad de vituallas y de dineros, porque el castellano, que aspirando á cosas más altas, tomó después el título de Marqués, pagó treinta mil ducados y envió á Milán tres mil sacos de trigo.

Caminaba entre tanto Lautrec hacia Nápoles y el 3 de Abril estaba en la fortaleza de Manarda, dejando en guarda de la Pulla cincuenta hombres de armas, doscientos caballos ligeros y mil quinientos ó dos mil infantes, toda gente veneciana, donde no estaba más que Manfredonia en poder del Emperador. Pero resuelto el ejército imperial á atender á la defensa de Nápoles y de Gaeta, desamparando todo el país circunvecino, después que, por quitar el bastimento á los enemigos, sa-

queó á Nola y llevó á Nápoles las vituallas que estaban en Capua, alojó sobre el monte de San Martino, de donde entró después en Nápoles con diez mil infantes entre tudescos y españoles, habiendo licenciado todos los italianos, excepto seiscientos que militaban debajo de Fabricio Maramaus, porque Sciarra Colonna con sus infantes había ido al Abruzzo.

Quedaron en Nápoles muy pocos vecinos, porque todos los que tenían ó hacienda ó calidad se habían retirado á Ischia, á Capri y á otras islas cercanas. Decíase que había trigo para poco más de dos meses, però poca cantidad de carne y de heno.

Rindiéronse á Lautrec, Capua, Nola, la Acerra, Aversa y todos los lugares del contorno. Detúvose el ejército cuatro días en la abadía de la Acerra, distante siete millas de Nápoles, habiendo caminado y caminando despacio para esperar las vituallas, que las impedían los malos caminos y las lluvias, por las cuales estaba la campaña llena de agua, siéndole necesario hacer provisión de gran cantidad de ellas, porque se decía que en su ejército, según la corruptela común de la milicia moderna, había más de veinte mil caballos y de ochenta mil hombres, y que los dos tercios de esta gente eran inútiles.

De allí envió á la empresa de la Calabria á Simón Romano, con ciento cincuenta caballos ligeros y ochocientos corsos, que se habían pasado del ejército imperial por no ser pagados.

Habiendo venido Felipe Doria con ocho galeras de Andrea Doria y dos naves á la playa de Nápoles, tomó una nave cargada de trigo, y obligó con la artillería á los imperiales á desalojar de la Magdalena. Aunque poco después tomase otras dos naves cargadas de trigo y fuese causa de muchas incomodidades á los enemigos, con todo eso, no bastaban sus galeras solas para

tener totalmente asediado el puerto de Nápoles. Por esta causa solicitaba Lautrec que las diez y seis galeras de los venecianos viniesen á juntarse con ellas, las cuales, después de haberse puesto en orden lentamente en Corfú, habían venido al puerto de Trani. Pero aunque ya se les habían rendido las ciudades de Trani y de Monópoli, anteponían sus comodidades propias á las ajenas, y, si bien dependía todo de la victoria de Nápoles, se detenían para tomar antes á Pulignano, Otranto y Brindis.

El 17 de Abril alojó Lautrec en Caviano, á cinco millas de Nápoles, y el mismo día los imperiales, que tenían muchos caballos ligeros, mostrándose mayor su solicitud y diligencia que la negligencia de los franceses, les quitaron gran copia de vituallas, de que tenían mucha falta.

Habían fortificado á San Telmo, puesto en la cumbre del monte de San Martino, para quitar á los franceses el medio de dominar á Nápoles y la comodidad de poderle ofender con la artillería, y porque, siendo dueños de aquel monte, impedían que se pudiesen arrimar los franceses á la mayor parte de la ciudad.

A los franceses dió alguna esperanza de discordia entre los enemigos el haber el marqués del Vasto, por causas particulares, herido al conde de Potenza y muértole á su hijo.

Vino el ejército francés el 21 á Casoria, á tres millas de Nápoles, sobre el camino de Aversa. En este día se escaramuzó debajo de las murallas de Nápoles y allí fué muerto Migliau, aquel que había contradicho ásperamente la libertad del Papa, de la cual había llevado él mismo la comisión del Emperador á los capitanes. El 22 alojó á milla y media de Nápoles, donde Lautrec prohibió las escaramuzas como inútiles. Ya se le había rendido Pozzuolo.

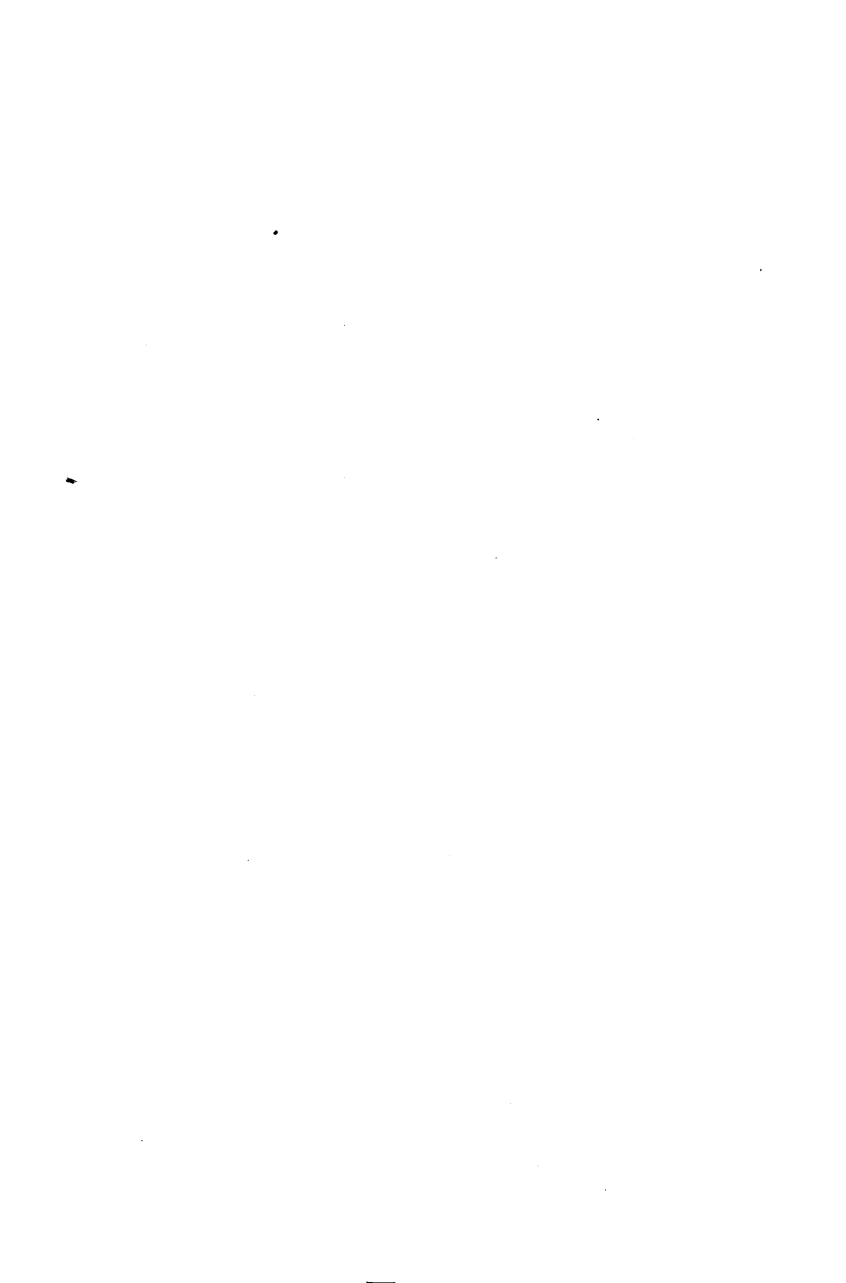
Finalmente, á penúltimo de Abril, llegando á la ciudad de Nápoles, alojó el ejército entre Poggio Reale (palacio muy insigne edificado por Alfonso II de Aragón cuando era duque de Calabria) y el monte de San Martino, extendiéndose la gente hasta media milla de Nápoles. Su persona alojó más adelante de Poggio Reale, en el caserío del duque de Montalto.

En este lugar se había fortificado, ensanchándose hacia el camino de Capua, alojamiento hecho en sitio muy fuerte y de donde se impedía á Nápoles la comodidad de los acueductos que van de Poggio Reale, cosa que le era de gran perjuicio.

De allí trazaba hacer después otro alojamiento más adelante, sobre el cerro que está debajo del monte de San Telmo para quitar más la comodidad á Nápoles y molestar de lugar más cercano la ciudad.

Para inteligencia más clara de estas cosas parece necesario describir el sitio de la ciudad de Nápoles y del país circunvecino (1).

(1) Esta descripción no está en el manuscrito de Guicciardini.



LIBRO XIX.

SUMARIO.

Estando el ejército francés debajo de Nápoles, y dudándose si debía batir ó no esta ciudad, se resolvió al fin sitiárla. Durante el sitio rompió la armada francesa á la imperial en el golfo de Salerno, quedando presos en esta rota muchos señores, y muerto el Virrey. Mientras duraba el asedio de Nápoles, con diversas dificultades recuperó Antonio de Leiva á Parma, y Andrea Doria, por diferentes causas, se fué del sueldo del rey de Francia, y se arrimó á la parte del Emperador. Mientras Antonio de Leiva intenta en vano la expugnación de Lodi, y el Papa se descubre enemigo de los florentinos y hace liga con el Emperador, fué roto el ejército francés que estaba debajo de las murallas de Nápoles. Andrea Doria toma á Génova, y el ejército de los coligados en Lombardía la ciudad de Pavía. Hecho el acuerdo entre el Emperador y el Papa en Barcelona, se siguió también la paz entre Carlos V y el rey Francisco, que se hizo en Cambray, y una vez ajustada, vino el Emperador á Italia, y se vió con el Papa en Bolonia, donde se comenzaron á descubrir los principios de la guerra del Papa contra los florentinos; y para que se pudiese ejecutar mejor y quedar la ciudad de Florencia sin algún socorro, hizo acuerdo el Emperador con los venecianos y con Francisco Sforza, duque de Milán, al cual restituyó el Estado.

CAPITULO PRIMERO.

Lautrec sitia á Nápoles.—Batalla naval.—Muerte de D. Hugo de Moncada.—Victoria de los franceses.—Carestia y peste en Nápoles.—Castello á Mare y otras poblaciones se rinden á Lautrec.—Dificultad del asedio.—Los franceses empiezan á replegarse.—El duque de Brunswick con su ejército en Italia.—Los imperiales sitian á Lodi.—Motín de los tudescos.—Propósitos del Papa respecto á las cosas de Florencia.

Alojado Lautrec con el ejército cerca de Nápoles, fué la primer consulta que se tuvo sobre si se debía entrar por fuerza en aquella ciudad con la furia de la artillería y con el valor de los soldados, como muchos lo aconsejaban, diciendo que para este efecto se aumentase el número de la infantería. Alegaban, entre muchas dificultades, por las cuales no se podía estar mucho tiempo alrededor de la ciudad, la que había en conducir las vituallas, porque teniendo los enemigos muchos caballos ligeros, y estando prontos en ejercitarlos, las impedían; que era incierta la esperanza de que Nápoles se hubiese de rendir por hambre, porque no siendo bastantes las galeras de Doria para tener cerrado el puerto, y no viniendo las galeras de los venecianos (aunque cada día las prometían) habían entrado de Gaeta á Nápoles (que tenía falta de moliendas) cuatro galeras cargadas de harina, y entraban cada día otros bajeles; que se veía que eran tibias las provisiones de los venecianos, los cuales, á cuenta de veintidós mil ducados que pagaban cada mes, debían ya sesenta mil; que se había dado escasamente el dinero de Francia y el ejército se llenaba de enfermedades, si bien no procedían tanto de la corrupción ordinaria del aire, que suele comenzar á

ofender al fin del verano, cuanto de los tiempos que habían sido de mucha agua, habiendo alojado muchos del ejército en la campaña.

Pero considerando Lautrec que, por el gran número y valor de los defensores, y por la fortificación del monte (el cual se podía socorrer) era cosa muy difícil expugnar la ciudad; y, por ventura, no queriendo gastar dinero con poca esperanza, por miedo de que le faltase después para sustentar el gasto ordinario, determinó atender al asedio y no á la expugnación, esperando que antes de mucho tiempo faltarían á los enemigos las vituallas y el dinero, y enderezó el ánimo y todas las provisiones al asedio, atento todo á impedir que entrasen en la ciudad vituallas por tierra, y á solicitar la venida de las galeras venecianas para privarlos de todo punto de las vituallas marítimas; pero, mudando consejo, permitió que se hiciesen escaramuzas, porque los soldados, estando ociosos, no perdiesen el ánimo, por lo cual había muchas, y con grande alabanza de las bandas negras, las cuales, siendo excelentes, por la disciplina de Juan de Médicis, en este modo de pelear, no habían mostrado hasta entonces lo que valían en campaña y en batalla ordenada y firme.

Llegaron en este tiempo al ejército ochenta hombres de armas del marqués de Mantua, y ciento del duque de Ferrara, el cual, aunque había sido recibido en gran protección del rey de Francia y de los venecianos, con todo eso, iba dilatando cuanto podía el hacerles mover, por regular sus deliberaciones con lo que se podía conjeturar del suceso futuro de la guerra.

Estando las cosas en este estado, concibieron los imperiales esperanza de romper á Felipe Doria, que estaba con las galeras en el golfo de Salerno, no haciendo tanto fundamento en el número ni en la bondad de sus bajeles cuanto en el valor de los soldados, porque lleva-

ron seis galeras, cuatro fustas y dos bergantines con mil arcabuceros españoles de los más valerosos y de mayor reputación del ejército, con los cuales se embarcaron el Virrey D. Hugo, y casi todos los capitanes y gente de autoridad. A esta armada, gobernada en las cosas marítimas por consejo del Gobbo, viejo y animoso capitán, añadieron muchas barcas de pescadores para espantar á los enemigos desde lejos con la vista de mayor número de bajeles, los cuales, partiendo todos de Posilipo tocaron en la isla de Capri, donde D. Hugo, con gran perjuicio de esta empresa, perdió mucho tiempo en oír á un ermitaño español que, predicándoles, encendía sus ánimos á pelear con el valor que se debía á la gloria alcanzada por aquella nación en tantas victorias. De allí, dejando á mano izquierda el cabo de la Minerva, y entrando en alta mar, enviaron delante dos galeras con orden de que, arrimándose á los enemigos, fingiesen después que huían para sacarlas á alta mar á pelear. Pero habiendo Felipe Doria entendido el día antes, por espías de confianza, el consejo de los enemigos, había pedido con gran celeridad á Lautrec que le enviase luego trescientos arcabuceros, los cuales, guiados por el capitán Crock, habían llegado antes que se descubriese la armada enemiga, y en descubriéndose de lejos, aunque Felipe había hecho con gran ánimo todas las provisiones para pelear, con todo eso, asustado por el grande número de bajeles que se descubrieron estuvo muy suspenso. Mas en breve espacio le libró de esta duda el ver, cuando se acercaban los enemigos, que no había más de seis bajeles de gavia, por lo cual, con ánimo fuerte y como capitán muy práctico en las guerras de mar, hizo alargar, con demostración de huida, tres galeras de las otras suyas para que, volviendo, acometiesen á los enemigos con el viento próspero por el costado y por la popa, y él

con cinco galeras fué á encontrar á los enemigos, los cuales debían disparar su artillería, para quitarles con el humo la puntería y la vista; pero Felipe pegó fuego á un grande basilisco de su galera que; hiriendo en la galera capitana, en que iba D. Hugo, mató del primer tiro cuarenta hombres, entre ellos al capitán de la galera y muchos oficiales, y disparando después más artillería, mató é hirió muchos.

Por otra parte, disparando la artillería de la galera de D. Hugo, mató en la de Felipe al capitán, hirió al patrón, y, arrimándose, hacían con los arcabuces y con las otras armas un áspero combate; pero los genoveses, experimentados en estas batallas, huían mejor el peligro peleando bajos entre las pavesadas.

Mientras peleaban en esta formala dos galeras, otras tres de los imperiales apretaban á dos galeras genovesas y estaban ya muy superiores; pero las tres galeras primeras genovesas que, fingiendo huir, se habían metido en alta mar, volvieron sobre los enemigos, é hiriendo por el costado á la galera capitana, una de ellas, llamada Neptuna, le arrancó el árbol y le hizo gran daño, y D. Hugo, herido allí en un brazo, y cubierto, mientras animaba á los suyos, de piedras y de fuegos echados de los árboles de las galeras enemigas, murió peleando.

La capitana de Felipe y la Mora tomaron la capitana de D. Hugo, y las otras dos con la artillería echaron á fondo la Gobba, donde murió Fieramosca.

Entre tanto las otras galeras de Felipe habían recuperado dos de las suyas que estaban oprimidas por las españolas y tomado sus fustas, y solas dos de españoles, visto que la victoria era de los enemigos, huyeron con trabajo y mal paradas.

En este tiempo el marqués del Vasto y Ascanio, casi anegada su galera, y ardiendo toda, rotos los remos y

mueritos casi todos los soldados y ellos heridos, fueron presos, librándolos de la muerte el resplandor de las armas doradas.

Ayudó mucho á Felipe en esta batalla el libertar los forzados, la mayor parte turcos y moros, que pelearon excelentemente.

D. Hugo fué muerto de dos arcabuzazos y echado al mar, y lo mismo se hizo con Fieramosca.

Quedaron presos el marqués del Vasto, Ascanio Colonna, el príncipe de Salerno, el de Santa Cruz, Camilo Colonna, el Gobbo, Serenón y otros muchos capitanes y caballeros. Murieron más de mil infantes, y de los franceses quedaron pocos que no fuesen ó muertos ó heridos.

Los presos fueron enviados por Felipe con tres galeras á Andrea Doria, y una de las dos galeras que se habían librado pasó poco después á los franceses, porque su patrón, que era un marqués, Doria Regnicola, fué acusado por los españoles de haber faltado á su deber en la batalla.

Escribió á Florencia el embajador florentino, estando conforme en las otras cosas, que el combate duró hasta dos horas después de anochecer; que los imperiales, además de las seis galeras, tenían once barcos menores llenos de soldados; que desde el principio fueron presas dos galeras francesas con muerte de casi todos los que en ellas iban; pero que la artillería, en la cual los franceses eran superiores, echó á fondo dos galeras; otras dos fueron presas, y muertos ó heridos la mayoría de la chusma y de los soldados, no quedando en una sin heridas más que tres; que las otras dos, donde iba Corradino con los tudescos, muy averiadas, huyeron á Nápoles.

Dió esta victoria gran esperanza del suceso de toda la empresa á los franceses, y quizá mayor de lo que hu-

biera sido menester, porque hizo que en parte anduviese más lento Lautrec en las provisiones; pero llenó á los infantes imperiales de mucho terror, temiendo la falta de las vituallas, pues quedaban de todo punto despojados del imperio del mar, y por tierra apretados por muchas partes, mayormente después de la pérdida de Pozzuolo, porque por aquel camino se traía á Nápoles gran copia de vituallas, y ya en aquella ciudad había mucha falta de harina y de carne, y poca cantidad de vino, por lo cual un día, después de la rota, echaron de la ciudad gran número de bocas inútiles, y dando orden en la distribución de las vituallas, procuraron que los infantes tudescos padeciesen menos que los otros soldados.

Aumentándose con estas cosas la esperanza de Lautrec, creció mucho más con un bergantín que se tomó el 7 de Mayo con cartas de los capitanes para el Emperador, por las cuales le significaban que habían perdido la flor del ejército, que no había en Nápoles grano para más de mes y medio, y que molían el trigo á fuerza de brazos; que comenzaban á hacer algún alboroto los tudescos; que no había dinero para pagarles, y que no tenían ya las cosas algún remedio si no venía presto provisión de dinero y de socorro por mar y por tierra.

Añadíase el haber comenzado en Nápoles la peste, que es muy contagiosa donde hay soldados tudescos, porque no se abstienen de tratar con los enfermos, ni de manejar sus cosas.

Por otra parte, tenía el ejército francés falta de agua, porque de Poggio Reale hasta el frente del ejército no hay más que cisternas, de las cuales se servía el campo. Aumentaban en él las enfermedades, y estando los enemigos muy superiores de caballería ligera, saliendo continuamente fuera, mayormente por el camino de Somma, no sólo conducían adentro gran copia de vino

y de carne, sino que muchas veces interrumpían las vi-
tuallas que venían al ejército francés.

Recordaban muchos á Lautrec que condujese caba-
llería ligera para poderla oponer á la de los enemigos, y
no sólo lo rehusaba hacer, sino permitía que la mayor
parte de la caballería francesa estuviese en Capua, en
Aversa y en Nola, lo cual aumentaba á los enemigos la
disposición de hacer los efectos dichos.

Otros aconsejaban que, habiéndose disminuído la in-
fantería del ejército por las enfermedades, condujese
para suplir esta falta, como también se había deseado
desde el principio para que estuviese más poderoso,
siete ú ocho mil infantes, y también rehusaba hacer
esto, habiendo ya comenzado á negarlo, alegando que
le faltaba dinero, aunque en aquel tiempo había cobra-
do la renta de la aduana del ganado de la Pulla, y cobra-
ba la renta de los lugares que había tomado, y los se-
ñores del reino que estaban con él mostrábanse pron-
tos para prestarle gran cantidad de dinero, por lo cual
no es trabajo sin premio considerar los desórdenes que
produce la obstinación de los que gobiernan cosas
grandes.

Lautrec, sin duda el primer capitán del reino de
Francia, experimentado por largo tiempo en las gue-
rras y de gran autoridad en el ejército, pero de natural
altivo é imperioso, mientras creyéndose á sí sólo despre-
cia los consejos de los otros, no quiere oír á ninguno, y
tiene por infamia que los hombres vean que no se go-
bierna siempre por su propio juicio, omitió las provi-
siones que, usadas por ventura, hubieran sido causa de
la victoria, y despreciadas, redujeron la empresa, co-
menzada con tan gran esperanza, á la última ruina.

Escaramuzábase cada día por los soldados de las
bandas negras que estaban alojados al frente del ejér-
cito, los cuales, llenos de ánimo, se arrimaron tanto á

los muros de Nápoles que les ofendían desde ellos con los arcabuces, y no teniendo, al retirarse, caballos á las espaldas, eran muertos por la caballería de los enemigos, por lo cual, conociéndose la desigualdad grande de escaramuzar debajo de las murallas de Nápoles sin caballería, comenzaron á excusar las escaramuzas tan frecuentes.

Rindióse á Lautrec, después de la victoria de mar, Castello á Mare de Stabia, pero no la fortaleza. Habíase asimismo rendido San Germán, y Gaeta continuaba por el César, estando allí el cardenal Colonna con nuevecientos infantes italianos y seiscientos infantes que habían venido de España; y aunque el cardenal Colonna pidió á Lautrec salvoconducto para ir á Roma, éste no se lo concedió. Habiendo recuperado la gente que estaba en Gaeta á Fondi y el país comarcano, envió Lautrec á aquella parte á D. Fernando Gaetano, hijo del duque de Traietto y al príncipe de Melfi (que nuevamente se había concertado con los franceses, por haber los capitanes imperiales tenido poca cuenta de librarle), quienes fácilmente lo volvieron á ganar.

Hacia en Calabria Simón Romano grandes progresos por la prontitud de los pueblos en reconocer el nombre francés.

Pero no bastaban estas cosas para alcanzar la victoria de la guerra, la cual dependía totalmente ó de la conquista ó de la defensa de Nápoles, por lo cual Lautrec, atento principalmente al asedio, y no desesperando tampoco de todo punto de poder tomar á Nápoles por fuerza, pues habían muerto tantos infantes españoles en la batalla de mar, solicitaba la venida de la armada francesa y veneciana para privar de todo punto á aquella ciudad de las vituallas marítimas; movió también el frente del ejército más adelante sobre un cerro más vecino á Nápoles y al monte de San Martino, donde hi-

cieron las bandas negras una trinchera (la cual, extendiéndose primero hasta la marina y teniendo al cabo de ella cerca del mar un bastión), cerrase el camino de Somma, y poder intentar, luego que llegaran las armadas, tomar por fuerza el monte de San Martino; haciendo primero otra trinchera entre la ciudad y el dicho monte para que no se pudiesen socorrer de una parte á la otra, y después, á un mismo tiempo acometer á Nápoles con la armada por la parte de mar y tierra, batiendo por el frente del alojamiento adentro, y por fuera acometerle con una parte del ejército y con la otra asaltar el monte, para que los enemigos, divididos por necesidad de socorrer á tantas partes, pudiesen ser vencidos más fácilmente por alguna de ellas; si bien, no desamparando el Poggio Reale, aunque se había alargado el frente del alojamiento, porque, recuperándole los enemigos, no les privasen de la comodidad del agua, pero estrechando por las espaldas el alojamiento.

A estos consejos bien considerados se oponían muchas dificultades, porque ni las trincheras, que eran más largas de una milla hasta el mar, se podían hacer con presteza, por la falta de gastadores y por las enfermedades de los soldados, ni venían las armadas, como hubiera sido necesario para el asedio y para la expugnación, porque Andrea Doria no se movía con las galeras que estaban en Génova; de la armada dispuesta en Marsella no se sabía cosa alguna, y la veneciana, más atenta á su propio interés que al beneficio común, y á los intereses menores y accesorios que á los principales, atendía á la empresa de Brindis y de Otranto.

De estas ciudades se había concertado Otranto, que se rendiría si dentro de diez y seis días no fuese socorrida, y Brindis, por acuerdo, había admitido á los venecianos; pero estaban todavía las fortalezas en nom-

bre del Emperador. La de la mar era tan fuerte que no se podía esperar el tomarla, y la grande de dentro de la ciudad, habiendo perdido los baluartes, parecía que no se podía sustentar más. Plantóse á 12 de Mayo la artillería sobre el cerro, la cual batía un torreón que ofendía mucho la campaña. Tirábase también muy á menudo al lugar, pero con poco fruto, y se escaramuzaba alguna vez en San Antonio.

El 16, la artillería que estaba plantada al principio del monte tiraba á unos torreones entre la puerta de San Jenaro y la de Capua, y estorbaba hacer un reparo comenzado por los de adentro.

En Nápoles vivía la mayor parte de la gente de trigo cocido y cada día se salían muchos; y aunque los tudescos padecían menos que los otros, hacían muchas protestas por falta de pan, y mucho más por el vino y carne, de que había mucha falta. Al fin, demás de usar de otros artificios con ellos, los entretenían mucho con cartas falsas de socorro.

Trabajábase el 19 en las nuevas trincheras, con las cuales, plantándose dos cañones sobre el reparo, al acabarlas, se hubieran derribado dos molinos junto á la Magdalena, guardados por dos banderas de tudescos, cosa que nunca se había intentado por tener socorro de Nápoles.

Hasta aquí procedieron felizmente las cosas de los franceses. Mas comenzaron á venir en la declinación por causas ocultas, porque Felipe Doria, por orden recibida secretamente (como se conoció después) de Andrea Doria, se había retirado con las galeras á los contornos de Pozzuolo, por donde entraba siempre en Nápoles (donde había quedado poca gente, fuera de los soldados) alguna cantidad de vituallas en barcas; y si bien la armada veneciana, habiendo ganado á Otranto, daba esperanza cada hora de venir á Nápoles, con todo

eso, lo difería, porque tenía esperanza de ganar presto el castillo grande de Brindis.

Crecían también cada día en el ejército las enfermedades porque, representándose primero en las facciones más de tres mil de las bandas negras, ahora entre heridos, enfermos y muertos, apenas llegaban á dos mil.

El 22 acometieron los españoles á los de afuera que estaban en guarda de las trincheras nuevas, donde se trabajaba con esperanza de acabarlas dentro de seis ú ocho días, y estando allí Horacio Baglione con pocos compañeros en lugar peligroso, murió peleando, muerte verdaderamente más digna de soldado particular que de capitán señalado. Entrando los imperiales, por este desorden, en esperanza de mayor suceso, salieron de nuevo á fuera muy gruesos, pero poniéndose en arma el ejército y haciéndose fuerte en las trincheras, se retiraron. Volvió de nuevo Felipe al golfo de Nápoles por mucha instancia que se le hizo; y el 24 aún no estaban acabadas las trincheras comenzadas para cerrar el camino por la parte de Somma.

Los españoles corrían y rompían cada día los caminos y metían dentro gran cantidad de carne, á lo cual hacían poco estorbo los caballos del ejército, porque salían muy raras veces, y comenzando á desear Lautrec más infantes, pero no cediendo al consejo de los otros, instaba para que le enviasen de Francia por mar seis mil de cualquier nación, porque, por la carestía y enfermedades, se iban muchos del ejército, y, en tantas dificultades, comenzaba él á ser solo el que esperaba la victoria, fundándose en el hambre de la ciudad.

Procedía en este tiempo en Calabria con prósperos sucesos Simón Romano con dos mil infantes entre corsos y del país, y aunque se le habían opuesto el príncipe de Bisignano y un hijo de Alarcón con mil quinientos infantes del país, con todo eso, le resistían con difi-

cultad, por lo cual se retiró á Tarento el hijo de Alarcón, dejando al príncipe en la campaña. Pero poco después ganó Simón Romano, por acuerdo, á Cosenza, y después, en la toma de un lugar vecino, prendió al príncipe de Stigliano y al marqués de Laino, su hijo, con otros dos hijos suyos.

En la Pulla, los que tenían á Manfredonia en nombre del Emperador corrían por todo el país sin hallar resistencia en la caballería ni en la infantería de los venecianos, que había ido á la conquista de aquellos lugares.

Tampoco estaban quietas de todo punto las cosas de Roma y su tierra porque, habiendo tomado Sciara Colonna á Paliano, no obstante que lo defendía en nombre del Papa la hija de Vespasiano, lo recuperó el abad de Farfa, prendiendo á Sciarra y á Próspero de Gavi, aunque Sciarra huyó por medio de Luis Gonzaga.

Mientras se trabajaba alrededor de Nápoles con estas dificultades y con estas esperanzas, entendiendo Antonio de Leiva que la ciudad de Pavía estaba mal guardada, en la cual estaba Pedro de Lunghena con cuatrocientos caballos y mil infantes de los venecianos, y Aníbal Pizzinardo, castellano de Cremona, con trescientos infantes, quien había ido á aquella ciudad por mantener á la devoción del Duque el país de la otra parte del Pó, una noche de repente por tres partes con escalas, sin ser sentido de los soldados, la tomó por asalto, quedando preso Pedro de Lunghena y un hijo de Janus Fregoso.

Fué después Antonio de Leiva á Biagrassa, y los de adentro se rindieron esperando pocos cañonazos, y queriendo ir después á Arona, se concertó con él Federico Buonromei, obligándose á seguir la parte del Emperador.

En este tiempo el duque de Brunswick, partiendo de Trento, pasó el 10 de Mayo el Adige con el ejército, en

el cual había diez mil infantes, seiscientos caballos bien armados, y entre ellos muchos gentiles hombres de la Chiusa, y había bajado al Veronés. Aunque por haberse entendido mucho antes su venida se trató que Saint Pol fuese á oponérsele, con todo eso, no usándose mayor diligencia en esta provincia que en las otras, habían llegado los tudescos á Italia antes que Saint Pol estuviese en orden para moverse, el cual fué obligado después á detenerse muchos días en Asti para recoger la gente; y por la dificultad de las vituallas, de que había gran falta en toda Italia, y especialmente en Lombardía, no se podía esperar en las cosas comunes mayor ni más pronto socorro que en el Senado veneciano, el cual, si bien había afirmado que saldría su ejército á campaña con doce mil infantes, con todo eso, entrando en Verona el duque de Urbino, no pensaba en más que en la defensa de los lugares más importantes de su Estado. Por tanto, habiendo bajado los tudescos al lago de Garda, ganaron á Peschiera por acuerdo, y lo mismo hicieron con Rivolta y Lunata, de manera que, dueños de casi todo el lago, cobraban en muchos lugares contribuciones de dinero, abrasando los que no tenían poder para rescatarse.

Persuadiales que fuesen hacia Génova Antonio Adorno, que había venido á aquel ejército; pero no teniendo dinero y sí muchas dificultades, y para verse con Antonio de Leiva (que había salido de Milán con este objeto) caminaban lentamente por el Bresciano, de donde fueron á buscar á Andrés de Burgos y al capitán Jorge, por cuyo medio se temía tuviese el duque de Ferrara alguna plática oculta con ellos, el cual, en tan gran movimiento de los otros, no hacía provisión alguna.

Enderezándose después los tudescos hacia el Adda para juntarse con Antonio de Leiva que, habiendo pasado el Adda el 9 de Junio con seis mil infantes y diez

y seis piezas, y alojando cerca de ellos á tres millas de Bérgamo (en cuya ciudad, y en Brescia, y en Verona, el duque de Urbino, al llegar á Brescia, había dividido su gente) les persuadió, por el gran deseo que tenía de recuperar á Lodi, que atendiesen primero á recuperar el Estado de Milán que á pasar á Nápoles, por lo cual, sitiaron el 20 aquella ciudad, y saliendo de ella el duque de Milán, y retirándose á Brescia dejó á Juan Pablo, su hermano natural, con tres mil infantes. Plantada la artillería por dos partes (la cual hizo gran efecto) arrimó Antonio de Leiva (por tocarle el primer asalto) la infantería española adonde había la mayor ruina. Pelearon tres horas muy ferozmente, pero no mostrándose menor la constancia y valor de los infantes italianos que estaban dentro, fueron rebatidos, y desconfiando de poderla tomar ya por asalto, redujeron toda la esperanza de vencerla por hambre, porque no habiendo cogido todavía la cosecha, había tal carestía en Lodi que, no distribuyéndose ya pan más que á los soldados, era necesario que los del lugar, ó muriesen de hambre, ó saliesen fuera con grande peligro; pero entre los tudes-
cos había entrado ya la peste, y habiendo también carestía en el ejército, se iban muchos, volviéndose á su patria por las tierras de los suizos y de los grisonos.

No hacía el duque de Brunswick, su capitán, mucha diligencia contra esto porque, habiendo concebido en Alemania (por los ejércitos de los infantes conducidos por Jorge Frundsberg) grandes esperanzas, le salían en Italia más difíciles de lo que había imaginado y, faltándole el dinero, le era casi imposible tener los infantes firmes en los contornos de Lodi, cuanto más llevarlos al reino de Nápoles. Ni Antonio de Leiva le daba dinero, antes le quitaba toda esperanza de él, quejándose siempre de la pobreza de los milaneses, porque después que perdió la esperanza de ganar á Lodi, no

pensaba ni atendía á otra cosa que á darles causas para que se fueran, temiendo se detuviesen en aquel Estado, y, con su detención, tener en el Ducado compañeros en el gobierno y en las presas.

Mientras ellos perdían tiempo, había atendido á hacer segar el trigo y la cebada por todo el Estado de Milán, y llevar la cosecha á aquella ciudad; finalmente, habiéndose de dar el 13 de Julio un nuevo asalto á Lodi, los tudescos se amotinaron y se fueron mil hacia Como, y los otros, quedando en gran desorden, apartaron la artillería de Lodi. Temiéndose por esto que volviesen á Alemania, fué el marqués del Vasto, con licencia de Andrea Doria por diez días, debajo de su palabra, á Milán, á persuadir al de Brunswick que no se volviesen á Alemania sus soldados; pero no pudiendo entretenerlos con las palabras, se fueron por el camino de Como, quedando cerca de dos mil de ellos con Antonio de Leiva, al cual se le había rendido en este tiempo Mortara, siendo cosa cierta que, si se hubieran detenido algunos días más, tomaran á Lodi por falta de vituallas.

Desearon muchos en esta empresa la prontitud del duque de Urbino, y que, cuando el ejército estaba alrededor de Lodi, se hubiera arrimado ó á Cremona ó á Pizzichittone, ó á lo menos traído allí alguna tropa de caballería ligera para molestarle; pero no acercándose nunca á ellos por más de tres millas, y contentándose con defender el estado de los venecianos, no pasó jamás el río Oglio.

No fué tampoco más breve el pasaje de Saint Pol, el cual, no obstante todos los designios y promesas hechas por el Rey de enviar por su propio interés gente contra los tudescos, no llegó al Piamonte sino cuando se iban, y en menor número de lo que habían publicado.

No dejaban por esto los coligados de hacer instancia de nuevo con el Papa para que se declarase por ellos, y

que, procediendo contra el Emperador con las armas espirituales, le privase del Imperio y del reino de Nápoles, pero se excusó con decir que, si se declaraba, no sería medianero á propósito para la paz, y que su declaración resucitaría mayor incendio entre los príncipes cristianos, sin utilidad para los coligados, por su pobreza y cortas fuerzas; que la privación del Emperador sublevaría á Alemania por recelos de que él quisiese aplicarse á sí la autoridad de elegir Emperador y eligiese al rey de Francia, y mostraba asimismo el peligro que amenazaba de los luteranos, los cuales se extendían continuamente; pero al fin, no pudiendo resistir más, ofreció estar dispuesto para entrar en la Liga si los venecianos le restituían á Ravena, y proponía esta condición como imposible, ofreciendo también obligarse á no molestar el Estado de Florencia; por lo cual llegaron á Venecia el 20 de Junio los embajadores del rey de Inglaterra á instar con aquel Senado que restituyese á Ravena, prometiendo por él la observancia de las promesas; mas no habiéndolo podido alcanzar, se fueron mal satisfechos.

Recuperó en este tiempo el Papa la ciudad de Rímini que, intentándolo antes en vano Juan de Sassatello, se rindió al fin, salvas las personas y las haciendas.

Comenzaban á no poderse ya disimular más sus profundos y ocultos pensamientos, disimulados primero con mucha maña porque, teniendo fijo en el ánimo el deseo de restituir á su familia en la grandeza de Florencia, había procurado (publicando eficazmente lo contrario), persuadir á los florentinos de que en nada pensaba menos ni deseaba otra cosa que aquella república solamente le reconociese como Papa, según el ejemplo de los otros Príncipes cristianos, y que, en las cosas particulares, no persiguiesen á los suyos ni quitasen las armas y ornamentos propios de su familia.

Habiendo enviado á Florencia, en viéndose libre, con estas comisiones á un prelado florentino por embajador, no queriéndosele oír, instó mucho, por medio del rey de Francia, para que le enviasen ellos un embajador, procurando, con quitarles las sospechas y con domesticarse con ellos, tenerlos más dispuestos para sus trazas. Pero intentadas en vano estas cosas, procuró persuadir á Lautrec que, siendo dependientes del Emperador los que gobernaban en Siena, era buen expediente para sus cosas volver á meter en aquella ciudad á Fabio Petrucci; y aunque esto le parecía bien, lo dejó de hacer Lautrec por la contradicción de los florentinos.

No sucediéndole bien su intento por este camino, hizo ocultamente que Pirro de Castel di Pedro, dando quejas contra los sieneses, ocupase con ochocientos infantes, por medio de algunos emigrados, á Chiusi, para trabajar por este medio el gobierno de Siena; pero habiendo dado á entender los florentinos al vizconde Turena, embajador del rey de Francia, que el Papa no atendía á otro fin sino á turbar las cosas de Florencia con la oportunidad de Siena, procuró el embajador con el Papa que se suspendiese el movimiento de Chiusi.

CAPITULO II.

El cardenal Campeggio va de Legado á Inglaterra.—Penuria grande en Nápoles.—El príncipe de Orange, virrey en Italia.—Hechos de armas junto á Nápoles.—Andrea Doria se separa del servicio de los franceses, y entra al del Emperador.—Grandes dificultades del ejército francés que sitia á Nápoles.—Lautrec enferma.—Desórdenes en el campo francés.—Muerte de Lautrec.—Pedro Navarro cae prisionero.—Derrota de los franceses.—El marqués de Saluzzo capitula con los imperiales.

Procedían en este tiempo las cosas del reino de Nápoles variamente porque había venido de Sicilia á Calabria el conde de Burella con mil infantes, juntándose con los otros; y por la otra parte había ganado á discreción Simón Romano con las minas la fortaleza de Cosenza (aunque el haber sido herido allí de un arcabuzazo en la espalda retardó en parte el curso de la victoria). Juntóse después con el duque de Somma, que con los infantes del país asediaba á Catanzaro, villa fuerte, pero con falta de vituallas, donde estaba el yerno de Alarcón con doscientos caballos y mil infantes.

Si ganaban este lugar, quedaban señores de todo el país hasta la Calabria superior, pero la necesidad les obligó á volverse contra la gente que se había juntado con el socorro venido de Sicilia, que ya había hecho algún progreso; y habiendo sido Simón desamparado de una parte de su infantería del país, estuvo necesitado á retirarse á la fortaleza de Cosenza. La otra infantería suya se deshizo, con muerte de algunos, y los corsos se iban retirando hacia el ejército, de manera que no sólo quedaba en peligro la Calabria, pero se te-

mía que los vencedores se enderezasen hacia Nápoles.

En contrario de esto tuvieron en el Abruzzo prosperidad las cosas de los franceses, porque habiéndose acercado á doce millas del Áquila el obispo de Colonna para sublevar el Abruzzo, fué roto y muerto por el abad de Farfa, perdiendo la vida cuatrocientos infantes, y quedando presos cerca de ochocientos.

Alrededor de Gaeta los españoles, por la llegada del príncipe de Melfi, se iban retirando, y los de Manfredonia, por el poco valor de la gente veneciana, hacían mucho daño.

Perseveraba en este tiempo el Papa en la determinación de no declararse por ninguno; mas teniendo diversas pláticas, era ya sospechoso al rey de Francia y no grato al Emperador, porque había señalado por Legado para el rey de Inglaterra al cardenal Campeggio, para tratar en aquella isla la causa cometida á él y al cardenal Eboracense; porque instando aquel Rey por la declaración de que no era válido el primer matrimonio, el Papa (que se había alargado mucho de palabra con sus ministros á causa de que, hallándose con poco crédito entre los otros, procuraba conservar su protección) hizo, con gran secreto, una Bula decretal, declaratoria que el matrimonio era inválido, y la dió al cardenal Campeggio, ordenándole que, mostrándola al Rey y al cardenal Eboracense, dijese tenía orden para publicarla, si el conocimiento de la causa no sucedía prósperamente en el juicio. Para que consintiesen con más facilidad que la causa se conociese jurídicamente y sufriesen con ánimo más quieto la dilación del juicio, encargó al cardenal Campeggio que lo alargase lo que pudiese, y no die-
ra la Bula si primero no tuviese nueva comisión suya; pero procuró persuadirle (como también es verosímil que entonces lo tenía en su pensamiento) que su intención era que al fin se hubiese de dar.

Del nombramiento del Legado y de delegación de la causa se quejaban mucho en Roma los embajadores del Emperador, pero con menõs autoridad, por el peligro en que tenían sus cosas en el reino de Nápoles.

Descubriáanse alrededor de Nápoles muchas dificultades por ambas partes, pero tales que, juntas todas las razones, se esperaba la victoria por los franceses, detenida por el valor y obstinación de los enemigos, porque en Nápoles se aumentaba cada día el hambre y mayormente la falta de carnes y vino, no entrando ya por mar cosa alguna, pues las galeras venecianas, en número de veintidós, habían llegado el 10 de Junio al golfo de Nápoles, después de haberlas esperado muchos días; porque si bien los caballos de adentro, saliendo continuamente, no hacia el ejército, sino á las partes adonde creían que podían hallar vituallas, traían casi siempre presas, mayormente de carne, con todo eso, aunque ayudaban mucho, no eran tantas que, privados de la comodidad del mar, pudiesen sustentarse muchos días affigiéndoles la gran peste, la falta de dinero, la dificultad de sustentar los infantes tudescos (engañados muchas veces con vanas esperanzas y promesas) de los cuales se iban algunos á la deshilada al ejército francés, aunque podía mucho para detenerlos la gracia y autoridad que tenía con ellos el príncipe de Orange que, por la muerte de Don Hugo, había quedado con la autoridad de Virrey. Este prendió al capitán Gatta, gascón, que era de los que habían quedado del duque de Borbón, con muchos de los suyos, y poco después, por sospechas vanas, hizo lo mismo con Fabricio Maramaus, aunque le libró presto.

Por otra parte, en el ejército francés se aumentaban continuamente las enfermedades, las cuales eran causa de que Lautrec, por no aguardar tanta dilación, no llegase á dar perfección á las últimas trincheras, habien-

do también dificultad en acabarlas por el impedimento de ciertas aguas que cortaron. Había también carestía en el ejército, procedida más de poco orden que de otra causa, y, con todo eso, esperaba Lautrec más en las necesidades que había en Nápoles, que temía las dificultades en que él se hallaba, y persuadiéndose de que se acabaría presto la expugnación, ó por esta causa ó por falta de dinero, no levantaban nuevos infantes, como se deseaba por todo el ejército, por lo mucho que se había disminuído con los muertos y enfermos, no sólo de la gente baja y de los soldados particulares, sino de las personas grandes y de autoridad; porque el 15 habían muerto el Nuncio del Papa y Luis Pisano, proveedor de los venecianos. Tenía también esperanza de hacer pasar al ejército toda la infantería tudesca que estaba en Nápoles ó por lo menos la mayor parte de ella, plática en que él y el marqués de Saluzzo habían mucho tiempo confiado vanamenté; y la esperanza que le habían dado de pasarse al ejército algunos caballos de los que estaban en Nápoles, le detenía en levantar caballería ligera, que era sumamente necesaria, pues de levantar sólo cuatrocientos le hubieran sido de gran provecho. Corrían por esto los caballos de dentro más libremente, si bien volviendo después á Nápoles con un grueso convoy de ganado, y encontrando las bandas negras, que eran el nervio del ejército, sin las cuales no hubiera podido estar alrededor de Nápoles, se lo quitaron, con muerte de sesenta caballos, no obstante que salieron los españoles (aunque tarde) para socorrerles.

Esperaba Lautrec que los enemigos estarían necesitados á irse presto de Nápoles, y por eso, queriendo privarles de la facultad de retirarse á Gaeta, ordenó que se guardase Capua y Castello á Mare de Vulturno. Para quitarles también la disposición de retirarse á

Calabria, demás de cortar unos pasos, volvió á hacer trabajar en la trinchera comenzada muchas veces, pero dejada por varios accidentes, tomándola de tan arriba que las aguas que la impedían quedasen más bajas, y trazaba también fortificar un caserío muy cercano á Nápoles y guardarlo con mil infantes que, para este fin, quería levantar; favoreciéndose asimismo de las galeras venecianas, que estaban surtas en la dirección de la trinchera, la cual servía también para hacer venir más fácilmente al ejército las vituallas de la marina y para cortar el camino á los enemigos, cuando volvían por aquella vía con las presas porque, por los grandes fosos y por las aguas cortadas de Poggio Reale, se iba del ejército al mar por grande y peligroso rodeo.

Procuraban los imperiales impedir á los que trabajaban en la trinchera, y saliendo un día contra ella muy gruesos, los gastadores, por orden de Pedro Navarro, que defendía aquella obra, huyeron; de manera que, siguiéndolos los imperiales descuidadamente, fueron llevados á una emboscada donde quedaron entre muertos y heridos más de ciento. Pero la trinchera no estaba todavía á la mitad de la obra, ó por falta de gastadores, ó por otra causa, porque la negligencia interrumpía muchas veces las órdenes buenas que se daban, y de continuar trabajando en ellas, es juicio de muchos que sin duda hubiera ganado Lautrec la victoria, por ser muy grande la estrechez de Nápoles.

Sucedió en los mismos días una ocasión de gran momento si hubieran sido tales los ejecutores como fueron los que la ordenaron. Entendió Lautrec que de los soldados de Nápoles habían salido fuera muchos en número para robar por el camino de Pie di Grotta, por lo cual envió para oprimirlos el 25 de Junio en la noche los infantes de las bandas negras, los caballos de los

florentinos, sesenta lanzas francesas y una tropa de suizos y tudescos hacia Belvedere y Pie di Grotta. Para encontrarles é impedirles la retirada ordenó que el capitán Buria, poniéndose con los infantes gascones en el monte eminente de la Grotta, bajase luego con gran ruido á fin de impedir que los enemigos pudiesen entrar en la Grotta.

Sucedió felizmente el principio de esta acción, porque, habiéndolos encontrado, la gente de Lautrec peleó con ellos y los puso en huída, matando y prendiendo más de trescientos hombres, y tomando cien caballos y mucho bagaje; derribaron del caballo en combate á D. Fernando Gonzaga, y le prendieron, aunque la furia de los tudescos le rescató, pero el capitán Buria, ó por negligencia, ó por miedo, no se presentó en el lugar destinado, pues si lo hubiera hecho, se cree que perecieran todos.

Había enviado también Lautrec á Gaeta seis galeras de los venecianos, y dos habían quedado á la boca del Garigliano para dar favor al príncipe de Melfi; y porque las galeras no podían prohibir que con las fragatas entrase en Nápoles algún refresco, puso en la mar unas barquillas pequeñas para impedirlo.

Ordenó también que el ganado se apartase quince millas de Nápoles por todas partes, porque con esto no les fuese fácil á los imperiales tomarlo.

Pero un nuevo accidente que se descubrió (del cual se habían visto antes algunos indicios) perturbó grandemente las cosas de los franceses; porque determinó Andrea Doria irse del sueldo del rey de Francia, estando obligado á servirle por todo el mes de Junio; determinación tomada muchos meses antes, por lo que se pudo conjeturar, de lo cual había procedido que, retirándose á Génova, no había querido ir con las galeras al reino de Nápoles, y que ofreciéndole el Rey que le

haría capitán de la armada que se disponía en Marsella, lo rehusase, alegando que ya por su edad no estaba hábil para sufrir estos trabajos.

El origen de esta determinación lo atribuía él después y algunos otros á varias causas; él se quejaba de que el Rey, después de haberlo servido con tanta fidelidad cinco años, hubiese hecho almirante, y dado el cuidado de la mar, á monseñor de Barbigos, pareciéndole casi justo que el Rey, después de haberlo rehusado él tanto, le replicase é hiciese instancia para que lo aceptase; así mismo de que no le pagaba los veinte mil ducados de los sueldos pasados, sin los cuales no podía sustentar sus galeras, y de que no había querido satisfacer á sus justos ruegos, restituyendo á los genoveses la superioridad antigua de Savona, sino que antes se había tratado en el Consejo de hacerle degollar como á hombre que usaba de su autoridad con soberbia. Otros alegaban que había sido el primer origen de su indignación las diferencias sucedidas entre Renzo de Ceri y él en la empresa de Cerdeña, en lo cual parecía que el Rey había oído más la relación de Renzo que sus justificaciones, y que se había enojado por la grande instancia que le hacía el Rey para que le entregase los presos, los cuales deseaba mucho como cosa tan importante, mayormente el marqués del Vasto y Ascanio Colonna, aunque con oferta de pagarle sus rescates. Alegáronse estas y otras razones, pero creyóse después que la más verdadera y principal había sido, no tanto el enojo de que los franceses no hubiesen tenido tanta cuenta con él como se juzgaba que merecía, ó alguna otra mala satisfacción, cuanto el pensamiento que ya tenía de la libertad de Génova, para introducir su grandeza debajo de nombre de la libertad de la patria, y que, no pudiendo conseguir este fin en otra forma, había deliberado no seguir más al servicio del Rey,

ni ayudarle con sus galeras á alcanzar la victoria del reino de Nápoles.

Creíase que, para interrumpir la conquista de Sicilia, había propuesto la empresa de Cerdeña. Por tanto, en-derezando el ánimo á estos pensamientos, trataba por medio del marqués del Vasto de pasarse al servicio del Emperador, no obstante la profesión de odio grande que había hecho muchos años, por la memoria del saco de Génova, contra la nación española, y la aspereza con que los había tratado cuando alguno de ellos venía á sus manos.

Pero procediendo en estas pláticas con cautela no sabía el rey de Francia todavía su designio, por lo cual no había andado solícito en procurar remedios á enfermedad tan importante, aunque había tenido alguna sospecha de ello por una galera que se tomó que llevaba á España un español (enviado debajo de color del rescate de unos presos) al cual se le halló una carta de creencia de Andrea Doria para el Emperador; si bien, por sus grandes quejas, se le permitió continuar su camino, sin ser examinado.

Finalmente, habiendo llegado Barbigos á Savona con catorce galeras, temiéndole Andrea Doria, se retiró á Génova con las suyas, y con los presos á Lerice.

Sabida por el Rey esta mudanza de Andrea Doria, y reconociendo el peligro cuando se había hecho irremediable, le envió á Pedro Francisco de Nocera para que procurase volverle á su servicio, por cuyo medio le ofreció satisfacer su deseo en las cosas de Savona, pagarle los veinte mil ducados del sueldo corrido y otros veinte mil por el rescate del príncipe de Orange, preso por él en otra ocasión y después libre en Madrid, cuando hizo la paz con el Emperador, y que, en caso que le quisiese dar los presos, le pagaría sus rescates antes

que saliesen de sus manos; pero que si no gustaba de entregarlos, no quería el Rey oprimirle á ello.

No dió oídos Doria á estas ofertas, justificando con las quejas el haberse ido del servicio del Rey, por lo cual Barbigos fué forzado á detenerse en Savona con grande daño de las cosas del reino de Nápoles; pero, pasando después más adelante, dejó para la guarda de Génova quinientos infantes á diez millas de aquella ciudad, porque dentro había gran peste, y por la misma causa desembarcó á treinta millas de Génova mil doscientos infantes que habían venido nuevamente, los cuales habían recibido la primera paga de los franceses, mas, por no haber pagado los venecianos la segunda, como estaban obligados, fué necesario que los proveyese Tribulcio, gobernador de Génova.

En estos movimientos de Doria, entendiendo el Papa lo que trataba con el Emperador, lo significó el 21 de Junio á Lautrec, pidiéndole su consentimiento para recibirle en su servicio, por quitárselo al Emperador; afirmándole que Felipe se iría de Nápoles con las galeras dentro de diez días. Por esto Lautrec restituyó á Felipe, para no exasperarle, el secretario Serenón, que había estado detenido, para sacar luz por él de muchas cosas secretas; pero, por sospecha que había concebido ya del Papa, interpretó en contrario su aviso.

Finalmente, Andrea Doria, aunque Barbigos había hablado con él al pasar adelante con la armada, que era de diez y nueve galeras, dos fustas y cuatro bergantines, en la que iba embarcado el príncipe de Navarra, no disimulando ya lo que intentaba hacer, envió una persona suya al Emperador en compañía del general de San Francisco, creado ya cardenal, que enviaba el Papa para establecer sus conciertos; los cuales fueron la libertad de Génova, debajo de la protección del Emperador, la sujeción de Savona á los genoveses, y que

le perdonase haber perseguido tanto el nombre español. Con esto entró en el servicio del Emperador con doce galeras, con sesenta mil ducados al año de sueldo y con otros partidos muy honrosos.

Por estas cosas partió Felipe el 4 de Julio de Nápoles con todas las galeras; cuya partida, procediendo él tan mal como lo había ya comenzado á hacer, no dañaba á los franceses sino sólo en la reputación; porque ya había muchos días que no sólo hacía mala guarda, sino que tal vez conducían vituallas á Nápoles sus bergantines, y, además de haber hablado con algunos de Nápoles, había llevado á Gaeta á los hijos de Antonio de Leiva y protegido mucho la entrada de vituallas en Nápoles. Si hubiera ser vido fielmente, como al principio, recibieran gran daño los sitiados.

Solicitaba, por esta razón, más vivamente Lautrec la venida de la armada francesa, la cual se había detenido, por orden del Papa, con gran imprudencia, á tomar á Civitavecchia.

Por la partida de Felipe con las galeras, la armada veneciana, que había tomado á su cuenta trabajar desde la marina hasta topar con la trinchera de Pedro Navarro, fué obligada á dejar esta obra por atender á la guarda de la mar, y para que estuviese bien cerrada, se había ordenado que algunas fragatas armadas corriesen de noche la costa; y también se usaba por tierra mayor diligencia, oponiéndose á los españoles, que diariamente hacían correrías, pero en topándolos, huían sin pelear, de manera que Nápoles estaba reducido al último extremo de necesidad, y los tudescos protestaban que se irían si no les socorrían presto con dinero y con vituallas, por lo cual Lautrec, ostentando mucho la esperanza de estas cosas, se persuadía, por la larga plática que había tenido con ellos, que se pasarían al ejército cualquier día.

A 15 de Julio volvieron las galeras venecianas, excepto las que estaban alrededor de Gaeta, á Calabria, para hacer provisión de bizcocho, y habiendo quedado por esto abierto el puerto, entraron en Nápoles muchas fragatas cargadas de todos bastimentos, excepto de vino, cosa muy á propósito, porque en Nápoles no había trigo para todo Julio.

Pero en el ejército, en el cual había también peste por el contagio de la gente que salía de Nápoles, se multiplicaban grandemente las enfermedades comunes. Valmont se estaba muriendo y Lautrec enfermo. Desordenándose las cosas por este accidente, los imperiales, que corrían sin embarazo por todos los caminos, quitaron las vituallas que venían al ejército, que sufría estrechez, y con todo eso, no se levantaba nueva caballería ligera; antes Valerio Orsino, capitán de los venecianos, se había ido del ejército con cien caballos ligeros, por no ser pagados, y la restante caballería parte se fué por la misma causa y parte estaba inútil.

Por las enfermedades, la gente de armas francesa se había reducido á las guarniciones de los lugares circunvecinos, y los gascones, esparcidos por el país, atendían á hacer la cosecha y sus ganancias. Teníase gran confianza en la infantería que se decía traía la armada, la cual, habiéndose detenido más de veinte días, después que partió de Liorna, llegó finalmente el 18 de Julio con muchos gentiles hombres y con dinero para el ejército; pero no traía sino solos trescientos infantes, porque los demás, parte se habían quedado en guarda de Génova y parte en la empresa de la fortaleza de Civitavecchia.

Habiendo Lautrec, á la venida de la armada, enviado gente á la marina para recibir el dinero, no pudieron llegar las galeras á tierra por estar gruesa la mar, por lo cual volvió allí al día siguiente el marqués de Sa-

luzzo con sus lanzas, con una gruesa tropa de gascones, suizos y tudescos, y con las bandas negras, pero al retirarse, se encontraron con los imperiales, que habían salido de Nápoles en gran número, los cuales cargaron de tal manera sobre los caballos franceses, que volvieron estos las espaldas, y al huir, dieron tal encuentro á sus mismos infantes que los desordenaron, y hallándose el conde Hugo de Pépoli (que después de la muerte de Horacio Baglione, le había sucedido en el gobierno de la gente de los florentinos) á pie con cuarenta arcabuceros delante de la batalla de las bandas negras un tiro de arcabuz, quedó preso de los caballos ligeros. Fué tal la furia de los imperiales, que de no detenerles la batalla de las bandas negras hubieran hecho gran estrago, porque pelearon excelentemente, en particular su caballería.

Quedaron muertos de los franceses más de ciento; y otros tantos presos, entre los cuales lo fueron algunos gentiles hombres que habían desembarcado de la armada. También fué preso Ciandale, sobrino de Saluzzo, pero el dinero se condujo libre.

Atribuyóse este desorden á los caballos franceses, que eran muy inferiores en valor á los de los enemigos, por lo cual perdían el ánimo los infantes del ejército, conociendo que no se podían fiar del socorro de los caballos.

Había hecho gran daño al ejército la enfermedad de Lautrec, el cual, aunque se esforzaba en sustentar con el valor del ánimo la enfermedad del cuerpo, con todo eso, no podía ver ni disponer todas las cosas, que continuamente declinaban porque, haciendo correrías fuera los imperiales, no sólo se proveían de todo lo que habían menester, excepto de vino, que no lo podían conducir, sino quitaban muchas veces las vituallas al ejército y tomaban el bagaje y los convoyes hasta llegar

sobre sus mismos reparos, y los caballos hasta el abre-
vadero, de manera que al ejército, disminuído con las
enfermedades, le empezaban á faltar las cosas neces-
arias; de asediador se había reducido á asediado, y hu-
biera llegado á peligro, si no se hiciera guarda en los
pasos, de que huyeran todos los infantes.

En contrario de esto, creciendo en Nápoles la como-
didad y esperanza, no se alborotaban ya los tudescos, y
los otros tenían por gloria el padecer.

Vencida al fin por estos peligros tan manifiestos la
pertinacia de Lautrec, habiendo despachado pocos días
antes á Francia para que le enviasen por mar seis mil
infantes, envió á Renzo de Ceri, que había venido en la
armada, hacia Áquila, para que condujese cuatro mil
infantes y seiscientos caballos, señalándole al tesorero
de Áquila y del Abruzzo para que los pagase, el cual
prometía conducirlos al ejército en pocos días, provi-
sión que, ejecutada antes, hubiera sido muy útil.

El 29 estaban rotos los caminos, de manera que aun
hasta Capua, la cual tenían á las espaldas, no iban se-
guros, y en el ejército estaban enfermos casi todos. Lau-
treac, aliviado de la primer calentura, había después re-
caído en mayor enfermedad que la primera; la gente de
armas estaba casi toda esparcida por las aldeas, ó por
hallarse enferma ó para refrescarse, debajo de aquella
excusa, y los infantes reducidos á corto número.

Habiendo declinado en Nápoles la peste y las otras
enfermedades, por las cuales se habían reducido á siete
mil infantes, se temía acometiesen al ejército, por lo
cual Lautrec detuvo los quinientos infantes de Renzo,
enviados después de la rota de Simón Romano, para
impedir que la gente enemiga de Calabria viniese ha-
cia Nápoles; envió á levantar mil en el país de aquel
contorno, y tomó á su servicio al duque de Nola con
doscientos caballos ligeros, y á Rinucio de Farnesio con

ciento, los que le ofrecían llevarlos presto; llamó doscientos stradiotas de los venecianos de la empresa de Tarento; volvió á llamar con graves penas á todos los hombres de armas que estuviesen libres de sus enfermedades; solicitaba cada día á Renzo, y daba prisa, aunque tarde, con gran vehemencia y eficacia á todas las provisiones.

A 2 de Agosto no había en el ejército francés cien caballos, y los imperiales corrían cada día hasta encima de las trincheras, y la noche antes habían escalado y saqueado á Somma, donde había una tropa de hombres de armas y de caballos ligeros; por tanto Lautrec, viéndose casi asediado, solicitaba á Saint Pol que le enviase gente por mar y á los florentinos que le volviesen dos mil infantes que habían ordenado que se enviaran á Saint Pol, lo cual consintieron prontamente.

Había muerto en el ejército Ciandale, dejado en libertad bajo su palabra; estaban enfermos Navarro, Valmont, Camilo Tribulcio, el Maestre de Campo nuevo y el viejo; Lautrec había recaído, enfermos todos los embajadores, los secretarios y gente de cuenta, excepto Saluzzo y el conde Guido, y no se hallaba en el ejército casi ninguna persona sana. Murieron los infantes de hambre, y habiéndose agotado casi todas las cisternas, había también falta de agua, y no podía hacer más el ejército que estar en su campo en buena guarda, esperando el socorro. Pero aumentándose también los desórdenes con la negligencia, rompieron después los españoles el agua de Poggio Reale, y aunque se restableció, no se usaba de ella sin grave peligro.

Esperaba Lautrec dentro de dos días al duque de Somma con mil quinientos infantes y con brevedad la caballería é infantería del abad de Farfa, al cual había enviado á llamar Lautrec, después que rompió al obispo Colonna. Volvieron en este tiempo las galeras de los

venecianos mal armadas y tan mal proveídas de vituallas, que era necesario, para ganar la comida, correr por las marinas cercanas, omitiendo el cuidado de guardar el puerto de Nápoles.

El 8, volviendo los españoles á Somma, la saquearon de nuevo y tomaron todos los caballos que tenía allí en guarnición el conde Guido. Acometieron después la escolta de las vituallas, con la cual iban doscientos tudescos que, encerrándose en dos casas, se rindieron vilmente, por lo cual faltaba de comer muchas veces en el ejército.

Aumentaba todas las incomodidades el largo circuito del alojamiento, que desde el principio se había juzgado por muy grande, lo cual causaba peligro y consumía los infantes por las muchas facciones que se hacían. Con todo eso, Lautrec, entreteniéndose con la esperanza del socorro, no quería oír á los que le decían que le recogiese y, aun no bien convalecido, corría por todo el campo para mantener las órdenes y las guardas, temiendo ser acometido.

Declinaban las cosas cada día, de manera que á los quince, por el mucho poder de los caballos imperiales, no había comunicación entre el ejército y las galeras; no podían los del ejército salir á los caminos, por no tener caballería; tocábase cada noche al arma dos ó tres veces, por lo cual la gente, consumida por tantos trabajos y descomodidades, no podía ir á hacer escolta á las vituallas cuando era menester.

Lo que agravó todos los desórdenes fué que la misma noche del 16, al amanecer, murió Lautrec, en cuya autoridad y valor reposaban todas las cosas, teniéndose por cierto que los grandes trabajos habían renovado su enfermedad.

Quedó el peso del gobierno en el marqués de Saluzzo, no á propósito para tan gran carga, y, multiplicándose

cada día los desórdenes, llegó Andrea Doria, como soldado del Emperador, con doce galeras, á Gaeta, y por ello la armada francesa disminuyó la guarda. El conde de Sarni tomó en aquellos días con mil infantes españoles á Sarni, echando de aquel lugar trescientos infantes que estaban alojados en él, y yendo después el 22 de Agosto, de noche, con más gente á Nola, la tomó. Valerio Orsino, que estaba en su guarda, se retiró á la fortaleza, diciendo que había sido engañado por los del país, y habiendo pedido al de Saluzzo socorro le envió dos mil infantes, los cuales, viniendo de noche, fueron acometidos y rotos por la gente de Nápoles.

El 22, el ejército, casi sin gente y sin gobierno, se sustentaba sólo con la esperanza de Renzo, que todavía estaba en el Águila, no deseándole ya por la esperanza de ganar á Nápoles ni de poder resistir en aquel alojamiento, sino sólo para poderse levantar seguramente. Había muerto Valmont, y el marqués de Saluzzo, los condes Guido y Hugo y Pedro Navarro estaban enfermos.

Maramaus, saliendo de Nápoles con cuatrocientos infantes, para privarles de todo punto de las vituallas, y hallando casi desamparada á Capua, entró en ella, por lo cual los franceses, desamparando á Pozzuolo, metieron la guarda que tenían en aquel lugar en Aversa, lugar muy importante para el ejército, pero perdidas Capua y Nola, quedaban cortadas casi todas las vituallas del ejército, de manera que, no pudiendo sustentarse más, se levantaron una noche, por último partido, para retirarse á Aversa; pero entendiendo los imperiales (que estaban atentos á este caso) su retirada, los rompieron en el camino, donde fué preso Pedro Navarro y otros muchos cabos y personas de calidad. El marqués de Saluzzo se retiró con una parte de su gente á

Aversa, donde habiéndolos seguido los imperiales, no pudiendo defenderse, envió fuera al conde Guido Rangone para hablar con el príncipe de Orange, y capituló por medio suyo con él que dejase á Aversa con la fortaleza, artillería y municiones, que quedasen él y los otros capitanes presos, excepto el conde Guido, á quien concedió libertad en premio de la concordia; que hiciese el Marqués todo lo posible para que los franceses y venecianos restituyesen todo el reino; que los soldados y los que por el acuerdo quedaban libres, dejasen las banderas, las armas, los caballos y la hacienda, pero concediendo á los de más calidad rocines, mulas y cuartagos, y que los infantes italianos no sirviesen durante seis meses contra el Emperador.

Así quedó toda la gente rota, y todos los capitanes muertos ó presos en la fuga, ó en virtud del acuerdo. Aversa fué saqueada por el ejército imperial, que se retiró después á Nápoles, pidiendo ocho pagas.

Renzo, que al día siguiente se había acercado á Capua con el príncipe de Melfi y el abad de Farfa, al saber el suceso, se fué al Abruzzo; pues sólo aquel país y algunos lugares de la Pulla y de Calabria estaban en nombre de los confederados.

Este fin tuvo la empresa del reino de Nápoles; desordenada por muchas causas y llevada al último precipicio por dos razones, principalmente la una por las enfermedades causadas en gran parte de haber cortado los conductos de Poggio Reale para quitar á Nápoles la disposición de las moliendas, porque esparcida el agua por el llano, corrompió el aire, no teniendo salida, por lo cual enfermaron los franceses, destemplados é impacientes por el calor; y añádiase la peste, cuyo contagio entró en el ejército por algunos que, estando tocados de ella, fueron enviados de Nápoles maliciosamente; la otra, porque habiendo traído Lautrec de Francia la

mayor parte de los cabos experimentados en la guerra, teniendo más esperanza de lo que era justo, y no acordándose que le había sido de poca honra haber escrito á su Rey cuando estaba en la defensa del Estado de Milán que impediría á los enemigos el pasar el río Adda, le había escrito en este asedio muchas veces que tomaría á Nápoles, y así por no hacer falso su juicio, estuvo obstinado en no levantarse, contra el parecer de los otros capitanes que, viendo el ejército lleno de enfermedades, le aconsejaban que se retirase á Capua ó á algún otro lugar seguro porque, teniendo en su mano casi todo el reino, no le habrían faltado vituallas ni dinero y hubiera consumido á los imperiales, á los cuales faltaba todo.

CAPITULO III.

Andrea Doria ocupa á Génova.—Saqueo de Pavia.—Los genoveses toman á Savona.—Los venecianos despiden ignominiosamente al conde Gaiazzo.—Hechos de armas en el reino de Nápoles.—Águila se entrega á los aliados.—El marqués del Vasto es rechazado en Monópoli.

No habían estado en este medio sin trabajo las cosas de Lombardia, porque, recogiendo Saint Pol la gente y las provisiones de las vituallas, tomó del otro lado del Pó algunos lugares y castillos que había ocupado antes Antonio de Leiva, quien el 3 de Agosto estaba en la Torreta atendiendo á conducir á Milán la mayor cantidad de vituallas que podía, porque en todo el Estado eran tan malas las cosechas, que se juzgaba que sólo

había sustento para la gente del país por ocho meses. Después se retiró á Marignano, no pudiendo tampoco detenerse mucho en aquel lugar por falta de dinero.

En este tiempo estaba todavía el duque de Urbino en Brescia y Saint Pol en el Castelnuovo de Tortona. Viniendo de allí á Plasencia, se vieron el 11 en Monticeli sobre el Pó, donde se concertó que los ejércitos se juntasen en el contorno de Lodi.

Pasó después Saint Pol el Pó junto á Cremona, habiéndose consentido secretamente en Plasencia que llevase barcas para hacer el puente, por lo cual Antonio de Leiva, que lo tenía también en Casciano y estaban á su devoción Caravagio y Trevi, quitó el puente y desamparó los lugares de la Guiaradadda, como también había desamparado antes á Novara; pero en Pavía había metido setecientos infantes y en Sant'Angelo quinientos.

Tenía Saint Pol cuatrocientas lanzas, quinientos caballos ligeros y mil quinientos infantes tudescos para la paga (pero en número, por su negligencia y fraudes de sus ministros, muchos menos; para los cuales y para los otros tudescos y suizos que esperaba habían concertado los venecianos pagar cada mes á Saint Pol doce mil ducados); trescientos suizos pagados en Ivrea por nuevecientos y tres mil infantes franceses. Los venecianos tenían trescientos hombres de armas, mil caballos ligeros y seis mil infantes escogidos. Leiva cuatro mil tudescos, mil españoles, tres mil italianos y trescientos caballos ligeros.

Pasó la gente de los coligados el Adda y el 22 de Agosto se juntaron, estando todavía firme Antonio de Leiva en el Marignano. De aquel alojamiento envió el duque de Milán á Sant'Angelo tres mil infantes y trescientos caballos ligeros, con seis cañones, debajo del gobierno de Juan de Naldo que, al poner el sitio, fué

muerto de un cañónazo, por lo cual fué el Duque en persona á aquel lugar y lo ganó.

Alojó el 25 de Agosto la gente de los coligados en San Zenón, sobre el río Lambro, á dos millas y media de Marignano. Pasando el 27 el Lambro, se arrimaron á Marignano y los españoles se retiraron á un reparo viejo que había en aquel lugar, y después de haber escaramuzado muchas horas salieron á lo ancho, creyéndose que querían pelear; y jugando la artillería de ambas partes por espacio de una hora, llegando ya la noche, se retiraron á Marignano y á Riozzo y, al tiempo de alojarse el ejército, los acometieron valientemente. Al día siguiente se retiró Antonio de Leiva con toda la gente á Milán, y los coligados á Landriano.

Consultóse después si se habían de intentar forzar á Milán, y mientras se platicaba sobre esto, fué el ejército con designio de entrar en Milán por sorpresa, lo cual se interrumpió por una lluvia grande que impidió, por el mal camino, ir á la puerta Vercelina, por donde se había de entrar, por lo cual, excluidos de este designio y habiendo referido la persona que enviaron á reconocer á Milán, que no podía salir bien aquella empresa, se determinó ir por el camino de Biagrasa (pues no se podía hacer otra cosa) á sitiar á Pavía, esperando tomarla, porque no había dentro más que doscientos infantes tudescos y ochocientos italianos, y, yendo hacia aquella parte, echaron algunos infantes de la otra banda del Tesino y tomaron á Vigevne.

El 9 de Septiembre llegó Saint Pol á San Alejo á tres millas de Pavía adonde, arrimándose ambos ejércitos, les llegó un aviso que los puso en mayor disputa. Porque, habiendo gran peste en Génova y desamparándola por esta causa casi todos los vecinos y casi todos los soldados, y habiéndose retirado por el mismo peligro el gobernador Teodoro al castillo, tomando

Andrea Doria esta ocasión, se arrió á la ciudad con algunas galeras, pero con poca esperanza de forzarla, por no tener más que quinientos infantes; pero, temiendo la armada francesa, que estaba en el puerto, que se le cerrase el camino para irse á Francia, sin tener ningún cuidado de Génova partió para ir hacia Savona, siendo la primer galera que llegó á aquel lugar la de Barbigos, por lo cual, habiendo en la ciudad pocos soldados (si bien Teodoro había vuelto á vivir en el palacio) y siendo el pueblo enemigo del nombre de Francia, por la injuria de la libertad que se dió á Savona, entró dentro de la ciudad Doria, hallando poca resistencia.

Fué causa de tan gran pérdida la negligencia y demasiada confianza del Rey, porque, no pensando que decaerían sus cosas tan presto en el reino de Nápoles, y persuadiéndose que, en cualquier caso, la retirada de la armada á Génova y la vecindad de Saint Pol bastarían para librarla, dejó de hacer en ella las provisiones necesarias.

Retirado Teodoro al castillo, pedía socorro á Saint Pol, dando esperanzas de recuperar el lugar si le enviaba luego tres mil infantes. Consultándose sobre esto entre los capitanes de los coligados, estaban los franceses dispuestos á ir luego con todo el ejército, y el duque de Urbino mostraba que, el disponer las barcas para hacer un puente sobre el Pó y el proveer las vituallas necesarias, era cosa más larga de lo que pedía la necesidad presente, por lo cual se resolvió, según su consejo, que Montigian fuese á Génova, de Alejandría, adonde había llegado con tres mil infantes tudescos y suizos que venían de Francia al ejército de Saint Pol, y que, en caso de no quererlos conducir, los condujese al ejército, en trueque de los cuales se enviasen otros tres mil infantes á Génova, y que, entre tanto, se aten-

diese á apretar á Pavía. Los venecianos tenían intención (aunque no se tomase) de socorrer á Génova con toda la gente, por quedar asegurados de las cosas por aquella parte.

Continuóse la expugnación de Pavía, para la cual se habían plantado el 14 sobre el Tesino por la parte de abajo del llano nueve cañones á un reparo que estaba arrimado á la Arzana, que en pocas horas arruinaron casi la mitad; del otro lado del Tesino tres cañones para batir, cuando se diese el asalto, un costado que correspondía á la Arzana sobre un cerro; y de esta parte del Tesino cinco cañones que batían otros dos reparos, y á la falda del cerro otros tres que tiraban á la muralla. Toda era artillería de los venecianos, sirviendo la de Saint Pol para quitar las defensas. Al día siguiente Aníbal Castellano, de Cremona, había llegado con una trinchera sobre el foso por la parte del reparo de la Arzana, que estaban ya derribados más de los dos tercios, de manera que los de adentro casi lo habían desamparado. En este día fué muerto de un cañonazo Malatesta de Sogliano, capitán de los venecianos.

Continuando en batir todo el día y la noche siguiente, se dispuso el ejército para dar el asalto, habiéndose derribado por todas partes mucha muralla; pero queriendo por la mañana sacar el agua de los fosos, hallaron un muro tan gallardo que gastaron en él todo el día y también el siguiente, de manera que el asalto se alargó hasta el 19.

Habiéndose quitado casi toda el agua, habíase tomado este día al amanecer el reparo que estaba allí cerca, y se comenzó á dar el asalto, dividiéndose en tres partes la gente para darle. Tocaba el primer acometimiento á Antonio del Castillo, con la gente veneciana, el segundo á Lorges con la de Saint Pol, y el último al castellano de Cremona, con la gente de Milán, que eran

mil doscientos infantes. El duque de Urbino se apeó, y con doscientos hombres de armas, acometió los reparos, que se defendieron valerosamente más de dos horas, estando á la defensa doscientos españoles que, aunque procedieron excelentemente, se defendían con dificultad por el poco número, mayormente porque la artillería, plantada de la otra parte del Tesino, derribaba todos sus reparos.

Fué herido en un muslo de un arcabuzazo en el asalto Pedro de Birago, que murió dentro de pocos días, pero no quiso que le levantasen del suelo porque los suyos no desamparasen el asalto; también fué herido de otro arcabuzazo Pedro Botticella, capitanes ambos del duque de Milán. Finalmente, á las diez de la mañana se entró dentro con poco daño y con gran alabanza del duque de Urbino. De los de adentro fueron muertos seiscientos ó ochocientos soldados, entre los cuales perdieron la vida casi todos los tudescos. Mas en comenzando á entrar el ejército se retiró al castillo Galeazzo de Birago con todos sus soldados y mucha gente del lugar. Saquearon toda la ciudad, pero fué de poco provecho por los dos sacos precedentes.

El castillo se aceptó á conciertos, porque era necesario batirle y en el ejército no había municiones. Los fosos eran tan anchos y hondos que no se podían llenar tan brevemente, y dentro se habían recogido quinientos hombres de guerra. Las condiciones fueron que los españoles con la artillería y municiones que pudiesen llevar á mano y con todos sus arneses, tuviesen permiso juntamente con los infantes tudescos, que habían quedado muy pocos, para irse á Milán, y los italianos á cualquier lugar, excepto Milán.

Tomada Pavía, aconsejó el duque de Urbino que no se pensase en forzar á Milán, porque era necesario un ejército bastante para dos baterías, sino que, para ha-

cer grande daño á aquella ciudad, se tomase á Biagrasa, San Jorge, Monza y Como, y se atendiese al socorro de Génova; porque si bien los tudescos y suizos habían respondido á Montigian que querían ir á Génova, con todo eso los tudescos, por no ser pagados, se fueron á Ivrea; de manera que no se había enviado socorro alguno al Castillejo, donde Andrea Doria minaba con gran solicitud.

Por tanto Saint Pol, que había quedado con cien lanzas y dos mil infantes, partió el 27 hacia Génova, pasando el Pó por puerto Stella, en la boca del Tesino, camino de Tortona; prometiendo que volvería atrás si entendiese que no había de tener efecto el socorro; y que el duque de Urbino, entretanto, le esperase en Pavía, al cual le habían quedado cuatro mil infantes de los venecianos y mil del duque de Milán.

En este tiempo Antonio de Leiva, que se había retirado á Milán, prohibió que ninguno pudiese hacer pan en casa ni tener harina, excepto los conductores de este tributo, los cuales pagaron durante nueve meses por cada moyo de harina tres ducados. Con este dinero pagó todo aquel tiempo los caballos é infantes españoles y tudescos, lo cual no sólo le defendió del peligro presente, sino lo sustentó todo el invierno futuro, habiendo alojado á los infantes italianos en Novara, en algunos lugares de la Lomellina y por las aldeas del territorio de Milán; sufriendo que robasen en estos lugares todo el invierno.

Llegó el 1.º de Octubre Saint Pol á Gavi, que está apartado de Génova veinticinco millas, dejando la artillería en Novi, y el día siguiente tomó la fortaleza del burgo de Fornari, y adelantándose más hacia Génova, donde habían entrado setecientos infantes corsos, se volvió al burgo de Fornari, no reuniéndose, por falta de dinero, cuatro mil infantes entre los suyos, los con-

ducidos por Montigian, y mil que habían enviado del ejército con Nicolás Doria, y éstos que le habían quedado se pasaban continuamente á Francia; por lo cual, desesperado de la empresa, envió á Montigian con trescientos infantes á Savona; pero no pudieron entrar en aquel lugar por tenerle sitiado los genoveses, teniéndole cerrado con las trincheras y tomados todos los pasos. Retiróse el 10 de Octubre á Alejandría y después á Senazzara, entre Alejandría y Pavía, para verse con el Duque de Urbino, pero quedando casi sin gente, donde consultándose sobre las cosas comunes, mostrando el Duque que entre los venecianos y el duque de Milán no habían quedado cuatro mil infantes, y que Antonio de Leiva tenía en Milán y fuera cuatro mil tudescos, seiscientos españoles y mil cuatrocientos italianos, se resolvió á retirarse á Pavía y á que Saint Pol se retirase á Alejandría, que le fué concedida por el duque de Milán.

Tratóse entre ellos de levantar nueva infantería, y después, si los tiempos lo permitiesen, hacer las empresas de Biagrasa, de Mortara y del castillo de Novara.

Sucedió que á 21 de Octubre, visto que Montigian no había podido entrar en Savona, concertó aquel lugar rendirse en caso de que, dentro de ciertos días, no fuese socorrido, por lo cual Saint Pol, deseoso de socorrerlo, pero teniendo en todo unos mil infantes, pidió tres mil al duque de Urbino y al duque de Milán, los cuales le enviaron sólo mil doscientos, de manera que, no asegurándose de poder socorrer aquel lugar con tan poco número de gente lo dejó perder. Al ganarle los genoveses llenaron luego aquel puerto de piedras para hacerle inútil.

En este tiempo, desesperado Teodoro Tribulcio del socorro, y no teniendo ya dinero, se rindió á concertos. Ganado el Castillejo fué arruinado por los genoveses

con furor popular, los cuales, con la autoridad de Andrea Doria, establecieron en aquella ciudad un gobierno nuevo, tratado primero debajo de nombre de libertad; la suma del cual fué que de un Consejo de cuatrocientos ciudadanos se creasen todos los magistrados y dignidades de su ciudad, y principalmente el Dux y el Supremo Magistrado por tiempo de dos años, quitando la prohibición á los gentiles hombres, que primero eran excluidos por las leyes, y siendo el fundamento más importante para conservar la libertad que se remediasen las divisiones de los ciudadanos, las cuales habían sido por espacio de mucho tiempo mayores y más perniciosas que en otra ciudad de Italia; no habiendo en ella sola una división, porque la parte de los güelfos era contraria á la de los gibelinos, la de los Adornos á la de los Fregosos, la de los gentiles hombres á los populares, y aun los populares entre sí mismos no tenían una sola voluntad; por cuyas divisiones se puede entender que aquella ciudad, tan á propósito por el sitio y por la noticia de las cosas de mar para el imperio marítimo, había estado oprimida y mucho tiempo en casi continua sujeción; por lo cual, para curar de raíz este mal, extinguiendo todos los nombres de las familias y casas de la ciudad, conservaron solamente el nombre de veintiocho de las más ilustres y exclarecidas, excepto la Adorna y la Fregosa, que de todo punto fueron excluidas. A los nombres y al número de estas familias agregaron todos los gentiles hombres y populares que quedaban sin nombre de casa, teniendo atención, para confundir más la memoria de los bandos, á agregar gentiles hombres en las familias populares, y de los populares en las de los gentiles hombres; de los amigos que habían quedado de los Adornos, en las casas que habían seguido el nombre Fregoso, y por el contrario, de los Fregosos en las que habían sido amigas

de los Adornos; ordenando también que entre ellos no hubiese distinción alguna para ser promovidos á las honras y á los cargos, ni antelación de los unos á los otros.

Con esta mezcla de los hombres y de los nombres esperaban conseguir que, dentro de pocos años, se extinguiese la memoria pestífera de los bandos, quedando en este medio entre ellos grande la autoridad de Andrea Doria; sin cuyo consentimiento, por la reputación de su persona, y por la autoridad de las galeras que tenía del Emperador (que en los tiempos que no iban á facciones residían en el puerto de Génova) y por otras calidades suyas, no se hubiera tomado ninguna deliberación de las más graves, siendo menos molesto su poder y grandeza, porque no se administraba por su orden el dinero, ni se mezclaba en la elección del Dux, ni de los magistrados, ni en las cosas particulares y menores; de manera que los ciudadanos, quietos y más atentos á la mercadería que á la ambición, mayormente acordándose de los trabajos y sujeciones pasadas, tenían razón de amar aquella forma de gobierno.

Pelearon después la armada francesa y la de Andrea Doria entre Mónaco y Niza, donde fué echada á fondo una galera de Doria.

Viéronse de nuevo (perdida Savona) el duque de Urbino y Saint Pol en Senare, entre Alejandría y Pavía, donde el Duque resolvió, con poca satisfacción de Francisco Sforza y de Saint Pol, ir de la otra parte del Adda, dejando al duque de Milán la guarda de Pavía, y aconsejando á Saint Pol que se detuviese aquel invierno en Alejandría.

No sólo se satisfacían poco de estas cosas los ministros, sino también el rey de Francia se quejaba mucho (no aceptando disculpa alguna de las que le daban los venecianos) de que no hubiesen dado socorro para el

Castillejo de Génova ni para la ciudad de Savona, la cual desmantelaban los genoveses.

Vinieron después á Saint Pol mil infantes tudescos, y contando con ellos otros mil que tenía Valdicerca en la Lomellina, se hallaba con cuatro mil.

Nació en este tiempo un alboroto en el marquesado de Saluzzo, porque después de la muerte del marqués Miguel Antonio, habiendo tomado el señorío Francisco, su hermano, que había entrado dentro, porque Gabriel, hermano segundo, en vida de su hermano mayor, había estado preso en la fortaleza de Ravel por orden de su madre, que fué tutora de sus hijos, debajo de título de que era casi mentecato, el castellano de Ravel le libró; por lo cual, puesta en prisión la madre, que le había tenido preso, fué recibido de los pueblos y conquistó todo el Estado de donde huyó su hermano. Mas poco después entró en Carmagnuola, y recogiendo gente, venció á Gabriel.

No hubo en este año más cosa de momento en Lombardía, sino que el conde de Gaiazzo corrió hasta Milán; porque los venecianos no daban los infantes prometidos á Saint Pol para la empresa de Serravalle, Gavi y otros lugares del genovesado. Con todo eso se intentó una facción importante, porque Montigian y Villacerca con dos mil infantes y cincuenta caballos partieron á las diez de la mañana de Vitade para prender á Andrea Doria en su palacio que, situado junto á la mar, está casi contiguo á los muros de Génova. No tuvo efecto este designio porque, cansada la infantería del largo camino, que era de veintidós millas, no llegó de noche, sino algunas horas después de amanecido, por lo cual, levantándose algún ruido, saltó Andrea Doria por las espaldas de su casa en una barca y huyó del peligro, y los franceses se volvieron libres, sin hacer otro efecto que saquear el palacio.

El conde de Gaiazzo, haciendo una emboscada entre Milán y Monza, rompió quinientos infantes tudescos y cien caballos ligeros que iban para hacer escolta á las vituallas; pero enviado después á Bérgamo, afligió de manera aquella ciudad con los robos, que el Senado veneciano (que le había hecho capitán general de su infantería) no pudiendo sufrir más tan gran insolencia y avaricia, le apartó ignominiosamente de su servicio.

En este tiempo tomaron los españoles el lugar de Vigevene, y Belgioioso, que había huído del poder de los franceses, fué enviado por Antonio de Leiva con dos mil infantes para ocupar á Pavía por sorpresa, donde había quinientos infantes del duque de Milán. Presentándose una noche á las murallas fué descubierto y obligado á retirarse, sin fruto.

Llegaron al genovesado dos mil infantes que el Emperador enviaba de España para defender á Génova ó para ir á Milán, según fuese menester, y Belgioioso fué á conducirlos.

Disponíase Saint Pol para impedir la venida de estos infantes, que mostraban ir por el camino de Casale ó de Plasencia; instaba que la gente veneciana se hiciese fuerte en Lodi, porque de Milán no les prestaran apoyo, y también procuraba persuadirles á hacer comunmente la empresa de Milán, animado de la carestía y de la desesperación de aquel pueblo; si bien el duque de Urbino lo disuadía.

Pero los venecianos procedían tibiamente en las facciones gallardas, y en este tiempo mucho más, porque por las relaciones de Andrés Navajero, que había vuelto de ser su embajador en España, hechas en favor del Emperador, y por alguna plática que se tenía en Roma con el embajador cesáreo había varios pareceres en su Senado; inclinándose muchos á concordarse con el Em-

perador, si bien al fin se resolvió continuar la Confederación con el rey de Francia.

En este tiempo, pasando Torniello el Tesino con dos mil infantes, tomó á Bisignana é iba hacia la Lomellina.

Yendo el abad de Farfa una noche con sus caballos á Crescentino, lugar del duque de Saboya, fué roto y preso; pero alcanzó libertad por medio del marqués de Monferrato.

El marqués de Mus rompió alguna gente de Antonio de Leiva y le tomó la artillería.

Temíase que el Papa se inclinase á la parte del Emperador, porque llegando á Nápoles el cardenal de Santa Cruz, hizo librar á tres cardenales que estaban allí por rehenes, y se decía que tenía comisión del Emperador para hacer restituir á Ostia y á Civitavecchia; por cuyo medio, habiéndolo pedido al Papa, restituyó Andrea Doria Puerto Hércules á los sieneses.

Descubriase cada día más el ánimo del Papa, atento á nuevas cosas, porque, por su medio (aunque secretamente) molestaba Braccio Baglione en las cosas de Perugia á Malatesta, aunque estaba á su servicio, y entendiendo que el duque de Ferrara había venido á Módena, intentó prenderle en el contorno de Ferrara con una emboscada de doscientos caballos que había hecho Pablo Luzzasco en Casa de los Copi, en el modenés; pero no habiendo partido el Duque, se descubrió el trato.

No estaba en este tiempo el reino de Nápoles, por la rota de los franceses, libre de las calamidades de la guerra, porque recogiendo Simón Romano gente de nuevo, había tomado á Navo, Oriolo y Amigdalara, villas situadas sobre la mar en el brazo del Apenino, y juntándose con él Federico Caraffa, enviado por el duque de Gravina con mil infantes y otros muchos del país, tenía ejército no despreciable. Mas después de la

victoria de los imperiales en el contorno de Nápoles, desamparado de la gente del duque de Gravina, saqueando á Barletta, donde entró por el castillo, se detuvo allí, estando al mismo tiempo por los venecianos Trani guardado por Camilo, y Monopoli por Juan Conrado, ambos de la familia de los Orsini.

Vinieron después á aquel lugar Renzo de Ceri y el príncipe de Melfi con mil infantes, los cuales, habiéndose reducido entre Nocera y Gualdo, y después yéndose, por orden del Papa, que no quería ofender el ánimo de los vencedores, se embarcaron en Simigaglia y fueron por mar á Barletta con intención de renovar la guerra en la Pulla, cosa determinada con voluntad común de los coligados, porque el ejército imperial estuviese obligado á detenerse en el reino de Nápoles hasta la primavera, tratándose de hacer para este tiempo nuevas provisiones para el bien común; por lo cual el rey de Francia envió á Renzo socorro de dinero, y deseando los venecianos lo mismo, también por retener, con las ayudas de los otros, los lugares ocupados en la Pulla, ofrecían darle doce galeras; pero instando el Rey que ellos las armasen y que el gasto entrase en los treinta mil ducados á que estaban obligados por la contribución que prometieron á Lautrec, no le escuchaban.

El rey de Inglaterra prometía que no faltaría en las provisiones ordinarias, y los florentinos se habían compuesto con pagar la tercera parte de la gente que había conducido Renzo.

No estaban prontos para extinguir este incendio los imperiales, ocupados en sacar dinero para satisfacer á los soldados de las pagas corridas; y, para hacer más fáciles estas cobranzas y asegurar el reino con los ejemplos de la severidad, hizo el príncipe de Orange degollar públicamente en la plaza del Mercado de Nápoles (donde había gran peste) á Federico Gaetano, hijo del

duque de Traietto y á Enrique Pandone, duque de Boviano, hijo de una hija de Fernando el Viejo, rey de Nápoles, y á otros cuatro napolitanos, usando también semejantes castigos en los otros lugares del reino.

Espantados con este ejemplo los ánimos de todos, procediendo contra los ausentes que habían seguido la causa francesa, y confiscándoles sus haciendas, las rescataban después por dinero, no omitiendo ninguna crueldad para cobrar la mayor cantidad que podían.

Todas estas cosas se trataban por Jerónimo Morone, al cual se le dió en premio de sus obras el ducado de Boviano.

Añadióse á estos movimientos, que en el Abruzzo, Juan Jacobo Franco, en nombre del rey de Francia, entró en la Matrice, que está cerca del Áquila; por lo cual estaba sublevado todo el país, y en Áquila se tenía gran sospecha, donde estaba enfermo Sciarra Colonna con seiscientos infantes.

Proveían también los venecianos las cosas de la Pulla, y enviando por mar algunos caballos ligeros para fortalecer á Barletta, parte de los bajeles que los conducían dieron al través en la playa de Barletta y de Trani, donde se ahogó su proveedor, que se había embarcado en uno de ellos. Los caballos, de que era cabo Juan Conrado Orsini, dieron en manos de los imperiales, y Juan Pablo de Ceri, que dió al través junto al Vasto, quedó prisionero del Marqués.

Entregóse al fin de este año Áquila á la liga por medio del obispo de aquella ciudad, del conde de Montorio y de otros emigrados, á lo cual dió causa el verse maltratada por los imperiales.

Síguese el año de 1529, en cuyo principio se comenzó á descubrir algún indicio en todas partes de paz, pareciendo que se quería tratar de ella por medio del Papa, porque sabiéndose que el cardenal de Santa

Cruz (así era el título del general español) iba á Roma con poder del Emperador para concluir la paz, el rey de Francia, que tenía sumo deseo de ella, despachó el poder á sus embajadores, y el rey de Inglaterra envió embajadores á Roma. Por la misma causa estas pláticas, añadidas al cansancio de los Príncipes, hacían que procediesen lentamente los coligados en las provisiones de la guerra.

En Lombardía era el mayor pensamiento si los españoles que habían venido á Génova tendrían disposición para pasar á Milán, de donde se habían ido casi todos los tudescos por falta de dinero. Había ido con cien caballos Belgioioso para conducirlos hasta Case, y de allí pasó disfrazado á Génova, de donde condujo la infantería á Savona para recoger quinientos infantes que de nuevo habían venido de España y desembarcado en Villafranca.

Temiendo en el reino de Nápoles los imperiales que la rebelión de Áquila y de la Matrice, y el rostro que habían hecho en la Pulla producirían cosas de mayor consideración, determinaron volver la gente que tenían á la conquista de aquellos lugares, por lo cual se determinó que el marqués del Vasto fuese con los españoles á la recuperación de los lugares de la Pulla, y que el Príncipe, con los infantes tudescos, fuese á recuperar á Áquila y la Matrice. Arrimándose éste á Áquila se salieron los que estaban dentro, y el de Orange compuso la ciudad y todo su territorio en diez mil ducados, tomando también el arca de plata que el rey Luis X de Francia había dedicado á San Bernardino. De allí envió gente á la Matrice, donde estaba por gobernador Camilo Pardo con cuatrocientos infantes, el cual había salido pocos días antes con promesas de volver; pero temiendo el suceso, porque no había allí vino y les habían quitado el agua, y porque existían

discordias entre el lugar y los infantes, ó por otras causas, no sólo no volvió, sino tampoco les dió todo el dinero que le habían enviado los florentinos para sustentar aquel lugar, por lo cual los infantes se salieron por las murallas, y el lugar se rindió.

Temíase, por estos sucesos tan prósperos, que pasase á Toscana el de Orange á instancia del Papa, el cual, libre de una enfermedad muy peligrosa, aunque breve, no desistía de tratar y de dar esperanzas á cada uno; porque á los franceses prometía asistir á la liga si se le restituía Ravena y Cervia, componiéndose también con honestas condiciones con los florentinos y con el duque de Ferrara, el cual, en la paga del dinero que primero había hecho á Lautrec, afirmó que le pagaba por su voluntad y no porque estuviese obligado á hacerlo; pues el Papa no había hecho la ratificación. Por otra parte, habiendo recuperado (aunque con gruesos sobornos) por la comisión que trajo el cardenal de Santa Cruz, las fortalezas de Ostia y de Civitavecchia, tenía pláticas más ocultas y confidentes con el Emperador, tratando juntos más de estas cosas particulares que de las universales de la paz, las cuales comenzaban á tener más secreto y fundado manejo.

En la Pulla era este el estado de las cosas. Barletta estaba por el rey de Francia, y se hallaban en aquel lugar Renzo de Ceri y con él el príncipe de Melfi, Federico Carraffa, Simón Romano, Camilo Pardo, Galeazzo Farnesio, Juan Conrado Orsino y el príncipe de Stigliano. Tenían los venecianos Trani, Pulignano y Monopoli, habiendo en estos lugares dos mil infantes y seiscientos Capelletti, de los cuales estaban doscientos en Monopoli. También tenían Puerto Biestri; pero el rey de Francia, después de haber enviado al principio poca cantidad de dinero para esta gente, no hacía provisión alguna ni había aceptado las doce galeras que le ofre-

cían los venecianos, de las cuales se rompieron tres en la playa de Bestrice y una fusta gruesa, que iban á proveer de vituallas á Traní y á Barletta, y en diferentes veces habían perdido cinco, pero recuperando la artillería y las otras jarcias.

Estaban también por los franceses el monte de Sant'Angelo, Nardoa en tierra de Otranto y Castro, donde estaba el conde de Dugento; y haciendo la guerra con la gente del reino y con la del país, se habían juntado en varios lugares muchos rebeldes del Emperador y muchos que seguían la guerra sólo para robar como soldados aventureros; por lo cual era más miserable de lo que se puede creer la calidad del país, sujeto todo á robos, á presas, á tributos y á incendios por cada una de las partes.

Pero más famosas que las de todos los otros eran las incursiones de Simón Romano, el cual, corriendo con sus caballos ligeros y con doscientos cincuenta infantes por todos los lugares circunvecinos, conducía muchas veces á Barletta ganado, trigo y otras cosas de todas suertes, y tal vez saliendo con mayor número de infantería, ya por su presa, ya por fuerza, saqueaba éste y aquél lugar, como sucedió en Canosa; pues entrando en aquel lugar de noche con escalas, lo desvalijó y llevó muchos de los caballos de cuarenta hombres de armas que estaban alojados en el castillo.

Finalmente, el marqués del Vasto, sin intentar atacar á Barletta, villa fortísima y bien fortificada, sitió á Monopoli por el mes de Marzo con cuatro mil infantes españoles y dos mil italianos, donde estaban Camilo Orsino y el proveedor Juan Vitturio, porque los tudescos, en número de dos mil quinientos, se detuvieron en el Abruzzo y rehusaron ir á la Pulla. Alojó en un vallecillo cubierto del monte, de manera que no podía ser ofendido por la artillería del lugar, al cual envió luego

Renzo en las galeras trescientos infantes. Tiene Monopoli (lugar de poco circuito) el mar por tres partes y por la parte de tierra es la muralla de trescientos ó trescientos cincuenta pasos, con foso alrededor.

Enfrente de la muralla un tiro de arcabuz hizo el Marqués un reparo, y otros dos sobre la orilla de la mar uno de cada parte, pero éstos, tan apartados, que batían el mar y la puerta de hacia la marina para impedir que las galeras metiesen en el lugar socorro ni vituallas.

Dió el 1.º de Abril el marqués del Vasto el asalto á Monopoli, donde perdió más de quinientos hombres y muchos gastadores, reventáronsele tres piezas de artillería, y se apartó milla y media porque la artillería del lugar le hacía mucho daño, por lo cual, saliendo fuera los venecianos, corrieron por todas sus fortificaciones, mataron más de cien hombres, y aseguraron el puerto con un reparo que hicieron hacia la marina, en frente del de los enemigos.

Arrióse de nuevo el del Vasto á Monopoli, donde hacía dos bastiones para batir adentro, y trincheras para llevar á los fosos y llenarlos con sesenta carros de fagina, pero saliendo poco después seiscientos infantes de Monopoli, quemaron el reparo. Arrimándose el Marqués con una trinchera enfrente de la batería, y haciendo otra directa desde los alojamientos de los españoles, apartada del foso un tiro de piedra, y fortificando detrás de ella un reparo, plantó en él la artillería y batió sesenta brazas de muralla por cuatro brazas del suelo, pero entendiendo que aquella noche había entrado en el lugar nueva gente, enviada por Renzo, retiró la artillería, y, finalmente, levantó el sitio á fin de Mayo.

Sucedieron, mientras estaba el ejército en Monopoli, y después de su retirada, varias facciones y movimientos porque los de Barletta hacían grandes presas y daños, y los infantes que estaban en el monte de Sant'An-

gelo, cuya cabeza era Federico Carraffa, tomaron á San Severo, y, socorriendo la villa de Vico, obligaron á los imperiales á levantar el sitio.

Fué después Carraffa por mar, con veintiséis velas á Lanciano, donde estaban alojados ciento sesenta hombres de armas, y, entrando por fuerza en el lugar, llevó trescientos caballos de facción y gran presa, sin dejar allí presidio alguno.

Hacían también muchos emigrados gran daño en la Basilicata. Por estas dificultades se impedía mucho á los imperiales el cobrar los impuestos, y no hay duda que si el rey de Francia envía dinero y algún socorro, sucedieran por todo el reino nuevos trabajos, por los cuales hubiera por lo menos estado el ejército del Emperador tratando de la defensa de sus cosas propias. Pero no podía hacer cosa de gran consideración gente junta de tropel y sin ningún socorro ni refresco; porque sólo los florentinos daban á Renzo alguna ayuda, antes el duque de Ferrara negó á Renzo enviarle por mar cuatro piezas de artillería.

Comenzaba ya en Barletta á faltar el trigo y el dinero. Cerca de seiscientos rebeldes de la provincia de Calabria, que estaban asediados por el Virrey en Monteleón, obligados á rendirse por no tener municiones ni vituallas, fueron llevados presos á Nápoles. Después el príncipe de Melfi con la armada, y Federico Carraffa por tierra, fueron á sitiar á Malfetta, villa que fué del Príncipe, donde peleando Federico fué muerto de una pedrada, por lo cual, enojado el Príncipe, forzó el lugar y le saqueó. Igual infortunio sucedió á Simón Romano porque, habiéndose arrimado la armada veneciana (la cual combatía todo el país desde el cabo de Otranto) á Brindis, y echado gente en tierra, ganaron el lugar, pero, combatiendo la fortaleza, fué muerto Simón de un cañonazo.

CAPITULO IV.

El duque de Urbino al servicio de los venecianos.—Decadencia de los coligados en Lombardia.—Malatesta Baglione entra al servicio del rey de Francia y de los florentinos.—Muerte del cardenal Eboracense.—Nicolás Capponi, acusado en Florencia, deja la suprema magistratura.—Francisco Carducci es elegido en su lugar.—El duque de Urbino y Saint Pol determinan acampar junto á Milán.—Antonio de Leiva derrota á Saint Pol, que cae prisionero con otros capitanes.

Mientras en el reino de Nápoles se trabajaba con varios sucesos, no estaban quietas las cosas de Lombardia, porque Saint Pol á fin de Marzo tomó por fuerza á Seravalle, y la fortaleza concertó estar neutral; pero habiendo vuelto á entrar en ella los enemigos aquella noche en secreto, se temía no poder impedir ya á los españoles el camino para Milán, mayormente que cada día se le disminuía la gente por falta de dinero, habiéndole dado el Rey muy poca cantidad, y de ella, como capitán de poco gobierno, gastaba una parte para sí y otra hurtaban los ministros.

Disputábase entre el Rey y los venecianos qué empresa se había de hacer; el Rey instaba por la de Génova, por la importancia de aquella ciudad; mayormente afirmándose ya por cierto que el Emperador pasaría á Italia el verano siguiente, y porque veía que los venecianos nunca le habían ayudado ni á socorrer ni á recuperar aquella ciudad (no obstante que se disculpaban alegando que había habido rumor de la venida á Italia de más tudescos), dudaba les causase disgusto la victoria de aquella empresa. Pero diciendo los venecianos que le había quedado á Antonio de Leiva muy poca

gente, y ofreciendo (en ganándose á Milán) enviar la suya á la expugnación de Génova, se determinó, con su consentimiento, hacer la empresa de Milán con diez y seis mil infantes, pagando cada uno la mitad.

Tratóse esta determinación por Marzo, estando ausente el duque de Urbino, el cual, por haberse arrimado á los confines del Reino el príncipe de Orange y los infantes tudescos, se había ido á su Estado, casi contra la voluntad de los venecianos. Pero éstos lo tomaron de nuevo á su servicio con las mismas condiciones que primero había alcanzado el conde de Piñigliano y Bartolomé de Albiano, enviándole trescientos caballos y tres mil infantes para su defensa, como estaban obligados, y dieron el título de gobernador á Janus Fregoso.

Había en el ejército de los venecianos seiscientos hombres de armas, mil caballos ligeros y tres mil infantes, aunque estaban obligados á tener doce mil. Este ejército tomó el 6 de Abril á Casciano por fuerza, y la fortaleza á discreción. Saliendo de Milán Antonio de Leiva y Torniello para distraer al enemigo, se volvieron sin haber hecho efecto alguno.

Ejecutóse el pasaje de la infantería española del genovesado á Milán, habiéndose tenido para impedirlo tantas pláticas y consultas, porque creyendo Saint Pol y los venecianos que intentarían pasar por el Tortonés y por el Alejandrino, partido de Voltaggio, tomaron, por orden de Belgioioso, el camino más largo por la montaña de Plasencia y por lugares súbditos de la Iglesia, y habiendo venido á Varzi, en la montaña dicha, no obstante que Saint Pol envió á aquella parte ciento cincuenta caballos y dió aviso de su camino á Lodi y á la gente de los venecianos, los cuales, para estorbar el pasaje, enviaron parte de su gente al duque de Milán, aunque un día más tarde de lo que era necesario y.

menos número del que habían prometido, pasaron de noche el Pó por Arena, sirviéndose de las barcas de Plasencia, sin que pudiese estorbarse ya que se juntaran con Leiva que, para facilitarlo, había venido á Landriano, á doce millas de Pavía, donde, uniéndose con él y yendo á Milán, estando tan necesitados de todas las cosas que justamente se les daba el nombre de pordio-seros, acrecentaron las calamidades de los milaneses, despojándoles hasta por las calles.

Así quedaron vanos los designios de los franceses y de los venecianos, que habían sido impedir el paso de estos infantes, tomar á Gaví y los lugares comarcanos por causa de Génova, y á Case, que hacía gran daño á todo el país. Tomó también Antonio de Leiva por conciertos á Binasco. Pero el haber dado á los españoles barcas de Plasencia, y el creerse que no se hubieran movido sin tener certeza de poderse retirar á aquella ciudad en caso necesario, añadido á otros muchos indicios, aumentaba á los coligados la sospecha (mayormente vista la restitución de las fortalezas) de que el Papa estuviese concertado ó próximo á concertarse con el Emperador.

Habiendo vuelto el Papa (si bien secretamente) todos sus pensamientos á recuperar el Estado de Florencia, aunque tenía varias pláticas con los embajadores franceses y les proponía diversas esperanzas á ellos y á los otros confederados de entrar en la liga, con todo, moviéndole en parte el miedo de la grandeza del Emperador y la prosperidad de sus sucesos, y en parte el esperar que induciría más fácilmente á él de lo que había inducido al rey de Francia á ayudarle á volver á meter los suyos en Florencia, tenía mayor inclinación al Emperador que al rey de Francia.

Deseaba también grandemente, para facilitar este designio, traer á su devoción el Estado de Perusa, por

lo cual se creía que fomentaba á Braccio Baglione, que cada día intentaba nuevos trabajos en aquellos confines.

Temiendo Malatesta, por estos recelos, que había de ser oprimido con su favor, mientras estaba en su servicio, le parecía necesario buscar otra protección. Así, pues, movido, ó por esta causa, ó por codicia de mayores partidos, ó por el odio antiguo, negaba volver á entrar á su sueldo, pretendiendo que no estaba obligado al año del beneplácito, porque decía que no se veía escritura (aunque el Papa afirmaba que estaba obligado). Quejábase también de pláticas que había tenido el cardenal de Cortona contra él, y de una carta que había tomado del cardenal de Médicis para Braccio Baglione; por lo cual trataba de entrar al servicio del rey de Francia y de los florentinos.

Pero queriendo el Papa interrumpir por vía indirecta esta determinación, prohibió por edictos públicos que ningún vasallo suyo tomase sin su licencia sueldo de otros Príncipes, so pena de confiscación de bienes. No dejó por esto Malatesta de realizar su propósito, al cual se obligaron á dar los franceses doscientos caballos, dos mil escudos de provisión, la orden de San Miguel y dos mil infantes en tiempo de guerra. Los florentinos le dieron título de gobernador, dos mil escudos de provisión y mil infantes en tiempo de guerra, cincuenta caballos á su hijo, cincuenta al hijo de Horacio, y quinientos escudos para el plato de ambos.

Tomaron además la protección de su Estado y de Perusa, y entre el rey de Francia y ellos le daban cien escudos al mes en tiempo de paz para entretener diez capitanes, pagándole también los florentinos doscientos infantes para guardar á Perusa, y él se obligó á irles á servir en sus necesidades con sólo mil infantes, aunque no tuviese la gente prometida de los franceses.

Quejóse mucho al rey de Francia el Papa por esta acción, como hecha derechamente para impedirle poder disponer á su albedrío de una ciudad súbdita de la Iglesia, y no queriendo el Rey ofender su ánimo, difería ratificar el convenio con Malatesta. Esperando, por esto, el Papa poder apartar de este trato á Malatesta, le persuadía que continuase el año del beneplácito, y al mismo tiempo fomentaba ocultamente á Braccio Baglione, á Sciarra Colonna y á los emigrados de Perusa, los cuales, recogiendo gente, habían sitiado á Norcia; cosas todas vanas porque Malatesta estaba determinado á no continuar en el servicio del Papa, y ayudándole descubiertamente los florentinos, no temía estos movimientos, los cuales cesaron presto, conociendo el Papa que no bastaban para conseguir su intención.

No dejaba tampoco el Papa estar quieto al duque de Ferrara, estando tan ajeno de los conciertos hechos en nombre del Colegio de los Cardenales con él, que, habiendo vacado de nuevo el obispado de Módena, por la muerte del cardenal Gonzaga (prometido al hijo del Duque en aquel concierto) le confirió en un hijo de Jerónimo Morone, buscando causa, por la negativa de la posesión, de provocarle contra aquel ministro de autoridad en el ejército imperial.

Tuvo también pláticas por medio de Uberto de Gambera, gobernador de Bolonia, con Jerónimo Pío para ocupar á Regio, al cual dió el Duque el justo castigo, por llegarle noticia de esta plática.

Trataba también de recuperar por sorpresa á Ravena; cosa que asimismo salió vana.

En este tiempo, inclinándose cada día más á las cosas del Emperador, y teniendo ya con él pláticas muy estrechas, le envió al obispo de Vasone, su mayor-domo.

Llevó á la Rota la causa del divorcio del rey de Ingla-

terra, cosa que hubiera hecho mucho antes si no le detuviera el respeto de la Bula que estaba en Inglaterra en manos del cardenal Campegio; porque habiéndose mejorado las cosas del Emperador en Italia, no queriendo ofenderle más, sino antes revocar las ofensas que le había hecho, y determinado asimismo, antes de haber enfermado, á llevar á sí la causa, envió á Francisco Campaña á Inglaterra al cardenal Campegio, mostrando al Rey que lo enviaba por otras razones pertenecientes á aquella causa, pero con orden al cardenal Campegio de que abrasase la Bula; quien, si bien difirió ejecutarlo por haber sobrevenido una enfermedad al Papa, sanando después, efectuó su orden; por lo cual el Papa, libre de este temor, avocó á sí la causa, con gran indignación de aquel Rey, mayormente cuando, pidiendo la Bula al cardenal, entendió lo que había sucedido.

Produjeron estas cosas la ruina del cardenal Eboracense, porque presuponía el Rey que la autoridad del cardenal era tal con el Papa que, si le agradara el matrimonio con Ana, hubiera alcanzado todo lo que quisiese. Por esta indignación abrió los ojos á la envidia y á las calumnias de sus contrarios, y quitándole el dinero y sus bienes muebles de gran valor, dejándole una pequeña parte de las rentas eclesiásticas, le desterró á su obispado con pocos criados; y no mucho después, ó por haber cogido sus cartas para el rey de Francia ó por otra causa, instigado por los mismos émulos que, por unas palabras que dijo el Rey, mostrando deseo de su persona, temían que recobrase la primer autoridad, le citó á defenderse de una acusación introducida contra él en el Consejo Real, por lo cual, siendo traído á la corte como preso, sobreviniéndole en el camino unas cámaras, murió el segundo día de su enfermedad, ó de enojo, ó de miedo. ¡Ejemplo en nuestros tiempos me-

morable de lo que puede la fortuna y la envidia en las cortes de los Príncipes!

Sucedió en este tiempo en Florencia una nueva alteración contra Nicolás Capponi, Alférez Mayor, con gran daño del gobierno, al fin del segundo año de su mando, concitada en primer lugar por la envidia de algunos ciudadanos principales, los cuales tomaron por ocasión la vana sospecha y la ignorancia de la multitud.

Había tenido Nicolás en todos sus actos dos fines principales, defender contra la envidia á los que fueron honrados por los Médicis, y que se comunicasen á los principales de ellos las honras y consejos públicos, como se hacía con los otros ciudadanos, y en las cosas que no eran de consideración para la libertad, y no exasperar el ánimo del Papa, cosas ambas muy útiles para la República, porque muchos de aquellos que, como enemigos del gobierno, eran perseguidos, estando seguros y acariciados, se hubieran juntado con los otros para conservarle, mayormente sabiendo que el Papa, por lo que había sucedido en los tiempos que semudó el Estado, tenía mala satisfacción de ellos; y si bien deseaba el Papa ardiente la vuelta de los suyos, no siendo provocado de nuevo, tenía menos causa para precipitarse y quejarse, como continuamente lo hacía con los otros Príncipes.

Oponíase á esto la ambición de algunos que, conociendo que si se admitían en el gobierno aquellos que habían sido amigos de los Médicis, hombres sin duda de mayor experiencia y valor, quedaría menor su autoridad, no atendían á más que á tener al pueblo lleno de sospechas del Papa y de ellos, calumniando al Alférez Mayor por estas causas; y porque no obtuviese la prórroga de la magistratura por el tercer año, decían que no tenía el ánimo tan ajeno de los Médicis cuanto pedía la utilidad de la República.

No conmoviéndose él por estas calumnias, y juzgando por muy provechoso no exasperar al Papa, le entretenía con cartas y con embajadas secretas; pláticas no comenzadas ni proseguidas sin sabiduría de algunos de los principales, y de aquellos que estaban en los primeros cargos, ni encaminadas á otro fin que á apartarle de alguna precipitación.

Pero habiendo caído por acaso una carta recibida de Roma, en la cual había algunas palabras que podían engendrar sospecha, en manos de los que no sabían el origen y fundamento de estas cosas, y llegada á las de los que pertenecían al Supremo Congreso, concitados algunos mozos sediciosos, ocuparon con las armas el palacio público, reteniendo como casi en prisión al Alférez Mayor, y llamando á los Magistrados y á muchos ciudadanos casi alborotadamente, determinaron que fuese privado del cargo.

Aprobólo el Consejo Mayor, y después se comenzó á conocer legítimamente su causa. Absuelto del juicio fué con gran honra acompañado hasta su casa por casi toda la nobleza; pero pusieron en su lugar á Francisco Carducci, indigno de tan gran dignidad, si se mira su vida pasada, sus calidades y malos fines.

Comenzaron á padecer de nuevo en este tiempo las cosas de Lombardía, habiendo pasado el 27 de Abril Saint Pol el Pó por Valenza; por cuyo paso desampararon los imperiales el burgo de Basignano y la Pieve del Cairo. De allí envió á Guido Rangone con parte del ejército á Mortara (que era fuerte por tener fosos, doblados traveses y agua), quienes habiendo plantado aquella noche la artillería sin provisión de cestones, ni de trincheras, ni de semejantes reparos, fueron al amanecer acometidos por los de dentro, causándoles mucho daño, y clavaron dos piezas de artillería, con peligro de tomarlas todas; no sin culpa de Guido, que no

se halló presente cuando las plantaban, si bien estaba algo indispuerto.

Había entonces en Milán mala provisión, pero no eran mejores las de los franceses ni las de los venecianos que, procurándolas y quejándose los unos de los otros, no hacían provisión alguna; por lo cual, entre las otras dificultades, nacía en los coligados alguna duda de que el duque de Milán, vista la poca esperanza que le quedaba de recuperar aquel Estado con sus fuerzas y con sus ayudas, hiciese por medio de Morone alguna concordia con los imperiales.

Los pensamientos del rey de Francia iban enderezados á la paz, desconfiando de poder recobrar de otro modo sus hijos, y estando también inclinado á ella el Emperador, habían vuelto de España dos personas de madama Margarita, enviadas por ella para este efecto con poder amplísimo para hacer la paz. Siendo certificado el Rey de esto, por un secretario suyo que, para esta causa, envió á Flandes, pidió á los coligados que también enviasen ellos sus poderes. Habiéndose apartado con el ánimo efectivamente de todas las provisiones de la guerra, buscando alguna satisfacción para sí, se quejaba de que los venecianos rehusaban entregar el dinero para su ida á Italia. Estos, aunque desde el principio le habían persuadido vivamente que, si pasaba el Emperador, pasase también él, y aunque había ofrecido hacerlo con dos mil cuatrocientas lanzas, mil caballos ligeros y veinte mil infantes, en caso que los confederados le diesen dinero para pagar estos mil caballos ligeros y veinte mil infantes, y concurriesen en la mitad del gasto de la artillería, con todo eso, después, no se sabe por qué motivo, nada se resolvió.

Saint Pol en este tiempo forzó con cuatro cañones á Sant'Angelo, donde había cuatrocientos infantes. Después se volvió á San Colombano para abrirse el cami-

no por donde venían las vituallas de Plasencia, el cual se concertó, y, entendiendo que en Milán había cuatro mil infantes, pero muchos enfermos, volvió su pensamiento á la expugnación de aquella ciudad.

Rindióse el 2 de Mayo á Saint Pol Mortara á discreción, batida de manera que no se podía defender más, y Torniello, dejando la ciudad de Novara, pero no el castillo, donde metió pocos infantes, se volvió á Milán; de manera que los imperiales no tenían de la otra parte del Tesino más que Gaia y el castillo de Biagrassa. Habiendo tomado también Saint Pol la fortaleza de Vigevene, fué después el 10 á Puente de Loca para juntarse con los venecianos en el burgo de San Martino.

Llegó después el duque de Urbino al ejército, y juntándose á hablar en Belgioioso, determinaron en el Consejo de todos sitiar á Milán por dos partes con dos ejércitos; que para esto, pasando Saint Pol el Tesino, volviese á Biagrassa para forzarla, y que el mismo día fuesen los venecianos al burgo de San Martino, que está á cinco millas de Milán; afirmando que los venecianos tenían doce mil infantes y Saint Pol ocho; con el cual se debían juntar los infantes del duque de Milán.

Por esta causa pasó Saint Pol el Tesino, y hallando á Biagrassa desamparada, ganó por acuerdo el castillo.

Estando alojado en Gazzano, á ocho millas de Milán, se hablaron de nuevo el 3 de Junio en Binasco, y certificándose en aquel lugar de que los venecianos no tenían la mitad de los doce mil infantes á que estaban obligados por los capítulos de la confederación, quejándose de ello grandemente Saint Pol, determinó arriarse á Milán con sólo un ejército por la parte del lazareto; no obstante que el conde Guido dijese que solía decir Antonio de Leiva (el cual no tenía más que á Milán y á Como) que Milán no se podía forzar sino con dos ejércitos.

Pero, mudando parecer pocos días después, juntos los cabos de ambos ejércitos en Lodi, los duques de Milán y de Urbino, si bien primero habían hecho instancia para que se fuese á sitiar á Milán, y disuadido el pasar á Génova, aconsejaron lo contrario; alegando el duque de Urbino muchas causas para esta opinión nueva, pero principalmente que pues el Emperador se disponía á pasar á Italia, habiendo partido de Génova á 8 de Junio Andrea Doria con las galeras para conducirlo, y entendiéndose que en Alemania se hacían preparativos para enviar nuevos tudescos á Italia debajo del gobierno del capitán Félix, no sabía lo que fuese mejor, ó tomar á Milán ó no tomarlo. Alegaba estas causas, pero creíase que, persuadiéndose que sucedería la paz que se trataba en Flandes, había mostrado al Senado veneciano (el cual fortificaba á Bérgamo) que era inútil el gasto que se hiciese para la recuperación de Milán.

La suma de su Consejo fué que la gente de los venecianos hiciese alto en Casciano, la del duque de Milán en Pavía, y Saint Pol en Biagrassa, atendiendo á estorbar con la caballería que entrasen en Milán vituallas, donde se creía que faltarían presto, porque estaba sembrada muy poca parte de aquella comarca.

No pudo Saint Pol apartarlos de este parecer, pero no aprobó el detenerse con su ejército en Biagrassa, alegando que, para impedir las vituallas á Milán, bastaba que la gente veneciana hiciese alto en Monza, y la de Sforza en Pavía y en Vigevene, y que el Rey le instaba que, en caso que no sitiase á Milán, hiciese la empresa de Génova, la cual tenía intención de intentar con gran presteza, esperando que, en ausencia de Doria, César Fregoso (que había concertado con el rey de Francia ser él gobernador y no su padre) la volvería á tomar con poca infantería.

Estos progresos, y el saber cuán disminuídos esta-

ban de infantería, había asegurado de tal manera á Antonio de Leiva del peligro de Milán, que envió á Felipe Torniello con pocos caballos y trescientos infantes á recuperar á Novara, mientras los franceses y los venecianos estaban entre el Tesino y Milán, el cual, entrando por la fortaleza que estaba por ellos, recuperó á Novara, y después salió fuera con la gente á hacer presas y recoger vituallas. Pero sucedió que, habiendo salido de la fortaleza, y yendo por el lugar el castellano de Novara, dos soldados de Sforza y tres de aquella ciudad que estaban presos en la fortaleza, matando, con ayuda de algunos que trabajaban en ella, y prendiendo algunos soldados españoles, la ocuparon, esperando ser socorridos por los suyos, porque al saber el duque de Milán la partida de Torniello de Milán, temiendo por Novara, había enviado hacia aquel lugar á Juan Pablo, su hermano, con poco número de caballos y de infantes, quien había llegado ya á Vigevene. Al saber Torniello el caso de la fortaleza, volvió luego á Novara, y con amenazas y prevenciones, para dar el asalto espantó de manera á los soldados de Sforza que, concertando sólo lo que les estaba bien, sin tratar de los de Novara que estaban con ellos, rindieron la fortaleza. Determinóse después molestar á Milán con la gente veneciana y con la del duque de Milán, si bien el duque de Urbino dijo que por estar más cerca al Estado de los venecianos, no se detendría en Monza, sino en Casciano.

Saint Pol, que estaba alojado en la abadía de Riboldone, determinó volver de la otra parte del Pó para ir á Génova. Con este consejo fué á alojar á Landriano, á doce millas de Milán, entre los caminos de Lodi y de Pavía, y queriendo ir el día siguiente, que era á 21 de Junio, á alojar á Lardirago, hacia Pavía, envió delante la artillería, los carros y la vanguardia, y él partió más tarde con la batalla y con la retaguardia.

Avisado Leiva por sus espías de la partida de la vanguardia, y de que él se quedaba más atrás, salió de noche de Milán con su gente, armado y en una silla, llevado por cuatro hombres, porque tenía días ha el cuerpo impedido de dolores, y llegando á dos millas de Landriano, sin ruido de cajas, sabiendo por los espías que Saint Pol no había partido todavía de aquel lugar, acelerando el paso, le acometió antes que supiese su venida, habiendo ya el primer escuadrón de los franceses, debajo del gobierno de Juan Tomás de Galleram, caminado tan adelante que no estaba á tiempo de socorrer á los suyos, y aunque Saint Pol, confiando en dos mil quinientos tudescos que tenía, se apeó y peleó valerosamente, con todo eso, haciendo poca defensa, comenzaron á retirarse, si bien fueron sostenidos por Juan Jerónimo Castiglione y Claudio Rangone, cabos de dos mil italianos que pelearon valientemente; pero al fin, volviendo las espaldas la caballería y los tudescos, hicieron los italianos lo mismo, y Saint Pol, volviéndose á poner á caballo, queriendo pasar un gran foso, quedó preso, y con él Juan Jerónimo Castiglione, Claudio Rangone, Lignach, Carbón y otros cabos de importancia. La gente fué rota y se tomaron muchos caballos, casi todos los carros del ejército y toda la artillería.

Salváronse casi todas las lanzas y el conde Guido, con la vanguardia, y entraron en Pavía; de allí fueron á Lodi al principio de la noche tan temerosos, que estuvieron para romperse ellos mismos, y se quedaron muchos por el camino, disculpándose los capitanes con decir que no estaba pagada la gente. Toda la francesa se volvió luego á Francia.

CAPITULO V.

Acuerdo del Pontifice con el Emperador.—Condiciones del Convenio.—Paz de Cambray entre el Emperador y el rey de Francia.—El rey de Francia esquivo ver á los embajadores de los coligados.—El Emperador en Génova.—Los príncipes italianos le envían embajadores.—Negociaciones para la paz general en Italia.

Sosegadas así las armas casi por toda Italia por los infelices sucesos de la gente francesa, los pensamientos de los mayores Príncipes estaban inclinados á los acuerdos; de los cuales el primero que sucedió fué el del Papa con el Emperador, que se hizo en Barcelona, muy favorable para el Papa, ó porque el Emperador, deseosísimo de pasar á Italia, procurase quitarse los embarazos, pareciéndole que por este respeto tenía necesidad del Papa y de su amistad, ó queriendo con capítulos muy favorables darles mayor causa para olvidar las ofensas recibidas de sus ministros y de su ejército.

Los capítulos eran que entre el Papa y el Emperador hubiese paz y confederación perpetua; que concediese el Papa por lugares de la Iglesia al ejército imperial si quisiese salir del reino de Nápoles; que el Emperador, por respecto del nuevo matrimonio y por la quietud de Italia, volviese á Florencia el hijo de Lorenzo de Médicis con la misma autoridad que tenían los suyos antes que fuesen echados; pero ateniéndose, respecto á lo que gastase para la dicha restitución, á lo que entre el Papa y él se declararía; que procuraría lo más presto que pudiese, ó con las armas, ó de otra manera más conveniente; que el Papa fuese restituído enteramente en la posesión de Cervia, de Ravena, de Módena, de Regio y

de Rubiera, sin perjuicio de los derechos del Imperio ni de la Sede Apostólica; que concediese el Papa al Emperador, en recobrando los lugares dichos, por remuneración del beneficio recibido, la investidura del reino de Nápoles, reduciendo el censo de la última investidura á un caballo blanco en reconocimiento del feudo, y le concediese el nombramiento de veinticuatro iglesias catedrales, el cual estaba en diferencia, quedando al Papa la disposición de las Iglesias que no fuesen del patronazgo, y la de todos los demás beneficios; que el Papa y el Emperador, cuando pasase éste á Italia, se juntasen para tratar de la quietud de aquella provincia y de la paz universal de los cristianos, recibíendose el uno al otro con las acostumbradas y debidas ceremonias y honras; que el Emperador, si el Papa le pidiese el brazo seglar para conquistar á Ferrara, como defensor protector é hijo primogénito de la Sede Apostólica, le asistiese hasta el fin con todos los medios que estuviesen en su mano y se concertasen los dos en los gastos, modo y forma que se había de tener, según la calidad de los tiempos y de la materia; que el Papa y el Emperador, de común consejo, pensasen en algún medio para que la causa de Francisco Sforza se viese en justicia legítimamente y por jueces no sospechosos; porque si le hallaban inocente le restituyesen el Estado, y no siendo así, ofreciese el Emperador que, aunque la disposición del ducado de Milán le pertenecía á él, dispondría de él con el consejo y consentimiento del Papa, y daría la investidura á persona que le fuese acepta ó lo dispondría de otra manera, como pareciere más á propósito para la quietud de Italia.

Prometió el Emperador que Fernando, rey de Hungría, su hermano, consentiría en vida del Papa, y dos años después tomase el ducado de Milán la sal de Cerchia, según la confederación hecha entre el Emperador

y León, confirmada en la última investidura del reino de Nápoles; pero sin aprobar por esto el concierto hecho con el rey de Francia y sin perjuicio de los derechos del Imperio y del rey de Hungría; que no pudiese ninguno de ellos, en perjuicio de esta confederación, cuanto á las cosas de Italia, hacer nuevas ligas ni observar las hechas en contrario de ésta; pero que los venecianos pudiesen entrar en ella, dejando lo que poseían en el reino de Nápoles, y cumpliendo al Emperador y á Fernando lo que estaban obligados por la última confederación hecha entre ellos y devolviendo á Ravena y á Cervia; reservando también los derechos de los daños é intereses particulares por cuenta de estas cosas; que el Emperador y Fernando hiciesen todo lo posible para que los herejes se redujesen al verdadero camino y el Papa usase los remedios espirituales, y, estando contumaces, los forzasen con las armas el Emperador y Fernando, y el Papa procurase que los otros Príncipes cristianos asintiesen á esto según sus fuerzas; que no recibirían el Papa ni el Emperador protección de súbditos vasallos ó feudatarios el uno del otro, sino sólo aquella que les tocase por directo dominio, sin extenderse á más, y que las protecciones tomadas de otra manera se entendiese estar derogadas dentro de un mes, y para que fuese más estable esta amistad y unión la confirmaron con estrecho parentesco, prometiendo el Emperador dar por mujer á Margarita, su hija natural, con veinte mil ducados de renta cada año de dote á Alejandro de Médicis, hijo de Lorenzo, que fué duque de Urbino, en el cual trazaba el Papa poner la grandeza secular de su casa, porque en el tiempo que había estado en peligro de muerte, había creado cardenal á Hipólito, hijo de Julián.

Concertaron al mismo tiempo en artículos separados que concediese el Papa al Emperador y á su hermano,

para la defensa contra los turcos, la cuarta parte de las rentas de los beneficios eclesiásticos, en el modo que lo había concedido Adriano, su predecesor; que absolviese á todos los que en Roma ó en otros lugares hubiesen pecado contra la Sede Apostólica, y á los que hubiesen dado ayuda, consejo ó favor, ó hubiesen sido participantes, ó tenido por firmes las cosas hechas, ó aprobádaslas tácita ó expresamente, ó dado su consentimiento sobre ellas; que no habiendo publicado el Emperador la cruzada por habérsela concedido el Papa menos extendida que las otras concedidas antes, la extinguiese y concediera otra en forma más cabal, como le fueron concedidas por los pontífices Julio y León.

Estando ya resueltas todas las dificultades, antes que se aceptase este acuerdo llegó al Emperador el aviso de la rota de Saint Pol, y aunque se dudó si, por aventajar sus condiciones, quería variar lo tratado, con todo, lo confirmó prontamente, ratificándolo con solemne juramento el mismo día, que fué á 20 de Junio, delante del altar mayor de la iglesia catedral de Barcelona.

Procedían con no menos calor las pláticas de la concordia entre el Emperador y el rey de Francia, para las cuales, después que se hubieron enviado poderes, se señaló Cambray, lugar fatal para grandes conclusiones, donde se habían de juntar madama Margarita y madama la Regente, madre del rey de Francia, el cual procuraba, con toda diligencia y maña, y también con prometer lo que no tenía intención de cumplir á los embajadores de los coligados de Italia, porque el rey de Inglaterra consentía en estos manejos, que no haría concordia con el Emperador sin su consentimiento y satisfacción; porque temía que, sospechosos de su voluntad, se concertasen antes con éste, y así quedar excluído de la amistad de todos, por lo cual procuraba persuadirles que no esperaba la paz; que antes había

vuelto los pensamientos á las provisiones de la guerra, y, tratando de ellas continuamente, había enviado al obispo de Tarbes á Italia con orden de pasar á Venecia, al duque de Milán, á Ferrara y á Florencia, para tratar las cosas tocantes á la guerra y prometer que, si pasaba el Emperador á Italia, pasaría también el rey de Francia al mismo tiempo con ejército muy poderoso; concurriendo los otros coligados por sus partes á las provisiones necesarias.

Mas, con todo eso, se estrechaba cada día la plática del acuerdo, para la cual entraron á 7 de Julio por diferentes partes en Cambray las dos Madamas, con gran pompa, y aposentadas en dos casas juntas que tenían paso de la una á la otra, hablaron el mismo día y se comenzaron á tratar los artículos por sus gentes, habiendo ido el rey de Francia (á quien los venecianos, temerosos de esta unión, hacían grandes ofertas) á Compiègne, por estar más cerca para resolver las dificultades que ocurriesen.

Juntáronse en aquel lugar, no sólo las dos Madamas, sino también, por el rey de Inglaterra, el obispo de Londres y el duque de Sulffolk; porque se tenían estas pláticas con la voluntad y participación de aquel Rey, y el Papa envió á aquel lugar al arzobispo de Capua, donde también estaban los embajadores de todos los coligados.

Pero á éstos referían los franceses cosas diferentes de la verdad de lo que se trataba, habiendo en el Rey, ó tan gran piedad, ó tanta atención á sólo su interés propio (el cual consistía todo en la recuperación de sus hijos), que, haciéndole grande instancia los florentinos para que, siguiendo el ejemplo de lo que había hecho el rey Luis, su suegro y antecesor, el año 1512, les consintiese que, por salvarse, se concertasen con el Emperador, lo había rehusado; prometiendo que jamás

concluiría el acuerdo sin incluirlos en él, y que se hallaba muy dispuesto para hacer la guerra; como también, en la mayor estrechez de las pláticas, lo prometía continuamente á todos los otros.

Llegó á 23 de Julio el aviso de la capitulación hecha entre el Papa y el Emperador, y, estando muy estrecha la plática, se turbó de manera por algunas dificultades que nacieron sobre algunos lugares del Franco Condado, que madama la Regente se puso en orden para irse; mas por medio del Legado del Papa, y principalmente del arzobispo de Capua, se hizo la conclusión; aunque, estando ya ajustada, prometiese el rey de Francia las mismas cosas que primero habia ofrecido á los coligados.

Finalmente, á 5 de Agosto se publicó la paz solemnemente en la Iglesia mayor de Cambray; de la cual fué el primer artículo que los hijos del Rey fuesen libres, pagando el Rey al Emperador por su rescate un millón y doscientos mil ducados, y al rey de Inglaterra doscientos mil; que restituyese al Emperador, dentro de siete semanas después de la ratificación, todo aquello que poseía en el ducado de Milán, le entregase á Asti y cediese todos los derechos, y lo más presto que pudiese le dejase á Barletta y lo que tenía en el reino de Nápoles; que protestase á los venecianos, que según la forma de los capítulos de Cognac restituyesen los lugares de la Pulla, y en caso que no lo quisiesen hacer, se declarase por su enemigo y ayudase al Emperador, para recuperarlos, con treinta mil escudos al mes y con doce galeras, cuatro naves, y cuatro galeones pagados por seis meses; que pagase lo que estaba en su poder de las galeras tomadas en Portofino, ó el valor, deduciendo lo que después hubiesen tomado Andrea Doria ú otros ministros del Emperador; que anulase, como primero estaba concertado en Madrid, la superioridad de Flan-

des y de Artois, y cediese los derechos de Tournay y de Arrás; que anulase el proceso de Borbón y restituyese la honra al muerto y los bienes á sus sucesores, aunque el Emperador se quejó después de que el Rey, cuando recobró á sus hijos, se los quitó; que se volviesen los bienes ocupados por causa de la guerra á cualquiera que se hubiesen quitado, ó á sus sucesores, lo cual dió también causa al Emperador para quejarse, porque el Rey no restituyó los bienes ocupados al príncipe de Orange; que se entendiesen nulos todos los carteles de desafío, y también el de Roberto de la Marca.

Fué comprendido por principal en esta paz el Papa, y también fué incluido en ella el duque de Saboya, en general como súbdito del Imperio, y en especial como nombrado por el Emperador. Se acordó que el Rey no se hubiese de introducir ya en las cosas de Italia y de Alemania en favor de ningún potentado, siendo en perjuicio del Emperador, aunque el rey de Francia afirmó en los tiempos siguientes que no le era prohibido por esta concordia recuperar lo que el duque de Saboya ocupaba en el reino de Francia, y lo que pretendía pertenecerle por los derechos de madama la Regente, su madre.

Púsose también un capítulo que se entendiesen incluidos en la paz los venecianos y los florentinos, en caso de que dentro de cuatro meses no estuviesen de acuerdo con el Emperador en sus diferencias, que fué como una tácita exclusión, y lo mismo el duque de Ferrara. De los barones y de los emigrados del reino de Nápoles no se hizo mención alguna.

Concluído el acuerdo fué luego el Rey á Cambray á visitar á madama Margarita, y no estando de todo punto sin alguna vergüenza de acto tan feo, rehusó por algunos días con varias excusas la vista y audiencia de los embajadores de los coligados, y después, habiéndolo-

les oído á parte, se disculpó de que, por recuperar á sus hijos, no había podido hacer otra cosa; pero que enviaba el Almirante al Emperador por beneficio suyo. Dando otras vanas esperanzas, prometía á los florentinos prestarles cuarenta mil ducados para que se ayudasen en los peligros que les amenazaban (que salieron como las otras promesas) y mostrando que lo hacía por darles satisfacción, dió licencia á Esteban Colonna (del cual no pensaba servirse más) para que fuese á servirles.

Mientras se trataban estas cosas, había recuperado Antonio de Leiva á Biagrassa, y el duque de Urbino, estando en el alojamiento de Casciano y atendiendo con increíble número de gastadores á fortificarlo, aconsejaba que se conservase Pavía y Sant'Angelo, alegando que el alojamiento de Casciano era oportuno para socorrer á Lodi y á Pavía.

Fué después Antonio de Leiva á Enzago, á tres millas de Casciano, donde continuamente escaramuzaba con la gente veneciana, y al fin fué de Enzago á Vauri, ó para hacer correrías en el Bergamasco, ó por haberle roto las aguas los venecianos.

Entró en este tiempo Vistarino en Valenza por el castillo, y rompió doscientos infantes que allí había.

Ya habían llegado en Julio á Génova por mar dos mil infantes españoles para esperar la venida del Emperador, el cual, luego que hubo hecho el acuerdo con el Papa, ordenó al de Orange que, si Su Santidad se lo pidiese, acometiese con el ejército el Estado de los florentinos, y habiendo venido á Áquila, recogía su gente en los confines del reino. Pidióle el Papa que pasase más adelante, por lo cual fué el Príncipe sin la gente á Roma á último de Julio, para establecer con él las provisiones, y después de varias pláticas, las cuales alguna vez estuvieron próximas á rompimiento por las dificult-

tades que ponía el Papa en gastar, compusieron finalmente que el Papa le diese luego treinta mil ducados, y en breve tiempo otros cuarenta mil para que él, á costa del Emperador; redujese primero á Perusa á la obediencia de la Iglesia, echando de aquel lugar á Malatesta Baglione, y después acometiese á los florentinos para volver á aquella ciudad la familia de los Médicis, cosa que el Papa tenía por muy fácil; persuadiéndose de que, desamparados por todos, habían, según la costumbre de sus antepasados, de ceder antes á la necesidad que reducir á sumo y manifiesto peligro su patria.

Cogió el Príncipe su gente, que eran tres mil infantes tudescos, las últimas reliquias de los que habían pasado á Italia de España con el Virrey, y de Alemania con Jorge Frundsberg, y cuatro mil infantes italianos mal pagados, debajo del gobierno de diferentes coroneles, Pedro Luis Farnesio, el conde de San Segundo, el coronel Marzio y Sciarra Colonna, y el Papa sacó del castillo de Sant'Angelo tres cañones y algunas otras piezas de artillería. En seguimiento del príncipe de Orange había de ir el marqués del Vasto con los infantes españoles que estaban en la Pulla.

En Florencia había muy diferente determinación; los ánimos estaban obstinadísimos para defenderse, y porque esta ciudad fué causa de cosas muy memorables parece muy conveniente describir su sitio en alguna particularidad (1).

Mientras se disponían estas cosas por todas partes, partiendo el Emperador de Barcelona con gruesa armada de navíos y galeras, en la cual iban embarcados mil caballos y nueve infantes, después que no sin trabajo y peligro hubo navegado quince días, llegó á Génova á 12 de Agosto, en donde tuvo noticia de la paz hecha en

(1) Esta descripción no llegó á escribirla Guicciardini.

Cambray. Al mismo tiempo pasó á Lombardia para servir á su sueldo el capitán Félix con ocho mil tudescos.

Espantó su venida con tanto aparato á toda Italia, juzgándose ya por desamparada dél rey de Francia, por lo cual los florentinos, disminuídos y desmayados con los primeros avisos, le enviaron cuatro embajadores de los principales de la ciudad para alegrarse con él de su venida y pedirle la composición de sus cosas, mas después, volviendo á tomar ánimo, moderaron las comisiones, estrechándose sólo á tratar con él de sus intereses y no de las diferencias con el Papa, esperando que al Emperador, por la memoria de las cosas pasadas, y por la poca confianza que solía haber entre los Pontífices y Emperadores, le sería molesta su grandeza, y que no había de desear que se añadiese al poder de la Iglesia la autoridad y fuerzas del Estado de Florencia.

Desagradó mucho á los venecianos el ver que, estando los florentinos obligados con ellos, hubiesen enviado embajadores sin su participación al enemigo común, y también se quejó el duque de Ferrara, aunque siguiendo el ejemplo de ellos envió también luego embajadores; y los venecianos consintieron al duque de Milán que hiciese lo mismo, el cual había tenido mucho antes plática ocultamente con el Papa para que lo concertase con el Emperador; conociendo, aun antes de la rota de Saint Pol, que podía esperar poco en el rey de Francia ni en los venecianos.

Hizo el Emperador desembarcar los infantes españoles que había traído consigo en Savona, y los encaminó á Lombardia para que Antonio de Leiva saliese poderoso á campaña, y había ofrecido desembarcarlos en la Spezia para enviarlos á Toscana, mas al Papa, por lo que se había persuadido, no le parecieron necesarias tantas fuerzas, mayormente deseando, para conservación del

país, no volver tanta furia contra aquella ciudad sin ser menester. Y procediendo ya descubiertamente contra ellos y contra Malatesta Baglione, hizo detener en los lugares de la Iglesia al caballero Sperello, que se volvía á Perugia, habiendo sido despachado con dinero del rey de Francia, antes de la capitulación de Cambray á Malatesta, el cual había ratificado la obligación de estar á su sueldo. Hizo también detener junto á Bracciano el dinero que enviaban los florentinos al abad de Farfa, conducido por ellos con doscientos caballos para que levantase mil infantes; pero estuvo presto necesitado á restituirlo, porque habiendo enviado el Papa por Legados al Emperador á los cardenales Farnesio, Médicis y Santa Cruz, y pasando el de Santa Cruz por sus lugares, le hizo detener el Abad, y no le quiso librar si primero no cobraba el dinero. Los florentinos continuaban en sus preparaciones. Habiendo intentado en vano con el Emperador que, hasta que hubiese oído á sus embajadores, se detuviesen las armas, pidieron á D. Hércules de Este, hijo primogénito del duque de Ferrara, conducido por ellos seis meses antes por capitán general, que viniese con su gente en su ayuda, como estaba obligado; el cual, aunque había aceptado el dinero que se le envió para levantar mil infantes, señalados para su guarda cuando salía, con todo eso, anteponiendo su padre las consideraciones de su Estado á la palabra, rehusó ir. Tampoco restituyó el dinero, aunque envió su caballería, por lo cual le negaron los florentinos el beneplácito del segundo año de servicio á su sueldo.

Pero ya el príncipe de Orange estaba en Terni el 19 de Agosto, y los tudescos en Fuligno, donde se juntaba la gente, siendo cosa ridícula que, estando hecha y publicada la paz entre el Emperador y el rey de Francia, el obispo de Tarbes, como embajador del Rey en Venecia,

en Ferrara y en Perugia, engrandeciéndose las poderosas provisiones del Rey para la guerra, y les aconsejase á ellos á hacer lo mismo.

Vino después el Príncipe con seis mil infantes entre tudescos é italianos á sitiar á Spelle, y presentándose con mucha caballería al lugar para reconocer el sitio, fué herido en un muslo por los de adentro Juan de Urbina, que, ejercitando mucho tiempo la milicia en Italia, tenía el primer lugar entre todos los capitanes de infantería española. Murió de esta herida dentro de pocos días, con gran daño del ejército, porque por su consejo se regía casi toda la guerra.

Plantóse después la artillería contra Spelle, en donde, debajo del gobierno de León Baglione, hermano natural de Malatesta, había más de quinientos infantes y veinte caballos, pero habiendo tirado pocos tiros contra una torre que estaba fuera del lugar junto á la muralla, los de dentro (aunque León había dado á Malatesta gran esperanza de la defensa) se rindieron luego, capitulando que el lugar y su gente quedasen á discreción del Príncipe, que los soldados, libres las personas y la ropa que pudiesen llevar á cuestras, saliesen con solas las espadas y no pudiesen por seis meses servir contra el Papa ni contra el Emperador. Pero á la salida fueron casi todos desvalijados.

Fué culpado mucho por este acuerdo Juan Bautista Borghese, emigrado de Siena, que, habiendo comenzado á tratarlo con Fabio Petrucci (que estaba en el ejército), lo perfeccionó con ayuda de los otros capitanes, lo cual atribuía Malatesta á infidelidad, y muchos de los otros á vileza de ánimo.

Presentándose entre tanto los embajadores florentinos al Emperador en la primera audiencia, le dieron el parabién de su venida, y procurando darle á entender que la ciudad no era ambiciosa, sino agradecida y pron-

ta para hacer comodidad á quien la conservase, la disculparon de haber entrado en la liga con el rey de Francia por voluntad del Papa, que entonces la mandaba, y que había continuado en ella por necesidad. No pasaron más adelante porque, no teniendo orden para más que avisar lo que se les propusiese, y expreso mandato de la República para no oír plática ninguna del Papa, y para que visitasen á los otros Legados suyos, mas no al cardenal de Médicis.

Respondióles el gran Canciller, creado nuevamente Cardenal, que era necesario que satisficiesen al Papa, y quejándose ellos de la injusticia de esta demanda, respondió que por haberse confederado la ciudad con enemigos del Emperador y enviado gente en ofensa suya, había caído de los privilegios y vuelto al Imperio, y que así podía el Emperador disponer de ella á su albedrío. Finalmente se les dijo, en nombre del Emperador, que hiciesen venir poder hábil para concertarse también con el Papa, y que después se atendería á las diferencias entre el Papa y ellos, las cuales, si no se componían primero, no quería el Emperador tratar con ellos sus intereses propios.

Enviaron poder muy extendido para concertarse con el Emperador, mas no con el Papa, por lo cual, partiendo el Emperador de Génova, á 30 de Agosto fué á Plasencia, y siguiéndole los embajadores, no fueron admitidos en aquel lugar, por haberse entendido que no tenían el poder de la manera que lo había pedido el Emperador. Así quedaron las cosas sin concordia.

También había el Emperador mandado partir á los embajadores del duque de Ferrara, habiéndoles recibido ásperamente, si bien volviendo después con nuevas pláticas y quizá con nuevos favores, fueron admitidos.

Envió también el Emperador á Nassau por embajador al rey de Francia para alegrarse con él de que, con

nueva unión, hubiesen establecido el vínculo del parentesco, y á recibir la ratificación, y por esta causa le enviaba asimismo el Rey al Almirante, y á Renzo de Ceri envió dinero para que saliese de la Pulla con toda la gente; á donde dispuso también doce galeras para que fuesen debajo del gobierno de Felipe Doria contra los venecianos (contra los cuales envió el Emperador á Andrea Doria con treinta y siete galeras), si bien juzgando que sería más cierta la cobranza de sus hijos si al Emperador le quedaba alguna dificultad en Italia, daba varias esperanzas á los coligados, y particularmente prometía á los florentinos que les enviaría con el Almirante ocultamente dinero, no porque tuviese intención de ayudar ni á ellos ni á los otros, sino porque estuvieran más remitentes en concertarse con el Emperador.

Platicábase entretanto continuamente entre el Emperador y el duque de Milán por medio del protonotario Caracciolo, que iba de Cremona á Plasencia, pareciéndole extraño al Emperador que el Duque fuese menos de él de lo que había creído, y el Duque por otra parte se reducía difícilmente á fiarse de él. Introdújose plática que Alejandría y Pavía se depusiesen en manos del Papa hasta que se conociese su causa, lo cual no quiso consentir el Emperador, pareciéndole que no podía resistir á sus fuerzas, y tanto más porque, habiendo Antonio de Leiva ido á Plasencia, como era enemigo del ocio y de la paz, le había persuadido con muchas razones á la guerra, por lo cual le cometió el Emperador que hiciese la empresa de Pavía; trazando también que al mismo tiempo el capitán Félix, que había venido con nuevas lanzas, caballos y artillería hacia Pechiera y después entrado en el Bresciano, rompiese por aquella parte la guerra contra los venecianos, habiendo hecho al marqués de Mantua (que había vuelto de

nuevo al servicio del Emperador), capitán general de aquella empresa.

Trataba entretanto el Papa la paz entre el Emperador y los venecianos, con esperanza de concluiría cuando viniese á Colonia, porque habiendo tenido primero plática de verse con él en Génova, habían después resuelto, de común consentimiento, por la comodidad del lugar, juntarse en Bolonia; induciéndoles á juntarse, no sólo el deseo común de confirmar y fortalecer mejor su unión, sino también al Emperador la necesidad, porque su ánimo era tomar la corona del Imperio, y al Papa la codicia de la empresa de Florencia, y á ambos el deseo de dar alguna forma á las cosas de Italia, lo cual no se podía hacer sin acomodar las cosas de los venecianos y del duque de Milán, ni tampoco sin remediar los peligros que amenazaban del Turco; el cual, habiendo entrado con grande ejército en Hungría, caminaba hacia Austria para atender á la expugnación de Viena.

En este tiempo no se hacían facciones de consideración entre el Emperador y los venecianos, porque, inclinados al acuerdo con él, habían retirado su armada de la empresa del castillo de Brindis, á Corfú, por no irritar más su ánimo, atendiendo sólo á guardar los lugares que tenían; y en Lombardía no se hacían sino ligeras escaramuzas, por lo cual, atentos sólo á guardar sus plazas, habían metido en Brescia al duque de Urbino, y en Bérgamo al condé de Gaiazzo con seis mil infantes. Los tudescos, que eran mil caballos y ocho ó diez mil infantes, se habían reducido á Lonata, trazándose que, juntos con el marqués de Mantua, hiciesen la empresa de Cremona, donde estaba el duque de Milán, el cual, viéndose excluído del acuerdo con el Emperador, que Antonio de Leiva había ido á sitiar á Pavía y que ya Caracciolo iba á Cremona á denunciarle la guerra, concertó con los venecianos no hacer acuerdo

con el Emperador sin su consentimiento, los cuales se obligaron á darle, para la defensa de su Estado, dos mil infantes pagados y ocho mil ducados al mes, y le enviaron artillería y gente á Cremona.

Confiaba el Duque poder defender con esta ayuda á Cremona y á Lodi, porque Pavía hizo corta resistencia contra Antonio de Leiva, no sólo porque no había vituallas para dos meses, sino también porque Pizzinardo (que era quien la guardaba) había enviado pocos días antes cuatro compañías de infantería á Sant'Angelo, donde Antonio de Leiva había hecho demostración de querer poner sitio, y así, habiendo quedado dentro con poca gente, desconfiando poderla defender, sin esperar batería ni asalto, se concertó en viendo plantar la artillería, libres las personas, su hacienda y las de los soldados; echándole todos gran culpa de que hubiese podido más en él la codicia de no perder las riquezas que había acumulado en tantas presas, que el deseo de salvar la gloria alcanzada con muy excelentes hazañas, que había hecho en esta guerra, y en especial en los contornos de Pavía.

CAPITULO VI.

Progresos de la guerra en Toscana.—Proyectos de los florentinos.—Cortona y Arezzo se rinden á los imperiales.—Declaraciones del Papa á los embajadores florentinos.—Preparativos de los florentinos para defenderse.—El principe de Orange acampa junto á Florencia.—El Papa y el Emperador llegan á Bolonia.—El duque de Ferrara se conviene con el Papa.—Francisco Sforza ante el Emperador.—Convenio del Emperador con los venecianos.—El Emperador restituye á Francisco Sforza el ducado de Milán.

En este tiempo estaba ya muy encendida la guerra en Toscana, porque el principe de Orange, tomado Spe-

lle y comenzando á acercarse á su ejército el marqués del Vasto, el cual le seguía con los infantes españoles, vino al puente de San Juan, que está sobre el Tíver, cerca de Perusa, donde se juntaron con él los infantes españoles. Había en Perusa tres mil infantes de los florentinos, y el príncipe de Orange, antes de sitiar á Spelle había enviado un hombre á Perusa á persuadir á Malatesta que cediese á la voluntad del Papa, por ganar de cualquier modo la ciudad de Perusa ó por el deseo de que el ejército pasase más adelante; ofrecía á Malatesta que, si salía de Perusa, le conservaría sus Estados y bienes propios; que consentiría que fuese libremente á la defensa de los florentinos y que se obligaría á que Braccio y Sforza Baglione y los otros enemigos suyos no volviesen á entrar en Perusa.

Aunque afirmaba Malatesta que no quería aceptar ningún partido sin consentimiento de los florentinos, con todo eso, oía continuamente las embajadas del Príncipe, el cual, después que hubo ganado á Spelle, le hacía mayor instancia.

Comunicaba estas cosas Malatesta á los florentinos, inclinado sin duda á la concordia, porque temía el fin del suceso, y, acaso, que los florentinos no continuarían en darle toda la ayuda que deseaba, y, cuando se hubiese de concertar, no esperaba hallar acuerdo con mejores condiciones que éstas que se le proponían, teniendo por mucho mejor que, sin ofender al Papa ni darle causa de privarle de los bienes ni de los lugares que se le preservaban, quedase á sueldo y servicio de los florentinos, que con quererse defender, arriesgar su Estado y hacerse odioso á sus amigos y á toda la ciudad; por lo cual perseveraba siempre en decir que no se quería concertar sin ellos, pero añadía que si se quería que se defendiese Perusa era necesario que los florentinos enviasen de nuevo á aquel lugar mil infantes, y que lo res-

tante de su gente hiciese rostro en la Orsaia, que está distante cinco millas de Cortona, en los confines del Cortonés y del Perusino, lo cual no podían ellos hacer sin desfortalecer todos los lugares, y que, con todo eso, era tan débil el lugar, que era necesario que se retirasen á cualquier movimiento de los enemigos. Mostraba que si no se concertaba, dejando el Príncipe atrás á Perugia, tomaría el camino de Florencia, y en tal caso sería necesario que le dejasen en Perugia mil infantes, y aun no bastarían, porque el Papa podría trabajarle con otras fuerzas que con la gente imperial; mas que, si se concertaba, retirarían así los florentinos todos sus infantes y le seguirían también doscientos ó trescientos hombres de los suyos escogidos, y que, quedándole sus Estados y sus bienes, y los enemigos excluidos de Perugia, atendería á la defensa con ánimo más quieto.

Hubiera agradado mucho á los florentinos tener la guerra en Perugia, pero viendo que Malatesta trataba continuamente con el Príncipe, y sabiendo también que nunca había dejado de tratar con el Papa, temían que él, por las persuasiones de los suyos, por los daños de la ciudad y del país, por la sospecha de los enemigos y por la inestabilidad del pueblo, cediese al fin.

Parecíales muy peligroso meter en Perugia casi todo el nervio y la flor de sus fuerzas, sujetas al peligro de la fe de Malatesta, al riesgo de ser forzadas por los enemigos, y á la dificultad de retirarlas en caso que Malatesta se concertase, y consideraban también que la mudanza de Perugia les podía ofender poco, quedando en aquel lugar los amigos de Malatesta y á él sus castillos, y no volviendo Braccio ni sus hermanos; por lo cual al Papa, mientras estuviera la ciudad en este estado, tendría que inspirarle continuas sospechas.

En este titubear de ánimo, estimando más que todo el librar aquella gente, y no fiándose enteramente de la

constancia de Malatesta, enviaron con gran secreto á 6 de Septiembre una persona suya para sacarla de Perugia, temiendo no fuesen engañados si se hacía el acuerdo. Y entendiendo después que, por estar ya cerca los enemigos, no habían podido partir, despacharon á Malatesta el consentimiento de concertarse. Pero él se había anticipado ya mientras el aviso estaba en el camino, porque el de Orange pasó el 9 de Septiembre el Tíber por el puente de San Juan, y habiéndose alojado, después de algunas escaramuzas ligeras, concluyó la misma noche el acuerdo con Malatesta, obligándole á irse de Perugia, dándole facultad para que gozase de sus bienes, que pudiese servir á los florentinos como soldado, y que retirase libre su gente, y para que tuviese tiempo de llegar al camino de Florencia, le prometió el de Orange que estaría quedo con el ejército dos días.

Salieron, pues, el 12, y caminando con grande celeridad, llegaron el mismo día á Cortona por el camino de los montes, largo y difícil, pero seguro.

Así se redujo toda la guerra al territorio de los florentinos; y, aunque los venecianos y el duque de Urbino habían dado á estos esperanza de enviarles tres mil infantes que, por sospecha de la venida del Príncipe hacia aquellas partes, los habían enviado al Estado de Urbino, con todo eso, no queriendo desagradar al Papa, salió vana la promesa. Solamente dieron los venecianos al comisario de Castrocarao dinero para pagar doscientos infantes, y no obstante que aquel Senado y el duque de Ferrara tratasen continuamente de componerse con el Emperador, con todo eso, porque esta dificultad le facilitase más para sus cosas, aconsejaban á los florentinos que se defendiesen.

Dos eran entonces los principales designios de los florentinos, el uno que el ejército tardase tanto en adelantarse que tuviesen tiempo para reparar su ciudad,

á cuyas murallas pensaban que finalmente se había de reducir la guerra; el otro, procurar aplacar el ánimo del Emperador, demás del acuerdo con el Papa, con tal que no se alterase la forma de la libertad ni del gobierno del pueblo; por lo cual, no habiendo excluído aun á sus embajadores, habían enviado una persona al príncipe de Orange y escogido embajadores para el Papa, instando al Príncipe (cuando le significaron la elección) que hiciese detener el ejército hasta que llegasen, lo cual rehusó hacer, y así, adelantándose, batió y dió el asalto al burgo de Cortona que va á la Orsoia, donde había setecientos infantes, y fué rebatido.

En Arezzo había mayor número de infantes, pero el comisario Antón Francisco de Albizzo, inclinado á desamparar aquel lugar, por miedo de que el príncipe de Orange, en tomando á Cortona, dejando á las espaldas á Arezzo, fuese hacia Florencia, y que llegando antes que la gente que estaba con él en el Arezzo, faltándole á la ciudad la más pronta defensa que tenía, y espantada, se concertase, sin el consentimiento público, si bien quizá con tácita intención del Alférez Mayor, partió de Arezzo con toda la gente, dejando solos doscientos infantes en la fortaleza. Pero al llegar á Fighine, por consejo de Malatesta, que estaba allí, y aprobaba el reducir las fuerzas á la defensa de Florencia, volvió á enviar mil infantes á Arezzo, porque no quedase desamparado de todo punto.

El 17, Cortona (para cuya defensa hubieran bastado mil infantes) viendo que los florentinos no la proveían gallardamente, y entendiendo quizá también la duda de Arezzo, se rindió, aunque apretada poco del Príncipe, con el cual compuso pagarle veinte mil ducados. La pérdida de Cortona dió causa á los infantes que estaban en Arezzo, no teniéndose por bastantes para defenderla, á desamparar aquella ciudad, la cual se concertó

también el 19 con el Príncipe, pero con capítulos y con pensamientos de regirse antes por sí misma en libertad debajo de la sombra y protección del Emperador, que estar más en la sujeción de los florentinos; mostrando que era falsa la profesión que hasta entonces habían hecho de ser amigos de la familia de los Médicis, y enemigos del gobierno popular.

En este tiempo había negado el Emperador expresamente el oír más á los embajadores florentinos si no restituían á los Médicis; y el de Orange, aunque con los embajadores que estaban cerca de él murmuraba sin respeto de la codicia del Papa y de la injusticia de aquella empresa, con todo eso, había declarado que no podía dejar de continuarla sin la restitución de los Médicis, y hallándose con trescientos hombres de armas, quinientos caballos ligeros, dos mil quinientos tudescos de buena gente, dos mil infantes españoles, tres mil italianos debajo del gobierno de Sciarra Colonna, Pedro María Rosso, Pedro Luis Farnesio y Juan Bautista Savello, con los cuales se juntó después Juan de Sasatello, defraudando el dinero que primero había recibido de los florentinos (de los cuales había aceptado el compromiso de servirles), y después Alejandro Vitello, que tenía tres mil infantes, pero teniendo poca artillería, pidió á los sieneses que le acomodasen de ella, los cuales, no pudiendo negar al ejército del Emperador las ayudas pedidas, pero no contentándose, por el odio contra el Papa y por los recelos de su grandeza, la mudanza del gobierno de los florentinos, con los cuales habían tenido muchos meses antes tácita paz é inteligencia, por el odio común contra el Papa, ponían en orden la artillería lo más despacio que les era posible.

Había oído entretanto el Papa á los embajadores florentinos, y respondiéndoles que su intención no era alterar la libertad de la ciudad, pero que no tanto por las

injurias recibidas de aquel gobierno, ni por la necesidad de asegurar su Estado, cuanto por la capitulación hecha con el Emperador, había estado obligado á hacer la empresa, en la cual, tratándose ahora del interés de su honra, no les pedía otra cosa sino que libremente se remitiesen á su poder, y que, hecho esto, mostraría el buen ánimo que tenía para el beneficio de la patria común. Y entendiendo después que, creciendo en Florencia el miedo (mayormente después que supieron la exclusión del Emperador á sus embajadores) habían escogido para él otros nuevos, pensando que estaban dispuestos á cederle, y deseoso de la presteza, por huir los daños del país, envió por la posta al ejército al Arzobispo de Capua, el cual, pasando por Florencia, halló diferente disposición de lo que se había persuadido.

Adelantóse, entretanto, el de Orange, y el 24 estaba en Montevarchi, en el valle del Arno, á veinticinco millas de Florencia, esperando de Siena ocho cañones que se movieron el día siguiente; pero caminando con el mismo espacio con que se habían preparado, fueron causa de que el Príncipe, que el 27 había conducido el ejército hasta Feghine y la Ancisa, se detuviese en aquel alojamiento hasta el 4 de Octubre, de lo cual procedió la dureza de toda aquella empresa. Porque perdido Arezzo, viendo que les faltaba la esperanza y promesas que les habían hecho de todas partes, que la fortificación que se hacía en aquella ciudad por la parte del monte no estaba aún reducida á términos que, aunque se trabajaba en ella con grande solicitud, pareciese á los soldados que se podía poner en defensa antes de ocho ó diez días, entendiendo que el ejército enemigo caminaba adelante, y habiéndose movido por la parte de Boloña, por orden del Papa, Ramazzotto con tres mil infantes, saqueada Florenzuela, entrado en Magello y temiéndose fuese á Prato, espantados los ciudadanos,

comenzaron á inclinarse al acuerdo, mayormente huyendo muchos por miedo, de manera que en la consulta del Consejo de los Diez, señalado para las cosas de la guerra, donde intervinieron los ciudadanos principales de aquel gobierno, pareció á todos despachar á Roma libre y extendido poder para remitirse á la voluntad del Papa. Mas habiendo hecho relación al Supremo Consejo, sin cuyo consentimiento no se podía tomar deliberación, el Alférez Mayor, que obstinadamente tenía diferente parecer, lo contradijo, y uniéndose con él el Consejo popular de los Colegios, que participaban de la autoridad de tribunos de la plebe en Roma, en el cual, por suerte, había muchas personas de mala intención y de gran temeridad é insolencia, pudo tanto (fomentando también su opinión el atrevimiento y amenazas de muchos mozos) que estorbó el tomarse otra deliberación por aquel día, y, con todo eso, es cierto que si el día siguiente, que fué 28 de Septiembre, el Príncipe se hubiera adelantado más un alojamiento, no hubieran podido resistir á la inclinación de todos los otros, los que contradecían el acuerdo. ¡De tan pequeñas causas dependen muchas veces los movimientos de cosas grandes!

La detención vana del de Orange, interpretada por algunos que había sido adrede por entretener la guerra, porque para arrimarse cerca de Florencia no le era necesaria la artillería, fué causa de que cobrasen muchos ánimo en aquella ciudad; pero lo que más importó fué que la fortificación, continuada sin una mínima intermisión de tiempo con gran número de gente, llegó á estado que juzgaron los capitanes que antes que el de Orange se moviese de aquel alojamiento, se podrían defender los reparos, por lo cual, cesando toda inclinación al acuerdo, se puso obstinadamente la ciudad en defensa, habiéndose añadido también, para asegurar

sus ánimos, que Ramazzotto, que había conducido consigo los villanos sin dinero y sin soldados, no habiendo venido con disposición de pelear, sino de robar, saqueando á todo el Mugelo se retiró al Boloñés con la presa, deshaciéndose de toda la gente, la cual le había vendido la mayor parte de lo que había robado. Así, de una guerra fácil y que se habría acabado con poco daño de todos, resultó otra gravísima y dañósima, que no se pudo acabar sino después de destruído todo el país y de haber llegado aquella ciudad al peligro de su última desolación.

Movióse el 5 de Octubre el de Orange de Feghine, pero caminando tan despacio, por esperar la artillería de Siena, que ya estaba cerca, que no hubo conducido antes del 20 toda la gente y la artillería al llano de Rípoli, á dos millas de Florencia.

Alojó á 20 todo el ejército sobre los cerros vecinos á los reparos; los cuales, saliendo de la puerta de San Miniato, ocupaban los cerros eminentes á la ciudad hasta la puerta de San Jorge, y también se movía una ala de San Miniato, que se extendía hasta el camino de la puerta de San Nicolás.

Había en Florencia ocho mil infantes; y la resolución era de defender á Prato, Pistoia, Empoli, Pisa y Liorna, habiendo metido en todos estos lugares suficiente guarnición, y dejar lo restante de las villas antes á la fe y disposición de los pueblos y á la fortaleza de los sitios, que poner en ellos mucha gente para guardarlos.

Mas ya se llenaba todo el país de aventureros y de ladrones, y los sieneses no sólo robaban por todas partes, sino también enviaron gente para ocupar á Montepulciano, esperando que después les consentiría el Príncipe que lo tuviesen. Pero habiendo en el lugar algunos infantes de los florentinos, se defendió fácil-

mente. Llegó allí poco después Napoleón Orsino, soldado de los florentinos, con trescientos caballos, el cual no había querido irse de tierra de Roma hasta que el Papa se hubiese enderezado al camino de Bolonia.

Alojado el ejército por Orange, extendiéndole muy ancho sobre los cerros de Montici, del Gallo y de Giramonte, y dándole los luqueses gastadores y algunas piezas pequeñas de artillería, les hizo hacer un reparo, que se creía era para dar un asalto al bastión de San Miniato, y enfrente, para ofenderle, se plantaron en la huerta de San Miniato cuatro cañones sobre un baluarte.

Rindiéronse luego al Príncipe las villas de Colle y de San Gimignano, lugares importantes para facilitar las vituallas que venían de Siena. Plantó el 29 Orange sobre un bastión del Giramonte cuatro cañones contra la torre de San Miniato para derribarla, porque un sacre que estaba plantado en ella dañaba mucho al ejército, y en pocas horas reventaron dos, por lo cual, habiendo llevado allí el día siguiente otro cañón, después que hubieron tirado en vano cerca de ciento cincuenta tiros sin poder quitar el sacre, no tiraron más, y considerando todos que la empresa de Florencia, mayormente con solo un ejército, era muy dificultosa, comenzaron á proceder despacio las facciones, más parecidas á escaramuzas que á modo de expugnación.

Hubo una gruesa escaramuza á 2 de Noviembre en los bastiones de San Jorge y San Nicolás y en el camino de Roma, y el 4 se plantó sobre el Giramonte una culebrina contra el palacio de la Señoría, que al primer tiro reventó. Corrieron en estos días los caballos que había adentro hacia Valdipesa y tomaron cien caballos, la mayor parte útiles; y saliendo de Pontedera algunos cahallos y arcabuceros de los florentinos, tomaron trescientos caballos entre Capanne y la torre de San Romano.

Habiendo llegado en este tiempo el Papa á Bolonia, el Emperador, según el uso de grandes Príncipes, vino á aquel lugar después de él; porque es costumbre que cuando dos Príncipes se han de juntar, el de mayor dignidad llega antes al lugar señalado, juzgando, por señal de reverencia, que el que es inferior vaya á buscarle. Recibióle el Papa con gran honra y alojóle en su mismo palacio, en un aposento junto al suyo, pareciendo por las demostraciones y llaneza que se veía entre ellos, que habían estado toda la vida en gran amor y unión.

Había cesado ya la sospecha de la invasión de los turcos, porque presentándose su ejército, juntamente con la persona del Sultán, delante de Viena, que tenía gran guarnición de infantes tudescos, no sólo había dado muchos asaltos en vano, sino que habían sido rebatidos con gran matanza, de manera que desconfiando de poderla ganar, mayormente no teniendo artillería gruesa para batirla, y oprimidos por el tiempo, que en aquella provincia era muy áspero, siendo el mes de Octubre, levantaron el sitio, no para retirarse á algún alojamiento cercano, sino para volver á Constantino-
pla, camino de tres meses; por lo cual hallóse el Emperador asegurado de esta sospecha, que le había inclinado primero á concertarse con el duque de Milán (no obstante la toma de Pavía), y á inducirle también á persuadir al Papa que pensase en algún modo para la concordia con los florentinos, á fin de que, libre de las cosas de Italia, pudiese pasar con toda la gente á Alemania al socorro de Viena y de su hermano.

Pero habiendo cesado esta sospecha, comenzaron á tratar de las cosas de Italia, de las cuales, la que apretaba más al Papa era la empresa contra los florentinos, y también el Emperador estaba muy inclinado á ella, así por satisfacer al Papa en lo que se había capitulado

en Barcelona, como porque creyendo que aquella ciudad estaba inclinada á la devoción de la corona de Francia, le era agradable su ruina. Por tanto, habiendo en Bolonia cuatro embajadores florentinos para el Papa y haciendo también instancia para hablar al Emperador, nunca les quiso oír sino sola una vez, cuando al Papa le pareció; de quien tomó también la sustancia de lo que les había de responder, por lo cual se resolvió continuar la empresa. Y porque salía más difícil de lo que había creído el Papa, se determinó volver á aquella parte la gente que había en Lombardía si naciese alguna ocasión de acuerdo con los venecianos y con Francisco Sforza, habiéndola de pagar el Emperador; y que el Papa pagase cada mes al príncipe de Orange (que para tratar estas cosas vino á Bolonia), sesenta mil ducados, porque no pudiendo el Emperador sustentar tantos gastos, mantuviese la gente que estaba alrededor de Florencia.

Hablóse después del otro interés del Papa, que eran las cosas de Módena y Regio, en el cual el Papa, por huir la culpa de la obstinación, habiendo propuesto la misma plática que había pensado antes y usado muchas veces, que si se tratase sólo de aquellos lugares, no habría dificultad en hacer la voluntad del Emperador; pero que, enajenando á Módena y á Regio, quedaban Parma y Plasencia tan separadas del Estado eclesiástico, que por consecuencia venían á estar casi enajenadas, respondía el Emperador que era respeto justo, pero que mientras las fuerzas estaban ocupadas en la empresa de Florencia, no se podía emplear otra cosa que la autoridad; mas en secreto deseaba que, dando buena satisfacción al Papa, quedasen al duque de Ferrara; con el cual al ir á Bolonia había hablado en Módena y dándole gran esperanza de hacer todo lo que pudiese con el Papa para componer sus cosas. Con

tanta maña había sabido aquel Duque introducirse en su gracia y también ganar tanto las voluntades de los que podían con el Emperador, que no le faltaban grandes amigos en aquella Corte.

Quedaban los dos artículos más importantes y más difíciles, el de los venecianos y de Francisco Sforza, cuya concordia (mayormente la de Francisco Sforza), si bien no era conforme á la inclinación con que el Emperador había venido á Italia, con todo eso, hallando mayor dificultad en las cosas de lo que había imaginado en España, viendo que era muy difícil la conquista del Estado de Milán, después de la nueva unión que había hecho Francisco Sforza con los venecianos, y hallándose con grande gasto por tanta gente que había conducido de España y de Alemania, no estaba ya en la primer dureza; mayormente solicitándole su hermano á que pasase á Alemania, por los alborotos de los luteranos y por otras señales que se veían de cosas nuevas, á donde también podía creer que algún tiempo volverían los turcos. Porque era muy cierto que Solimán, encendido del enojo y de la afrenta, había jurado, al irse de Viena, que volvería allí presto mucho más poderoso.

Pareciéndole al Emperador no sólo mal seguro sino poco honroso el irse de Italia dejando las cosas imperfectas, comenzó á inclinar el ánimo á concertarse con los venecianos y también á perdonar á Francisco Sforza, á lo cual instaba mucho el Papa, deseoso de la quietud universal, y también porque las cosas del Emperador, desocupadas de las otras empresas, se volviesen contra Florencia.

Detenia al Emperador, más que nada, parecerle que no era conforme á su dignidad que se creyese que le inducía casi la necesidad á perdonar á Francisco Sforza, y Antonio de Leiva, que estaba con él en Bolonia,

hacía grande instancia para que se tomase otra determinación con aquel Estado, proponiendo unas veces á Alejandro, sobrino del Papa, y otras á otros. Pero siendo difícil poner aquel Estado en persona con quien Italia se contentase, y no teniendo el Papa inclinación á pensar en él para los suyos, no siendo cosa que se podía hacer sino con nuevas guerras y con nuevos trabajos, inclinado, por último, el Emperador á este parecer, vino á conceder á Francisco Sforza salvo condulto, debajo de nombre de venir á justificarse á su presencia, pero en hecho de verdad á reducir las cosas á alguna composición; conviniendo también los venecianos en su venida, porque esperaban que á un mismo tiempo se introduciría concordia con ellos.

Mas no por esto cesaban las armas en Lombardía, porque Belgioioso, que por ausencia de Antonio de Leiva había quedado cabeza de Milán, fué con siete mil infantes á sitiar á Sant'Angelo, donde había cuatro compañías de infantería de los venecianos y del duque de Milán, y habiéndole batido, con la ocasión de una lluvia continua, que hacían inútiles los arcabuces que á la descubierta defendían la muralla, arrojando los suyos cubiertos de escudos y con espadas y picas, dió el asalto, arrojándose él también con los otros valerosamente; pero no pudiendo los de adentro tener en la mano las mechas para pegar fuego, y siendo obligados á pelear con otras armas, comenzaron desmayados á retirarse y á desamparar los muros, de manera que, entrando dentro los enemigos, quedaron todos muertos ó presos.

Trazó después ir de la otra parte del Adda, y pasada ya parte del ejército por el puente hecho en Casciano, algunas compañías de infantes bisoños, partieron para ir á Milán, pero previniéndolo él, hizo tomar las armas al lugar, de manera que no pudiendo entrar, volvieron atrás al ejército.

Mas ya (no obstante estas cosas y el estar los tudescos en tierra de los venecianos) se apretaban de tal manera las pláticas de la paz que entibiaban todos los pensamientos de la guerra, porque Francisco Sforza, llegando á la presencia del Emperador, luego que llegó á Bolonia, y dándole gracias por la benignidad que había usado de haberle concedido facultad para llegar á su presencia, le dijo que confiaba tanto en su justicia, que por todas las cosas que habían sucedido antes que el marqués de Pescara le encerró en el castillo de Milán, no deseaba otra seguridad ni presidio que su propia defensa, y que así, en cuanto á ellas, renunciaba libremente el salvoconducto, y teniéndole en la mano, le arrojó delante del Emperador, cosa que satisfizo mucho á éste.

Tratáronse cerca de un mes las dificultades de su acuerdo y del de los venecianos, y finalmente, el 23 de Diciembre, habiendo trabajado mucho el Papa, se concluyeron ambos; obligándose Francisco á pagar en un año al Emperador cuatrocientos mil ducados y quinientos mil después en diez años, cada año cincuenta mil, quedando en poder del Emperador Como y el castillo de Milán, obligándose á entregar á Francisco estas plazas, en haciéndose las pagas del primer año, y le dió la investidura ó confirmó la que primero se le había dado.

Para cumplir estas pagas y para los dones prometidos á los favoritos del Emperador, puso grandes imposiciones en la ciudad de Milán y en todo el Ducado, no obstante que los pueblos estaban consumidos por las grandes y atroces guerras, por el hambre y la peste. Los capítulos de este acuerdo fueron, que los venecianos restituirían al Papa Ravena y Cervia con sus territorios, libres sus derechos, y perdonando el Papa á los que hubiesen maquinado ó hecho algo contra él; que

restituirían al Emperador por todo Enero próximo todo lo que poseían en el reino de Nápoles; que le pagasen el resto de los doscientos mil ducados que le debían por el tercer capítulo de la última paz concluída con ellos; veinticinco mil ducados dentro del mes próximo y veinticinco mil después cada año; pero en caso que dentro de un año les restituyesen los lugares, y si no los hubiesen restituído, según el tenor de la dicha paz, fuesen juzgadas por árbitros comunes las diferencias; que pagasen cada año á los emigrados cinco mil ducados por las rentas de sus bienes, como se disponía en la paz dicha, y al Emperador otros cien mil ducados, la mitad dentro de seis meses y la otra mitad al fin del año; que se decidiesen los derechos del Patriarca de Aquilea contra el rey de Hungría, los cuales se le habían reservado en la capitulación de Vorms; que se incluía en esta paz y confederación al duque de Urbino, por ser adherente y estar en protección de los venecianos; que perdonasen al conde Brunoro de Gambera; que fuese libre el comercio á los vasallos de todos, y que no se diese acogida á los corsarios que perturbasen alguna de las partes; que fuese lícito á los venecianos continuar pacíficamente en la posesión de todo lo que estaba en su poder; que se restituyese todo á los rebeldes por haberse allegado á Maximiliano, al Emperador ó al rey de Hungría, desde el año 1523, mas que no se extendiese la restitución á los bienes que hubiesen llegado al fisco; que hubiese entre las dichas partes, no sólo paz sino liga defensiva perpetua para los Estados de Italia contra cualquier Príncipe cristiano.

Prometió el Emperador que el duque de Milán tendría continuamente en su Estado quinientos hombres de armas, quinientos caballos ligeros, seis mil infantes con buena artillería para defensa de los venecianos, y

los venecianos lo mismo para la defensa del duque de Milán, y que siendo molestado alguno de estos Estados, los otros no permitiesen que vengan vituallas, municiones, correos, ni embajadores de quien ofenden por sus países, y le prohiban cualquier ayuda de sus Estados y el paso á él y á su gente; que si algún Príncipe cristiano, aunque fuese de suprema dignidad, quisiese acometer el reino de Nápoles, estuviesen los venecianos obligados á ayudarle con quince galeras sutiles bien armadas; que sean comprendidos los encomendados de todos, los nombrados y los que se nombraren, mas no por esto han de estar obligados los venecianos á más que á la defensa; que si el duque de Ferrara se concertase con el Papa y con el Emperador, se entienda que está incluido en esta confederación.

Para la ejecución de estos acuerdos, restituyó el Emperador á Francisco Sforza á Milán y á todo el Ducado, y sacó todos los soldados, quedándose solamente con los que eran necesarios para la guarda del castillo y de Como, fortalezas que restituyó después al tiempo convenido, y los venecianos restituyeron al Papa los lugares de la Romanaña, y al Emperador los que tenían en la Pulla.

LIBRO XX.

SUMARIO.

Siguiendo la guerra del Emperador y de Clemente contra la ciudad de Florencia, sucedieron en ella muchos accidentes con la muerte del príncipe de Orange; pero los florentinos, estando desamparados de todos los socorros, y no pudiendo por sí solos sustentar el grave peso de tan larga guerra, después de haber sufrido todas las miserias que suelen padecer los asediados, se concertaron con el Emperador. Este, dando por cabeza de aquella república á Alejandro de Médicis, después de haberse coronado en Bolonia, se fué á Alemania y el Papa á Roma; si bien por diferentes causas volvió el Emperador á Italia y se vió de nuevo en Bolonia con el Papa, donde se concluyó una liga en defensa de Italia. Después del suceso de estas cosas, el Papa, por mantenerse también en amistad con Francia, fué á buscar al Rey á Marsella, donde concluyó el casamiento de Catalina su sobrina con el hijo segundo del Rey, y volviendo á Roma, enfermó y murió. Después de su muerte sucedió también la de dos sobrinos suyos, que eran Alejandro, duque de Florencia, y el cardenal Hipólito de Médicis.—Procediendo los cardenales á la elección del nuevo Papa, crearon al cardenal Farnesio, que después fué llamado Paulo III.

CAPÍTULO PRIMERO.

Guerra de Florencia.— El Papa corona al Emperador en Bolo-
nia.—Volterra se entrega al Papa.—Los Ferrucci la reco-
bran, y de allí marchan á la defensa de Florencia.—Batalla
de Gavinana.—Muerte del príncipe de Orange y de Ferruc-
cio.—Los florentinos se rinden por capitulación.

Habiéndose puesto fin, por la paz y confederación dicha, á tan largas y graves guerras continuadas más de ocho años con accidentes tan horribles, quedó toda Italia libre de los tumultos y peligros de las armas, excepto la ciudad de Florencia, cuya guerra había ayu-
dado á la paz de los otros. Pero la paz de los otros aumen-
taba su guerra, porque estando las dificultades que se
trataban de tal manera dirigidas que no se dudaba que
tendría perfección la concordia, el Emperador, sacando
la gente del Estado de los venecianos, envió cuatro mil
infantes tudescos, dos mil españoles, ochocientos ita-
lianos y más de trescientos caballos ligeros con veinti-
una piezas de artillería á la guerra contra los florenti-
nos, en la cual se habían hecho muy pocas facciones y
apenas dignas de ser escritas; no teniendo ánimo bas-
tante los de afuera para combatir la ciudad, ni estando
prontos los de adentro para tentar la fortuna, porque
juzgando que tenían modo para defenderse muchos me-
ses, tenían esperanza que los enemigos no estarían allí
mucho tiempo ó por otros accidentes.

Por esta causa había enviado el príncipe de Orange
mil quinientos infantes, cuatrocientos caballos y cuatro
piezas de artillería á tomar la Lastra, donde había tres
banderas de infantería, y antes que llegase socorro de

Florenxia, la tomó, degollando cerca de doscientos infantes.

Sucedió que el 11 de Diciembre, en la noche, Esteban Colonna con mil arcabuceros y cuatrocientos entre alabarderos y montaneros, todos con coseletes y encamisados al uso español, acometieron al coronel Sciarra Colonna, que estaba alojado en las casas vecinas á Santa Margarita de Montici, y mataron é hirieron allí mucha gente, sin perder solo un hombre.

Mató aquel día un cañonazo en la huerta de San Miniato á Mario Orsino y á Julio de Santa Cruz, y yendo Pirro de Castel de Piero para tomar á Montopoli, villa del territorio de Pisa, cortándole el camino los infantes que estaban en Empoli por entre Palaia y Montopoli, le rompieron, con prisi6n de muchos.

Enviaron los florentinos al burgo de San Sepulcro á Napole6n Orsino con ciento cincuenta caballos; porque Alejandro Vitello andaba destruyendo el pa6s hacia el Burgo y Anghiari.

Al pasar los Alpes la gente que enviaba de nuevo el Emperador, se rindieron al Papa Pistoia y despu6s Prato, desamparados por la gente de los florentinos, por lo cual, no teniendo el ej6rcito impedimento á las espaldas, se fu6 á juntar con los otros. Mas haciendo alto de la otra parte del Arno, aloj6 en Peretola, junto á las murallas de la ciudad, debajo del gobierno del marqu6s del Vasto, bien que era superior á todos el príncipe de Orange.

Habiéndose reducido ya las cosas más á forma de asedio que de combate, rindi6se también en este tiempo al Papa Pietra Santa.

Al fin de este a6o el Papa, habiéndoselo pedido Malatesta Baglione, que le daba esperanza de concordia, envi6 á Florenxia encaminado hacia él á Rodolfo Pío, obispo de Faenza, con el cual trat6 varias cosas, parte

con sabiduría de la ciudad, y en su beneficio, y parte con Malatesta, y ocultamente, en su daño, las cuales no tuvieron efecto; antes se creyó que Malatesta, que estaba al fin del tiempo de su servicio á los florentinos, las había tenido artificiosamente para que los florentinos, por miedo á que les desamparase, lo volviesen á tomar á sueldo con título de capitán general, y lo alcanzó así.

Prosiguióse el año de 1530 la misma empresa, y si bien Orange, dando principio á fabricar nuevos baluartes y trincheras, hiciese demostración de querer batir los reparos más de cerca, mayormente el de San Jorge, que era muy gallardo, con todo eso, parte por su poca práctica, y parte por la dificultad del intento, no se puso en ejecución designio alguno; tocando á Esteban Colonna la guarda de todo el monte.

En el principio de este año, entrando en esperanza los florentinos por las cosas tratadas con el obispo de Faenza, enviaron de nuevo embajadores al Papa y el Emperador; pero con orden precisa de no oír cosa alguna por la cual se tratase de alterar el gobierno ó disminuir el dominio, por lo cual, estando discordes en el artículo principal, no habiendo tampoco podido alcanzar audiencia del Emperador, volvieron presto á Florencia sin concluir nada.

Allí había nueve ó diez mil infantes vivos, pero pagados de manera que subían las pagas á más de catorce mil, y así defendían los soldados la ciudad con gran afición y prontitud de fe; los cuales, por establecerla más firmemente, convocando á todos los capitanes en la iglesia de San Nicolás, después de haber oído misa, hicieron en presencia de Malatesta juramento solemne de defender la ciudad hasta morir. Sólo en esta constancia de la infantería italiana se mostró inconstante Napoleón Orsino, el cual, habiendo recibido dinero de los florentinos, se volvió á Bracciano, compuso sus cosas con el

Papa y con el Emperador, é hizo que algunos capitanes, que él había enviado, se fuesen de Florencia.

Mas el Papa, no omitiendo diligencia alguna para conseguir su intento, hizo que el rey de Francia enviase á Claramonte á Florencia á disculpar el acuerdo hecho por la necesidad de recobrar á sus hijos, y el haberle sido imposible incluirlos en él; aconsejándoles que se concertasen como pudiesen, como fuese con utilidad y conservación de la libertad; ofreciendo volverse á introducir en los conciertos, y ordenó también á Malatesta y á Esteban Colonna, como soldados á su servicio, y les protestó que se fuesen de Florencia; aunque aparte secretamente decía lo contrario.

Pero lo que importó más para la pérdida de reputación y espanto del pueblo fué que, por satisfacer al Papa y al Emperador, sacó de Florencia á monseñor de Vigli, su embajador, que ordinariamente residía en aquella ciudad, si bien dejó en ella como persona particular á Emilio Ferretto, por no desampararlos de todo punto, prometiéndoles también secretamente que los ayudaría en habiendo recuperado sus hijos. También pensó en si sería bien mandar partir de su corte al embajador florentino.

Ayudábase el Papa en este medio de todos los ardidés posibles, porque envió con Tarbes el capelo al Canciller y poco después la Legacía del reino de Francia, por medio del cual introdujo también plática, para que se volviesen á ver de nuevo en Turín el Emperador, el rey de Francia y él; pero respondióse á Tarbes en el Consejo del Rey, que estando presos sus hijos, era necesidad que también él anduviese procurando entrar en la prisión.

Establecieron el Papa y el Emperador ir á Siena, para favorecer de más cerca la empresa, y después pasar á Roma por la Corona; pero estando ya cerca de

partir, habiéndose tomado esta resolución, ó verdadera ó fingidamente, llegaron cartas de Alemania que le solicitaban el pasar á aquella provincia, haciéndole instancia los Electores y los demás Príncipes por causa de la Dieta, Fernando por ser elegido Rey de Romanos y los otros por tratar del Concilio.

Por esto, omitiendo el pensamiento de pasar adelante, tomó en Bolonia la Corona imperial, con gran concurso (mas con poca pompa y gasto) el día de San Matías, para él de gran prosperidad, porque en él había nacido, en él fué su prisionero el rey de Francia, y en él tomó las insignias y ornamentos de la Corona imperial.

Atendió, con todo eso, antes de partir, á la concordia del duque de Ferrara con el Papa, el cual vino á 7 de Marzo á Bolonia con salvoconducto, y no hallándose otra salida para esta diferencia, hicieron compromiso de palabra y de obra de todas sus diferencias en el Emperador; induciéndose el Papa á hacerle, porque siendo el compromiso general de manera que también incluía la controversia de Ferrara, la cual no se dudaba que había devuelto á la Sede Apostólica según los términos jurídicos, le parecía que el Emperador tenía modo fácil para restituirle á Módena y á Regio con ponerle silencio sobre Ferrara; y porque el Emperador le dió su palabra de que, hallando que tenía derecho sobre aquellas dos ciudades, pronunciaría el juicio, y, si hallaba lo contrario, dejaría esperar el compromiso.

Concertaron para la seguridad de la sentencia que el Duque depusiese á Módena en mano del Emperador, el cual había primero, á su instancia, sacado su embajador de Florencia y enviado gastadores al ejército.

Partió después el Emperador de Bolonia el 22, habiéndole dado intención el Papa que convendría en el Consejo y Concilio, si se conociese que era útil para ex-

tirpar la herejía de los luteranos, y fué con él por Legado el cardenal Campeggio.

Llegado á Mantua, recibiendo del duque de Ferrara sesenta mil ducados, le concedió la villa de Carpi en feudo perpetuo, y el Papa partió el 31 de vuelta á Roma, quedando las cosas de Florencia en la misma dificultad.

Daban los imperiales muchas señales de querer asaltar la ciudad, por lo cual se hacía la trinchera delante del reparo de San Jorge, donde habiendo habido el 21 de Marzo una gruesa escaramuza, recibieron los de afuera mucho daño. Batió Orange el 25 la torre que está junto al reparo de San Jorge, hacia la puerta Romana, porque ofendía mucho al ejército, pero hallándola muy firme, se abstuvo de batirla, después de muchos cañonazos. Juntándose cada día más gente, pues en Italia no había otras guerras ni otros robos, crecían continuamente los daños y las ruinas del país de los florentinos.

Habíase rendido al Papa la ciudad de Volterra, pero estando la fortaleza por los florentinos, la batían en nombre de los imperiales con dos cañones y tres culbrinas que habían venido de Génova. Deseando los florentinos socorrer la fortaleza, enviaron á Empoli ciento cincuenta caballos y cinco banderas de infantería, los cuales, saliendo de noche, pasaron por el campo cerca de Monte Olivete, y siendo descubiertos, se enviaron en su seguimiento caballos que los alcanzaron; pero combatiéndolos los arcabuceros, se retiraron con algún daño, y los caballos que salieron de Florencia por otra vía, á las espaldas del campo, llegaron libres á Empoli al mismo tiempo que los infantes, donde fueron recibidos por Francisco Ferruccio, comisario de aquel lugar.

Este, enviado por los florentinos al principio de la guerra á Empoli, con algún corto número de caballería

y con poca autoridad, había juntado en el progreso de la guerra, con la oportunidad de aquel sitio y con la ocasión de las grandes presas, buen número de soldados escogidos, y viniendo con ellos á gran estimación, por su valor y liberalidad, tenían gran esperanza en él los florentinos. Partió, pues, Ferruccio de Empoli con dos mil infantes y ciento cincuenta caballos, y caminando con mucha celeridad, entró en la fortaleza de Volterra el 26 de Abril, á las nueve de la mañana. Dando allí refresco á los soldados, acometió luego el lugar, que estaba guardado por Juan Bautista Borghese con poco infantería, y á la noche tenía tomadas dos trincheras, de manera que á la mañana siguiente, se le entregó la ciudad y ganó la artillería que había venido de Génova, donde atendió con muchas extorsiones á sacar dinero de los vecinos de aquel lugar. Creciendo continuamente el número de sus soldados, había recuperado á San Gimignano y á Colle, y puesto el ejército imperial en gran dificultad, interrumpiendo las vituallas que por aquel camino venían de Siena (cuyos capitanes no pensaban ya sino en el asedio; por lo cual el marqués del Vasto había retirado á Prato la artillería); pero habiendo llegado en gran razón á aquella parte Maramaus con dos mil quinientos infantes no pagados, socorro que había venido (tan inciertas son las cosas de la guerra) contra la voluntad del Papa, detuvo la furia de Ferruccio, habiendo ido á acamparse con su gente en el burgo de Volterra.

El 9 de Mayo hubo una gruesa escaramuza fuera de la puerta Romana, donde murieron y quedaron heridos de los de adentro ciento treinta, y de los de afuera más de doscientos, entre los cuales lo fué el capitán Barañino, español.

Esperaban todavía los florentinos alguna ayuda del rey de Francia, el cual continuaba prometiendo grandes

socorros en recuperando á sus hijos, y para entretenerles en este medio con esperanzas, dió consignación á los mercaderes florentinos para veinte mil ducados que les debía mucho antes, á fin de que se los prestasen á la ciudad, los cuales llevó á Pisa Luis Alemán, pero en muchas veces, de manera que hicieron poco fruto. Vino también á Pisa Juan Pablo de Ceri, que tomaron á sueldo los florentinos para la guarda de aquella ciudad.

Mas la conquista de Volterra causó mucho mayor daño á los florentinos, porque Ferruccio, contra la orden que tenía (por ir más fuerte á Volterra y confiar mucho en la fortaleza de Empoli) había dejado allí tan poca guarda, que, dando ánimo á los imperiales para poder expugnar aquel lugar, fueron á sitiarse, guiados por el marqués del Vasto, y con muy poco daño lo tomaron por fuerza y lo saquearon. La pérdida de este lugar afligió más que ninguna otra cosa sucedida en aquella guerra á los florentinos, porque, habiendo trazado juntar en él nueva gente, esperaban, con la oportunidad del sitio, que es mucha, poner en grande dificultad al ejército que estaba alojado de aquella parte del Arno y abrir la comodidad de las vituallas á la ciudad, que ya padecía mucho.

Añadióse nueva causa para privarles mucho más de las esperanzas concebidas, porque, habiendo el rey de Francia, al principio de Junio, pagado el dinero al Emperador, según los concertos, y recobrado á sus hijos, en lugar de tantas ayudas como había dicho siempre que reservaba para aquel tiempo, envió á Italia, á instancia del Pontífice (el cual, por hacerse grato totalmente con sus ministros, creó cardenal al obispo de Tarbes, embajador cerca de su persona), á Pedro Francisco de Pontremoli, su confidente, para tratar la plática del acuerdo con los florentinos, por lo cual perdie-

ron de todo punto la esperanza de las ayudas del Rey; quien juntamente con el de Inglaterra hacían todo lo posible para conciliarse de tal manera con el Papa, que pudiesen esperar separarle del Emperador. Por esta causa el rey de Francia procuraba tener algún lugar y participación en hacer que Florencia viniese á su poder.

Cuando tomó el marqués del Vasto á Empoli fué con aquella gente á juntarse con Maramaus en el burgo de Volterra, y, teniendo cerca de seis mil infantes, comenzaron á batir el lugar. Derribadas casi cuarenta brazas de muralla, dieron tres asaltos en vano, con muerte de más de quinientos hombres. Hicieron después una nueva batería y dieron un gallardo asalto con los infantes italianos y españoles mezclados, pero con mayor daño que en los asaltos de antes, de manera que se levantó el sitio.

El mismo día, una hora antes de amanecer, salieron Esteban Colonna por la puerta de Faenza con tres mil infantes encamisados, y Malatesta por la de Prato, para acometer á los tudescos, que alojaban en el monasterio de San Donato, donde estaban fortificados. Pasó Esteban las trincheras y mató mucha gente, pero poniéndose los demás en este tiempo en batalla se defendieron valientemente, y Esteban se retiró herido en la boca y en el miembro viril, aunque ligeramente; no pudiendo detenerse mucho por el miedo del socorro, y quejándose gravemente de que no le hubiese seguido Malatesta.

Crecía continuamente en Florencia (donde no entraban ya vituallas de ninguna parte) la falta del sustento, mas no se disminuía la obstinación, y habiendo ido Ferruccio de Volterra á Pisa, y recogiendo cuantos infantes podía, quedó reducida á su venida toda la esperanza de los florentinos, porque le habían ordenado que por cualquier camino y á cualquier riesgo procu-

rarse venir hacia la ciudad; trazando ir á pelear con los enemigos en juntándose con la gente que estaba en Florencia. En este designio no fué mayor la felicidad del suceso que grande la temeridad de la determinación (si grandes se pueden llamar los consejos arrojados de la última desesperación), porque había de pasar por países enemigos y ocupados por ejército muy grueso, aunque derramado por muchas partes.

Al tener noticia el Príncipe de este designio, sacando una parte del ejército y recogiendo muchas tropas de infantería italiana, teniendo por ventura (como los florentinos lo sospecharon) ocultamente la palabra de Malatesta Baglione (con el cual tenía pláticas muy estrechas) de que, en ausencia suya, no acometería el ejército, fué á encontrarle, y hallándole cerca de Cavinana en la montaña de Pistoia (cuyo camino había tomado, pasando de Pisa por cerca de Luca, por la confianza de la facción Cancelliera, aficionada al gobierno popular), le acometió muy superior de gente, y haciendo el Príncipe, en la primera furia, oficio de hombre de armas y no de capitán, adelantándose temerariamente, fué muerto. Con todo eso, alcanzando los suyos la victoria, quedó preso, juntamente con otros muchos, Juan Pablo de Ceri y Ferruccio, al cual después le mató Maramaus, de enojo (según dijo) que había concebido cuando en la expugnación de Volterra hizo ahorcar un trompeta que enviaba con cierta embajada á aquel lugar.

Desamparados así los florentinos de toda ayuda divina y humana, y prevaleciendo el hambre, sin esperanza alguna de que ya se pudiese aliviar, era con todo mayor la pertinacia de los que se oponían al acuerdo, los cuales, movidos por la última desesperación, no queriendo que sin la desolación de su patria sucediese su propia ruina, y no tratándose ya de que ellos ó los otros ciudadanos muriesen por salvar la patria, sino que la

patria muriese juntamente con ellos, eran también seguidos de muchos que tenían impreso en su ánimo que se habían de mostrar las ayudas milagrosas de Dios; pero no antes de llegar las cosas á término que no les quedase nada de espíritu. Y había peligro de que la guerra se acabase con la última ruina de aquella ciudad, porque en esta obstinación concurrían los magistrados y casi todos aquellos que tenían en su poder la autoridad pública; no quedándoles lugar á los que sentían lo contrario de contradecirlo por miedo de los magistrados y por las amenazas de las armas, si Malatesta Baglione, conociendo que las cosas estaban sin remedio, no los hubiera casi forzado á concertarse, moviéndole por ventura la piedad de ver padecer totalmente tan esclarecida ciudad, por la rabia de sus capitanes y el deshonor y daño que le resultaría de hallarse presente á tan gran ruina; pero mucho más (según se creyó) por la esperanza de alcanzar del Papa, por medio de este acuerdo, el volver á Perugia, por lo cual, mientras los magistrados y los otros, muy encendidos, trataban porque la gente saliese de la ciudad á pelear con enemigos mucho mayores en número y alojados en lugares fuertes, y él lo rehusaba, vinieron á tan gran locura que, quitándole el capitanato, enviaron algunos de los suyos de los más pertinaces á notificárselo y á mandarle que se saliese con su gente de la ciudad. Irritado grandemente con esta embajada, hirió á uno de ellos con un puñal que tenía al lado, al cual pudieron con dificultad quitárselo vivo de las manos los que estaban presentes, y espantados de esto los otros, comenzándose á sublevar la ciudad, reprendida por aquellos de menor locura la temeridad del Alférez Mayor, que se armaba, diciendo unas veces que quería acometer á Malatesta y otras salir á pelear con los enemigos, cedió al fin la obstinación extrema de muchos á la última

necesidad de todos; por lo cual, enviando á último de Agosto cuatro embajadores á D. Fernando Gonzaga, que por la muerte del Príncipe tenía el primer lugar del ejército (porque el marqués del Vasto se había ido mucho antes), se concluyó el día siguiente el acuerdo, por el cual, demás de obligarse la ciudad á pagar en muy pocos días ochenta mil ducados para sacar el ejército, fueron los artículos principales que el Papa y la ciudad diesen autoridad al Emperador para que declarase dentro de tres meses cuál había de ser el gobierno, pero salva la libertad; que se entendiese que estaban perdonadas á todos las injurias hechas al Papa y á sus amigos y servidores, y, hasta que viniese la declaración del Emperador, quedase en guarda de la ciudad Malatesta Baglione con dos mil infantes.

Hecho este acuerdo, mientras se despachaba el dinero para el ejército (de que hubo necesidad se proveyese mucho mayor suma, no estando muy pronto el Papa para ayudar á la ciudad con dinero en tan gran peligro), entendiéndose el comisario apostólico, que era Bartolomé Valori, con Malatesta, atento todo á la vuelta de Perusa, convocando el pueblo para hablarle en la plaza como era costumbre antigua de la ciudad, cediendo á esto los magistrados y los otros por temor, ordenó nueva forma de gobierno, dándose autoridad por el parlamento á doce ciudadanos, que eran allegados de los Médicis, para ordenar á su modo el gobierno de la ciudad, que le redujeron á la forma en que solía estar antes del año 1527.

Levantóse después el ejército, habiendo recibido el dinero, y para convertirlo en uso suyo, los capitanes italianos, sin pagar á los soldados, se retiraron con él á Florencia con gran ignominia de la milicia; despidiendo á los infantes con muy poco dinero, los cuales, quedando sin cabos, se fueron esparcidos por varios lugares.

El ejército de los españoles y de los tudescos, pagado de todo punto y dejando desamparados todos los puestos y dominios florentinos, se fué al territorio de Siena para volver á poner en orden el gobierno de aquella ciudad, y Malatesta Baglione, concediéndole el Papa que se volviese á Perugia, sin esperar otra resolución del Emperador, dejó la ciudad libre al arbitrio del Papa, donde habiéndose ido los soldados, comenzaron los suplicios y persecuciones de los ciudadanos; porque aquellos á cuyas manos había venido el gobierno, parte por asegurar mejor el Estado, parte por el enojo concebido contra los autores de tantos males, y por la memoria de las injurias recibidas en particular, y sobre todo porque fué esta la intención del Papa, aunque lo manifestó á pocos, interpretaron (observando por ventura la letra de las palabras, pero declarando astutamente el sentido) el capítulo por el cual se prometía perdón á quien hubiese injuriado al Papa y á sus amigos, que no borraba las injurias ni delitos cometidos por ellos en las cosas de la República, por lo cual, poniendo el conocimiento en manos de los magistrados, fueron degollados seis de los principales, otros presos, y desterrados grandísimo número.

Estando por esta causa más enflaquecida la ciudad, y en mayor necesidad los que habían participado de estas cosas, quedó más libre, más absoluta y casi Real la potestad de los Médicis en ella: habiendo quedado por tan largas y graves guerras muy exhausta de dinero; privada dentro y fuera de muchos habitantes; perdidas las casas y las haciendas de afuera, y dividida entre sí misma más que nunca. Esta pobreza aún la hizo mayor la necesidad de haber de proveer de otras tierras extranjeras por algunos años las vituallas necesarias para aquella comarca, siendo así que aquel año no se había cogido trigo ni sembrado después. Y ha-

bíanse pasado de manera los desórdenes de aquel año á los otros, que salió más dinero de aquella ciudad extenuada y afligida para hacer traer trigo de lugares apartados, y ganado de fuera de su dominio, de lo que había salido por causa de guerra tan grave y llena de tantos gastos.

CAPITULO II.

Fernando es elegido Rey de romanos.—Abusos por los cuales crece la herejía de Lutero.—Dificultad del papa Clemente para convocar el Concilio.—Guerra de Siena.—Gobierno que el Emperador establece en Florencia.—Entrevista de los reyes de Francia y de Inglaterra.—Los turcos en Hungría.—Carlos V en Italia.—Conferencia de nuevo con el Papa en Bolonia.—Liga ajustada para la defensa de Italia.—El Emperador sospecha del Papa.—Vuelve á España el Emperador.—Entrevista del Papa con el rey de Francia en Marsella.—Parentesco convenido entre el Papa y el Rey.—Lorenzo de Pedro Francisco de Médicis mata á Alejandro de Médicis.—Muerte de Clemente VII.—El cardenal Farnesio, elegido Pontífice, toma el nombre de Paulo III.

Convocando el Emperador entretanto en Alemania la Dieta en Augusta, había hecho elegir Rey de Romanos á Fernando, su hermano, y tratándose de las cosas de los luteranos, sospechosos también al poder de los Príncipes, y divididas, por la multitud y ambición de los sectarios, en diversas herejías y casi contrarias la una de la otra, y de Martín Lutero, autor de esta pestilencia, cuya vida y autoridad no era ya para él daño de importancia (tanto se había derramado y arraigado esta ponzoña), no se les ofrecía á los Príncipes de Alemania

ningún remedio mejor que celebrar un Concilio universal; porque los Interanos, queriendo cubrir su causa con la autoridad de la Religión, instaban que se hiciese, y se creía que la autoridad de los decretos que hiciese el Concilio bastaría, si no á apartar los ánimos de los cabos de los herejes de sus errores, á lo menos á reducir una parte de la multitud al mejor parecer. Demás que en Alemania deseaban también mucho el Concilio los que seguían las opiniones católicas porque se reformasen los gravámenes y abusos que habían pasado tan adelante en la corte de Roma; la cual, con la autoridad de las indulgencias, con la largueza de las dispensas, con querer los aumentos de los beneficios que se conferían y con los gastos que se hacían en los despachos de los oficios, tan multiplicados en aquella Corte, parecía que no atendía más que á sacar, con este arte, gran cantidad de dinero de toda la cristiandad; no teniendo entre tanto ningún cuidado de la salud de las almas ni de que las cosas eclesiásticas se gobernasen rectamente, porque muchos beneficios incompatibles se daban á una misma persona; y sin ningún respeto á los méritos de los hombres, se distribuían por favor ó en personas incapaces por la edad ó en hombres sin ninguna doctrina ni letras; y lo peor era que muchas veces se daban á personas de malísimas costumbres.

Deseoso el Emperador de satisfacer á esta instancia de toda Alemania, y también porque era á propósito para sus cosas en aquella provincia sosegar las causas de alborotos y de la contumacia de los pueblos, instó mucho al Papa para que convocase el Concilio, recordándole las pláticas que había tenido con él en Bolonia, y prometiéndole, porque no temiese poner en peligro su autoridad y dignidad, que se hallaría presente para tener cuidado particular de él. Ninguna cosa desagradaba más al Papa que ésta, pero por conservar la estima-

ción de su buen ánimo, disimulaba esta inclinación ó causa de temor; mas temiendo, con efecto, que el Concilio, por moderar los abusos de la corte y las indiscretas concesiones de muchos Papas, disminuyese mucho la facultad pontificia, ó por acordarse de que, si bien cuando fué promovido al cardenalato, se había probado con testigos que era legítimo, no lo era verdaderamente, y que, si bien no se hallaba ley escrita que prohibiese subir al Pontificado quien naciese ilegítimo, con todo eso, era antigua y común opinión que, quien lo era, no podía ser creado cardenal, ó acordándose de que, no sin alguna sospecha de simonía usada con el cardenal Colonna, había sido asumpto al Pontificado ó temiendo que la crueldad grande usada contra su patria con tantos alborotos de guerra, le causase infamia que no se pudiese borrar en el Concilio, mayormente habiéndose visto, por los efectos, que no le había movido, como publicaba al principio, el deseo de reducirla á bueno y moderado gobierno, sino la codicia de hacer volver á su patria á los suyos, por lo cual, aborreciendo el Concilio y no teniendo por seguridad bastante la palabra del Emperador, comunicando estas cosas con los cardenales señalados para tratar sobre esta materia, sospechosos también ellos de la corrección del Concilio, respondía mostrando muchas causas, por las cuales no era á propósito tratar de él, no viéndose todavía bien establecida la paz entre los Príncipes cristianos y temiéndose nuevos movimientos del turco, para quien sería provechoso hallar la cristiandad ocupada en las disputas y diferencias del Concilio; pero, mostrando que se remitía al parecer del Emperador, concluía diciendo que convenía en que él prometiese en la Dieta la convocación del Concilio, con tal que se celebrase en Italia y presente él, señalando tiempo suficiente para juntarle; y que, prometiendo los luteranos y los otros

herejes estar á las determinaciones del Concilio, desistiesen entretanto de sus dañadas doctrinas, y, volviendo á poner á la Sede Apostólica en la posesión de su obediencia, viviesen, como solían primero, como católicos cristianos.

Por esto se dificultaba toda la plática, porque los luteranos, no sólo no querían desistir de sus opiniones y ritos antes de la celebración del Concilio; pero se creía comunmente que lo aborrecían; no pudiendo esperar de él más que la reprobación de sus opiniones, siendo cierto que la mayor parte de ellas y las más principales habían sido reprobadas muchas veces por los Concilios antiguos como heréticas. Pero pedían la convocación de él porque, sabiendo que era cosa espantosa para el Papa, se persuadían de que no lo había de conceder, y que sustentarían, por este camino, con mayor autoridad entre los pueblos su causa.

Acabóse en estos tratados el año de 1530 y siguióle el de 1531, en el cual hubo poca materia de movimientos, porque, si bien se comprendía por muchas señales, que el rey de Francia estaba mal contento de los acuerdos hechos con el Emperador y deseoso de nuevos alborotos, y que se inclinaba á esto mismo el rey de Inglaterra, enojado con el Emperador por que, defendiendo á su tía, contradecía la causa del divorcio, con todo eso, estando el rey de Francia exhausto de dinero y todavía no reposado de los trabajos de tan largas guerras, no era tiempo á propósito para resucitar novedades. Pero atendía á entrar entretanto en algunas relaciones, así en Alemania con los Príncipes que tenían el ánimo ajeno del Emperador, como en Italia con el Papa, proponiéndole, para hacerle su amigo, pláticas de matrimonio entre su hijo segundo y la sobrina del Papa.

Y lo que se trataba con mayor ofensa de Dios y con

horrible infamia de la corona de Francia, que había hecho siempre principal profesión de defender la religión católica, y por estos medios había conseguido el título de Cristianísimo, era que tenía pláticas con el Turco para irritarle contra el Emperador, contra el cual ordinariamente estaba mal dispuesto, así por el odio natural contra el nombre de los cristianos, como por causa de las diferencias que tenía con su hermano por el reino de Hungría, de cuyo reino había tomado la protección, y también porque la grandeza del Emperador comenzaba á ser también á él sospechosa.

Sacaron en este tiempo los capitanes imperiales el ejército del territorio de Siena para conducirlo al Piemonte, habiendo vuelto á meter en Siena, por satisfacción del Papa, á gozar de su patria y de sus bienes á los del Monte de los Nueve, pero no alterando la forma del gobierno y metiendo en aquel lugar para su seguridad guarda de trescientos infantes españoles, dependiente del duque de Melfi que, por haber sabido conservar poco su autoridad, volvieron presto las cosas á los mismos desórdenes, de manera que los que habían sido vueltos á introducir en la ciudad, se fueron de miedo.

Declaró también el Emperador la forma de gobierno de la ciudad de Florencia, sin tener en cuenta el límite puesto á la autoridad que le concedieron de *salva la libertad*, porque, según la propia instrucción que le envió el Papa, declaró que se gobernase la ciudad con los mismos magistrados, y de la misma manera que solía en los tiempos que la regían los Médicis; que fuese cabeza del gobierno Alejandro, sobrino del Papa y yerno suyo, y por falta de él, sucediesen consecutivamente los hijos descendientes y más cercanos de la misma familia. Restituyó á la ciudad todos los privilegios que otras veces les habían concedido él y sus predecesores, pero con condición que los perdieran siempre que in-

tentasen cosa alguna contra la grandeza de la familia de los Médicis; poniendo en todo el decreto palabras que mostraban que, no sólo se fundaba en la potestad que le habían concedido las partes, sino asimismo en la autoridad y dignidad imperial.

Habiendo satisfecho al Papa en estas cosas, quizá más de lo que le concedía la facultad del compromiso, le ofendió luego en cosa que le fué muy pesada; porque después que muchos doctores (á quienes esto se les sometió) oyeron y examinaron la diferencia entre el Papa y el duque de Ferrara, sobre la cual se habían presentado por ambas partes muchos testigos y escrituras y hecho largo proceso, pronunció por consejo y relación suya, que Módena y Regio de derecho pertenecían al duque de Ferrara, y que recibiendo de él el Papa cien mil ducados y reduciendo el censo al modo antiguo, le volviese á dar la investidura de la jurisdicción de Ferrara.

Procuró el Emperador dar á entender al Papa que si, contra lo que le había prometido en Bolonia, de no dar la sentencia en caso que hallase que no era justa su causa, lo había hecho, no se quejase de él, sino del obispo de Vasone, su Nuncio, al cual había dado á entender que no quería pronunciarla, por no verse obligado á dar la sentencia contra él; pero que, persuadiéndose él de lo contrario y de que se hacía esto por descargarse de la promesa que le había hecho de dar la sentencia en su favor, si las razones estaban por él, hizo tan gran instancia para que se pronunciase, que había estado obligado á hacerlo por conservación de su honra. Hubiérase creído esta disculpa de no ser el juicio muy conforme á lo que el Emperador había intentado muchas veces para reducir las cosas á la concordia.

Ofendió también mucho más al Papa ver que el Em-

perador, al pronunciar la sentencia sobre las cosas de Módena y Regio, había seguido el camino de juez riguroso, y que en las de Ferrara, en las cuales estaba el rigor manifiestamente por él, había seguido el oficio de amigable componedor; por lo cual no quiso ratificar la sentencia dada, ni tomar la paga del dinero en que estaba condenado el duque, ni en la próxima festividad de San Pedro aceptó el censo que le ofrecían públicamente, según la antigua costumbre. Mas no por esto dejó de entregar el Emperador al duque de Ferrara á Módena, que hasta aquel día la había tenido por él en depósito, dejando después decidir entre ellos las diferencias.

No se descubrió en muchos meses entre el Papa y el Duque guerra ni paz segura, estando el Papa atento todo á oprimirle con asechanzas, ó á esperar ocasión de poder, con apoyo de mayores Príncipes, ofenderle descubiertamente.

No tuvo este año de 31 otros accidentes, y también continuó la quietud en el futuro, el cual fué más peligroso por las guerras extranjeras que por movimientos de Italia, porque encendido el turco de la ignominia de haberle rebatido de Viena, y entendiendo que el Emperador estaba en Alemania, dispuso un muy grueso ejército, engrandeciéndolo con publicar que quería hacer la guerra para obligar al Emperador á que viniese á batalla con él.

Por la fama de estas prevenciones se puso el Emperador en la mejor orden que pudo, haciendo asimismo pasar á Alemania al marqués del Vasto, con la gente española y con gruesa tropa de caballería y de infantería italiana. El Papa le prometió socorrerle con cuarenta mil ducados cada mes, y envió á aquella jornada por Legado apostólico al cardenal de Médicis, su sobrino, y los Príncipes y villas francas de Alemania dispusie-

ron en favor del Emperador, y para la defensa común de Alemania, un muy grueso ejército, pero salieron los efectos muy diferentes de la fama y del terror, porque entrando Solimán tarde en Hungría, no habiendo podido llegar antes por la grandeza de los aparatos y distancia del camino, no fué derechamente con el ejército donde estaba el del Emperador, sino mostrando solamente la guerra y haciendo una gruesa correría, se volvió á Constantinopla. Tampoco se mostró en el Emperador mayor prontitud, porque entendiendo que se acercaban los turcos, no los fué á encontrar, y en sabiendo la retirada, no tuvo pensamiento de proseguir con todas las fuerzas la ocasión de ganar á Hungría para su hermano, sino deseando ardientemente volver á España, ordenó que los infantes italianos, con cierto número de tudescos, fuesen á la empresa de Hungría. Mas también se le desordenó este designio, porque los infantes italianos, sublevados por algunos cabos suyos, porque veían antepuestos á sí á otros capitanes para aquella empresa, amotinados, sin saber alegar causa de su alboroto, ni bastando para aplacarlos la autoridad del Emperador, que fué en persona á hablar con ellos, tomaron juntos el camino de Italia, caminando con grande celeridad por miedo de ser seguidos, y quemaron por el camino muchas aldeas y casas, como si fueran lugares de enemigos, en venganza (según decían) de los incendios hechos por los tudescos en Italia.

Habiase vuelto ya también el Emperador al camino de Italia, y habiendo trazado con qué orden y en qué alojamientos habían de caminar su Corte y su bagaje, movido el cardenal de Médicis del ímpetu de la juventud, no queriendo guardar la orden que se había dado, se adelantó, y con él Pedro María Rosso, á quien principalmente se atribuía la culpa de esta sedición, por lo cual, enojado el Emperador, ó porque atribuyese el ori-

gen de esta acción al Cardenal, ó porque, según dijo, temiese que el Cardenal, que nunca había estado contento de que Alejandro, su primo, fuese antepuesto en el Estado de Florencia, fuese en seguimiento de aquellos infantes para llevarlos á turbar las cosas de la Toscana, hizo detener al Cardenal en el camino y con él á Pedro María; pero considerando después mejor la importancia del caso, escribió luego que se le diese la libertad, y dió grandes disculpas á él y al Papa. Quedó preso Pedro María, pero poco después alcanzó libertad ayudándole mucho (como se creyó) la injuria que parecía se había hecho al Cardenal.

La partida del turco aligeró á Italia de la guerra que le amenazaba, porque el rey de Francia y el de Inglaterra, llenos de odio contra el Emperador, se habían visto entre Calais y Boloña, en donde, persuadiéndose de que el turco se detendría en Hungría aquel invierno, y que por esto tendría ocupadas las fuerzas del Emperador, trataban de que el rey de Francia acometiese el ducado de Milán, y dispuestos para atraer al Papa á su parte, con aspereza y espanto (pues hasta entonces no había podido conseguirse por otro camino), trataban de quitarle la obediencia de sus Reinos en caso que no viniese en lo que deseaban, que era, el rey de Francia el Estado de Milán, y el de Inglaterra la sentencia para sí en la causa del divorcio.

Ya habían trazado enviarle con ásperas comisiones á los cardenales de Tournón y de Tarbes, de grande autoridad ambos con el rey de Francia, mas ablandó estos designios el saber, antes de irse de las vistas, la retirada del turco, é interrumpió también que hiciese el rey de Inglaterra pasar á Calais á Ana, para celebrar públicamente el matrimonio con ella en aquella junta, no obstante que el pleito pendía en la Corte de Roma, y que por Breves apostólicos le estaba prohi-

bido, debajo de gravísimas censuras, el intentar cosa alguna en perjuicio del primer matrimonio.

Mas el rey de Francia, por mostrar al de Inglaterra mal ánimo contra la Iglesia romana (aunque su intención era procurar ganar con medios dulces al Papa), impuso por su autoridad décimas al clero en todo el reino de Francia, y despachó los dos Cardenales al Papa, pero con órdenes muy diferentes de lo que primero había trazado.

Vino el Emperador á Italia, y deseando hablar con el Papa, se estableció de nuevo entre ellos que el lugar para verse fuese Bolonia, aceptándolo el Papa con gran deseo, por no dar ocasión al Emperador á que fuese al reino de Nápoles (como se lo aconsejaban muchos de los suyos) y se detuviese mucho tiempo en Italia; lo cual era también contra la intención del Emperador, por desear irse á España por muchas causas, pero principalmente deseoso de tener más hijos, habiéndose quedado en España su mujer, por lo cual ambos se juntaron en Bolonia al fin del año, donde se observaron entre ellos las mismas demostraciones de amor y la misma familiaridad que se había usado la primera vez.

Mas no estaban los ánimos tan correspondientes en las negociaciones como entonces habían estado, porque el Emperador deseaba sumamente el Concilio para la quietud y satisfacción de Alemania. Instaba en que quería deshacer el ejército, pesado para él y para los otros, mas para poderlo hacer seguramente quería que se renovase la última liga hecha en Bolonia para incluir á todos en ella y para tasar la cantidad de dinero con que había de contribuir cada uno, si Italia fuese acometida por los franceses. Deseaba también que Catalina, sobrina del Papa, se casase con Francisco Sforza, así por necesitar más el Papa atender á la conservación de aquel Estado, como para interrumpir las pláti-

cas del parentesco que se había tratado con el rey de Francia.

Ninguna de estas cosas agradaba al Papa, porque el confederarse era contrario á su deseo de mantenerse lo más que pudiera neutral entre los Príncipes cristianos; temiendo los otros peligros, y especialmente que el rey de Francia, estando tan intrigado por él el rey de Inglaterra, le quitase la obediencia. El Concilio, por las antiguas causas, le era molestísimo y no le agradaba el casamiento con el duque de Milán, por no entrar en enemistad casi cierta con el rey de Francia y porque tenía grande deseo de casar su sobrina con el hijo segundo del rey de Francia.

Tratóse de estas materias, y principalmente de la confederación. Señaláronse para esta plática de muchos meses por la parte del Emperador á Cobos, comendador mayor de León, á Grambela y á Prada, sus principales consejeros, y por la del Papa al cardenal de Médicis, á Jacobo Salviati y á Guicciardini; los cuales, no excusando hacer la confederación, porque era descubrir demasiado la intención del Papa y dar causa al Emperador de tener justamente gran sospecha de él, instaban en que se hiciese todo lo posible para hacer entrar en ella á los venecianos, alegando que, sin sus ayudas, sería flaca la defensa; que con mayor reputación se conservarían las cosas comunes, manteniéndose en la forma de la primera confederación, y que, haciéndose otra sin ellos, se daría causa para que por todas partes naciese opinión de que había discordia entre el Emperador, el Papa y los venecianos. Por esta causa se pidió á los venecianos que entrasen en nueva confederación para la defensa de toda Italia, porque por la primera no estaban obligados á más que á las cosas del Estado de Milán y del reino de Nápoles, y deseaba el Emperador sumamente que también estuviesen obli-

gados á la defensa de Génova, donde se pensaba que, cuando hubiesen de hacer guerra, harían los franceses fácilmente el primer acometimiento; pues pretendían, por razones é intereses particulares, poderlo hacer sin contravenir á los acuerdos de Madrid ni de Cambray.

Negó aquel Senado querer hacer nueva confederación ni ampliar las obligaciones que en ella se contenían, con grande enojo del Emperador, no obstante que afirmaban que querían guardar inviolablemente esta unión; pero, con todo eso, instó más el Emperador con el Papa, desechando las razones que por su parte se alegaban en contrario, de manera que se entró á tratar de los acuerdos de la confederación, y se dijo á todos los potentados de Italia que enviasen embajadores para esta plática, á los cuales se les pidió que entrasen en la confederación, contribuyendo en caso de guerra según sus fuerzas y posibilidad.

No dificultó ninguno esto, sino solamente procuraban todos aligerar lo que se les pedía de contribución. Sólo Alfonso de Este propuso que no podía entrar en la liga para defensa de los Estados de otros si primero no estaba asegurado del suyo; porque no era justo que se hubiese de guardar del Papa y entrar en la liga con él; ni podía contribuir con su dinero á la defensa de Milán ó Génova, si estaba obligado á gastarle continuamente para tener gente en Módena y en Regio, y también para asegurarse de Ferrara.

De esta demanda nació nueva plática de concordarle con el Papa, el cual, teniendo el ánimo muy ajeno de esto, y no queriendo oponerse tan descubiertamente á la instancia del Emperador, proponía condiciones muy confusas, afirmando que, si al fin hubiese de dejar Módena y Regio á Alfonso, quería que las reconociese en feudo de la Sede Apostólica, pues de otra manera no se concertaría; y no pudiéndose hacer esto de manera

que fuese jurídicamente válido, sin el consentimiento de los Electores y Príncipes del Imperio, metía al Emperador en una dificultad que no tenía salida. Así se redujo á rogar al Papa que, á lo menos durante la liga, se obligase á no ofender el Estado que tenía Alfonso, lo cual después de muchas disputas, vino á asegurar el Papa por diez y ocho meses, y, finalmente, se concluyó la liga y se aprobó el día, tan feliz para el Emperador, de San Matías.

Contenía la liga obligación (excepto de los venecianos) del Emperador, del Rey de Romanos y de todos los otros potentados de Italia para la defensa de aquella provincia, si bien no nombrando en ella á los florentinos por respeto de no turbar sus comercios en el reino de Francia, sino de la manera que habían sido nombrados en la liga de Cognac. Expresóse con qué número de gente había de concurrir cada uno y con qué cantidad contribuir cada mes; el Emperador treinta mil ducados; el Papa se trataba que pagase por sí y por los florentinos veinte mil; el duque de Milán quince mil; el de Ferrara diez mil; los genoveses seis mil; los sieneses dos mil; los luqueses mil; y que para hallarse prevenidos para algún acometimiento tan imprevisto que con las contribuciones nó se pudiese rechazar, se hiciese un depósito de suma casi igual á las contribuciones, que no se pudiese gastar sino en caso que no se viesen prontos los aparatos de acometer á Italia.

Ordenóse también una corta contribución anual para entretener á los capitanes que quedaban en Italia, y para pagar ciertas pensiones á los suizos para que no tuviesen causa de dar infantería al rey de Francia, y de común consentimiento se declaró por capitán general de toda la liga á Antonio de Leiva, con orden de que se detuviese en el Estado de Milán.

Del Concilio no se concluyó nada, con poca satisfac-

ción del Emperador, que instaba para que el Papa lo convocase entonces; el cual lo rehusaba hacer, alegando que, en esta mala disposición de ánimos, corría riesgo que lo rehusasen los reyes de Francia y de Inglaterra, y que, haciéndose contradicción por ellos, no podía introducir, ni unión, ni reforma de la Iglesia, sino antes peligro de que naciese de él un cisma; que convenía en enviar Nuncios á todos los Príncipes para inducirles á obra tan santa y, replicando el Emperador, ¿qué se haría si ellos desistían de este intento sin justa causa? y queriendo que, en tal caso, le prometiese el Papa que lo convocaría, no pudo convencerle. De manera que se diputaron y enviaron los Nuncios con poca esperanza de que volviesen á traer conclusión.

No quedó tampoco el Emperador más satisfecho de las pláticas del casamiento porque, habiendo venido á Bolonia los dos Cardenales enviados por el rey de Francia, é introducida de nuevo la plática del casamiento con el hijo segundo de aquel Rey, replicaba el Papa al del duque de Milán, propuesto por el Emperador, que habiéndole propuesto el Rey mucho antes el matrimonio con su hijo y oída por él la plática, con voluntad del Emperador, que entonces mostró que convenía en él, le parecía que hacía gran injuria al rey de Francia, si, pendientes estas pláticas, casase su sobrina con un enemigo suyo; que creía que esta plática la introducía el Rey artificiosamente para entretenerle y no con ánimo de concluirla, habiendo en ella tanta desigualdad de grado y de calidad; mas que si primero no quería excluirle de todo punto, tampoco quería hacer ofensa tan grave al Rey.

No pareciéndole al Emperador que el rey de Francia quisiese tomar para uno de sus hijos una mujer tan desigual á él, aconsejó al Papa que, para tener certeza de los engaños del Rey, instase con los dos cardenales

que hiciesen traer el poder para concluir este casamiento; los cuales, mostrándose muy prontos, lo hicieron venir en muy pocos días en forma amplísima; por lo cual no sólo se excluyó toda la esperanza del casamiento con Francisco Sforza, sino se estrechó la plática con el rey de Francia; añadiéndose en ella (como mucho antes se había tratado entre ellos) que el Papa y el rey de Francia se viesen en Niza, ciudad del duque de Saboya, situada cerca del río Varo, que está en los confines entre Italia y la Provenza.

Eran muy pesadas estas cosas al Emperador, por recelos de que entre el Papa y el rey de Francia se hiciese mayor unión, en perjuicio suyo, sabiendo cuán contraria á él era la intención del rey de Francia, y temiendo que en el Papa se conservaba todavía oculta-mente la memoria de su prisión, del saco de Roma y de la mudanza del Estado de Florencia; moviéndole también el enojo de parecerle que la honra que le había hecho el Papa de ir á verse con él dos veces á Bolonia, se disminuía y aun de todo punto borraba, si iba á buscar por mar al rey de Francia hasta Niza. No disimulaba este disgusto, ni las causas, mas era en vano, porque el Papa tenía fijo en su ánimo un ardiente deseo de este casamiento; moviéndole más el apetito y ambición de gloria de haber (siendo de casa casi particular) conseguido para un sobrino natural, una hija natural de un Emperador tan grande, y ahora para una sobrina legítima, un hijo legítimo del rey de Francia, lo cual le hacía más fuerza que lo que le recordaban muchos de que, con este casamiento, daría color de razón (aunque no verdadera, sino aparente) al rey de Francia, para que tuviese pretensión sobre el Estado de Florencia para su hijo y para su nuera.

A estas malas satisfacciones del Emperador se añadió, por último, que, haciendo instancia para que el

Papa crease tres cardenales que él había propuesto, alcanzó con dificultad solamente esta dignidad para el arzobispo de Bari, disculpándose el Papa con la contradicción del Colegio de los Cardenales.

No mitigó al Emperador que el Papa concurriese con grande prontitud á hacer una confederación secreta con él, en la cual prometía proceder jurídicamente en las censuras y en todo lo que fuese de derecho contra el rey de Inglaterra y contra Ana Bolena, y se obligaron á no hacer nuevas confederaciones ni acuerdos con Príncipes, sin voluntad el uno del otro.

Partió, pues, el Emperador de Bolonia, un día después que se otorgó la confederación, juzgando ya por cierto que pasaría adelante el matrimonio y las vistas con el rey de Francia, y dudoso de si se ajustaría entre ellos mayor unión; y embarcándose en Génova, pasó á España con intención muy firme, según se dijo, de que, si contraía el parentesco con el Rey, no tuviese efecto el matrimonio de su hija con Alejandro de Médicis.

Partió pocos días después el Papa para Roma, acompañado de los cardenales franceses, poco alborotados por la nueva confederación, porque el Papa, como era excelente en los fingimientos y pláticas en que no le sujetaba el temor, les había mostrado que la conclusión de la liga produciría el deshacerse el ejército español, lo cual causaba mayor beneficio al rey de Francia, que daño el contraerse la confederación; mayormente que entre las obligaciones, la observancia y las ejecuciones de lo resuelto, podían nacer muchas dificultades y diferentes impedimentos.

Continúaronse, pues, entre ellos las pláticas comenzadas, y deseando el Rey, por honrarse y por ambición más que por otra cosa, la venida del Papa á Niza, prometía, por traerle, que no le pediría confederación ni le

metería en la guerra, ni le desviaría de los términos de la justicia en la causa del rey de Inglaterra, ni le pediría nueva creación de cardenales. También alentaba al rey de Francia á esto ocultamente el rey de Inglaterra, el cual, teniendo en secreto preñada á su dama, había, por encubrir la infamia, antes que se publicase, casándose con ella solemnemente, y habiendo poco después tenido una hija, la había (en perjuicio de la hija de su primera mujer) declarado por princesa del reino de Inglaterra, título que tienen los inmediatos á la sucesión, por lo cual, no habiendo podido disimular el Papa tan grande desprecio de la Sede Apostólica, ni negar la justicia al Emperador, declaró con los votos del Consistorio, que aquel Rey había caído en las penas de los atentados.

Por todo esto deseaba el rey de Inglaterra el casamiento y las vistas del Papa con el rey de Francia, esperando que el Rey sería medio para curar su causa, y que induciendo al Papa á tratar cosas nuevas (como esperaba) contra el Emperador, desearía llevarle de nuevo á su unión y casi constituir un triunvirato para dar leyes á Italia.

Concluyóse, finalmente, que la ida no fuese á Niza, porque el duque de Saboya, por no disgustar al Emperador, dificultó conceder al Papa la fortaleza, sino á Marsella, cosa muy deseada del Rey, por serle de mucha más honra traerle á verse con él á su reino, y poco molesta al Papa, que deseaba satisfacerle más con las demostraciones, complaciendo á su ambición, que con los efectos.

Procuraba el Papa persuadir á todos que iba principalmente á estas vistas para hablar sobre la paz, tratar la empresa contra los infieles, reducir á buen camino al rey de Inglaterra, y finalmente, sólo por los intereses comunes; mas no pudiendo disimular la verdadera

causa, envió antes de ir á Niza á su sobrina en las galeras que el rey de Francia había enviado, con el duque de Albania, tío de la muchacha, para llevarle á él, las cuales, después que la hubieron conducido á Niza, volvieron á Puerto Pisano, y á 4 de Octubre sacaron al Papa con muchos cardenales, y con navegación muy feliz, le llevaron en pocos días á Marsella, en donde después que hubo hecho su entrada solemnemente, entró el rey de Francia (que primero le había visitado de noche) y alojados en un mismo palacio, hicieron grandes demostraciones de amor.

Estando el Rey atento á ganarle la voluntad, le pidió que hiciese venir á su sobrina á Marsella, lo cual realizó el Papa con gran deseo (diciendo que no lo había pedido por mostrar que quería tratar antes de las cosas comunes). En llegando la muchacha se hizo el desposorio, y casi inmediatamente la consumación del matrimonio, con increíble alegría del Papa, el cual, negociando sus cosas con el mismo Rey y con suma maña, vino á granjearse de él gran confianza y afición, si bien, contra lo que habían creído muchos y el mismo Emperador, no se hizo entre ellos confederación alguna.

Verdad es que el Papa se le mostró siempre inclinado al deseo de que se conquistara el Estado de Milán para el duque de Orleans, marido de su sobrina, cosa muy deseada del Rey, por el odio y el enojo contra el Emperador; pero mucho más porque, metiendo al duque de Orleans en aquel Estado, le parecía que extinguía todas las causas de diferencias entre sus hijos después de su muerte; pues de otra manera corría peligro que naciesen algunas por causa del ducado de Bretaña, que el Rey había unido á la corona de Francia el año antes, contra los concertos hechos por el rey Luis con aquellos pueblos, induciéndolos á venir en ello más con la autoridad real que con voluntad libre.

No sólo no alcanzó el Rey del Papa cosa alguna en la causa del rey de Inglaterra, mas por las descortesías que usaron los ministros de aquel Rey y porque los halló en el aposento del Papa, que le protestaban y apelaban de él al Concilio, mostrando indignación de ellos, dijo el Papa que no le hacía ofensa á él si prosiguiese lo que era de justicia contra el rey de Inglaterra.

No ofendió el rey de Francia en cosa alguna el ánimo del Papa, excepto que, por satisfacer más á los suyos que á sí mismo, le pidió que crease tres cardenales, cosa muy molesta al Papa, no sólo por la reclamación que hacía el embajador Cesáreo, sino porque le parecía cosa de mucho momento para la elección de los futuros Papas y para las inobediencias que podían nacer en su vida, y después de ella. añadir tantos cardenales á la nación francesa, que entonces tenía seis; con todo eso, por menor mal vino en esta demanda, y demás de estos creó á un hermano del duque de Albania, á quien se lo había prometido primero.

Por todo lo demás quedaron entre sí en gran crédito y satisfacción, habiéndole comunicado el rey de Francia muchos de sus consejos, y especialmente el deseo que tenía de concitar contra el Emperador algunos Príncipes de Alemania, mayormente al Landgrave de Hesse y al duque de Wurtemberg, los cuales después se sublevaron en el verano siguiente.

Después que hubieron estado en Marsella cerca de un mes, partió el Papa en las mismas galeras, con las cuales y con gran trabajo en el mar, llegó á Savona, y no confiando en las provisiones de las galeras ni en la industria de la gente que las gobernaba, volviéndolas á enviar atrás, llegó á Civitavecchia en las de Andrea Doria, y vuelto á Roma con grande reputación y maravillosa felicidad entre los mismos que lo habían visto preso en el castillo de Sant'Angelo, gozó muy pocos

meses el favor de la fortuna; teniendo ya el ánimo adivino de lo que había de suceder, porque es muy sabido que, luego después de su vuelta de Marsella, casi cierto de la muerte que le amenazaba, hizo hacer el anillo y todos los hábitos con que acostumbran á ser enterrados los Papas, y á sus criados afirmaba con ánimo muy sosegado que en breve espacio de tiempo sucedería su muerte. Mas, con todo eso, no deponiendo por esto los pensamientos y los deseos acostumbrados, solicitó que, para mayor seguridad (según le parecía) de su casa, se fabricase una ciudadela muy fuerte en Florencia, incierto de cuán brevemente se había de acabar la felicidad de sus sobrinos, de los cuales, enemigos entre sí, murió el cardenal Hipólito, no sin sospecha de veneno, no habiéndose cumplido todavía un año después de la muerte del tío Alejandro; el otro sobrino que dominaba en Florencia fué muerto de noche secretamente en aquella ciudad, con gran nota de imprudencia, por Lorenzo, de la misma familia de los Médicis.

Enfermó el Pontífice en el principio del verano de dolores de estómago, á los cuales sobrevino calentura, y maltratado de ella y de otros accidentes muchos días, unas veces parecía que estaba en lo último de su vida y otras tan aliviado, que daba á los otros esperanza de salud, aunque él no cobraba ninguna.

Mientras duraba esta enfermedad, el duque de Wurtemberg con la ayuda del Landgrave de Hesse y de otros Príncipes, y ayudado con dinero por el rey de Francia, recuperó el ducado de Wurtemberg, que poseía el Rey de Romanos, y, temiéndose mayor incendio, se concertaron con el Rey de Romanos, contra la voluntad del rey de Francia; el cual había esperado que el Emperador, por este movimiento, se embarcaría en larga y dificultosa guerra, ó que por ventura, las armas victoriosas pasarían á turbar el Estado de Milán.

Pasó también en este tiempo Barbarroja, hecho ya bajá y capitán general de la armada de Solimán á la conquista del reino de Túnez; pero en el camino corrió las costas de la Calabria y pasó junto á Gaeta, por lo cual, desembarcados algunos de los suyos, saquearon á Fondi con tanto miedo de la Corte y de los romanos, que se creyó que, si hubieran pasado más adelante, desampararan aquella ciudad; no sabiendo de este accidente cosa alguna el Papa.

No pudo al fin resistir más el Papa á la enfermedad, y partió de esta presente vida el 25 de Septiembre, dejando en el castillo de Sant'Angelo muchas joyas y en la Cámara pontifical muchos oficios; pero, contra la opinión universal, muy poca cantidad de dinero. Pontífice promovido de puesto bajo con admirable felicidad al Pontificado y que experimentó en él fortuna muy varia; pero si se pesan ambas, fué mucho mayor la adversa que la próspera, porque ¡cuál felicidad se puede comparar á la desdicha de su prisión, al haber visto con tan gran ruina el saco de Roma, al haber sido causa de tan gran exterminio de su patria!

Murió aborrecido de la Corte, sospechoso á los Príncipes, y con fama más pesada y odiosa que apacible; teniéndole por avaro, de poca fe y ajeno naturalmente de beneficiar á los hombres, y aunque en su Pontificado promovió treinta y un cardenales, no creó ninguno por su satisfacción, antes casi siempre necesitado, excepto al cardenal de Médicis, al cual, oprimido él entonces de una peligrosa enfermedad y en tiempo que, si moría, dejaba á los suyos pidiendo limosna y destituidos de toda defensa, le creó más por la persuasión de los otros que por su propia y libre elección. Mas, con todo eso, en sus acciones era muy grave, circunspecto y vencedor de sí mismo y de grande capacidad, si el miedo no le hubiera estragado muchas veces el juicio.

Muerto el Papa, los cardenales, la misma noche que se encerraron en el Cónclave, eligieron todos conformemente por Sumo Pontífice á Alejandro, de la familia Farnesia, de nación romano, el cardenal más antiguo de la Corte; conformándose sus votos con el juicio y casi instancia que había hecho Clemente, como en persona digna de ser preferida á todos los otros para tan gran puesto, hombre adornado de letras y de apariencia de buenas costumbres, y concurrieron los cardenales de mejor gana á elegirle por que, siendo de sesenta y siete años de edad y tenido por de complexión flaca y no bien sano, ayudando él también á esta opinión con artificio, esperaron que había de ser corto su Pontificado; de cuyas acciones y obras, si fueron dignas de la esperanza concebida de él y de la alegría inmensa que recibió el pueblo romano por volver á tener Pontífice de sangre romana, darán testimonio los que escribieren las cosas sucedidas en Italia después de su asunción, porque es verdadero y digno de suma alabanza aquel proverbio de que «el cargo pone de manifiesto el valor de quien lo ejecuta».

ÍNDICE DEL TOMO SEXTO.

LIBRO XVII.

(Continuación.)

CAPÍTULO II.

Liga del Papa, el rey de Francia y los venecianos contra el César.—Moncada ofrece al Papa la guerra ó la paz á nombre del Emperador.—Carta de Leiva, interceptada por Guicciardini, lugarteniente del Papa.—Tumulto en Milán contra los soldados imperiales.—El marqués del Vasto socorre á Lodi.—El duque de Urbino se apodera de Lodi.—El duque de Urbino llega con el ejército á Marignano.—Los suizos á sueldo de la liga.—Entra en Milán el duque de Borbón con el socorro.—Consejo de Doria al Papa sobre las cosas de Génova.—Asedio de Milán.—El ejército de la liga levanta el sitio de Milán..... **Pág. 5.**

CAPÍTULO III.

El duque de Urbino teme al Papa.—Consejo relativo á la mutación en el Estado de Siena.—Siena batida por los soldados del Papa.—Los imperiales quitan las armas á los milaneses.—Discurso de un milanés al duque de Borbón.—Respuesta del Duque.—Desesperación de los milaneses.—Consejo entre los coligados para socorrer el Estado de Milán.—Noticia llegada al ejército de la rendición del castillo.—Condiciones de la rendición.—Francisco Sforza se retira á Lodi..... **Pág. 31.**

CAPÍTULO IV.

El ejército pontificio se aparta de Siena.—Movimiento de Solimán para acometer la Hungría.—Malatesta Baglione es enviado á expugnar Cremona.—Lentitud de Francisco I en acudir á la guerra.—Empresa de los coligados contra Nápoles.—Provisiones del César.—Cremona es batida inútilmente.—El duque de Urbino acude en persona.—Armada de los confederados reunida en Liorna para la empresa de Génova.—Capitulación de Cremona..... Pág. 52.

CAPÍTULO V.

Los venecianos toman dos mil grisones á su sueldo.—Desórdenes en Roma que impiden el progreso de las armas de los coligados.—El rey de Hungría es derrotado y muere en la batalla.—Los Colonnas asaltan y saquean á Roma.—El Papa se retira al castillo de Saint'Angelo.—Tregua entre el Papa y los imperiales.—Llega al ejército el marqués de Saluzzo con los franceses.—Cremona es devuelta á Francisco Sforza.—Los embajadores de los confederados intiman la liga al César.—Respuesta del César á los embajadores.—Frundsberg recluta soldados en Alemania á favor del César.—El Papa determina ir á tratar personalmente con el Emperador.—Le disuaden de este intento y vuelve sus fuerzas contra los Colonnas.—El cardenal Colonna es privado del capelo.—Negociaciones con el duque de Ferrara.—El duque de Urbino hace frente á Frundsberg.—Muerte de Juan de Médicis..... Pág. 69.

CAPÍTULO VI.

Combate naval entre los confederados y los imperiales.—Progresos de la infantería tedesca.—Varios sucesos en Lombardia.—Negociaciones secretas entre el Papa y el César por mediación del general de San Francisco.—Negociaciones con Francia.—Cambio de ánimo del César según las ocasiones.—Convenio de los imperiales con el duque de Ferrara..... Pág. 92.

LIBRO XVIII.

CAPÍTULO I.

Sale Borbón con el ejército de Milán.—El Virrey ataca el Estado eclesiástico.—El Emperador envía á Fieramosca al Papa.—Determina el Papa realizar la empresa contra Nápoles.—Enfermedad del duque de Urbino.—Progresos de Borbón.—El duque de Milán ocupa á Monza.—Temor del Papa, que capitula con los imperiales..... **Pág. 104.**

CAPÍTULO II.

Obstinación del ejército del duque de Borbón en continuar la guerra.—El Virrey parte de Roma para avistarse con el duque de Borbón.—El duque de Borbón se dirige á Toscana.—Tumulto en Florencia.—Los Médicis son declarados rebeldes.—El lugarteniente Guicciardini apacigua el tumulto y tranquiliza los ánimos.—Nueva confederación entre el Papa, el rey de Francia y los venecianos..... **Pág. 130.**

CAPÍTULO III.

Consulta en Florencia para mandar socorro á Roma.—El duque de Borbón junto á los muros de Roma.—Es muerto al comenzar el asalto.—El Papa huye al castillo.—Saqueo de Roma.—Tardanza en el campamento de la Liga.—Gentil Baglione es expulsado de Perusa por el duque de Urbino.—El Papa se pone de acuerdo con los imperiales.—El duque de Ferrara se apodera de Módena.—Los venecianos toman á Ravena y Cervia.—Segismundo Malatesta toma á Rimini.—Los Médicis son expulsados de Florencia, cambiada la gobernación del Estado y elegido Nicolás Capponi jefe de la República..... **Pág. 143.**

CAPÍTULO IV.

Peste en Roma.—Tumultos en Bolonia.—Confederación de los reyes de Francia é Inglaterra.—Lautrec es nombrado general del ejército de los coligados.—El cardenal Farnesio, nombrado embajador del Papa cerca del Emperador, se niega á desempeñar el cargo.—Tumultos en Siena.—El rey de Francia toma á sueldo á Andrea Doria.—Atentado en Perusa.—Génova bajo la dominación francesa..... **Pág. 161.**

CAPÍTULO V.

Belgioso en la defensa de Pavia.—La saquean los franceses.—Insistencia del Emperador en rehusar la paz.—El duque de Ferrara y el marqués de Mantua entran en la liga.—Muerte del Virrey.—Libertad concedida al Papa.—Condiciones de esta libertad.—Hechos varios de armas en Italia.—Desconfianza entre el Emperador y el rey de Francia.—Carlos V desafía á Francisco I.—Mentis de éste al Emperador.—El rey de Inglaterra desafía al Emperador. **Pág. 176.**

CAPÍTULO VI.

Motivos que indujeron al rey de Inglaterra á apartarse de la comunión católica.—Doria se retira de Génova.—Pedro Navarro toma á Áquila.—Lautrec se dirige á Nápoles con el ejército.—Los franceses baten y toman á Melfi.—Muerte de Vespasiano Colonna.—Miseria de los milaneses por los rigores de Leiva.—Felipe Doria en Nápoles.—Lautrec acampa junto á Nápoles. **Pág. 199.**

LIBRO XIX.

CAPÍTULO I.

Lautrec sitia á Nápoles.—Batalla naval.—Muerte de D. Hugo de Moncada.—Victoria de los franceses.—Carestía y peste en Nápoles.—Castello á Mare y otras poblaciones se rinden á Lautrec.—Dificultad del asedio.—Los franceses empiezan á replegarse.—El duque de Brunswick con su ejército en Italia.—Los imperiales sitian á Lodi.—Motín de los tudescos.—Propósitos del Papa respecto á las cosas de Florencia. **Pág. 220.**

CAPÍTULO II.

El cardenal Campeggio va de Legado á Inglaterra.—Penuria grande en Nápoles.—El principe de Orange, virrey en Italia.—Hechos de armas junto á Nápoles.—Andrea Doria se separa del servicio de los franceses, y entra al del Emperador.—Grandes dificultades del ejército francés que sitia á Nápoles.—Lautrec enferma.—Desórdenes en el campo francés.—Muerte de Lautrec.—Pedro Navarro cae prisionero.—Derrota de los franceses.—El marqués de Saluzzo capitula con los imperiales. **Pág. 237.**

CAPÍTULO III.

Andrea Doria ocupa á Génova.—Saqueo de Pavia.—Los genoveses toman á Savona.—Los venecianos despiden ignominiosamente al conde Gaiazzo.—Hechos de armas en el reino de Nápoles.—Águila se entrega á los aliados.—El marqués del Vasto es rechazado en Monópoli..... **Pág. 254.**

CAPÍTULO IV.

El duque de Urbino al servicio de los venecianos.—Decadencia de los coligados en Lombardia.—Malatesta Baglione entra al servicio del rey de Francia y de los florentinos.—Muerte del cardenal Eboracense.—Nicolás Capponi, acusado en Florencia, deja la suprema magistratura.—Francisco Carducci es elegido en su lugar.—El duque de Urbino y Saint Pol determinan acampar junto á Milán.—Antonio de Leiva derrota á Saint Pol, que cae prisionero con otros capitanes..... **Pág. 274.**

CAPÍTULO V.

Acuerdo del Pontífice con el Emperador.—Condiciones del Convenio.—Paz de Cambray entre el Emperador y el rey de Francia.—El rey de Francia esquivo ver á los embajadores de los coligados.—El Emperador en Génova.—Los príncipes italianos le envían embajadores.—Negociaciones para la paz general en Italia..... **Pág. 287.**

CAPÍTULO VI.

Progresos de la guerra en Toscana.—Proyectos de los florentinos.—Cortona y Arezzo se rinden á los imperiales.—Declaraciones del Papa á los embajadores florentinos.—Preparativos de los florentinos para defenderse.—El príncipe de Orange acampa junto á Florencia.—El Papa y el Emperador llegan á Bolonia.—El duque de Ferrara se conviene con el Papa.—Francisco Sforza ante el Emperador.—Convenio del Emperador con los venecianos.—El Emperador restituye á Francisco Sforza el ducado de Milán... **Pág. 302.**

LIBRO XX.

CAPÍTULO I.

Guerra de Florencia.— El Papa corona al Emperador en Bolonia.— Volterra se entrega al Papa.— Los Ferrucci la recobran, y de allí marchan á la defensa de Florencia.— Batalla de Gavinana.— Muerte del príncipe de Orange y de Ferruccio.— Los florentinos se rinden por capitulación... **Pág. 320.**

CAPÍTULO II.

Fernando es elegido Rey de romanos.— Abusos por los cuales crece la herejía de Lutero.— Dificultad del papa Clemente para convocar el Concilio.— Guerra de Siena.— Gobierno que el Emperador establece en Florencia.— Entrevista de los reyes de Francia y de Inglaterra.— Los turcos en Hungría.— Carlos V en Italia.— Conferencia de nuevo con el Papa en Bolonia.— Liga ajustada para la defensa de Italia.— El Emperador sospecha del Papa.— Vuelve á España el Emperador.— Entrevista del Papa con el rey de Francia en Marsella.— Parentesco convenido entre el Papa y el Rey.— Lorenzo de Pedro Francisco de Médicis mata á Alejandro de Médicis.— Muerte de Clemente VII.— El cardenal Farnesio, elegido Pontífice, toma el nombre de Paulo III.... **Pág. 333.**



RETURN CIRCULATION DEPARTMENT
TO → 202 Main Library

LOAN PERIOD 1	2	3
HOME USE		
4	5	6

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

1-month loans may be renewed by calling 642-3405
 1-year loans may be recharged by bringing the books to the Circulation Desk
 Renewals and recharges may be made 4 days prior to due date

DUE AS STAMPED BELOW

INTERLIBRARY LOAN		
SEP 5 1984		
UNIV. OF CALIF., BERK.		
Received in interlibrary loan		
OCT 1 1984		

290771
Guicciardini, F
Historia de Italia

DG539
G83
v.6

290771

Guicciardini

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY



